

New York Times Bestselling Author of
Pay the Boy

JULIA QUINN

The Remains of the Day

1993 Nobel Prize

Indispensable World's Time magazine



JULIA QUINN

Bridgerton 08 - De camino a la boda

Para Lyssa Keusch.

Porque eres mi editora.

Porque eres mi amiga.

Y también para Paul.

Solo porque sí.

En el que:

Primero, Gregory Bridgerton se enamora de la mujer equivocada, y

Segundo, ella se enamora de alguien más, pero

Tercero, Lucy Abernathy decide entrometerse; sin embargo,

Cuarto, ella se enamora de Gregory, lo cual es muy inoportuno porque

Quinto, ella está prácticamente comprometida con Lord Haselby, pero

Sexto, Gregory se enamora de Lucy.

Lo que los pone a todos en una incómoda situación.

Entérate como todos encuentran sus finales felices en:

La estupenda conclusión

de la serie Bridgertons

Por la incomparable Julia Quinn.



Prólogo

*Londres, cerca de St. George, Hannover Square, Verano de
1827*

Sus pulmones estaban en llamas.

Gregory Bridgerton estaba corriendo. A través de las calles de Londres, ignorando las miradas curiosas de los transeúntes, estaba corriendo.

Había un extraño y poderoso ritmo en sus movimientos - *uno dos tres cuatro, uno dos tres cuatro*- que lo empujaban, impulsándolo a seguir adelante, mientras su mente permanecía enfocada en una sola cosa.

La iglesia.

Tenía que llegar a la iglesia.

Tenía que detener la boda.

¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? ¿Un minuto? ¿Cinco?
No podía saberlo, no podía concentrarse en otra cosa diferente

a su destino.

La iglesia. Tenía que llegar a la iglesia.

Tendría que haber empezado a las once. Eso. La ceremonia. Eso que jamás debió haber pasado. Pero sin embargo, ella lo había hecho. Y él tenía que detenerla. Tenía que detenerla a *ella*. No sabía como lo iba a hacer, y seguramente no sabía por qué, pero ella estaba haciéndolo, y todo era un error.

Ella tenía que saber que estaba en un error.

Ella era *suya*. Ambos se pertenecían. Ella lo sabía. Lo peor de todo, era que ella lo sabía.

¿Cuánto tiempo tardaría en desarrollarse una ceremonia? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Veinte? Nunca había prestado atención antes, seguramente nunca pensó en mirar su reloj de principio a fin.

Nunca pensó que necesitaría esa información. Nunca pensó que le importaría tanto.

¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? ¿Dos minutos? ¿Diez?

Giró alrededor de una esquina y se dirigió a Regent Street, gruñendo lo que parecía ser un «perdóneme» cuando tropezó con un caballero respetablemente ataviado, y le tiró su maleta al piso.

Normalmente Gregory se habría detenido para ayudar al señor, inclinándose para recoger su maleta, pero no hoy, no esta mañana.

No ahora.

La iglesia. Tenía que llegar a la iglesia. No podía pensar en nada más. No debía. Debía...

¡Maldición! Patinó al hacer una parada, cuando un carruaje se detuvo enfrente de él. Descansando las manos en sus caderas -no porque quería, sino porque su desesperado cuerpo se lo exigía- aspiró enormes bocanadas de aire, intentando

aliviar la furiosa presión de su pecho, ese horrible ardor, que lo hacía sentir como...

El carruaje se movió y él comenzó a correr de nuevo. Ahora estaba cerca. Podía hacerlo. No podían haber pasado más de cinco minutos desde que había salido de la casa. Quizás seis. Se sentían como treinta, pero no podían haber pasado más de siete.

Tenía que detener esto. Todo estaba mal. Tenía que detenerlo. Lo *detendría*.

Ya podía ver la iglesia. A lo lejos, su torre gris elevándose hacia el brillante cielo azul. Alguien había colgado flores en las linderas. No podía decir que clase de flores eran -amarillas y blancas, pero en su mayoría eran amarillas. Se derramaban en el exterior con un abandono temerario, saliendo de los cestos. Lucían alegres, incluso contentas, y todo estaba tan mal. Este no era un día alegre. No era un evento que debía ser celebrado.

Y él lo *detendría*.

Redujo la velocidad solo lo suficiente para poder seguir corriendo sin caerse de bruces, y entonces tiró de la puerta para abrirla, amplia, más amplia, mientras escuchaba el golpe al chocarse con la pared exterior. Quizá debió haber entrado con un poco más de silencio, dándose un momento para evaluar la situación, para darse cuenta lo lejos que habían llegado.

La iglesia quedó en silencio. El sacerdote detuvo su parloteo, y cada columna vertebral de cada banco se giró, hasta que todas las caras se volvieron.

Hacia él.

- No -jadeó Gregory, pero tenía tan poco aliento, que apenas si podía escuchar sus propias palabras.

- No -dijo, más alto esta vez, agarrándose del borde de los bancos mientras avanzaba-. No lo hagas.

Ella no dijo nada, pero él la vio. Tenía la boca abierta de la conmoción. Vio como el ramillete de flores se caía de sus manos, y sabía, por Dios que lo sabía, que ella había dejado de respirar.

Se veía tan hermosa. Su cabello dorado parecía capturar la luz, y brillar con un fulgor que lo llenaba de fuerzas. Se enderezó, aún respirando con dificultad, pero ahora podía caminar sin ayuda, y se soltó del banco.

- No lo hagas -dijo él otra vez, avanzando hacia ella con la gracia furtiva de un hombre que sabe lo que quiere.

Que sabe lo que debe ser.

Ella aún no hablaba. Nadie lo hizo. Eso era extraño. Trescientos de los entrometidos más grandes de Londres, estaban en ese edificio, y nadie había proferido ni una palabra. Nadie podía apartar la vista de él mientras caminaba en medio del pasillo.

- Te amo -dijo, justo allí, enfrente de todo el mundo. ¿Y a quien le importaba? No podía guardarse ese secreto. No permitiría que se casara con nadie más, sin asegurarse de que todo el mundo supiera que ella era la dueña de su corazón.

- Te amo -dijo otra vez, y por el rabillo del ojo pudo ver a su madre y a su hermana, sentadas en un banco, boquiabiertas de la sorpresa.

Siguió caminando. Por el pasillo, cada paso era más seguro, más confiado.

- No lo hagas -dijo, saliendo del pasillo y entrando en el altar-. No te cases con él.

- Gregory -susurró ella-. ¿Por qué haces esto?

- Te amo -dijo, porque era lo único que podía decir. Era lo único que importaba.

Sus ojos brillaron, y él podía ver como contenía el aliento. Ella miró al hombre con el que estaba tratando de casarse.

Levantó las cejas cuando él simplemente le contestó con un diminuto encogimiento de hombros, como si le dijera: *Esa es tu opción.*

Gregory inclinó una rodilla.

- Cásate conmigo -dijo, con su mismísima alma en sus palabras-. Cásate *conmigo*.

Contuvo el aliento. La iglesia entera dejó de respirar.

Ella fijo los ojos en los suyos. Eran grandes, claros y todo lo que había pensado que era amable y verdadero.

- Cásate conmigo -susurró él, una última vez.

Sus labios temblaron, pero su voz fue clara cuando dijo...



Capítulo 1

En el que nuestro héroe se enamora

Dos meses antes.

A diferencia de la mayoría de los hombres que conoce, Gregory Bridgerton cree en el verdadero amor.

Tendría que ser un tonto para no creer en él.

Teniendo en cuenta lo siguiente:

A su hermano mayor, Anthony.

A su hermana mayor, Daphne.

A sus otros hermanos, Benedict y Colin, sin mencionar a sus hermanas, Eloise, Francesca, y (aunque no lo crean) Hyacinth, todos -absolutamente todos- estaban completamente enamorados de sus respectivas parejas.

A la mayoría de los hombres, ese tipo de cosas solo les produciría un ataque de bilis, pero para Gregory, quien había nacido con una alegría incomparable, que de vez en cuando (según su hermana menor) era irritante, eso sencillamente significaba que no tenía otra opción, más que creer en lo obvio:

El amor existía.

Y no era una completa invención de la imaginación, diseñada para evitar que los poetas murieran de hambre. Podría ser algo que no se podía ver, oler o tocar, pero estaba allí, y era solo cuestión de tiempo antes de que él, también, encontrara a la mujer de sus sueños y se estableciera para ser fructífero, se multiplicara y asumiera aficiones como el papel maché y la colección de ralladores de nuez moscada.

Aunque, si quería ser claro en un punto, que parecía ser bastante necesario para ese concepto tan abstracto, sus sueños no incluían exactamente a una mujer. Bueno, no a una con atributos específicos e identificables. No sabía nada de la mujer que iba a ser suya, la única que supuestamente transformaría su vida completamente, convirtiéndolo en un pilar feliz de aburrimiento y respetabilidad. No sabía si sería bajita o alta, o morena o rubia. Le gustaba pensar que podría ser inteligente y poseer un gran sentido del humor, pero más allá de eso, ¿Cómo iba a saberlo? Ella podía ser tímida o franca. Tal vez le podría gustar cantar. O quizás no. Quizás era una amazona, con un cutis sonrosado por estar demasiado tiempo bajo el sol.

No lo sabía. Cuando esa mujer llegara, esa imposible, maravillosa y actualmente inexistente mujer, todo lo que en realidad sabía era que cuando la encontrara...

Lo sabría.

No sabía como lo sabría; solo sabía que lo sabría. Ocurriría algo muy importante, su mundo se estremecería, y la vida se alteraría... bueno, en realidad, no iba a llegar susurrando su paso por su existencia. Vendría pleno y poderoso, como una tonelada proverbial de ladrillos. La única pregunta era cuando.

Y mientras tanto, no veía ninguna razón para no pasarla bien mientras se anticipaba a su llegada. Después de todo, uno no tenía que comportarse como un monje mientras esperaba al verdadero amor.

Gregory era, según todos, un típico hombre londinense, con una cómoda -pero no extravagante- asignación, tenía muchos amigos, y el suficiente sentido común para saber cuando debía alejarse de una mesa de juegos. Era considerado lo suficientemente decente para ser tenido en cuenta en el Mercado Matrimonial, puede que no estuviera precisamente a la cabeza (los cuartos hijos nunca llamaban mucho la atención) y siempre estaba en demanda cuando las matronas de la sociedad, necesitaban a un hombre que llenara los requisitos para ser invitado a un buen número de fiestas.

Lo que hacía que su anteriormente mencionada asignación, se estirara un poco más, convirtiéndose en un beneficio.

Quizás debió haber tenido un poco más de propósito en su vida. Alguna clase de dirección, o incluso una tarea insignificante que realizar. Pero eso podría esperar, ¿no es verdad? Pronto, estaba seguro, todo se aclararía. Sabía que era lo que deseaba hacer, y con quien deseaba hacerlo, y mientras tanto, él tenía...

No tenía tiempo. Por lo menos, no en *ese* preciso momento.

Para explicar:

Actualmente Gregory estaba sentado en una silla de cuero, una muy cómoda por cierto, y no era que realmente tuviera que pensar en el asunto, más que en el hecho de que la falta de incomodidad conducía a las personas a soñar despiertas, lo que a su vez conducía a no escuchar a su hermano que, debe anotarse, estaba de pie, aproximadamente a un metro de distancia, hablando sobre algo o alguna cosa, casi seguramente relacionada con alguna variación de las palabras *deber* y *responsabilidad*.

En realidad, Gregory no le estaba prestando la debida atención. Raramente lo hacía.

Bueno, no, ocasionalmente lo hacía, pero...

- ¿Gregory? ¡Gregory!

Levantó la mirada, pestañeando. Anthony tenía los brazos cruzados, esa nunca era una buena señal. Anthony era el vizconde Bridgerton, y lo había sido durante más de veinte años. Y mientras que era -Gregory era el primero en insistir- el mejor de los hermanos, también hubiera podido ser un excelente señor feudal.

- Perdóname por entrometerme en tus pensamientos, de esta manera -dijo Anthony en una voz seca-, pero tú has, quizás -solo quizás- ¿escuchado algo de lo que te he dicho?

- Diligencia -repitió Gregory como un loro, mientras asentía con lo que juzgaba era un gesto de suficiente gravedad-. Dirección.

- En efecto -replicó Anthony, y Gregory se felicitó a sí mismo por lo que claramente había sido una excelente actuación-. Es tú última oportunidad de que le busques alguna dirección a tu vida.

- Por supuesto -murmuró Gregory, principalmente porque no había cenado, y tenía hambre, y había escuchado que su cuñada estaba sirviendo refrescos en el jardín. Además, nunca tenía sentido discutir con Anthony. Nunca.

- Debes hacer un cambio. Escoger un nuevo camino.

- Claro. -Quizás había bocadillos. Podía comerse cuarenta de esas ridiculeces cortadas por la mitad.

- Gregory.

La voz de Anthony tenía ese tono. Aquel que era imposible de describir, pero lo suficientemente fácil de reconocer. Y Gregory sabía que era el momento de prestar atención.

- Correcto -dijo, porque de verdad, era notable como una sola sílaba podría borrar a una frase apropiada-. Espero unirme al clero.

Eso hizo que Anthony se congelara. Muerto, helado, frío. Gregory hizo una pausa para saborear el momento. No le

importaba que para ello, hubiera tenido que convertirse en un condenado vicario.

- ¿Discúlpame? -murmuró Anthony finalmente.

- No es que tenga muchas opciones -dijo Gregory. Y cuando esas palabras emergieron, comprendió que era la primera vez que las había dicho. Las hacía más reales, de algún modo, más permanentes-. Es el ejército o el clero -continuó-, y bueno, debo decir esto: Soy una bestia para disparar.

Anthony no dijo nada. Todos sabían que tenía razón.

Después de un momento de incómodo silencio, Anthony murmuró:

- Hay espadas.

- Sí, pero con mi suerte, me enviarían a Sudan. -Gregory se estremeció-. No debe ser demasiado terrible, pero en realidad, hace mucho calor. ¿Querías ir?

Anthony objetó inmediatamente.

- No, claro que no.

- Y -agregó Gregory, empezando a disfrutarlo-, está Madre.

Se hizo una pausa. Entonces:

- Ella sabe algo de Sudan... ¿verdad?

- No le gustaría mucho mi partida, y entonces tú, sabes, serás el único que deberá sostener su mano cada vez que se preocupe, o tenga alguna pesadilla horrible sobre...

- No digas más -le interrumpió Anthony.

Gregory se permitió reír internamente. Realmente no era justo para su madre, quien, solo para señalar, nunca había dicho alguna vez que pronosticara el futuro con algo tan tonto como un sueño. Pero si *odiaría* que él se marchara a Sudan, y Anthony *tendría* que escucharla cuando se preocupara por eso.

Y como Gregory no estaba particularmente deseoso de partir de las orillas nubladas de Inglaterra, el argumento era muy discutible, de cualquier forma.

- Correcto -dijo Anthony-. Bien. Estoy feliz, entonces, de que finalmente hayamos podido tener esta conversación.

Gregory le echó un vistazo a su reloj.

Anthony se aclaró la garganta, y cuando habló, se escuchaba un filo de impaciencia en su voz.

- Y que hayas pensado finalmente en tu futuro.

Gregory sentía que algo se apretaba en la parte de atrás de su mandíbula.

- Solo tengo veintiséis años -le recordó-. Seguramente soy muy joven como para que tengas que repetirme la palabra *finalmente*.

Anthony simplemente arqueó una ceja.

- ¿Quieres que hable con el arzobispo? ¿Ver si puede encontrarte una parroquia?

El pecho de Gregory se sacudió con un espasmo de tos inesperado.

- Er, no -dijo, cuando fue capaz de hacerlo-. Por lo menos, todavía no.

Anthony levantó una esquina de la boca. Pero no mucho, y no, ese estiramiento no podría definirse como una sonrisa.

- Podrías casarte -dijo él suavemente.

- Podría -aceptó Gregory-. Y lo haré. De hecho, planeo hacerlo.

- ¿De verdad?

- Cuando encuentre a la mujer correcta. -Y entonces, ante la expresión de duda de Anthony, Gregory agregó-: Seguramente tú entre todas las personas, recomendaría un matrimonio por amor en lugar de uno por conveniencia.

Anthony era reconocido por estar enamorado de su esposa, que a su vez estaba inexplicablemente enamorada de él. Anthony también era celebre por estar consagrado a sus siete hermanos menores, por eso Gregory no debió haber sentido un salto tan inesperado de emoción cuando él le dijo suavemente:

- Te deseo la misma felicidad que yo disfruto.

Gregory se salvó de tener que contestarle, ya que su estómago retumbó ruidosamente. Le ofreció a su hermano una expresión de timidez.

- Lo siento. Me perdí la cena.

- Lo sé. Esperábamos que llegaras más temprano.

Gregory evitó hacer una mueca de dolor. Solo lo justo.

- Kate estaba un poco molesta.

Eso era lo peor. Cuando Anthony se decepcionaba era una cosa. Pero cuando decía que alguien le había causado algún disgusto a su esposa...

Bueno, allí era cuando Gregory sabía que estaba en problemas.

- Salí muy tarde de Londres -masculló. Era verdad, pero no era ninguna excusa para su mal comportamiento. Lo habían esperado en la casa para la cena, y él no había llegado. Casi dijo: «la contentaré», pero en el último momento se mordió la lengua. De algún modo sabía que eso podría empeorarlo todo, lo sabía, ya que sería como si se estuviera burlando de su tardanza, asumiendo que podía salir librado de cualquier trasgresión con una sonrisa y un comentario locuaz. Lo cual hacía muy a menudo, pero por alguna razón esta vez...

No quiso hacerlo.

En su lugar dijo:

- Lo siento. -Y quería decirlo, también.

- Ella está en el jardín -dijo Anthony con aspereza-. Creo que quiere hacer un baile en el patio. ¿Puedes creerlo?

Gregory podía creerlo. Eso sonaba exactamente como su cuñada. No era de las que permitían que un momento tan agradable pasara por ella, y con un clima tan raramente bueno, ¿por qué no organizar un baile al aire libre?

- Debes bailar con cualquiera que ella desee -dijo Anthony-. A Kate no le gustaría que ninguna de sus jóvenes damas se sintiera rechazada.

- Por supuesto que no -murmuró Gregory.

- Me reuniré contigo en un cuarto de hora -dijo Anthony, mientras regresaba a su escritorio donde varios montones de papeles lo esperaban-. Todavía tengo cosas que terminar aquí.

Gregory se puso de pies.

- Pasaré a saludar a Kate. -Y entonces, la entrevista claramente había llegado a su fin, y cuando salió del cuarto se dirigió al jardín.

Había pasado algún tiempo desde que había estado en Aubrey Hall, la casa ancestral de los Bridgertons. La familia se reunía allí en Kent para celebrar la Navidad, por supuesto, pero en realidad, no era la casa de Gregory, y nunca lo había sido. Después de que su padre había muerto, su madre había hecho algo poco convencional y había desarraigado a la familia, eligiendo pasar la mayoría del año en Londres. Nunca había explicado sus razones, pero Gregory siempre había sospechado que la elegante casa antigua le traía demasiados recuerdos.

Como resultado, Gregory siempre se había sentido más en casa en la ciudad que en el campo. Bridgerton House en Londres, era la casa de su niñez, no Aubrey Hall. Aún, disfrutaba de sus visitas, y siempre participaba en actividades y juegos bucólicos, tales como montar y nadar (cuando el lago estaba lo suficientemente caluroso para permitirlo), y aunque parezca extraño, le gustaba el cambio de clima. Le gustaba el aire silencioso y limpio después de pasar meses en la ciudad.

Y le gustaba la forma en la que podía dejar todo atrás cuando estaba *demasiado* callado y limpio.

Las festividades de la noche estaban celebrándose en el césped del sur, eso era lo que le había dicho el mayordomo cuando había llegado a casa esa noche. Parecía ser un buen lugar para una fiesta al aire libre, por el nivel del suelo, la vista al lago, y un patio enorme lleno de suficientes sillas para los menos enérgicos.

Cuando se acercó al enorme salón que conducía al exterior, pudo escuchar los murmullos bajos de las voces que zumbaban a través de las puertas francesas. No estaba seguro de cuantas personas habían sido invitadas a la fiesta, pero probablemente eran alrededor de veinte o treinta. Muy pocas para ser íntima, pero lo suficientes para que uno no pudiera escapar a algún lugar pacífico y callado sin dejar un agujero abierto en la reunión.

Cuando Gregory atravesó el salón, tomó una respiración profunda, intentando determinar la clase de comida que Kate había decidido servirles a sus invitados. No habría mucha, por supuesto; seguramente ya los había atendido bien en la cena.

Dulces, decidió Gregory, cuando percibió un suave aroma a canela, al llegar a las piedras de color gris claro del patio. Soltó una respiración de desilusión. Estaba muerto de hambre, y una enorme tabla de carne, parecía el cielo.

Pero había llegado tarde, y nadie tenía la culpa más que él, y Anthony tendría su cabeza si no se unía a la fiesta inmediatamente, entonces los pasteles y los bizcochos tendrían que esperar.

Una brisa calurosa se cernió sobre su piel cuando caminó hacia el exterior. Había hecho mucho calor en mayo; todos hablaban de eso. Era la clase de clima que parecía alegrar el humor, tan sorprendentemente agradable que uno no podía dejar de sonreír. Y de hecho, los invitados parecían estar muy

felices; los zumbidos bajos de las conversaciones estaban sazonados con frecuentes ataques de risas.

Gregory echó una mirada alrededor, tanto para buscar los refrescos, como para buscar preferiblemente a su cuñada Kate, a quien según los buenos modales, debía saludar primero. Pero cuando sus ojos pasaron sobre la escena, en su lugar la vio...

A ella.

A ella.

Y lo sabía. Sabía que ella era la única. Estaba congelado, inmóvil. El aire no corría en su cuerpo; más bien parecía, escapar lentamente hasta no quedar nada, y se quedó allí, vacío, y ansioso por más.

No podía ver su cara, ni siquiera su perfil. Solo le veía la espalda, la impresionantemente perfecta curva de su cuello, un mechón de pelo rubio arremolinado en su hombro.

Y en todo lo que podía pensar, era: *Estoy arruinado.*

Para todas las mujeres, estaba arruinado. Esa intensidad, ese fuego, esa sensación tan aplastante de estar en lo correcto, nunca la había sentido.

Quizás era tonto. Quizás estaba loco. Probablemente ambas cosas. Pero había estado esperando. Por ese momento, tanto tiempo, lo había estado esperando. Y repentinamente todo se había vuelto tan claro, porque no se iba a unir a la milicia o al clero, o aceptar la oferta de su hermano de administrar una pequeña propiedad.

Había estado esperando. Era todo lo que había hecho. Infiernos, no había comprendido que no había hecho nada más que esperar por este momento.

Y allí estaba.

Ella estaba allí.

Y él lo sabía.

Lo sabía.

Se movió lentamente sobre el césped, olvidando a Kate y a la comida. Logró murmurar sus saludos a las personas que pasaron por su camino, mientras seguía avanzando. Tenía que alcanzarla. Tenía que ver su cara, respirar su olor, conocer el sonido de su voz.

Y entonces estaba allí, solo a unos metros de distancia. Estaba jadeante, intimidado, y de algún modo, logró ponerse frente a ella.

Estaba hablando con otra señorita, con suficiente animación para determinar que eran buenas amigas. Permaneció allí por un momento, solo mirándolas hasta que ellas se volvieron lentamente y comprendieron que él estaba allí.

Sonrió. Suavemente, solo un poco. Y dijo...

- ¿Cómo está?

Lucinda Abernathy, mejor conocida como, bueno, todo el mundo la conocía, como Lucy, sofocó un gemido cuando se volvió ante el caballero que se había acercado a ella, probablemente para hacerle ojos de ternero a Hermione, como lo hacían, bueno, todos aquellos que conocían a Hermione.

Era un riesgo profesional ser amiga de Hermione Watson. Ella coleccionaba corazones rotos, de la misma manera como el viejo vicario de Abbey coleccionaba mariposas.

La única diferencia, era, claro, que Hermione no pinchaba a su colección con desagradables agujas pequeñas. Siendo justos, Hermione no deseaba ganarse los corazones de los caballeros, pero con certeza nunca había querido romperle el corazón a ninguno de ellos. Eso solo... sucedía. Lucy estaba acostumbrada a eso. Hermione era Hermione, con el pelo rubio pálido como el color de la mantequilla, con la cara en forma de corazón, y un enorme par de ojos con el más sorprendente tono verde.

Lucy, por otro lado, era...bueno, no era Hermione, eso estaba bastante claro. Era simplemente ella misma, y la

mayoría del tiempo, eso era suficiente.

Lucy era, en casi una forma visible, simplemente un poco *menos* que Hermione. Un poco menos rubia. Un poco menos delgada. Un poco menos alta. Sus ojos eran un poco menos vívidos en color, en realidad, eran azules grisáceos, muy atractivos cuando se comparaban con los de cualquier otra que no fuera Hermione, pero eso era muy difícil, ya que ella nunca *iba* a ningún lado sin Hermione.

Había llegado a esa estupenda conclusión un día, mientras no le prestaba la debida atención a sus lecciones de Composición y Literatura Inglesa en la escuela de la Srta. Moss, para Jóvenes Damas Excepcionales, donde ella y Hermione habían estudiado durante tres años.

Lucy era un poco menos. O quizás, si uno quisiera decirlo mejor, ella simplemente *no era suficiente*.

Era, suponía, razonablemente atractiva, en ese saludable y tradicional clase de rosa a la manera Inglesa, pero los hombres raramente (oh, más bien, nunca) se quedaban mudos en su presencia.

Hermione, sin embargo... bueno, era algo bueno que ella fuera una persona tan agradable. De lo contrario, habría sido imposible que fueran amigas.

Bueno, y que el hecho de que ella simplemente no pudiera bailar. Vals, contradanzas, minuetos, no importaba realmente. Si involucrara música y movimiento, Hermione no podía hacerlo.

Y eso era *estupendo*.

Lucy no se creía a sí misma una persona particularmente superficial, y habría insistido, si cualquiera le hubiese preguntado, en que voluntariamente se atravesaría delante de un carruaje por su más querida amiga, pero se sentía una clase de satisfacción imparcial en el hecho de que la muchacha más hermosa de Inglaterra tenía dos pies izquierdos, y que por lo menos uno de ellos era de palo.

Metafóricamente hablando.

Y ahora aquí estaba otro. Hombre, por supuesto, no pie. Guapo, también. Alto, aunque no demasiado, con un cálido cabello castaño y una sonrisa muy agradable. Y con un brillo en los ojos, de un color que no podía determinar en el borroso aire nocturno.

Sin mencionar que no podía *ver* sus ojos en realidad, porque él no la estaba mirándola a ella. Estaba mirando a Hermione, como lo hacían siempre todos los hombres.

Lucy sonrió educadamente, aunque no podía imaginar como podía él notarlo, y esperó a que se inclinara y se presentara a sí mismo.

Y entonces él hizo la cosa más asombrosa. Después de decir su nombre -debió haber sabido que era un Bridgerton con solo mirarlo- se inclinó y le besó *su* mano primero.

Lucy contuvo el aliento.

Luego, por supuesto, comprendió lo que él estaba haciendo.

Oh, era *bueno*. Era realmente bueno. Nada, pero *nada* haría que Hermione se fijara más rápidamente en un hombre, que ver que este le hacía un cumplido a Lucy.

Pero era muy malo para él, que el corazón de Hermione ya estuviera comprometido en otra parte.

Oh bueno. Sería muy divertido mirar toda la obra, por lo menos.

- Soy la Srta. Hermione Watson -estaba diciendo Hermione, y Lucy comprendió que las tácticas del Sr. Bridgerton eran doblemente diestras. Pues al besar la mano de Hermione en segundo lugar, podía demorarse más, y ella, realmente, sería la única que debía hacer las presentaciones.

Lucy estaba casi impresionada. Sin otra cosa más, eso lo marcaba ligeramente como más inteligente que la mayoría de

los caballeros.

- Y esta es mi más querida amiga -continuó Hermione-.
Lady Lucinda Abernathy.

Lo dijo de la manera en que siempre lo decía, con amor y devoción, y quizás con el toque más desnudo de desesperación, como si dijera: *Por la gracia de los cielos, échale a Lucy una mirada, también.*

Pero era claro que ellos nunca lo hacían. Excepto cuando querían un consejo sobre Hermione, y de cómo ganar su corazón. Cuando eso sucedía, Lucy era muy solicitada.

El Sr. Bridgerton -el Sr. Gregory Bridgerton, se corrigió Lucy mentalmente, porque allí había, hasta donde sabía, tres Señores Bridgertons en total, sin contar al vizconde, por supuesto- se volvió y la sorprendió con una brillante sonrisa y con ojos calurosos.

- Como le ha ido, Lady Lucinda -murmuró.

- Muy bien, gracias -y entonces, podría golpearse así misma porque realmente había tartamudeado la M *muchísimo*, pero por el amor de Dios, ellos nunca la miraban después de mirar a Hermione, *nunca*.

¿Será que él estaba interesado en ella?

No, imposible. Ellos nunca lo estaban.

Y en realidad, ¿eso que importaba? Por supuesto que sería algo muy bueno, que un hombre se enamorara loca y apasionadamente de ella esta vez. Realmente, no se *molestaría* por ese tipo de atenciones. Pero la verdad era, que Lucy prácticamente estaba comprometida con Lord Haselby y eso había sido así durante años y años, así que sería inútil tener a un admirador loco por ella. No era como si pudieran llegar a algo concreto.

Y además, seguramente Hermione no era culpable de haber nacido con la cara de un ángel.

Así que Hermione era la sirena, y Lucy era la amiga fiel, y de esa forma todo el mundo andaba bien. Y si no iba bien, por lo menos era bastante predecible.

- ¿Podemos contarlo a usted como uno de nuestros anfitriones? -preguntó Lucy finalmente, ya que nadie había dicho nada desde que habían terminado con el protocolo-. Es un placer conocerlo.

- Me temo que no -replicó el Sr. Bridgerton-. Aunque me gustaría mucho tomar algo de crédito en las festividades, yo tengo mi residencia en Londres.

- Es usted muy afortunado de tener a Aubrey Hall para su familia -dijo Hermione educadamente-. Aunque sea propiedad de su hermano.

Y allí fue cuando Lucy lo supo. El Sr. Bridgerton estaba encaprichado con Hermione. Que se olvidara que había besado su mano primero, o que la había mirado realmente cuando había dicho algo, lo cual la mayoría de los hombres nunca se molestaban en hacer. Uno solo tenía que ver la forma en la que él miraba a Hermione cuando le hablaba, para darse cuenta, que ahora era uno más de su legión de admiradores.

Sus ojos tenían esa expresión ligeramente empañada. Los labios separados. Y lucía tan concentrado, como si quisiera tomar a Hermione, salir corriendo con ella a cuestas, para mandar a la gente y a los modales al demonio.

En oposición a la forma en que la miraba a ella, que podía catalogarse fácilmente como desinteresadamente cortés. O quizás era una mirada del tipo: *¿Por qué estás atravesada en mi camino, impidiéndome así, tomar a Hermione en mis brazos y correr colina abajo con ella, para mandar a la gente y a los buenos modales al demonio?*

Eso no era exactamente decepcionante. No... era... no-decepcionante.

Debía haber una palabra para eso. En realidad, tenía que haberla.

- ¿Lucy? ¿Lucy?

Lucy comprendió con un poco de vergüenza que no le había prestado la debida atención a la conversación. Hermione la miraba con curiosidad, tenía la cabeza inclinada de esa manera tan suya, que los hombres siempre parecían encontrar tan agradable. Lucy había tratado de imitarla una vez. Y eso la había mareado.

- ¿Sí? -murmuró, ya que algún tipo de expresión verbal parecía ser necesaria.

- El Sr. Bridgerton me ha pedido un baile -dijo Hermione-, pero le he dicho que yo *no puedo*.

Hermione siempre fingía que tenía los tobillos torcidos o que tenía un resfriado para mantenerse fuera de la pista de baile. Lo cual también era muy bueno y excelente, pero ella siempre le pasaba a todos sus admiradores a Lucy. Lo cual había sido muy bueno y excelente al *principio*, pero se había convertido en algo tan común que Lucy había empezado a sospechar que ahora los caballeros pensaban, que eran dirigidos hacia ella por lastima, lo cual no podía haber estado más lejos de la verdad.

Lucy era, si lo decía de sí misma, una muy buena bailarina. Y también una excelente conversadora.

- Sería un placer bailar con Lady Lucinda -dijo el Sr. Bridgerton, porque, en realidad, ¿qué más podía decir?

Lucy sonrió, no completamente cordial, pero sin embargo era una sonrisa, y le permitió conducirla hacia el patio.



Capítulo 2

En el que nuestra heroína despliega una decidida falta de respeto por todas las cosas románticas.

Gregory era un perfecto caballero, y escondió muy bien su desilusión cuando le ofreció el brazo a Lady Lucinda y la acompañó a la pista de baile provisional. Ella era, estaba seguro, una joven absolutamente adorable y encantadora, pero no era la Srta. Hermione Watson.

Y él había esperado toda su vida para encontrarse con la Srta. Hermione Watson.

Pero aún así, esto *debería* ser considerado beneficioso para su causa. Lady Lucinda era claramente la mejor amiga de la Señorita Watson - la Srta. Watson había hablado efusivamente sin lugar a dudas sobre ella, durante su breve conversación, en la cual Lady Lucinda había mirado algo más allá de su hombro, sin escuchar aparentemente ni una palabra de lo dicho. Y con cuatro hermanas, Gregory sabía una cosa o dos sobre las mujeres, la más importante de las cuales era que siempre era una excelente idea, hacerse amigo de la amiga, si es que realmente *eran* amigas, y no solo mujeres que pretendían ser amigas y que solamente estaban esperando el momento perfecto para apuñalarse la una a la otra en las costillas.

Las mujeres eran criaturas misteriosas. Si pudieran aprender a decir lo que realmente querían decir, el mundo sería

de lejos un lugar más sencillo.

Pero la Srta. Watson y Lady Lucinda daban la total apariencia de amistad y devoción, que era un sueño hecho realidad caminar al lado de Lady Lucinda. Y si Gregory deseaba aprender más sobre la Señorita Watson, Lady Lucinda Abernathy era el lugar más obvio para empezar.

- ¿Lleva mucho tiempo como invitada en Aubrey Hall? - preguntó educadamente Gregory, mientras esperaban que la música empezara.

- Solo desde ayer -contestó ella-. ¿Y usted? No lo había visto en ninguna de las reuniones.

- He llegado esta noche -dijo él-. Después de la cena. -Hizo una mueca. Ahora que no estaba mirando a la Señorita Watson, recordó que tenía hambre.

- Usted debe estar hambriento -exclamó Lady Lucinda-. ¿Preferiría dar una vuelta por el patio en lugar de bailar? Prometo que podemos pasearnos por la mesa de los refrescos.

Gregory hubiera podido abrazarla.

- Usted, Lady Lucinda, es una joven valiosa.

Ella sonrió, pero con una sonrisa extraña, y él no podía interpretarla realmente. Era obvio que le había gustado su cumplido, de eso estaba seguro, pero allí había algo más, algo un poco triste, quizá un poco de resignación.

- Usted debe tener un hermano -dijo él.

- Lo tengo -le confirmó, sonriendo ante su deducción-. Es cuatro años mayor que yo, y siempre está hambriento. Estaré por siempre asombrada de que hayamos tenido alguna clase de comida en la despensa cuando él llegaba a casa de la escuela.

Gregory acomodó la mano en la curva de su codo, y juntos se dirigieron al perímetro del patio.

- Por aquí -dijo Lady Lucinda, dándole a su brazo un pequeño tirón cuando él trató de dirigirlos en sentido contrario

a las agujas del reloj-. A menos que usted prefiera los dulces.

Gregory sintió como su cara se iluminaba.

- ¿Hay bocadillos?

- Sándwiches. Son pequeños, pero están muy deliciosos, especialmente los de huevo.

Él asintió, un poco ausentemente. Había vislumbrado a la Srta. Watson por el rabillo del ojo, y era algo difícil concentrarse en nada más. Sobre todo al verla rodeada por hombres. Gregory estaba seguro de que ellos solo habían estado esperando que alguien alejara a Lady Lucinda de su lado, antes de dirigirse al ataque.

- Er, ¿Conoce a la Srta. Watson desde hace mucho? - preguntó él, intentando no ser demasiado obvio.

Hubo una ligera pausa y entonces dijo:

- Desde hace tres años. Estudiamos juntas donde la Srta. Moss. O más bien, ambas fuimos estudiantes. Completamos nuestros estudios más temprano, este año.

- ¿Debo asumir que planean hacer sus debuts en Londres esta primavera?

- Sí -contestó ella, haciendo señas hacia una mesa colmada de pequeños bocadillos-. Hemos pasado los últimos meses preparándonos. Es así como le gusta llamarlo a la madre de Hermione, el asistir a fiestas y a pequeñas reuniones.

- ¿Puliéndose? -preguntó él con una sonrisa.

Sus labios se curvaron como respuesta.

- Exactamente. Por ahora yo podría hacer las veces de un excelente candelero.

Él no pudo evitar sonreír.

- ¿Un simple candelero, Lady Lucinda? Por favor, no subestime su valor. Al menos usted debería ser una de esas

urnas plateadas extravagantes que todos parecemos necesitar últimamente en nuestros salones de estar.

- Entonces, soy una urna -dijo ella, casi pareciendo considerar la idea-. Me pregunto, ¿qué podría ser Hermione?

Una joya. Un diamante. Un diamante engastado en oro. Un diamante engastado en oro rodeado por...

Se forzó a detener la dirección de sus pensamientos. Podía realizar sus habilidades poéticas después, cuando no se esperara que él le pusiera fin a una conversación. Una conversación con una joven muy diferente.

- Le aseguro que no lo sé -dijo él ligeramente, mientras le ofrecía un plato-. Después de todo, apenas acabo de conocer a la Señorita Watson.

Lady Lucinda soltó un pequeño suspiro.

- Probablemente debería saber que ellas está enamorada de alguien más.

Gregory volvió su mirada a la mujer a la cual debía prestarle atención.

- ¿Discúlpeme?

Ella se encogió de hombros delicadamente, mientras colocaba unos bocadillos pequeños en su plato.

- Hermione. Está enamorada de alguien más. Pensé que usted querría saberlo

Gregory quedó sin resuello ante ella, y entonces, contra la última gota de su juicio, volvió la mirada hacia la Srta. Watson. Era el gesto más obvio y patético, pero no pudo evitarlo. El solo... Dios Santo, solo quería mirarla y mirarla y nunca detenerse. Si eso no era amor, no podía imaginarse lo que era.

- ¿Jamón?

- ¿Qué?

- Jamón. -Lady Lucinda le estaba ofreciendo un pequeño sándwich con un par de tenazas de servir. Su cara estaba moleestamente serena-. ¿Quiere uno? -le preguntó.

Él gruñó y le ofreció su plato. Y porque no podía apartarse del tema así como así, dijo rígidamente:

- Estoy seguro que eso no es de mi incumbencia.

- ¿Habla del sándwich?

- Sobre la Señorita Watson -soltó.

Aunque claro, no quería decir tal cosa. Hasta donde sabía, Hermione Watson era de su incumbencia, o por lo menos lo sería, muy pronto.

Estaba un poco desconcertado de que *ella* aparentemente no había sido golpeada por el mismo rayo que lo había golpeado a él. Nunca se le había ocurrido, que cuando se enamorara, su futura esposa no pudiera sentir lo mismo, y con la misma inmediatez, también. Pero por lo menos esa explicación -de que ella pensaba que estaba enamorada de alguien más- aliviaba su orgullo. Era mucho mejor pensar que ella estaba encaprichada con alguien más, que completamente indiferente a él.

Todo eso le haría comprender a ella, que quienquiera fuera ese otro hombre, no era el indicado.

Gregory no era tan presuntuoso como para creer que pudiera ganarse a cualquier mujer que viera, pero ciertamente nunca había tenido *dificultades* con el sexo más hermoso, y dada la naturaleza de la reacción de la Señorita Watson, era absolutamente inconcebible que sus sentimientos pudieran no ser recíprocos por mucho tiempo. Tendría que trabajar para ganarse su corazón y su mano, pero eso podría hacer que la victoria simplemente fuera más dulce.

O se dijo a sí mismo. La verdad era, que un rayo mutuo podría ser de lejos su menor problema.

- No se sienta mal -dijo Lady Lucinda, mientras levantaba su cuello para echarle un vistazo a los sándwiches, buscando, probablemente algo más exótico que el cerdo británico.

- No lo hago -ladró él, y luego esperó a que ella volviera su atención a él. Cuando lo hizo, dijo nuevamente-: No lo hago.

Ella se volvió, lo miró francamente y parpadeó.

- Bueno, eso es refrescante, debo decirle. La mayoría de los hombres se habrían vuelto locos.

Él frunció el ceño.

- ¿Qué quiere decir con que la mayoría de los hombres se habrían vuelto locos?

- Exactamente lo que dije -contestó ella, mirándolo con impaciencia-. Y si no se vuelven locos, se enfadan inexplicablemente. -Soltó un elegante resoplido-. Como si eso pudiera ser su culpa.

- ¿Culpa? -repitió Gregory, porque en realidad, le estaba costando mucho seguirla.

- Usted no es el primer caballero que imagina estar enamorado de Hermione -dijo ella, con una expresión bastante cansada-. Pasa todo el tiempo.

- Yo no me *imagino* enamorado... -se interrumpió, esperando que ella no notara la tensión en la palabra *imagino*. Buen Dios, ¿qué le estaba pasando? Solía tener sentido del humor. Incluso consigo mismo. Sobre todo con él.

- ¿De verdad? -parecía agradablemente sorprendida-. Bueno, eso es refrescante.

- ¿Por qué -preguntó él con los ojos entrecerrados-, es refrescante?

Ella se volvió.

- ¿Por qué está haciéndome tantas preguntas?

- No lo hago -protestó él, incluso aunque lo estaba haciendo.

Ella suspiró, entonces lo sorprendió absolutamente diciéndole:

- Lo siento.

- ¿Disculpe?

Le echó un vistazo al sándwich de ensalada de huevo en su plato, y luego a él, lo cual no encontró elogioso. Él normalmente estaba por encima de una ensalada de huevo.

- Pensé que usted deseaba hablar sobre Hermione -dijo ella-. Me disculpo si estaba equivocada.

Lo cual puso a Gregory en un completo dilema. Podría admitir que se había enamorado precipitadamente de la Srta. Watson, lo cual lo avergonzaría mucho, incluso a un romántico desesperado como él. O podría negarlo todo, lo cual ella claramente no creería. O podría hacer una concesión, y admitir que estaba algo encaprichado, lo cual normalmente podría utilizar como una mejor solución, excepto que con ello estaría insultando a Lady Lucinda.

Se había conocido con dos muchachas al mismo tiempo, después de todo. Y no se había enamorado precipitadamente de ella.

Pero como si pudiera leer sus pensamientos (lo cual francamente, lo asustaba) ondeó una mano y dijo:

- Le ruego que no se preocupe por mis sentimientos. Realmente estoy acostumbrada a esto. Como le dije, esto pasa *todo* el tiempo.

Corazón abierto, inserción de una daga sin punta. Torcedura.

- Sin mencionar -continuó ella alegremente-, que estoy prácticamente comprometida. -Y le dio un mordisco a su ensalada de huevo.

Gregory se preguntó que clase de hombre se ataría a una criatura tan extraña. No sentía lástima por el compañero, exactamente, solo... quería saber.

Lady Lucinda soltó un pequeño:

- ¡Oh!

Sus ojos siguieron a los de ella, hacia el lugar en donde había estado la Señorita Watson.

- Me pregunto a donde se ha ido ella -dijo Lady Lucinda.

Gregory se volvió inmediatamente hacia la puerta, esperando ver una última señal de ella antes de que desapareciera, pero ya se había ido. Eso era condenadamente frustrante. ¿Qué sentido tenía sentir una atracción tan loca, mala e inmediata, si no podía hacer nada sobre ella?

Y que no se olvidara que *todo* había sido unilateral. Buen Dios.

No estaba seguro de haber suspirado entre dientes, pero eso fue exactamente lo que hizo.

- Ah, Lady Lucinda, aquí está.

Gregory levantó la mirada para ver a su cuñada acercándose.

Y recordó que se había olvidado de ella. Kate no se ofendería; ella era fenomenalmente buena persona. Pero aún así, Gregory trataba de tener buenos modales con las mujeres de su familia.

Lady Lucinda le dio una cortesía bastante ligera.

- Lady Bridgerton.

Kate sonrió calurosamente a cambio.

- La Señorita Watson me ha pedido que le informe, que no se siente bien y que se ha retirado por toda la noche.

- ¿Lo ha hecho? Le dijo... Oh, no importa. -Lady Lucinda hizo un pequeño gesto con la mano, del tipo indiferente, pero

Gregory notó un poco de frustración en el gesto dibujado en las esquinas de su boca.

- Un resfriado, creo -agregó Kate.

Lady Lucinda le ofreció una breve inclinación.

- Sí -dijo, luciendo un poco menos afectada de lo que Gregory hubiera imaginado, dadas las circunstancias-. Eso debe ser.

- Y tú -continuó Kate, volviéndose hacia Gregory-, no has tenido ni siquiera la decencia de saludarme. ¿Cómo estás?

Él tomó sus manos, y las besó en un gesto de disculpa.

- Tardío.

- Lo sé. -Su cara asumió una expresión que no era de irritación, sino un poco exasperada-. De todos modos, ¿Cómo estás?

- Muy bien -sonrió abiertamente-. Como siempre.

- Como siempre -repitió ella, dándole una mirada que era una promesa clara de una futura interrogación-. Lady Lucinda -continuó Kate, su tono era considerablemente menos seco-. ¿Confío en que ha conocido al hermano de mi esposo, el Sr. Gregory Bridgerton?

- Por supuesto -contestó Lady Lucinda-. Estábamos admirando la comida. Los sándwiches están deliciosos.

- Gracias -dijo Kate, y luego agregó-. ¿Y Gregory le ha prometido un baile? No puedo prometerle música de calidad profesional, pero hemos logrado encontrar un cuarteto de cuerdas entre nuestros invitados.

- Lo hizo -contestó Lady Lucinda-. Pero lo liberé de su obligación para que pudiera mitigar su hambre.

- Usted debe tener hermanos -dijo Kate con una sonrisa.

Lady Lucinda miró a Gregory con una expresión ligeramente sobresaltada antes de contestar:

- Tengo uno.

Él se volvió hacia Kate.

- Le hice la misma observación un poco más temprano - explicó él.

Kate soltó una breve risa.

- Que coincidencia, con seguridad. -Se volvió hacia la joven dama y le dijo-: eso es muy bueno para entender el comportamiento de los hombres, Lady Lucinda. Uno nunca debe subestimar el poder de la comida.

Lady Lucinda la miró con los ojos bien abiertos.

- ¿Para obtener el beneficio de un humor agradable?

- Bueno, eso -dijo Kate, casi desenvueltamente-. Pero uno realmente no debe descontar sus usos para ganar una discusión. O simplemente para conseguir lo que se desea.

- Ella acaba de salir de las aulas de clases, Kate -la reprendió Gregory.

Kate lo ignoró y en su lugar le sonrió ampliamente a Lady Lucinda.

- Uno nunca es demasiado joven para adquirir habilidades importantes.

Lady Lucinda miró a Gregory, y después a Kate, y entonces sus ojos empezaron a chispear con humor.

- Entiendo porque muchos la admiran, Lady Bridgerton.

Kate sonrió.

- Es usted muy amable, Lady Lucinda.

- Oh, por favor, Kate -la cortó Gregory. Se volvió hacia Lady Lucinda y agregó-: Se quedará aquí toda la noche si sigue ofreciéndole sus cumplidos.

- No le preste atención -dijo Kate con una mueca-. Es joven y tonto, y no sabe lo que dice.

Gregory estuvo a punto de hacer otro comentario -no podía permitir que Kate saliera impune después de haber dicho eso- pero entonces, Lady Lucinda lo interrumpió.

- Le cantaré alabanzas alegremente el resto de la noche, Lady Bridgerton, pero creo que es el momento de que me retire. Debo ir a ver como está Hermione. Ella ha estado bajo el clima todo el día, y debo asegurarme que está bien.

- Por supuesto -contestó Kate-. Por favor, saludela de mi parte, y hágame saber si necesita algo. Nuestra Ama de Llaves dice ser una muy buena botánica, y siempre está mezclando sus pociones. Muchas de ellas funcionan. -Sonrió abiertamente, y la expresión era tan amistosa que Gregory comprendió al instante que aprobaba a Lady Lucinda. Eso significaba algo. Kate nunca había soportado a los necios, de ninguna manera.

- La acompañaré a la puerta -dijo él rápidamente. Era lo menos que podía hacer para ofrecerle su cortesía, y además, no iba a insultar a la mejor amiga de la Señorita Watson.

Se despidieron de Lady Bridgerton, y Gregory metió el brazo en la curva de su codo. Caminaron en silencio hacia la puerta del cuarto de dibujo, y Gregory dijo:

- ¿Puedo confiar en que pueda dirigirse a su cuarto desde aquí?

- Claro -contestó ella. Y entonces levantó la mirada -tenía los ojos azules, lo notó casi ausentemente- y preguntó:

- ¿Quiere que le transmita algún mensaje a Hermione de su parte?

Sus labios se separaron de sorpresa.

- ¿Por qué haría eso? -preguntó él, antes de poder medir su respuesta.

Ella solo se encogió de hombros y dijo:

- Usted es el menor de dos males, Sr. Bridgerton.

Quería pedirle desesperadamente que aclarara ese comentario, pero no podía hacerlo, teniendo en cuenta que la acababa de conocer, por ello se esforzó en mantener un semblante tranquilo, cuando dijo:

- Salúdela de mi parte, eso es todo.

- ¿De verdad?

Maldición, la expresión de su mirada era tan irritante.

- De verdad.

Ella se despidió con la más pequeña de las cortesías, y se marchó.

Gregory miró fijamente un rato, la puerta a través de la cual ella había desaparecido y luego regresó a la fiesta. Muchos de los invitados habían empezado a bailar, y llenaban el aire con más sonrisas, pero de algún modo la noche se había vuelto aburrida e inanimada.

La comida, decidió. Se comería otros veinte sándwiches diminutos y luego se iría a dormir.

Todo se aclararía por la mañana.

* * * * *

Lucy sabía que Hermione no tenía dolor de cabeza, y tampoco ninguna clase de dolor, no se sorprendió cuando la encontró sentada en la cama, mirando concentradamente lo que parecía ser una carta de cuatro páginas.

Escrita en una letra extremadamente compacta.

- Un lacayo me la entregó -dijo Hermione, sin siquiera mirarla-. Me dijo que llegó en el correo de hoy, pero se había olvidado de traerla más temprano.

Lucy suspiró.

- ¿Es del Señor Edmonds?

Hermione asintió con la cabeza.

Lucy cruzó el cuarto que estaba compartiendo con Hermione actualmente, y se sentó en la silla del tocador. Esta no era la primera carta que Hermione había recibido del Señor Edmonds, y Lucy sabía por experiencia que Hermione tendría que leerla dos veces, y luego una vez más para hacerle un análisis más profundo, y luego finalmente una última vez, solo para identificar cualquier significado oculto en el significado del saludo y el cierre de la misiva.

Lo que significaba que Lucy no tendría nada que hacer excepto examinarse las uñas durante por lo menos cinco minutos.

Y eso fue lo que hizo, no porque estuviera terriblemente interesada en sus uñas, ni porque fuera una persona particularmente paciente, sino porque conocía una situación inútil cuando la veía, y no vio ninguna razón para gastar energía en someter a Hermione a una conversación cuando estaba tan patentemente indiferente a lo que ella tuviera que decir.

Sin embargo, las uñas solo podían ocupar a una muchacha un rato, especialmente cuando estaban meticulosamente aseadas y cuidadas, por eso Lucy se puso de pies y caminó hacia el armario, observando ausentemente sus pertenencias.

- Oh, rayos -murmuró-. Odio cuando ella hace eso -su criada le había dejado un par de zapatos mal ubicados, con el izquierdo a la derecha, y el derecho a la izquierda, y aunque Lucy sabía que no había nada malo con eso, la ofendía de un modo extraño (y extremadamente ordenado) a sus sensibilidades, por eso enderezó el par de zapatillas, y luego se incorporó para inspeccionar su manualidad, después se puso las manos en las caderas y se dio la vuelta.

- ¿No has terminado aún? -le demandó.

- Ya casi -dijo Hermione, y casi parecía que sus palabras estuvieran descansando en el borde de sus labios todo el

tiempo, como si las hubiera preparado para soltarlas sobre Lucy cuando le hiciera una pregunta.

Se sentó nuevamente, enfadada. Esa era una escena que habían representado innumerables veces con anterioridad. O al menos cuatro veces.

Sí, Lucy sabía cuantas cartas había recibido exactamente Hermione del romántico Sr. Edmonds. Le habría gustado no saberlo; de hecho, estaba un poco irritada de que ese punto estuviera invadiendo un valioso espacio en su cerebro que podría haber sido utilizado para algo útil, como la botánica o la música, o cielo santo, incluso otra página de *De-Brett's*, pero desafortunadamente, el hecho era, que las cartas del Sr. Edmonds no eran más que un *evento*, y cuando Hermione tenía un evento, bueno, pues Lucy estaba forzada también a tenerlo.

Habían compartido un cuarto durante tres años en lo de la Srta. Moss, y como Lucy no tenía ninguna pariente femenina cercana, que pudiera ayudarla a relacionarse con la sociedad, la madre de Hermione había estado de acuerdo en patrocinarla, y por ello allí estaban, todavía juntas.

Lo cual en realidad era estupendo, salvo por el siempre presente (en espíritu, al menos) Sr. Edmonds. Lucy solo lo había visto una vez, pero *sentía* como si siempre estuviera allí, rodeándolas, haciendo que Hermione suspirara en extraños momentos y mirara un punto en la distancia como si estuviera componiendo un soneto de amor, para poder incluirlo en su siguiente respuesta.

- Eres consciente -dijo Lucy, aunque Hermione no había dado indicios de haber terminado con su lectura-, de que tus padres nunca te permitirán casarte con él.

Eso fue suficiente para lograr que Hermione bajara la carta, al menos un poco.

- Sí -dijo, con una expresión de irritación-. Ya me lo has dicho muchas veces.

- Él es un secretario -dijo Lucy.

- Ya lo sé.

- Un secretario -repitió Lucy, aunque habían tenido esa misma conversación muchas veces-. El secretario de tu *padre*.

Hermione había tomado la carta nuevamente, en un esfuerzo por ignorar a Lucy, pero finalmente se rindió y la bajó, confirmando las sospechas de Lucy de que hace mucho tiempo había terminado y estaba ahora en su primera, o posiblemente su segunda, releída.

- El Sr. Edmonds es un hombre bueno y honorable -dijo Hermione, con los labios fruncidos.

- Estoy segura que lo es -dijo Lucy-. Pero no puedes *casarte* con él. Tu padre es un vizconde. ¿Acaso crees que permitirá que su única hija se case con un secretario sin dinero?

- Mi padre me ama -murmuró Hermione, pero su voz no estaba precisamente llena de convicción.

- No estoy tratando de disuadirte de que hagas un mejor partido -empezó Lucy-. Pero...

- Eso es exactamente lo que estás intentando hacer -la cortó Hermione.

- En absoluto. Es solo que no veo por qué no puedes tratar de enamorarte de alguien que tus padres puedan aprobar.

La preciosa boca de Hermione dibujó una línea de frustración.

- Tú no entiendes.

- ¿Qué es lo que hay que entender? ¿No crees que tu vida pueda ser más fácil si te enamoras de alguien más conveniente?

- Lucy, nosotros no escogemos a la persona de la cual nos enamoramos.

Lucy cruzó los brazos.

- No veo por qué no.

Hermione dejó caer la boca literalmente.

- Lucy Abernathy -dijo-. Tú no entiendes nada.

- Sí -dijo Lucy secamente-. Ya lo habías mencionado.

- ¿Cómo crees que puede ser posible que una persona puede elegir de quien se enamora? -dijo Hermione apasionadamente, aunque no tan apasionadamente lo que la obligó a incorporarse de su posición semireclinada en la cama-. Uno no *escoge*. Solo pasa. En un instante.

- Ahora, *eso* yo no lo creo -contestó Lucy, y agregó, porque no pudo resistirse-: No en un instante.

- Bien, pues sucede -insistió Hermione-. Lo sé, porque a mí me sucedió así. Y no estaba *buscando* enamorarme.

- ¿No lo estabas haciendo?

- No. -Hermione la miró-. No lo estaba. Tenía todas las intenciones de encontrar un esposo en Londres. En verdad, ¿Quién hubiera esperado que yo encontraría a alguien en *Fenchley*?

Decir eso con esa clase de desdén, solo podría lograrlo un nativo Fenchleyan.

Lucy puso los ojos en blanco e inclinó la cabeza a un lado, esperando que Hermione siguiera con eso.

Lo cual Hermione no parecía apreciar.

- No me mires así -la cortó.

- ¿Cómo?

- *Así*.

- Te repito, ¿Cómo?

Toda la cara de Hermione se contrajo.

- Sabes exactamente que es lo que te estoy diciendo.

Lucy se golpeó con una mano en la cara.

- Oh -jadeó-. Luces *exactamente* como tu madre.

Hermione se retiró con la afrenta.

- Eso fue duro de tu parte.

- ¡Tu madre es encantadora!

- No cuando tiene toda la cara arrugada.

- Tu madre es encantadora aunque tenga la cara arrugada - dijo Lucy, intentando acabar con el asunto-. Ahora, ¿vas a hablarme del Sr. Edmonds o no?

- ¿Planeas burlarte de mí?

- Claro que no.

Hermione levantó las cejas.

- Hermione, te prometo que no me burlaré de ti.

Hermione todavía parecía dudosa, pero dijo:

- Muy bien. Pero si lo haces...

- *Hermione.*

- Como te dije -dijo ella, dándole a Lucy una mirada de advertencia-. No esperaba encontrar el amor. Ni siquiera sabía que mi padre había contratado a un nuevo secretario. Simplemente estaba caminando en el jardín, decidiendo que rosas deseaba cortar para la mesa, y entonces... *Lo vi.*

Dijo eso con suficiente drama para garantizar un rol en la escena.

- Oh, Hermione -suspiró Lucy.

- Dijiste que no te burlarías de mí -dijo Hermione, y apuntó con un dedo en su dirección, lo cual dejó a Lucy lo suficientemente fuera de rol, por lo que tuvo que tranquilizarse.

- Ni siquiera le vi la cara al principio -continuó Hermione-. Solo vi la parte de atrás de su cabeza, la manera en la que su cabello se rizaba en el cuello de su chaqueta. -Entonces

suspiró. Realmente suspiró mientras se volvía hacia Lucy con la más patética de las expresiones-. Y el color. Verdaderamente, Lucy, ¿has visto un color tan espectacularmente rubio?

Considerando el número de veces que Lucy había tenido que escuchar a los caballeros haciendo la misma declaración sobre el pelo de Hermione, pensó que era mejor no hacer ningún comentario.

Pero Hermione no lo hizo. Ni de cerca.

- Entonces él se volvió -dijo-. Y vi su perfil, y te juro que es como si hubiera escuchado música.

A Lucy le habría gustado señalar que el conservatorio Watson estaba localizado justo al lado del jardín de las rosas, pero contuvo su lengua.

- Y entonces él se volvió -dijo Hermione, con su voz creciendo suavemente y en los ojos esa expresión de *Estoy-memorizando-un-soneto-de amor*-. Y todo lo que pude pensar es: *Estoy arruinada*.

Lucy jadeó.

- No *digas* eso. Ni siquiera lo menciones.

La ruina no era la clase de cosas que una joven dama debía mencionar a la ligera.

- No arruinada de arruinada -dijo Hermione con impaciencia-. Cielo Santo, Lucy, estaba en el jardín de las rosas, ¿me has estado escuchando? Pero sabía, yo *sabía* que estaba arruinada para los demás hombres. Nunca habría otros para comparar.

- ¿Y supiste todo eso con solo verle la nuca? -preguntó Lucy.

Hermione le disparó una expresión sumamente irritada.

- Y su perfil, pero ese no es el punto.

Lucy esperó pacientemente por el punto, aunque estaba bastante segura de que no sería uno con el cual estaría de acuerdo. O probablemente ni siquiera lo entendería.

- El punto es -dijo Hermione, su voz era tan suave que Lucy tuvo que inclinarse para poder escucharla-, que posiblemente no puedo ser feliz con él. No es posible.

- Bien -dijo Lucy despacio, porque no estaba precisamente segura de cómo debía agregar *eso*-. Te ves feliz ahora.

- Eso es porque él está esperando por mí. Y -Hermione levantó la carta-, me dijo que me ama.

- Oh Dios -dijo Lucy para sí misma.

Hermione la debió haber escuchado, porque su boca se apretó, pero no dijo nada. Ambas se quedaron allí, en sus respectivos lugares, durante un completo minuto y entonces Lucy se aclaró la garganta y dijo:

- Ese agradable Sr. Bridgerton parecía estar interesado en ti.

Hermione se encogió de hombros.

- Él es el hijo más joven, pero creo que tiene una buena posición. Y ciertamente es de una excelente familia.

- Lucy, te dije que no estoy interesada.

- Bueno, él es muy guapo -dijo Lucy, quizás un poco más enfáticamente de lo que debía.

- Persíguelo, entonces -le replicó Hermione.

Lucy la miró sobresaltada.

- Tú sabes que no puedo. Estoy prácticamente comprometida con Lord Haselby.

- Prácticamente -le recordó Hermione.

- También podría ser oficial -dijo Lucy. Y era verdad. Su tío había discutido ese asunto con el Conde de Davenport, el padre del vizconde de Haselby, años atrás. Haselby tenía diez

años más que Lucy, y todos estaban esperando simplemente a que ella creciera.

Lo cual, se suponía ya había hecho. Seguramente la boda no estaría ahora demasiado lejana.

Y era un buen partido. Haselby era un compañero absolutamente agradable. No le hablaba como si fuera una idiota, parecía ser muy amable con los animales, y su apariencia era lo suficientemente agradable, aun cuando su pelo estaba comenzando a escasear. Claro, Lucy solo se había encontrado con su futuro esposo tres veces, pero todos sabían que las primeras impresiones eran sumamente importantes y normalmente daban en el blanco.

Además, su tío había sido su tutor desde que su padre había muerto hacia diez años, y aunque él no hubiera derramado todo su amor y afecto sobre ella y su hermano Richard, había cumplido su deber para con ellos, y los había criado bien, y Lucy sabía que era su deber obedecer a sus deseos y honrar los esponsales que había arreglado.

O prácticamente ordenado.

Realmente, no representaba mucha diferencia. Ella se iba a casar con Haselby. Todo el mundo lo sabía.

- Creo que lo utilizas a él como una excusa -dijo Hermione.

Lucy puso rígida su espina dorsal.

- ¿Discúlpame?

- Utilizas a Haselby como excusa -repitió Hermione, y su cara asumió una expresión tan elevada que a Lucy no le gustó ni un poco-. Es por eso que no permites que tu corazón se comprometa en otra parte.

- Y donde está esa otra parte, precisamente, ¿Dónde yo podría haber comprometido mi corazón? -le exigió Lucy-. ¡La temporada ni siquiera ha empezado!

- Quizás -dijo Hermione-. Pero hemos salido y nos hemos «pulido» como mi madre y tú insisten en llamarlo. No has estado viviendo debajo de una piedra, Lucy. Has conocido a un sinnúmero de hombres.

No había forma de señalarle que ninguno de esos hombres la había mirado cuando Hermione estaba cerca. Hermione intentaría negarlo, pero ambas sabían que solo iba a ser un esfuerzo por respetar los sentimientos de Lucy. Así que refunfuñó algo en su lugar entre dientes, que iba a hacer las veces de una respuesta, sin *ser* realmente una respuesta.

Hermione no dijo nada; solo miró a Lucy de esa forma arqueada que no solía utilizar con nadie más, y finalmente Lucy tuvo que defenderse.

- No es una excusa -dijo, mientras cruzaba los brazos, luego se puso las manos en las caderas cuando no se sintió bien-. En verdad, ¿Qué ganaría con eso? Sabes que voy a casarme con Haselby. Eso está planeado desde hace años.

Cruzó los brazos otra vez. Y luego los dejó caer. Finalmente se sentó.

- No es un mal partido -dijo Lucy-. Y con todo lo que le pasó a Georgiana Whiton, yo debería arrodillarme y besarle los pies a mi tío por arreglar una alianza aceptable.

Ese fue un momento de horror, que hizo que se diera un silencio casi reverente. Si hubieran sido católicas, habrían hecho la señal de la cruz.

- Pero por la gracia de Dios -dijo Hermione finalmente.

Lucy asintió despacio. Georgina se había casado con un setentón jadeante con gota. Y ni siquiera había sido un setentón con título y gota. Cielos Santos, al menos debió haber ganado un «Lady» antes de su nombre por ese sacrificio.

- Para que veas -terminó Lucy-. Haselby realmente no es tan malo. Es mejor que la mayoría, realmente.

Hermione la miró. Estrechamente.

- Bueno, si eso es lo que deseas, Lucy, sabes que te apoyaré abiertamente. Pero en cuanto a mí... -suspiró y sus ojos verdes asumieron esa mirada perdida que hacía que los hombres suspiraran-. Quiero algo más.

- Sé que lo quieres -dijo Lucy, intentando sonreír. Pero no podía ni siquiera imaginar como Hermione lograría sus sueños. En el mundo en el que ellas vivían, las hijas de los vizcondes, no se casaban con los secretarios de los vizcondes. Y por eso Lucy pensaba que tendría mucho más sentido ajustar los sueños de Hermione, que reformar el orden social. También, era más fácil.

Pero en ese momento estaba cansada. Y quería acostarse. Trabajaría en Hermione por la mañana. Empezando con ese guapo Sr. Bridgerton. Él podría ser perfecto para su amiga, y el cielo sabía que él estaba interesado.

Hermione volvería en sí. Lucy se aseguraría de eso.



Capítulo 3

En el que nuestro héroe se esfuerza muchísimo.

La siguiente mañana fue luminosa y clara, y cuando Gregory se dispuso a desayunar, su cuñada apareció a su lado, sonriendo débilmente, sin duda tramando algo.

- Buenos días -dijo ella, de lejos demasiado jovial y alegre.

Gregory asintió con la cabeza mientras se servía huevos en su plato.

- Kate.

- He pensado, que con este buen tiempo, podríamos organizar una excursión al pueblo.

- ¿Para comprar cintas y lazos?

- Exactamente -contestó ella-. Pienso que es importante apoyar a los tenderos locales, ¿no te parece?

- Claro -murmuró-. Aunque recientemente no me he encontrado necesitado de cintas y lazos.

Kate parecía no notar su sarcasmo.

- Todas las jóvenes tienen un poco de dinero para su uso personal y no tienen un lugar en donde gastarlo. Si no las envío al pueblo, creo que se atreverán a crear un establecimiento de juego en el salón rosa.

Eso sería algo que a él, le gustaría ver.

- Y -continuó Kate muy determinada-, si las envío al pueblo, tendré que enviarlas con acompañantes.

Cuando Gregory no le respondió lo suficientemente rápido, ella repitió:

- *Con acompañantes.*

Gregory se aclaró la garganta.

- ¿Debo asumir que estás pidiéndome que camine en el pueblo esta tarde?

- Esta mañana -le aclaró ella-. Y, como pensé en emparejarlos a todos, y, como tú eres un Bridgerton y eres mi caballero favorito de todo el grupo, pensé que podría preguntarte si había alguien con quien quisieras ser emparejado.

Kate no era más que una emparejadora, pero en ese caso Gregory decidió que debía agradecerle sus tendencias entrometidas.

- De hecho -empezó él-. Hay...

- ¡Excelente! -lo interrumpió Kate, aplaudiendo con alegría-. Será Lucy Abernathy.

Lucy Aber...

- ¿Lucy Abernathy? -repitió él, atontado-. ¿Lady Lucinda?

- Sí, ustedes dos se veían tan compenetrados ayer en la noche, y debo decirte, Gregory, que ella me gusta muchísimo. Dice que está prácticamente comprometida, pero yo opino que...

- Yo no estoy interesado en Lady Lucinda -la cortó, decidiendo que sería muy peligroso esperar que Kate recobrará el aliento.

- ¿No lo estás?

- No. No lo estoy. Yo... -se inclinó, aunque ellos eran las únicas dos personas en el salón del desayuno. De algún modo

parecía extraño, y sí, un poco avergonzado de gritarlo a los cuatro vientos-. Hermione Watson -dijo con voz queda-. Me gustaría ser la pareja de la Señorita Watson.

- ¿En serio? -Kate no parecía exactamente defraudada, más bien lucía un poco resignada. Como si hubiera escuchado eso antes. Repetidamente.

Maldición.

- Sí -le respondió Gregory, y sentía como una enorme ola de irritación lo invadía. Primero por Kate, porque, bueno, ella estaba allí, y él se había enamorado desesperadamente y todo lo que ella podía decir era: ¿En serio? Pero entonces comprendió que había estado molesto toda la mañana. No había dormido bien la noche anterior; no había podido dejar de pensar en Hermione y la inclinación de su cuello, el verde de sus ojos, el suave ritmo de su voz. Él nunca -nunca- había reaccionado a una mujer de esa manera, y aunque estaba de algún modo aliviado de haber encontrado finalmente a la mujer que planeaba convertir en su esposa, estaba un poco desconcertado de que ella no hubiera tenido la misma reacción hacia él.

Solo el cielo sabía que había soñado con ese momento antes. Siempre había pensado en encontrar su verdadero amor, ella siempre había flotado en sus pensamientos, sin nombre, sin cara. Pero ella siempre había sentido la misma gran pasión. No lo había enviado a bailar con su mejor amiga, por el amor de Dios.

- Será Hermione Watson, entonces -dijo Kate, exhalando en esa forma en que las mujeres lo hacían cuando querían decirte algo que no podías posiblemente empezar a entender incluso si ellas habían elegido traducirlo al español, lo cual, por supuesto, no hacían.

Era Hermione Watson. Sería Hermione Watson.

Pronto.

Quizás esa misma mañana.

* * * * *

- ¿Crees que hay algo que comprar en el pueblo aparte de cintas y lazos? -Le preguntó Hermione a Lucy mientras se ponían los guantes.

- Pues eso espero -respondió Lucy-. Todo el mundo hace esto en las casas de fiesta, ¿no te parece? Nos envían afuera con nuestro dinero personal para comprar cintas y lazos. En este momento podría decorar toda una casa. O por lo menos, una pequeña cabaña de paja.

Hermione sonrió juguetonamente.

- Donaré las mías a la causa, y juntas remodelaremos una... -se detuvo, pensando, luego sonrió-. ¡Una enorme cabaña de paja!

Lucy sonrió abiertamente. Había algo tan *leal* sobre Hermione. Nadie lo había visto, por supuesto. Nadie se molestaba nunca en mirar más allá de su cara. Aunque, Hermione raramente compartía lo suficiente de ella con alguno de sus admiradores como para que comprendieran lo que estaba detrás de su hermoso exterior. Y no es que fuera tímida, precisamente, aunque definitivamente no era tan extrovertida como Lucy. Más bien, Hermione era una solitaria. Simplemente no le importaba compartir sus pensamientos y opiniones con las personas que no conocía.

Y eso volvía locos a los caballeros.

Lucy echó un vistazo al exterior de la ventana mientras entraban a uno de los muchos salones de Aubrey Hall. Lady Bridgerton les había dicho que llegaran a las once en punto.

- Al menos no parece que fuera a llover -dijo ella. La última vez que las habían enviado por cursilerías había llovido en todo el camino de regreso a casa. Las ramas de un árbol los había mantenido ligeramente secos, pero sus botas habían

estado a punto de arruinarse. Y Lucy había estornudado durante una semana.

- Buenos días, Lady Lucinda, Señorita Watson.

Era Lady Bridgerton, su anfitriona, entrando al cuarto de esa forma segura que la caracterizaba. Su cabello oscuro estaba estirado hacia atrás, y sus ojos brillaban con aguda inteligencia.

- Estoy encantada de verlas -dijo-. Son las últimas damas en llegar.

- ¿Lo somos? -preguntó Lucy, horrorizada. Odiaba llegar tarde-. Lo siento mucho. ¿No nos había dicho que era a las once?

- Oh querida, no quise molestarla -dijo Lady Bridgerton-. En realidad le dije a las once. Lo que pasa es que pensé en enviarlos a todos por turnos.

- ¿Por turnos? -repitió Hermione.

- Sí, es mucho más entretenido de esa manera, ¿no les parece? Tengo ocho damas y ocho caballeros. Si los hubiera enviado a todos de una vez, sería imposible mantener una conversación apropiada. Por no mencionar la anchura del camino. Odiaría que se tropezaran los unos sobre otros.

Había algo que decir sobre la seguridad en números, pero Lucy se guardó sus pensamientos. Lady Bridgerton claramente tenía alguna clase de agenda, y como Lucy había decidido que admiraba mucho a la vizcondesa, estaba muy curiosa por el resultado.

- Señorita Watson, usted será la pareja del hermano de mi esposo. ¿Creo que usted lo conoció anoche?

Hermione asintió cortésmente.

Lucy sonrió para sí misma. El Señor Bridgerton había sido un hombre ocupado esa mañana. Bien hecho.

- Y usted, Lady Lucinda -continuó Lady Bridgerton-. Será acompañada por el Señor Berbrooke. -Sonrió débilmente, como si se estuviera disculpando-. Él es casi un pariente -agregó-, y, ah, un agradable compañero.

- ¿Un pariente? -repitió Lucy, ya que no estaba segura de cómo debía responderle al atípico tono de duda de Lady Bridgerton-. ¿Casi?

- Sí. La hermana de la esposa del hermano de mi esposo, está casada con su hermano.

- Oh. -Lucy mantuvo su parca expresión-. ¿Entonces son familiares?

Lady Bridgerton sonrió.

- Me agrada, Lady Lucinda. Y en cuanto a Neville... bueno, estoy segura que lo encontrará entretenido. Ah, aquí está. ¡Neville! ¡Neville!

Lucy observó como Lady Bridgerton se movía para saludar al Señor Neville Berbrooke en la puerta. Ellos ya habían sido presentados, por supuesto; todos los invitados habían sido presentados en la casa de fiestas. Pero Lucy aún no había conversado con el Sr. Berbrooke, y ni siquiera lo había visto de cerca. Parecía ser un compañero afable, más bien de una apariencia jovial, con el cutis rojo y una mata de cabello rubio.

- Hola, Lady Bridgerton -dijo él, chocando de algún modo con la pata de la mesa mientras entraba al cuarto-. Excelente desayuno el de esta mañana. Sobre todo los salmones curados.

- Gracias -contestó Lady Bridgerton, observando nerviosamente al jarrón chino que ahora se balanceaba en la cima de la mesa-. Estoy segura que recuerda a Lady Lucinda.

Ambos murmuraron sus saludos, y luego el Sr. Berbrooke dijo:

- ¿Le gusta el salmón?

Lucy miró primero a Hermione, y luego a Lady Bridgerton para que le diera alguna guía, pero también parecía igual de confundida que ella, por eso solo dijo:

- Er... ¿Sí?

- ¡Excelente! -exclamó él-. Digo, ¿es una golondrina de mar la que está asomada fuera de la ventana?

Lucy pestañeó. Miró a Lady Bridgerton, solo para darse cuenta que la vizcondesa no hacía contacto visual.

- Una golondrina de mar dice usted -murmuró Lucy finalmente, ya que no sabía cuál podía ser la respuesta más conveniente. El Sr. Berbrooke había deambulado hacia la ventana, por eso ella se unió a él. Se asomó afuera. No podía ver a ningún pájaro.

Mientras tanto, por el rabillo del ojo podía ver que el Sr. Bridgerton había entrado al salón, y estaba haciendo todo lo posible por encantar a Hermione. Cielo Santo, ¡el hombre tenía una hermosa sonrisa! Incluso con dientes blancos, y la expresión se extendía a sus ojos, a diferencia de la mayoría de los jóvenes aristócratas aburridos que Lucy había conocido, el Sr. Bridgerton sonreía de verdad.

Lo cual tenía sentido, por supuesto, ya que le estaba sonriendo a Hermione, de la cual estaba obviamente encaprichado.

Lucy no podía escuchar lo que estaban diciendo, pero fácilmente reconoció la expresión en la cara de Hermione. Cortés, claro, ya que Hermione nunca sería mal educada. Y quizás nadie más podía verlo, pero Lucy quien conocía tan bien a su amiga, notaba que lo único que estaba haciendo era tolerar las atenciones del Sr. Bridgerton, aceptando sus cumplidos con un asentimiento y una sonrisa mientras su mente estaba lejos, lejos en otra parte.

Por eso, maldijo al Sr. Edmonds.

Lucy apretó los dientes mientras pretendía buscar a las golondrinas de mar, asomadas o lo que sea, con el Sr. Berbrooke. No tenía ninguna razón para creer que el Sr. Edmonds no fuera un hombre bueno, pero la realidad era, que los padres de Hermione nunca aceptarían la unión, y aunque Hermione pensaba que podía vivir felizmente con el sueldo de un secretario, Lucy estaba segura de que una vez marchitada la primera flor del matrimonio, Hermione sería miserable.

Ella podía hacerlo *muchísimo* mejor. Era obvio que Hermione podía casarse con cualquiera. Cualquiera. No necesitaría esforzarse. Podía ser la reina de la *ton* si lo deseaba.

Lucy miró al Sr. Bridgerton, asintiendo y manteniendo un oído puesto sobre el Sr. Berbrooke, quien había regresado a su asunto sobre los salmones curados. El Sr. Bridgerton era perfecto. No poseía un título, pero Lucy no era tan cruel como para pensar que Hermione tenía que casarse con alguien que tuviera el más alto rango disponible. Es solo que no podía casarse con un secretario, por el amor de Dios.

Además, el Sr. Bridgerton era extremadamente guapo, con un oscuro pelo castaño y preciosos ojos color avellana. Y su familia parecía ser perfectamente agradable y razonable, lo cual Lucy pensaba, era un punto a su favor. Cuando uno se casa con un hombre, en realidad, se casa con su familia.

Lucy no podía imaginar a un mejor esposo para Hermione. Bueno, suponía que no se quejaría si el Sr. Bridgerton fuera el siguiente en la línea de un marquesado, pero en realidad, uno no podía tenerlo todo. Y lo más importante, es que estaba segura que podía hacer feliz a Hermione, incluso si ella aún no lo había comprendido.

- Haré que eso suceda -dijo.

- ¿Eh? -dijo el Sr. Berbrooke-. ¿Ha encontrado al pájaro?

- Allí -dijo Lucy, apuntando hacia un árbol.

Él se apoyó hacia delante.

- ¿De verdad?

- ¡Oh, Lucy! -Se escuchó la voz de Hermione.

Lucy se volvió.

- ¿Podemos irnos? El Sr. Bridgerton esta deseoso de ponerse en camino.

- Estoy a su servicio, Señorita Watson -dijo el hombre en cuestión-. Partiremos cuando usted lo disponga.

Hermione le dio una mirada a Lucy que claramente decía que *ella* estaba deseosa de ponerse en camino, por eso Lucy dijo:

- Entonces, partamos -y tomó el brazo que le ofreció el Sr. Berbrooke y dejó que la condujera hacia el frente del camino, logrando solo gemir una vez, aunque se aplastó el dedo del pie tres veces solo el cielo sabía por qué, pero de algún modo, incluso con una buena y enorme extensión de césped, el Sr. Berbrooke lograba encontrar cada raíz de árbol, piedra y bache, y la llevaba directamente hacia ellos.

¡Rayos!

Lucy se preparó mentalmente para sus posibles lesiones. Iba a ser una excursión dolorosa. Pero productiva. Cuando regresaran a casa, Hermione estaría al menos un poco intrigada por el Sr. Bridgerton.

Lucy se encargaría de eso.

* * * * *

Si Gregory había tenido dudas sobre la Srta. Hermione Watson, se desvanecieron en el momento en que puso la mano en la curva de su codo. Había una rectitud en eso, una extraña y mística sensación de dos partes que se convertían en una. Ella encajaba perfectamente a su lado. *Ellos* encajaban.

Y él la deseaba.

Ni siquiera era deseo. Era algo extraño, en realidad. No estaba sintiendo nada tan vulgar como el deseo corporal. Era algo más. Algo interior. Simplemente deseaba que fuera suya. Quería mirarla, y saber. Saber si ella llevaría su nombre, a sus hijos, y lo miraría amorosamente cada mañana sobre una taza de chocolate.

Quería decirle todo lo que sentía, compartir sus sueños, pintar un cuadro sobre su vida juntos, pero no era un tonto, y entonces simplemente dijo, mientras la guiaba por el camino:

- Luce excepcionalmente encantadora esta mañana, Señorita Watson.

- Gracias -dijo ella.

Y luego no dijo nada más.

Él se aclaró la garganta.

- ¿Durmió bien?

- Sí, gracias -dijo ella.

- ¿Está disfrutando de su estancia?

- Sí, gracias -dijo ella.

Era cómico, pero siempre había pensado que la conversación con la mujer que se casaría simplemente sería un poco más espontánea.

Se recordó, que ella aún se creía enamorada de otro hombre. Alguien inapropiado, según lo que había comentado Lady Lucinda la noche anterior. Cómo lo había llamado ella, ¿el menor de dos males?

Miró hacia delante. Lady Lucinda estaba tropezando con algo que estaba frente a al brazo de Neville Berbrooke quien nunca había aprendido a ajustar sus andares a los de una dama. Parecía estar soportándolo bastante bien, aunque pensó que podría haber escuchado un pequeño lamento de dolor en un momento dado.

Le dio a su cabeza un sacudón mental. Eso probablemente había sido un pájaro. ¿Acaso Neville no había dicho que había visto a una bandada de ellos a través de la ventana?

- ¿Ha sido amiga de Lady Lucinda durante mucho tiempo?
-Le preguntó a la Srta. Watson. Conocía la respuesta, por supuesto; Lady Lucinda se lo había dicho la noche anterior. Pero no podía pensar en otra cosa que preguntar. Y necesitaba encontrar una pregunta, cuya respuesta por parte de ella no fuera un: *sí, gracias* o *no, gracias*.

- Tres años -contestó la Srta. Watson -. Ella es mi mejor amiga. -Y su rostro finalmente se vio un poco animado cuando dijo-: Debemos alcanzarlos.

- ¿Al Sr. Berbrooke y a Lady Lucinda?

- Sí -dijo ella con una firme inclinación-. Sí, debemos hacerlo.

La última cosa que Gregory quería era malgastar su precioso tiempo a solas con la Srta. Watson, pero en su lugar, le pidió al Sr. Berbrooke que los esperara. Este lo hizo, deteniéndose tan de repente, que hizo que Lady Lucinda se chocara literalmente con él.

Ella soltó un grito de sobresalto, pero a pesar de todo eso estaba ilesa.

Sin embargo, la Señorita Watson se aprovechó del momento, soltó la mano de su codo y corrió hacia delante.

- ¡Lucy! -clamó-. Oh, queridísima Lucy, ¿estás herida?

- No -contestó Lady Lucinda, pareciendo un poco confundida por el nivel extremo de preocupación de su amiga.

- Debo tomarte del brazo -declaró la Srta. Watson, mientras enganchaba su codo en el de Lady Lucinda.

- ¿Debes? -repitió Lady Lucinda, apartándose. O quizás, intentando hacerlo-. No, de veras, no es necesario.

- Insisto.

- Eso no es necesario -repitió Lady Lucinda, y Gregory deseó poder ver su cara, porque eso sonaba como si estuviera apretando los dientes.

- Ja ja -se escuchó a Berbrooke-. Quizás yo deba tomar su brazo, Bridgerton.

Gregory lo miró a la cara.

- *No*.

Berbrooke parpadeó.

- Era un chiste, ya sabe.

Gregory luchó contra el impulso que tenía de suspirar y de algún modo logró decir:

- Lo sé. -Conocía a Neville Berbrooke desde que ambos habían estado en pañales, y normalmente tenía más paciencia con él, pero ahora mismo lo único que quería era ponerle un bozal.

Mientras tanto, las dos muchachas estaban discutiendo por algo, en tonos tan bajos que Gregory no podía esperar escuchar lo que estaban diciendo. Y no es que él hubiera podido entender su idioma, incluso si estuvieran gritando; eso era claramente algo que lo confundía de las mujeres. Lady Lucinda aún estaba pegada a su brazo, y la Señorita Watson simplemente se negaba a soltarla.

- Ella está lastimada -dijo Hermione, volviéndose y batiendo sus pestañas.

¿Batiendo sus pestañas? ¿Había elegido *ese* momento para coquetear?

- No lo estoy -replicó Lucy. Se volvió hacia los dos caballeros-. No lo estoy -repitió-. En lo más mínimo. Deberíamos continuar.

Gregory no podía decidir si estaba divertido o insultado por todo el espectáculo. La Señorita Watson claramente no deseaba que él fuera su acompañante, y mientras a algunos

hombres les gustaban sufrir por lo inalcanzable, él siempre había preferido que sus mujeres fueran sonrientes, amistosas y bien dispuestas.

Sin embargo, la Srta. Watson se volvió y él pudo ver su nuca (¿qué era eso de su nuca?). Se sintió nuevamente hundido, sintió ese loco amor que lo había capturado la noche anterior, y se dijo que no debía perder su corazón. Ni siquiera llevaban un día de conocerse; ella simplemente necesitaba tiempo para conocerlo. Su hermano Colin, por ejemplo, había conocido a su esposa durante años antes de comprender que estaban destinados a estar juntos.

Y no es que Gregory planeara esperar años y años, pero eso, ponía a la situación actual en una buena perspectiva.

Un rato después, fue claro que la Srta. Watson no accedería, y ambas mujeres caminarían agarradas de los brazos. Gregory se puso al paso de la Señorita Watson, mientras Berbrooke andaba, en algún lugar cercano a Lady Lucinda.

- Usted debería decirnos que se siente, al ser parte de una familia tan grande -dijo Lady Lucinda, inclinándose hacia delante y hablando al lado de la Srta. Watson -. Hermione y yo tenemos cada una, un hermano.

- Yo tengo tres -dijo Berbrooke-. Todos somos hombres. Excepto por mi hermana, por supuesto.

- Es... -Gregory estaba a punto de dar su respuesta usual, de que era algo que lo volvía loco y lo enfadaba, y que normalmente era muy problemático, pero entonces, de algún modo la verdad más profunda se resbaló de sus labios, y se encontró diciendo:

- En realidad, es muy cómodo.

- ¿Cómodo? -repitió Lady Lucinda-. Es una intrigante elección de palabras.

Miró más allá de la Srta. Watson, para verla observándolo con esos curiosos ojos azules.

- Sí -dijo él lentamente, dejando que sus pensamientos se ordenaran antes de contestar-: Pienso que es muy cómodo tener una familia. Es un sentimiento de... *complicidad*, supongo.

- ¿Qué quiere decir? -preguntó Lucy, y parecía sinceramente muy interesada.

- Sé que ellos están allí -dijo Gregory-. Y si alguna vez estoy en problemas, o simplemente necesito una buena conversación, siempre puedo ir con ellos.

Y eso era cierto. Nunca había pensado realmente en ello con tantas palabras, pero era verdad. No era tan cercano a sus hermanos como ellos lo eran entre sí, pero eso era algo natural, dada la diferencia de edad. Cuando ellos habían sido hombres ciudadanos, él había estado estudiando en Eton. Y ahora ellos tres estaban casados, y tenían sus propias familias.

Pero aún así, sabía que si los necesitaba, o a una de sus hermanas si era el caso, solo tenía que pedirselos.

Nunca lo había hecho, claro. No para algo importante. O incluso para la cosa más insignificante. Pero sabía que podía. Era más de lo que la mayoría de los hombres tenían en este mundo, más de lo que la mayoría de los hombres podrían tener.

- ¿Sr. Bridgerton?

Él parpadeó. Lady Lucinda estaba mirándolo un poco desconcertada.

- Mis disculpas -murmuró-. Estaba divagando, supongo. - Le ofreció una sonrisa y una inclinación de cabeza, y luego volvió la mirada hacia la Srta. Watson que, estaba sorprendido de ver, también se había vuelto hacia él. Sus ojos parecían enormes en su rostro, claros y deslumbrantemente verdes, y por un momento sintió casi una conexión eléctrica. Ella sonrió,

solo un poco, con un toque de turbación por haber sido sorprendida, luego apartó la mirada.

El corazón de Gregory saltó.

Y entonces Lady Lucinda habló de nuevo.

- Eso es exactamente lo que siento por Hermione -dijo-. Ella es mi hermana de corazón.

- La Señorita Watson es en verdad, una dama excepcional -murmuró Gregory, y luego agregó-: Como, claro, lo es usted.

- Ella es una acuarelista extraordinaria -dijo Lady Lucinda.

Hermione se ruborizó hermosamente.

- *Lucy*.

- Pero lo eres -insistió su amiga.

- A mi me gusta pintar -dijo Neville Berbrooke en un tono jovial-. Aunque, siempre arruino mis camisas, cada vez que lo hago.

Gregory lo miró sorprendido. Entre su conversación extrañamente reveladora con Lady Lucinda, y la mirada que había compartido con la Srta. Watson, se había olvidado que Berbrooke estaba con ellos.

- Mi mozo se ha revelado por eso -continuó Neville, pasando a lo largo-. No se por qué no pueden hacer pintura que pueda sacarse del lino. -Se detuvo, aparentemente concentrado en un pensamiento-. O de la lana.

- ¿Le gusta pintar? -le preguntó Lady Lucinda a Gregory.

- No tengo talento para eso -admitió él-. Pero mi hermano es un artista de renombre. Dos de sus pinturas están colgadas en la Galería Nacional.

- ¡Oh, eso es maravilloso! -exclamó ella. Se volvió hacia la Srta. Watson -. ¿Escuchaste eso, Hermione? Debes pedirle al Sr. Bridgerton que te presente a su hermano.

- No desearía incomodarlo, Sr. Bridgerton -dijo ella con gravedad.

- No sería ninguna molestia -dijo Gregory, sonriéndole-. Estaría encantado de presentarlos, y a Benedict siempre le ha gustado hablar sobre arte. Raramente puedo seguir su conversación, pero él siempre parece bastante animado.

- Lo ves -señaló Lucy, palmeando el brazo de Hermione-. Tú y el Sr. Bridgerton tienen algo en común.

Incluso Gregory pensó que eso había sido un poco exagerado, pero no lo comentó.

- Terciopelo -declaró Neville de repente.

Tres cabezas se volvieron hacia su dirección.

- ¿Perdón? -murmuró Lady Lucinda.

- Ese es el peor -dijo él, asintiendo con gran vigor-. Es muy difícil sacarle la pintura, quiero decir.

Gregory solo podía ver la parte de atrás de su cabeza, pero podía imaginarla pestañeando cuando dijo:

- ¿Usted se viste de terciopelo mientras pinta?

- Solo si hace frío.

- Qué... único.

La cara de Neville se iluminó.

- ¿Lo cree? Siempre he querido ser único.

- Usted lo es -dijo ella, y Gregory no escuchó nada más que certeza en su voz-. Lo más seguro es que lo sea, Sr. Berbrooke.

Neville sonrió de oreja a oreja.

- Único. Me gusta eso. Único. -Sonrió nuevamente, probando la palabra en sus labios-. Único. *Único*. Uuuuuu-niiiiiiiiii-coooooooooo.

Los cuatro continuaron su camino hacia el pueblo en un agradable silencio, puntuado por los ocasionales esfuerzos de Gregory de atraer a la Srta. Watson a una conversación. A veces tenía éxito, pero la mayoría de las veces, era Lady Lucinda quien terminaba charlando con él. Lo hacía, cuando no estaba tratando de instigar a la Srta. Watson a que participara en la conversación.

Y todo el tiempo Neville parloteó, charlando consigo mismo, en su mayoría sobre sus recién descubiertas singularidades.

Por fin, pudieron vislumbrar las casas de familia del pueblo. Neville declaró para sí mismo que estaba singularmente hambriento, y lo que sea que eso significaba, entonces Gregory guió al grupo al Venado Blanco, una posada local en la que se servía comida sencilla, pero siempre muy deliciosa.

- Deberíamos hacer un picnic -sugirió Lady Lucinda-. ¿No sería maravilloso?

- Excelente idea -exclamó Neville, mirándola fijamente como si fuera una diosa. Gregory estaba un poco sorprendido por el fervor de su expresión, aunque Lady Lucinda parecía no darse cuenta.

- ¿Usted que opina, Srta. Watson? -preguntó Gregory. Pero la dama en cuestión estaba perdida en sus pensamientos, con los ojos desenfocados, como si permanecieran fijos en una pintura sobre la pared.

- ¿Srta. Watson? -repitió él, y entonces cuando logró llamar su atención finalmente, dijo:- ¿Le importaría que hiciéramos un picnic?

- Oh. Sí, eso sería estupendo. -Y volvió a mirar fijamente un punto en el espacio, con los labios perfectos curvados en una expresión nostálgica y casi anhelante.

- Excelente trabajo, Sr. Bridgerton -dijo Lady Lucinda-. ¿No estás de acuerdo, Hermione?

- Sí, por supuesto.

- Espere a que traiga el pastel -dijo Neville mientras mantenía la puerta abierta para que las señoras pasaran-. Siempre como pastel.

Gregory envolvió la mano de la Srta. Watson en la curva de su brazo antes de que ella pudiera escaparse.

- Pedí una selección de comidas -dijo él en voz queda-. Espero que algo de lo que pedí, sea de su agrado.

Ella levantó la mirada hacia él y pudo sentirlo de nuevo, el aire salió a chorros de su cuerpo y se perdió en sus ojos. Y sabía que ella lo sentía, también. ¿Cómo no podía notarlo, cuando él se sentía como si sus piernas no pudieran sostenerlo?

- Estoy segura que será estupenda -dijo ella.

- ¿Le gustan los dulces?

- Me encantan -admitió ella.

- Entonces está de suerte -dijo Gregory-. El Sr. Gladis ha prometido incluir un poco de pastel de grosella de su esposa, el cual es muy famoso en este distrito.

- ¿Pastel? -Neville se irguió visiblemente. Se volvió hacia Lady Lucinda-. ¿Ha dicho que nos van a servir pastel?

- Creo que sí -contestó ella.

Neville suspiró con placer.

- ¿Le gusta el pastel, Lady Lucinda?

La indirecta más desnuda de exasperación invadió sus rasgos cuando le preguntó:

- ¿Qué clase de pastel, Sr. Berbrooke?

- Oh, cualquier pastel. Dulces, sabrosos, de frutas, de carne.

- Bueno... -se aclaró la garganta, volviendo su mirada alrededor como si las casas y los árboles, pudieran ofrecerle alguna guía-. Yo... ah... Supongo que me gustan la mayoría de los pasteles.

Y ese fue el minuto en el que Gregory estuvo bastante seguro de que Neville se había enamorado.

Pobre Lady Lucinda.

Caminaron a través de la vía principal hacia un campo herboso, y Gregory abrió las mantas, allanándolas en el suelo. Lady Lucinda, con lo inteligente que era, se sentó primero, y luego le hizo señas a Neville para que se sentara a su lado, y con eso garantizó que Gregory y la Srta. Watson estuvieran obligados a compartir el otro pedazo de tela.

Y entonces Gregory puso todo su empeño en conquistar su corazón.



Capítulo 4

En el cual nuestra heroína ofrece su consejo, nuestro héroe lo toma, y todos comen mucho pastel.

Él estaba haciéndolo todo mal.

Lucy miró sobre le hombro del Sr. Berbrooke, intentando no fruncir el ceño. El Sr. Bridgerton estaba haciendo un valiente esfuerzo por ganarse el favor de Hermione, y Lucy tenía que admitir que bajo circunstancias normales, con una mujer diferente, él seguramente habría tenido éxito. Lucy pensó en muchas de las muchachas que conocía de la escuela, cada una de ellas estaría completamente enamorada de él. *Todas*, de hecho.

Pero no Hermione.

Él se estaba esforzando mucho. Estaba siendo demasiado atento, demasiado concentrado... demasiado... demasiado... Bien, demasiado enamorado, bastante francamente, o por lo menos estaba demasiado encaprichado.

El Sr. Bridgerton era encantador, era guapo, y obviamente también muy inteligente, pero Hermione había *visto* todo eso antes. Lucy ni siquiera podía empezar a contar el número de caballeros que habían perseguido a su amiga de la misma manera. Algunos eran ingeniosos, otros serios. Le daban flores, poesías, dulces, incluso uno le había traído un cachorro (que al instante había sido rechazado por la madre de Hermione, quien le había informado al pobre caballero que el

hábitat natural de los perros no incluía alfombras Aubusson, porcelanas de oriente, o a ella misma)

Pero al final, todos eran lo mismo. Eran concientes de cada palabra suya, la miraban fijamente como si fuera una diosa griega que hubiera bajado a la tierra, y todos caían los unos sobre otros en un esfuerzo de ofrecer los más ingeniosos y románticos cumplidos para derramarlos sobre sus hermosas orejas. Y nunca parecían notar lo poco originales que eran.

Si el Sr. Bridgerton verdaderamente deseaba conseguir el interés de Hermione, tenía que hacer algo diferente.

- ¿Más pastel de grosellas, Lady Lucinda? -preguntó el Sr. Berbrooke.

- Sí, por favor -murmuró Lucy, solo para mantenerlo ocupado en rebanar mientras ella reflexionaba lo que iba a hacer después. Realmente no quería que Hermione desperdiciara su vida con el Sr. Edmonds, y de verdad, el Sr. Bridgerton era perfecto. Es solo que necesitaba un poco de ayuda.

- ¡Oh, mire! -exclamó Lucy-. Hermione no tiene nada de pastel.

- ¿Nada de pastel? -jadeó el Sr. Berbrooke.

Lucy batió sus pestañas hacia él, no era una actitud con la que tuviera mucha práctica o habilidad.

- ¿Sería tan amable de servirle un poco?

Cuando el Sr. Berbrooke asintió, Lucy se puso de pies.

- Creo que voy a estirar las piernas -anunció ella-. Hay unas flores preciosas en el lado más apartado del campo. Sr. Bridgerton, ¿conoce algo sobre la flora local?

Él la miró, sorprendido por su pregunta.

- Un poco -pero no se movió.

Hermione estaba ocupada asegurándole al Sr. Berbrooke que adoraba el pastel de grosellas, entonces Lucy se aprovechó

del momento, y señaló con la cabeza a las flores, dándole esa clase de mirada urgente al Sr. Bridgerton, que generalmente significaba: «*Venga conmigo ahora*».

Por un momento él parecía estar un poco confundido, pero se recuperó rápidamente y se incorporó.

- ¿Me permite hablarle un poco del paisaje, Lady Lucinda?

- Eso sería maravilloso -dijo ella, quizás con un toque demasiado entusiasta. Hermione la miraba fijamente con mucha sospecha. Pero Lucy sabía que no iba a ofrecerse a acompañarlos; eso animaría al Sr. Bridgerton a creer que ella deseaba su compañía.

Así que Hermione se quedaría con el Sr. Berbrooke y el pastel. Lucy se encogió de hombros. Era lo justo.

- Esa, creo, que es una margarita -dijo el Sr. Bridgerton, una vez habían cruzado el campo-. Y esa de hojas azules, realmente, no se como se llama.

- Delphinium -dijo Lucy animadamente-. Y sepa que no lo llamé para que hablara de flores.

- Tenía esa impresión.

Ella decidió ignorar su tono.

- Deseo darle un consejo.

- De verdad -pronunció él con lentitud. Pero no había sido una pregunta.

- De verdad.

- ¿Y cual puede ser su consejo?

Realmente no había forma de hacerlo sonar mejor de lo que era, por eso lo miró a los ojos y le dijo:

- Lo está haciendo todo mal.

- Perdón -dijo él rígidamente.

Lucy sofocó un gemido. Ahora había pinchado su orgullo, y él seguramente se pondría insufrible.

- Si desea conquistar a Hermione -dijo-, tiene que hacer algo diferente.

El Sr. Bridgerton la miró fijamente con una expresión que prácticamente rayaba en el desprecio.

- Soy capaz de hacerme cargo de mis propios cortejos.

- Estoy segura de que lo es... con otras damas. Pero Hermione es diferente.

Él permaneció en silencio, y Lucy sabía que había ganado un punto. Él también pensaba que Hermione era diferente, hacerlo comprender el resto no iba a ser tan difícil.

- Todos han hecho lo que usted hace -dijo Lucy, echando un vistazo hacia el picnic para asegurarse de que ni Hermione, ni el Sr. Berbrooke pudieran unírseles a ellos-. Todos.

- A un caballero le encanta ser comparado con la manada -murmuró el Sr. Bridgerton.

Lucy tenía un sinnúmero de respuesta para eso, pero las guardó en su mente, para ocuparse de la tarea que estaba llevando a cabo y dijo:

- Usted no puede actuar como ellos. Necesita apartarse.

- ¿Y como propone que yo haga eso?

Ella tomó aliento. A él no le iba a gustar su respuesta.

- Usted debería dejar de ser... tan devoto. No la trate como una princesa. De hecho, lo mejor sería que la dejara sola un par de días.

Su expresión se tornó desconfiada.

- ¿Y permitir que otro caballero se aproveche?

- De cualquier modo, lo harán -dijo ella en una voz confiada-. No hay nada que usted pueda hacer.

- Estupendo.

Lucy avanzó laboriosamente.

- Si *usted* se retira, Hermione tendrá curiosidad de conocer la razón.

El Sr. Bridgerton parecía dudoso, por eso ella continuó con:

- No se preocupe, ella sabrá que usted está interesado. Cielos, después de hoy, tendría que ser una idiota para no notarlo.

Él frunció el ceño ante eso, y la propia Lucy no podía creer que estuviera hablándole con tal franqueza a un hombre que apenas conocía, pero los momentos desesperados requerían medidas... o discursos desesperados.

- Lo sabrá, se lo prometo. Hermione es muy inteligente. Aunque nadie parece notarlo. La mayoría de los hombres no ven más allá de su rostro.

- Me gustaría conocer lo que piensa -dijo él suavemente.

Algo en su tono golpeó a Lucy directamente en su pecho. Levantó la mirada, se encontró con sus ojos, y tenía el extraño presentimiento de que estaba en otra parte, y él estaba en otra parte, y el mundo giraba alrededor de ellos.

Él no se parecía a los otros caballeros que ella conocía. No estaba segura por qué, con exactitud, solo que había algo más en él. Algo diferente. Algo que le hacía sentir un dolor, en lo más profundo de su pecho.

Y por un momento pensó que podía llorar.

Pero no lo hizo. Porque, en realidad, no podía. De cualquier modo, no era esa clase de mujer. No deseaba hacerlo. Y seguramente no quería llorar, cuando parecía no conocer la razón para hacerlo.

- ¿Lady Lucinda?

Había permanecido en silencio demasiado tiempo. Era muy extraño en ella, y:

- Ella no deseará permitirle a usted -dijo bruscamente-, conocer su mente, quiero decir. Pero usted puede... -se aclaró la garganta, pestañeó, recobró su concentración, y entonces puso los ojos firmemente sobre el pequeño lugar lleno de margaritas que chispeaban bajo el sol-. Usted puede convencerla de otra manera -continuó-. Estoy segura de que usted puede. Si es paciente. Y es auténtico.

Él no le dijo nada inmediatamente. No se escuchaba más que el sonido débil de la brisa. Y entonces, con voz queda, preguntó:

- ¿Por qué me está ayudando?

Lucy se volvió hacia él y se aseguró que en esa ocasión la tierra permaneciera firme bajo sus pies. Se sentía ella misma de nuevo, rápida, sin decir cosas sin sentido, y práctica con sus defectos. Y él simplemente era otro caballero en disputa por la mano de Hermione.

Todo era normal.

- Si no es usted, será el Sr. Edmonds -dijo ella.

- Entonces ese es su nombre -murmuró él.

- Es el secretario de su padre -le explicó-. No es un mal hombre, y no piense que él simplemente está detrás de su dinero, pero cualquier tonto podría darse cuenta que usted es un mejor partido.

El Sr. Bridgerton inclinó la cabeza a un lado.

- Por qué, me pregunto, ¿eso sonó como si hubiera llamado tonta a la Srta. Watson?

Lucy se volvió hacia él con los ojos acerados.

- Nunca cuestione mi devoción hacia Hermione. Yo no podría... -dirigió una mirada rápida hacia Hermione para asegurarse de que no estaba mirándola antes de bajar la voz y

continuar-: Creo que no podría quererla más, aunque fuera mi hermana de sangre.

Para su crédito, el Sr. Bridgerton le ofreció una inclinación respetuosa y dijo:

- La he ofendido. Discúlpeme.

Lucy tragó saliva con incomodidad cuando reconoció sus palabras. Él parecía como si en realidad estuviera hablando en serio, lo cual la calmó enormemente.

- Hermione significa mucho para mí -dijo ella. Pensó en las vacaciones escolares que había pasado con la familia Watson, y en las solitarias visitas a su casa. Sus regresos nunca habían parecido coincidir con los de su hermano, y Fennsworth Abbey había sido un lugar frío y restrictivo, al tener solo a su tío como única compañía.

Robert Abernathy había cumplido siempre su deber con ellos, pero era más bien frío y restrictivo. La casa significaba, largos paseos solitarios, solitarias lecturas interminables, incluso comidas solitarias, ya que el tío Robert nunca había mostrado ningún interés en cenar con ella. Cuando él le había informado a Lucy que asistiría al establecimiento de la Señorita Moss, su impulso inicial fue poner sus brazos alrededor de él y decirle: Gracias, Gracias *¡Gracias!*

Solo que nunca lo había abrazado antes, en ninguno de los años en los que había sido su tutor. Y además, se había sentado detrás de su escritorio, y había vuelto su atención a los papeles que estaban frente a él. Lucy había sido despedida.

Cuando llegó a la escuela, se sumergió en su nueva vida como estudiante. Y había adorado cada momento. Era tan maravilloso tener personas con quien hablar. Su hermano Robert se había marchado a Eton a los diez años, incluso antes de que su padre hubiera fallecido, y ella había estado vagando en los pasillos de la Abadía, por casi una década, sin siquiera tener a una oficiosa institutriz como compañía.

Le había caído bien a la gente de la escuela. Esa había sido la mejor parte de todo. En su casa no era más que alguien sin importancia, mientras que en la Escuela de la Srta. Moss para las Jóvenes Damas Excepcionales, las estudiantes habían buscado su compañía. Le hacían preguntas y de verdad se quedaban esperando para escuchar sus respuestas. Quizás Lucy no había sido la abeja reina de la escuela, pero había sentido que pertenecía a un lugar, y eso era lo que le importaba.

A ella y Hermione se les había asignado compartir un cuarto en su primer año en la escuela de la Srta. Moss, y su amistad había sido casi instantánea. Al anochecer de ese primer día, ambas habían sonreído y charlado como si se hubieran conocido de toda la vida.

Hermione la había hecho sentir... mejor, de algún modo. No era solo su amistad, era el conocimiento de su amistad. A Lucy le *gustaba* ser la mejor amiga de alguien. Le gustaba tener una, también, por supuesto, pero le agradaba saber que en todo el mundo, había alguien a quien prefería por encima de los demás. La hacía sentir segura.

Cómoda.

En realidad, era un sentimiento parecido al que había mencionado el Sr. Bridgerton cuando había hablado sobre su familia.

Sabía que podía contar con Hermione. Y Hermione sabía que podía contar con ella. Y no conocía a otra persona en el mundo, de la que pudiera decir lo mismo. Su hermano, quizás. Richard siempre vendría en su ayuda si lo necesitaba, pero se veían en muy pocas ocasiones en esos días. Era una lástima, realmente. Habían sido muy cercanos en su niñez. Además en Fennsworth Abbey, raramente había alguien distinto con quien jugar, por eso no les había quedado otra opción que permanecer unidos. Afortunadamente, se llevaban bien, la mayor parte del tiempo.

Forzó a su mente de vuelta al presente y miró al Sr. Bridgerton. Estaba bastante quieto, la miraba con una expresión de educada curiosidad, y Lucy tenía el extraño presentimiento de que si le decía todo -sobre Hermione, Richard y Fennsworth Abbey, y lo maravilloso que había sido ir a la escuela...

La habría entendido. Era imposible que no lo hiciera, viniendo de una enorme y famosa familia unida. Posiblemente él no sabía lo que era estar solo, para tener algo que decir que nadie más podía decirlo. Pero de alguna manera -lo veía en sus ojos, que ahora estaban repentinamente más verdes de lo que había notado, y tan concentrados en su rostro...

Tragó saliva. Por el amor de Dios, ¿Qué le estaba sucediendo, que ni siquiera lograba terminar sus propios pensamientos?

- Solo deseo que Hermione sea feliz -logró decir ella-. Espero que usted pueda comprenderlo.

Él asintió con la cabeza, y volvió la mirada hacia el picnic.

- ¿Podemos reunirnos con los demás? -preguntó. Sonriendo con tristeza-. Creo que el Sr. Berbrooke le ha dado de comer tres pedazos de pastel a la Srta. Watson.

Lucy sentía como la risa burbujeaba en su interior.

- Oh Dios.

Su tono era encantadoramente dulce cuando dijo:

- Por el bien de su salud, si no hay nada más que decir, debemos regresar.

- ¿Pensará en lo que le comenté? -preguntó Lucy, permitiendo que él pusiera la mano en su brazo.

Él asintió con la cabeza.

- Lo haré.

Se sintió apretándolo un poco más fuerte.

- Tengo razón en esto. Le prometo que la tengo. Nadie conoce a Hermione mejor que yo. Y nadie más ha visto a todos esos caballeros tratando -y fallando- de ganar su corazón.

Él se volvió, y clavó los ojos en los suyos. Por un momento permanecieron completamente quietos, y Lucy comprendió que él estaba evaluándola, midiéndola de una manera que debería haberla incomodado.

Pero no lo había hecho. Y eso había sido algo muy extraño. La miraba fijamente como si pudiera ver su alma, y no se sentía ni siquiera un poco incómoda. De hecho, se sentía extrañamente... bien.

- Me honraría el aceptar su consejo con relación a la Srta. Watson -dijo él, volviéndose para que ellos pudieran regresar hacia el lugar del picnic-. Y le agradezco que me haya ofrecido su ayuda para lograr conquistarla.

- Se lo a... agradezco -tartamudeó Lucy, porque en realidad, ¿no había sido esa su intención?

Pero entonces comprendió que ya no se sentía tan bien.

* * * * *

Gregory siguió el consejo de Lady Lucinda al pie de la letra. Esa noche, no se acercó a la Srta. Watson en el salón de reuniones donde todos los invitados se habían congregado antes de la cena. Cuando se dirigieron al comedor, no hizo ningún esfuerzo por interferir con el orden social y no había cambiado su asiento para poder sentarse al lado de ella. Y una vez que los caballeros habían regresado de su área y se habían unido a las damas en el conservatorio para un recital de piano, tomó asiento en la parte de atrás, aunque ella y Lady Lucinda estaban sentadas bastante solitarias, y habría sido muy fácil -incluso, esperado- para él, detenerse y murmurar sus saludos cuando pasara a su lado.

Pero no, se había comprometido con su posible esquema malaconsejado, y se había quedado en la parte trasera del cuarto. Observó como la Señorita Watson se encontraba sentada tres filas adelante, y luego se sentó en su silla, permitiéndose finalmente la indulgencia de mirar su nuca.

Lo cual había sido un pasatiempo perfectamente pleno, si no fuera *completamente* incapaz de pensar en algo diferente a su absoluta falta de interés. En él.

Verdaderamente, podían crecerle dos cabezas y una cola y él no hubiera recibido nada más que una educada media sonrisa, que ella parecía ofrecerle a todo el mundo. Si acaso.

Esa no era la clase de reacción que Gregory estaba acostumbrado a recibir de las mujeres. No esperaba la adulación universal, pero en realidad, cuando hacía un esfuerzo, normalmente conseguía buenos resultados.

Realmente, esto era condenadamente irritante.

Y cuando miró a las dos mujeres, deseando que se volvieran, que se revolvieran, o hicieran algo que le indicara que estaban conscientes de su presencia. Finalmente, después de tres conciertos y una fuga, Lady Lucinda se revolvió lentamente en su asiento.

Podía imaginar lo que estaba pensando con facilidad.

Lentamente, lentamente, actúa como si estuvieras mirando la puerta para ver si alguien ha entrado. Solo observa ligeramente al Sr. Bridgerton...

Él levantó su vaso para saludarla.

Ella jadeó, o por lo menos él esperaba que lo hubiera hecho, y se dio la vuelta rápidamente.

Sonrió. Probablemente no debería disfrutar de su sufrimiento, pero de verdad, era de lejos el único momento brillante de toda la noche.

En cuanto a la Señorita Watson -si ella podía sentir el calor de su mirada, no daba ninguna indicación. A Gregory le hubiera gustado pensar que ella estaba ignorándolo cuidadosamente, lo que por lo menos le habría indicado alguna clase de conciencia. Pero cuando observó su mirada vagaba alrededor del cuarto, inclinando la cabeza de vez en cuando para susurrarle algo en el oído de Lady Lucinda, se puso dolorosamente claro, que ella no estaba ignorándolo en absoluto. Eso podría implicar que había notado su presencia.

Lo cual, obviamente no había hecho.

Gregory sentía sus mandíbulas apretadas. Si bien, no dudaba de las buenas intenciones detrás del consejo de Lady Lucinda, este había sido evidentemente terrible. Y con solo cinco días que iba a durar la fiesta de la casa, había perdido un tiempo valioso.

- Luces aburrido.

Se volvió. Su cuñada se había deslizado en el asiento que estaba a su lado y estaba hablando en voz baja para no interferir con la presentación.

- Ese es un verdadero golpe para mi reputación como anfitriona -agregó ella secamente.

- No lo estoy -murmuró él-. Eres espléndida como siempre.

Kate se volvió hacia delante y se quedó callada un momento antes de decir:

- Ella es muy bonita.

Gregory no se molestó en pretender, que no sabía de quien estaba hablando. Kate era demasiado inteligente para eso. Pero eso no significaba que tenía que animar su conversación.

- Lo es -dijo él simplemente, manteniendo los ojos hacia el frente.

- Mi sospecha -dijo Kate-. Es que su corazón está comprometido con alguien más. Ella no ha animado ninguna

de las atenciones de los caballeros, y todos ellos ciertamente lo han intentado.

Gregory sentía como se tensaba su mandíbula.

- He escuchado -continuó Kate, seguramente consciente de que estaba siendo un fastidio, aunque eso no parecía detenerla-, que se ha comportado de ese modo en toda la primavera. La muchacha no da ninguna indicación de querer casarse.

- Se cree enamorada del secretario de su padre -dijo Gregory. Porque, en realidad, ¿Qué iba a ganar con mantener el secreto? Kate encontraría la manera de averiguarlo todo. Y quizás ella podría servirle de ayuda.

- ¿En serio? -su voz sonó demasiado fuerte, y tuvo que murmurarle algunas disculpas a sus invitados-. ¿En serio? -dijo otra vez, con voz queda-. ¿Cómo lo sabes?

Gregory abrió la boca para contestarle, pero Kate contestó su propia pregunta.

- Ah, claro -dijo-. Fue Lady Lucinda. Ella debe saberlo todo.

- Todo -confirmó Gregory secamente.

Kate ponderó esa información un rato, y entonces declaró lo obvio.

- Sus padres no deben estar felices por eso.

- No sé si ellos lo saben.

- Oh Dios. -Kate parecía impresionada por ese pequeño chisme, por eso Gregory se volvió para mirarla. Efectivamente lo estaba, sus ojos estaban muy abiertos y brillaban.

- Trata de comportarte -dijo él.

- Pero eso es lo más excitante que he tenido en toda la primavera.

La miró directamente a los ojos.

- Necesitas encontrar una afición.

- Oh, Gregory -dijo ella, dándole un ligero codazo-. No permitas que el amor te vuelva materialista. Eres muy divertido para eso. Sus padres nunca le permitirán casarse con el secretario, y ella no tiene escapatoria. Solo debes esperarla.

Él soltó una irritada exhalación.

Kate lo palmeó para confortarlo.

- Lo sé, lo sé; deseas arreglarlo todo de una vez. Tu clase nunca tiene paciencia.

- ¿Mi clase?

Le dio un golpecito en la mano, lo que consideró claramente como una respuesta.

- De verdad, Gregory -dijo-. Esto es por tu bien.

- ¿Qué ella esté enamorada de alguien más?

- Deja de ser tan dramático. Lo que quiero decir, es que te dará tiempo para aclarar tus sentimientos por ella.

Gregory pensó en como se sentía golpeado en el estómago, cada vez que la miraba. Buen Dios, especialmente a su nuca, aunque sonara raro. No podía imaginar que necesitaba tiempo. Esto era todo lo que había imaginado que podía ser el amor. Enorme, súbito, y absolutamente estimulante.

Y de algún modo, aplastante al mismo tiempo.

- Me sorprendí cuando no me pediste que te sentara a su lado en la cena -murmuró Kate.

Gregory observó la parte de atrás de la cabeza de Lady Lucinda.

- Puedo arreglarlo para mañana, si lo deseas -le ofreció Kate.

- Hazlo.

Kate asintió.

- Sí, yo... Oh, aquí estamos. La música ha llegado a su fin. Presta atención ahora, y mostremos nuestra cortesía.

Se puso de pie para aplaudir, al igual que ella.

- ¿Alguna vez *no* has charlado todo el tiempo durante un recital de música? -preguntó él, manteniendo su mirada hacia el frente.

- Tengo una curiosa aversión por ellos -dijo ella. Pero entonces, sus labios se curvaron en una perversa sonrisita-. Y una nostálgica clase de cariño, también.

- ¿De verdad? -*ahora* estaba interesado.

- No digo mentiras, por supuesto -murmuró ella, tratando de no mirarlo-. Pero en realidad, ¿alguna vez me has visto asistiendo a la ópera?

Gregory levantó las cejas. Claramente había una cantante de ópera en alguna parte del pasado de su hermano. Y de todos modos, ¿Dónde *estaba* su hermano? Anthony parecía haber desarrollado un notable talento para evitar la mayoría de las funciones sociales de la fiesta de la casa. Gregory solo lo había visto dos veces después de su entrevista, la noche en que había llegado.

- ¿Y donde *está* el deslumbrante Lord Bridgerton? -preguntó.

- Oh, en alguna parte. No lo sé. Nos encontramos al final del día que es todo lo que importa. -Kate se volvió hacia él con una sonrisa notablemente serena. Molestamente serena-. Debo mezclarme con los demás -dijo, sonriéndole como si no le importara nada en el mundo-. Que la pases bien -dijo y luego se marchó.

Gregory lo dudaba, conversando cortésmente con algunos invitados, mientras miraba furtivamente a la Srta. Watson. Ella estaba charlando con dos caballeros jóvenes -ambos, eran dos tontos fastidiosos- mientras Lady Lucinda permanecía educadamente a su lado. Y si bien la Srta. Watson no parecía

estar coqueteando con ellos, era cierto que les estaba prestando más atención que la que él había recibido en toda la noche.

Y allí estaba Lady Lucinda, sonriendo hermosamente, ocupándose de todo.

Gregory estrechó los ojos. ¿Acaso ella lo había traicionado? No parecía ser de ese tipo de mujer. Pero entonces recordó, que solo la conocía hace veinticuatro horas. ¿Qué tanto la conocía en realidad? Quizás ella *tenía* una segunda intención. Y *podría* ser una excelente actriz, con oscuros y misteriosos secretos yaciendo debajo de su superficie...

Oh, pero que estaba pensando. Se estaba volviendo loco. Apostaría hasta su último penique en que Lady Lucinda no mentiría ni siquiera para salvar su vida. Ella era clara y abierta, y *no* era definitivamente misteriosa. Lo había hecho con buenas intenciones, estaba seguro de eso.

Pero su consejo había sido terrible.

Captó su mirada. Una débil expresión de disculpa parecía revolotear por su rostro, y pensó que ella podía haberse encogido de hombros.

¿Encogido de hombros? ¿Qué demonios significaba *eso*?

Dio un paso adelante.

Entonces se detuvo.

Luego pensó en dar otro paso.

No.

Sí.

No.

¿Quizás?

Maldición. No sabía que hacer. Era una sensación singularmente desagradable.

Volvió su mirada hacia Lady Lucinda, asegurándose de que su expresión no fuera de dulzura y luminosa. En realidad, todo había sido culpa de ella.

Pero claro, ahora no estaba mirándolo.

No cambió su mirada.

Ella se volvió. Abrió los ojos como platos, ojalá con alarma.

Bueno, ahora estaban llegando a alguna parte. Si no pudiera sentir la bendición de la mirada de la Srta. Watson, entonces por lo menos, podría hacer que Lady Lucinda sintiera su propia miseria.

En verdad, había momentos que no requerían madurez y tacto.

Permaneció en el extremo del cuarto, empezando a disfrutarlo finalmente. Había algo perversamente entretenido en imaginar a Lady Lucinda como una pequeña liebre indefensa, sin estar segura de donde o cuando podría encontrar su final intempestivo.

Era claro, que Gregory no podía asignarse nunca el papel de cazador. Su pésima puntería le garantizaba que no podría dispararle a nada que se moviera, y era algo condenadamente bueno, que él no fuera responsable de buscar su propia comida.

Pero *podía* imaginarse como un zorro.

Sonrió, era su primera sonrisa de la noche.

Y entonces supo que los destinos estaban de su lado, porque vio a Lady Lucinda disculpándose y saliendo por la puerta del conservatorio, probablemente para ocuparse de sus necesidades. Como Gregory estaba solo en la esquina trasera, nadie notó cuando salió del cuarto por la otra puerta.

Y cuando Lady Lucinda pasó por la puerta de la biblioteca, él pudo darle un tirón sin hacer ningún ruido.



Capítulo 5

En el que nuestro héroe y heroína tienen la más intrigante de las conversaciones.

En un momento Lucy estaba caminando por el corredor, arrugando la nariz pensativamente, al intentar recordar la ubicación del lavabo más cercano, y en el siguiente había sido tirada rápidamente a través del aire, solo para chocarse contra un inconfundiblemente enorme, inconfundiblemente caluroso, e inconfundible cuerpo humano.

- No grite -dijo una voz. Una que ella conocía.

- ¿Sr. Bridgerton? -Cielo santo, esto parecía tan raro en él. Lucy no sabía si debía estar asustada.

- Tenemos que hablar -dijo él, soltándole el brazo. Pero cerró la puerta con seguro y se guardó la llave en el bolsillo.

- ¿Ahora? -preguntó Lucy. Ajustó los ojos en la tenue luz del cuarto y comprendió que estaban en la biblioteca-. ¿Aquí? -y entonces una pregunta más pertinente se le ocurrió-. ¿Solos?

Él frunció el ceño.

- No voy a seducirla, si eso es lo que le preocupa.

Ella sentía su mandíbula apretada. No había pensado que él lo haría, pero no era necesario que reafirmara su honorable comportamiento como si fuera un insulto.

- Bien, ¿de qué tenemos que hablar? -le exigió-. Si alguien me encuentra aquí en su compañía, me arruinará. Estoy prácticamente comprometida, lo sabe.

- Lo sé -dijo él. En *esa* clase de tono. Como si le hubiera dicho algo extremadamente irritante, cuando ella sabía de hecho, que no lo había mencionado más de una vez. O quizás dos veces.

- Bueno, lo estoy -refunfuñó ella, sabiendo que podría pensar en una perfecta réplica mordaz dos horas después.

- ¿Qué -le exigió él-, está sucediendo?

- ¿Qué quiere decir con eso? -preguntó ella, aunque sabía muy bien a qué se estaba refiriendo.

- Con la Srta. Watson -ladró él.

- ¿Hermione? -Como si existiera otra Srta. Watson. Pero eso le daría un poco más de tiempo.

- Su consejo -dijo él, con los ojos clavados en los suyos-. Fue desastroso.

Tenía razón, por supuesto, pero había esperado que él no lo hubiera notado.

- Bien -dijo ella, mirándolo cautelosamente mientras se cruzaba de brazos. Ese no era el mejor de los gestos, pero tenía que admitir que lo había hecho muy bien. Había escuchado que su reputación era jovial y divertida, ninguna de las cuales estaba actualmente en evidencia, pero, bueno, tampoco estaba furioso ni nada parecido. Supuso que uno no necesitaba ser una mujer para sentirse un poco fracasado ante la perspectiva de un amor no correspondido.

Y cuando miró con vacilación su hermoso rostro, se le ocurrió que él probablemente no tenía ninguna experiencia con el amor no correspondido. En realidad, ¿Quién le *diría* no a ese caballero?

Aparte de Hermione. Pero ella le decía no a todo el mundo. Él no debería tomárselo personalmente.

- ¿Lady Lucinda? -dijo lentamente, esperando su respuesta.

- Claro -dijo dudosamente, deseando que él no se viera tan *grande* en el cuarto cerrado-. Bien. Bien.

Él alzó una ceja.

- Bien.

Ella tragó saliva. Su tono era de una indulgencia vagamente paternal, como si lo estuviera divirtiendo ligeramente, pero no lo suficiente para ser notado. Conocía ese tono muy bien. Era el que solían usar los hermanos mayores, con las hermanas menores. Y con las amigas que traían a la casa para pasar las vacaciones escolares.

Odiaba ese tono.

Pero no obstante dejó de pensar en eso y dijo:

- Sé que mi plan no ha resultado tan efectivo, pero sinceramente, no creo que pudiera hacer algo diferente para lograr un resultado positivo.

Eso no parecía ser lo que él deseaba escuchar. Se aclaró la garganta. Dos veces. Y continuó:

- Lo siento muchísimo -agregó, porque se sentía muy mal, y sabía por experiencia que las disculpas funcionaban cuando no tenía nada más que decir-. Pero realmente creí que...

- Ya me lo dijo -la interrumpió-. Que si ignoraba a la Srta. Watson...

- ¡Yo no le dije que la *ignorara*!

- Claro que lo hizo.

- No. No, no lo hice. Solo le dije que se apartara un poco. Para tratar de no ser demasiado obvio en su cortejo.

Eso no había sido muy conciso, pero en realidad, Lucy no podría molestarse.

- Muy bien -contestó él y su tono pasó de un ligero a un supremo tono de *hermano-mayor-con-sincera-condescendencia*-. Si eso no significaba que debía ignorarla, ¿podría decirme exactamente que se supone que debía haber hecho?

- Bueno... -se rascó la nuca, sintiéndose como si de repente hubiera emergido de la más horrorosa de las colmenas. O quizás solo eran los nervios. Casi preferiría a las colmenas. No le gustaba esa sensación de nauseas creciendo en su estómago, mientras intentaba pensar en algo razonable que decir.

- De todas maneras, lo hecho, hecho está -dijo él.

- No lo creo -soltó ella-. No tengo *océanos* de experiencia en esta clase de cosas.

- Oh, y *ahora* es cuando va a decírmelo.

- Bueno, valía la pena probar -ladró-. Solo Dios sabe, que usted no lo iba a lograr por sí mismo.

Su boca se apretó en una línea, y ella se permitió una pequeña sonrisa de satisfacción, por haber tenido el valor de decírselo. No era normalmente una persona maliciosa, pero la ocasión parecía requerir un poco de auto felicitación.

- Muy bien -dijo él, y si bien, había preferido que él se disculpara y dijera -explícitamente- lo que había hecho bien, y lo que había hecho mal, ya que suponía que en *algunos* círculos, «Muy bien», *podría* ser un reconocimiento de error.

Y a juzgar por su cara, era más probable que eso era lo que ella iba a recibir.

Asintió suntuosamente. Parecía que era lo mejor que podía hacer. Si actuaba como una reina quizás podría ser tratada como una.

- ¿Tiene otra idea brillante?

O no.

- Bueno -dijo ella, simulando que él realmente había sonado como si le importara su respuesta-. No creo que deba preguntarme que hacer, sino la razón del por qué lo que usted hizo no funcionó.

Él pestañeó.

- Nunca nadie se ha rendido con Hermione -dijo Lucy con un toque de impaciencia. Odiaba cuando las personas no entendían inmediatamente lo que había querido decir-. Su desinterés solo les hacer redoblar sus esfuerzos. En realidad, eso es vergonzoso.

Él parecía un poco insultado.

- ¿Discúlpeme?

- No estoy hablando de *usted* -dijo Lucy rápidamente.

- Mi alivio es muy obvio.

Lucy debió haberse ofendido por su sarcasmo, pero su sentido del humor era tal, que no podía evitar disfrutarlo.

- Como le estaba diciendo -continuó ella, porque siempre le había gustado no desviarse del tema-, nunca nadie parecer admitir su derrota y se dirigen hacia otra dama más asequible. Una vez que comprenden que alguien *más* la quiere a ella, parecen enfadarse. Es como si ella no fuera más que un premio que debe ser ganado.

- No para mí -dijo él en voz queda.

Lo miró a la cara, y comprendió instantáneamente que lo que él quería decir, era que Hermione era mucho *más* que un premio. La quería. La quería de verdad. Lucy no estaba segura del por qué, o incluso como, ya que él apenas si conocía a su amiga. Y Hermione no había sido muy comunicativa en sus conversaciones, ni siquiera cuando estaba con los caballeros que la perseguían. Pero el Sr. Bridgerton quería a la mujer que había en su interior, no solo a su perfecto rostro. O por lo menos, él creía que lo hacía.

Asintió lentamente, absorbiendo ese nuevo conocimiento.

- Pensé que quizás si alguien dejaba de rondarla, ella podría sentirse intrigada. Y no es -se apresuró en asegurárselo-, que Hermione vea todas esas atenciones de los caballeros hacia ella como si se lo mereciera. Realmente, es todo lo contrario. Para ser honestos, en su mayoría es una molestia.

- Sus cumplidos me abruman. -Pero él estaba sonriendo - solo un poco- cuando lo dijo.

- Nunca he tenido mucha experiencia con los cumplidos - admitió ella.

- Aparentemente no.

Ella sonrió socarronamente. Él no había querido insultarla con sus palabras, y no iba a tomarlas como tal.

- Ella volverá en sí.

- ¿Lo cree?

- Claro. Tendrá que hacerlo. Hermione es una romántica, pero entiende como funciona el mundo. En su interior sabe que no puede casarse con el Sr. Edmonds. Simplemente no puede hacerlo. Sus padres la repudiarán, o en el menor de los casos la amenazarán, y ella no es de las que se arriesgarían a algo así.

- Si ella realmente amara a alguien -dijo él suavemente-. Se arriesgaría a todo.

Lucy se heló. Había algo en su voz. Algo rudo, algo poderoso. Un escalofrío recorrió su piel, poniéndole la carne de gallina, dejándola extrañamente incapaz de moverse.

Tenía que preguntarle. Tenía que hacerlo. Tenía que saber.

- ¿Usted lo haría? -susurró ella-. ¿Lo arriesgaría todo?

Él no se movió, pero sus ojos ardían. Y no dudó cuando dijo:

- Todo.

Sus labios se apartaron. ¿Con sorpresa? ¿Temor? ¿Algo más?

- ¿Lo haría *usted*? -repuso él.

- Yo... no estoy segura. -Agitó la cabeza, y tenía el extraño presentimiento de que realmente no se conocía así misma. Porque esa debía haber sido una pregunta fácil. Lo habría sido, hace unos días. Le podría haber dicho que por supuesto que no, y le podría haber dicho que ella era demasiado práctica para algo tan tonto.

Y en general, le habría dicho que esa clase de amor no existía, de cualquier modo.

Pero algo había cambiado, y no sabía qué. Algo había cambiado en su interior, dejándola desequilibrada.

Insegura.

- No lo sé -dijo ella otra vez-. Supongo que eso depende.

- ¿De qué? -Y su voz se suavizó incluso un poco más. Era increíblemente suave, pero aún así, ella podía entender cada palabra.

- De... -no lo sabía. ¿Cómo podía saber de que dependería? Se sentía perdida, y hundida, y... y... y las palabras apenas si salieron. Se resbalaron suavemente de sus labios-. Del amor, supongo.

- Del amor.

- Sí. -Cielo santo, ¿Cuándo había tenido una conversación como esta? ¿Las personas realmente hablaban de esas cosas? ¿Y acaso había alguna respuesta?

Algo se atoró en su garganta, y Lucy se sintió repentinamente demasiado sola en su ignorancia. Él sabía, Hermione sabía, y los poetas hablaban sobre ello también. Ella parecía ser la única alma perdida, la única persona que no

entendía lo que era el amor, quién ni siquiera estaba segura que existía, o si incluso, existía para ella.

- De cómo se siente -dijo ella finalmente, porque no sabía que más podía decir-. De cómo se siente el amor. En lo que se siente.

Sus ojos se clavaron en los suyos.

- ¿Cree que hay alguna diferencia?

Ella no había esperado otra pregunta. Todavía estaba devanando la última.

- Como se siente el amor -clarificó él-. ¿Usted cree que posiblemente podría ser diferente para cada persona? ¿Si usted ama a alguien, verdadera y profundamente, no lo sentiría como... si lo fuera *todo*?

No sabía que decirle.

Él se volvió y avanzó unos pasos hacia la ventana.

- La consumiría -dijo-. ¿Cómo no podría hacerlo?

Lucy solo miraba su espalda, hipnotizada por la forma en que su chaqueta exquisitamente cortada, se extendía en sus hombros. Era la cosa más extraña, pero parecía no poder apartar su mirada del pequeño punto en donde su cabello tocaba su cuello.

Casi saltó cuando él se dio la vuelta.

- No habría ninguna duda -dijo él, su voz era baja con la intensidad de un verdadero creyente-. Usted simplemente lo sabría. Sentiría como si fuera todo lo que había soñado en la vida, y luego sentiría que incluso ese sentimiento lo supera.

Caminó hacia ella. Una vez. Luego otra vez. Y entonces dijo:

- Eso, creo yo, es como debe ser el amor.

Y en ese momento Lucy supo que no estaba destinada a sentirse de esa manera. Si eso existía -si el amor existía, de la

forma en que Gregory Bridgerton imaginaba- no esperaba por ella. No podría imaginar tal vorágine de emociones. Y no lo disfrutaría. Estaba segura de ello. No quería sentirse perdida en un torbellino, a merced de algo que estaba más allá de su control.

No quería la miseria. No quería la desesperación. Y si eso significaba que también tenía que desterrar la felicidad y el éxtasis, entonces así sería.

Alzó la vista hacia la suya, lo que la hizo jadear por la gravedad de sus propias revelaciones.

- Es demasiado -se escuchó decir-. Eso sería demasiado. Yo no podría... no podría...

Lentamente, él negó con la cabeza.

- No tendría elección. Estaría más allá de su control. Solo... ocurre.

Abrió la boca sorprendida.

- Eso fue lo que ella dijo.

- ¿Quién?

Cuando respondió, su voz sonaba extrañamente distante, como si estuviera extrayendo las palabras directamente de su memoria.

- Hermione -dijo-. Eso fue lo que Hermione dijo sobre el Sr. Edmonds.

Los labios de Gregory se apretaron en las esquinas.

- ¿Lo hizo?

Lucy asintió lentamente.

- Casi exactamente. Dijo que eso solo ocurría. En un instante.

- ¿Dijo eso? -las palabras sonaban como un eco, y de hecho, eso era todo lo que él podía hacer -susurrar preguntas insustanciales, buscando su verificación, esperando que quizás

él hubiera escuchado mal, y ella podría replicar con algo completamente diferente.

Pero claro, ella no lo hizo. De hecho, era peor de lo que había temido. Dijo:

- Ella estaba en el jardín, eso fue lo que dijo, simplemente mirando las rosas, y entonces fue cuando lo vio. Y lo supo.

Gregory solo la miraba fijamente. Sentía un vacío en el pecho, la garganta apretada. Eso no era lo que quería escuchar. *Maldición*, esa era la última cosa que quería oír.

Ella levantó la mirada hacia él, y sus ojos, grises en la tenue luz de la noche, se encontraron con los suyos de una manera extrañamente íntima. Era como si la conociera, como si supiera lo que iba a decirle, y como sería la expresión de su rostro cuando se lo dijera. Era extraño, y aterrador, y más que todo, incómodo, porque esta no era la Honorable Srta. Hermione Watson.

Esta era Lady Lucinda Abernathy, y ella no era la mujer con la quien pensaba vivir el resto de su vida.

Ella era completamente agradable, completamente inteligente, y seguramente más que atractiva. Pero Lucy Abernathy no era para él. Y casi sonrió, porque todo hubiera podido ser más fácil si su corazón hubiera latido rápidamente cuando la vio por primera vez. Quizás estuviera prácticamente comprometida, pero no estaba enamorada. De eso estaba seguro.

Pero Hermione Watson...

- ¿Qué dijo ella? -susurró él, temeroso de la respuesta.

Lady Lucinda inclinó la cabeza a un lado, y parecía estar muy confundida.

- Dijo que ni siquiera le había visto su cara. Solo su nuca...

Solo su nuca.

- ... y entonces él se volvió, y ella escuchó música, y todo lo que pudo pensar fue...

Estoy arruinado.

- ... estoy arruinada. Eso fue lo que me dijo. -Lo miró, todavía tenía la cabeza inclinada curiosamente a un lado-. ¿Puede imaginarlo? ¿Arruinada? De todas las cosas que podría haber dicho. Ni siquiera puedo comprenderlo.

Pero él podía. Podía.

Exactamente.

Miró a Lady Lucinda, y se dio cuenta que ella estaba mirándole la cara. Todavía parecía confundida. E interesada. Y un poco desconcertada cuando le preguntó:

- ¿No le parece extraño?

- Sí. -Solo era una palabra, pero todo su corazón estaba envuelto con ella. Porque eso era extraño. Lo cortaba como si fuera un cuchillo. No se suponía que ella debía sentirse así por alguien más.

Esa no era la forma en que se suponía que pasaba.

Y entonces, como si el hechizo se hubiera roto, Lady Lucinda se volvió y caminó hacia la derecha. Le echó un vistazo a los estantes de los libros -y no era como si pudiera distinguir los títulos con tan poca luz- y pasó los dedos por los lomos.

Gregory observó su mano; no sabía por qué. Solo la miró mientras la movía. Ella era muy elegante, comprendió. Al principio no era muy notable, porque su apariencia era muy sana y tradicional. Uno esperaba que la elegancia brillara como la seda, que resplandeciera, que te dejara atontado. La elegancia era una orquídea, no una simple margarita.

Pero cuando Lady Lucinda se movió, se veía diferente. Parecía... fluir.

Debía ser una excelente bailarina. Estaba seguro de eso.

Aunque no estaba completamente seguro del por qué, eso le importaba.

- Lo siento -dijo ella, dándose la vuelta de repente.

- ¿Por lo de la Srta. Watson?

- Sí. No quise herir sus sentimientos.

- Usted no lo hizo -dijo él, quizás demasiado fuerte.

- Ah. -Pestañeó, quizás con sorpresa-. Me alegro. De verdad no quise hacerlo.

No quiso hacerlo, comprendió él. Ella no era de esa clase de personas.

Sus labios se apartaron, pero no habló en seguida. Sus ojos parecían concentrados en un punto más allá de su hombro, como si estuviera buscando detrás de él las palabras correctas.

- Es solo que... Bueno, cuando usted dijo lo que dijo sobre el amor -empezó-, sonaba tan familiar. Realmente no podría entenderlo.

- Yo tampoco puedo -dijo él suavemente.

Ella permaneció en silencio, mirándolo simplemente. Sus labios estaban fruncidos -solo un poco- y de vez en cuando pestañeaba. No era un movimiento de coquetería, pero era algo bastante deliberado.

Estaba pensando, comprendió. Era de la clase de mujer que *pensaba* en las cosas, probablemente por la frustración interminable de alguien que se ocupaba de la tarea de guiarse en la vida.

- ¿Qué hará ahora? -preguntó ella.

- ¿Sobre la Srta. Watson?

Ella asintió con la cabeza.

- ¿Qué piensa usted que debo hacer?

- No estoy segura -dijo-. Podría hablarle en su nombre, si le parece.

- No. -Algo así le parecía demasiado juvenil. Y Gregory apenas había empezado a sentirse como un verdadero hombre, maduro, preparado para hacer su propio camino.

- Entonces, puede esperar -dijo ella con un diminuto encogimiento de hombros-. O puede proceder e intentar cortejarla de nuevo. Ella no tendrá la oportunidad de ver al Sr. Edmonds durante por lo menos un mes, y yo creo que... eventualmente... ella podría darse cuenta...

Pero ella no terminó. Y él quería saber.

- ¿Darse cuenta de qué? -la presionó.

Lo miró, como si acabara de despertar de un sueño.

- De que... que usted... que usted... que usted es mucho *mejor* que el resto. No sé por qué ella no puede darse cuenta de eso. Es demasiado obvio para mí.

Si viniera de alguien más, eso podría haber sido una extraña declaración. Quizás, demasiado lanzada. Tal vez era una coqueta señal de disponibilidad.

Pero no viniendo de ella. No era una persona manipuladora, era la clase de mujer en la que un hombre podría confiar. Se parecía a sus hermanas, supuso, con un ingenio perspicaz y un marcado sentido del humor. Quizás Lucy Abernathy nunca inspiraría a los poetas, pero podría ser una excelente amiga.

- Pasaré -dijo ella, con la voz suave pero segura-. Ella lo comprenderá. Usted... y Hermione... Estarán juntos. Estoy segura.

Él observó sus labios mientras hablaba. No sabía la razón, pero la forma de ellos era repentinamente intrigante... la forma en la que se movían, formando las consonantes y las vocales. Eran labios comunes. Nada en ellos le había llamado

su atención antes. Pero ahora, en la oscuridad de la biblioteca, con nada en el aire aparte del suave susurro de sus voces...

Se preguntó que pasaría si la besaba.

Se apartó, sintiéndose de repente, abrumadoramente *mal*.

- Debemos regresar -dijo él abruptamente.

Un parpadeo de dolor pasó por sus ojos. Maldición. No había querido sonar como si estuviera deseoso de librarse de ella. Nada de eso era su culpa. Solo estaba cansado. Y frustrado. Y ella estaba allí. Y la noche era oscura. Y estaban solos.

Y eso no había sido deseo. No podría haber sido deseo. Había esperado toda su vida por reaccionar ante una mujer, de la forma en que lo había hecho con Hermione Watson. Posiblemente no podía sentir deseo por otra mujer después de eso. Ni por Lady Lucinda, ni por nadie

Eso no era nada. *Ella* era nada.

No, eso no era justo. Ella era algo. En realidad, muy importante. Pero no para él.



Capítulo 6

En el que nuestro héroe logra progresar.

Dios santo, ¿*Qué* era lo que había dicho?

Ese único pensamiento rondó por la mente de Lucy mientras yacía en la cama esa noche, demasiado horrorizada incluso para dar vueltas. Yació sobre su espalda, mirando fijamente el techo, absolutamente quieta, absolutamente mortificada.

A la mañana siguiente, cuando se miró en el espejo, suspirando al ver el cansado color lavanda debajo de sus ojos, allí estaba de nuevo...

Oh, Sr. Bridgerton, usted es mucho mejor que el resto.

Y cada vez que lo revivía, la voz en su memoria crecía un poco más, más irritante, hasta que se convirtió en una de esas horribles criaturas -las muchachas que temblaban y se desmayaban cada vez que algún hermano mayor venía de visita a la escuela.

- Lucy Abernathy -murmuró entre dientes-. Eres una vaca tonta.

- ¿Has dicho algo? -Hermione alzó la mirada hacia ella, desde su ubicación cercana a la cama. Lucy ya tenía en su mano el pomo de la puerta, lista para irse a desayunar.

- Solo estoy haciendo sumas en mi cabeza -mintió Lucy.

Hermione regresó a ponerse los zapatos.

- Por el amor de Dios, *¿por qué?* -dijo, principalmente para sí misma.

Lucy se encogió de hombros, aunque Hermione no estaba mirándola. Siempre decía que estaba haciendo sumas en su cabeza cuando Hermione la sorprendía hablando sola. No tenía ni idea del por qué Hermione le creía; Lucy detestaba las sumas, casi tanto como odiaba las fracciones y las tablas. Pero parecía la clase de cosas que podía hacer, tan práctica como era, y Hermione nunca se lo había cuestionado.

De vez en cuando Lucy mascullaba un número, solo para hacer a su actuación más auténtica.

- ¿Lista para bajar? -preguntó Lucy, mientras le daba la vuelta al pomo. Y no es que ella lo estuviera. La última cosa que deseaba era ver, bien, a nadie. Al Sr. Bridgerton en particular, por supuesto, pero el pensamiento de enfrentar al mundo en general, era simplemente horrible.

Pero tenía hambre, y tenía que mostrarse en el futuro, y no veía por qué su miseria debía revolcarse en un estómago vacío.

Mientras caminaban para ir a desayunar, Hermione la miró con curiosidad.

- ¿Estás bien, Lucy? -le preguntó-. Lucas un poco extraña.

Lucy luchó contra el impulso de sonreír. Ella *era* extraña. Era una idiota, y probablemente no debería andar suelta en público.

Buen Dios, ¿realmente le había dicho a Gregory Bridgerton que era mejor que el resto?

Quería morir. O por lo menos, esconderse debajo de la cama.

Pero no, no podía lograr fingir enfermedad y ni siquiera era una buena mentirosa. Ni siquiera se le había ocurrido intentarlo. Era tan ridículamente normal y rutinaria, que se

había levantado, y estaba lista para ir a desayunar antes de poder tener un simple pensamiento coherente.

Aparte de ponderar su aparente locura, por supuesto. *Por eso* no se había concentrado en el problema.

- Bueno, te vez muy bien, de todos modos -dijo Hermione cuando llegaron a la cima de las escaleras-. Me agrada tu elección de una cinta verde con ese vestido azul. No había pensado en eso, pero eres muy inteligente. Y se ve tan preciosa con tus ojos.

Lucy bajó la mirada hacia su ropa. No recordaba haberse vestido. Era un milagro que no luciera como si se hubiera escapado de un circo gitano.

Aunque...

Soltó un pequeño suspiro. Escaparse con los gitanos sonaba muy atractivo, incluso práctico, ya que estaba bastante segura de que nunca debería mostrar su cara de nuevo frente a la sociedad educada. Claramente había perdido un extremadamente importante vaso conector entre su cerebro y su boca, y solo el cielo sabía lo siguiente que podría salir de sus labios.

¡Dios mío! También le podría haber dicho a Gregory Bridgerton que lo creía un dios.

Lo cual no hacía. En absoluto. Simplemente pensaba en él, como en una pareja bastante buena para Hermione. Y ella se lo había dicho a él. ¿No es cierto?

¿Qué le *había* dicho? Exactamente, ¿qué le había dicho?

- ¿Lucy?

Le había dicho que era... le había dicho que era...

Se detuvo, consternada.

Queridísimo *Dios*. Él iba a pensar que *ella* lo quería.

Hermione siguió caminando antes de comprender que Lucy ya no estaba caminando a su lado.

- ¿Lucy?

- Sabes -dijo Lucy, en una voz un poco chillona-, creo que no tengo hambre después de todo.

Hermione la miró con incredulidad.

- ¿En el desayuno?

Eso *era* muy poco probable. Lucy siempre comía en el desayuno como un marinero.

- Yo... ah... creo que algo no me cayó bien anoche. Quizás fue el salmón. -Se puso una mano sobre el estómago para agregarle más efecto-. Creo que debo acostarme.

Y nunca levantarse.

- Te ves un poco verde -dijo Hermione.

Lucy sonrió débilmente, tomando la decisión consciente de estar agradecida por los pequeños favores.

- ¿Quieres que te traiga algo? -preguntó Hermione.

- Sí -dijo Lucy con fervor, esperando que Hermione no hubiera escuchado el ruido de su estómago.

- Oh, pero no debo hacerlo -dijo Hermione, poniéndose un dedo pensativo en los labios-. Probablemente no deberías comer si te sientes enferma del estómago. La última cosa que necesitas es vomitarlo todo después.

- No estoy enferma del estómago, exactamente -improvisó Lucy.

- ¿No?

- Es... ah... muy difícil de explicarlo, de verdad. Yo... - Lucy se combó contra la pared. ¿Quién sabía si ella en su interior era una buena actriz?

Hermione se apresuró a su lado, mostrando un ceño de preocupación en su frente.

- Oh querida -dijo, apoyando a Lucy con un brazo alrededor de su espalda-. Te ves horrible.

Lucy pestañeó. Quizás si *estaba* enferma. Mucho mejor. Eso la mantendría recluida durante días.

- Voy a regresarte a la cama -dijo Hermione, su tono no toleraba ninguna discusión-. Y luego llamaré a Mamá. Ella sabrá que hacer.

Lucy asintió aliviada. El remedio de Lady Watson para cualquier clase de dolencia eran el chocolate y los bizcochos. Poco ortodoxo, eso era seguro, pero como era lo que la madre de Hermione elegía siempre que ella decía que estaba enferma, no podía negárselo a nadie más.

Hermione la guió de regreso a su alcoba, incluso llegó al punto de quitarle las zapatillas antes de que se recostara en la cama.

- Si no te conociera tan bien -dijo Hermione, echando las zapatillas descuidadamente en el armario-, pensaría que estás fingiendo.

- Nunca lo haría.

- Oh, claro que lo harías -dijo Hermione-. Estoy completamente segura. Pero nunca lo llevarías a cabo. Eres demasiado tradicional.

¿Tradicional? ¿*Eso* que tenía que ver?

Hermione soltó una exhalación irritada.

- Probablemente tendré que sentarme a desayunar con el aburrido Sr. Bridgerton.

- Él no es tan terrible -dijo Lucy, con quizás, un poco más de brío, que uno podría esperar de alguien con el estómago lleno de salmón en mal estado.

- Supongo que no -accedió Hermione-. Él es mejor que la mayoría, supongo.

Lucy hizo una mueca de dolor al evocar sus propias palabras. *Es mucho mejor que el resto. Mucho mejor que el resto.*

Con seguridad era la cosa más espantosa que había salido de sus labios.

- Pero él no es para mí -continuó Hermione, ignorando el sufrimiento de Lucy-. Lo comprenderá muy pronto. Y entonces trasladará sus atenciones a alguien más.

Lucy lo dudaba, pero no dijo nada. Todo era un rollo. Hermione estaba enamorada del Sr. Edmonds, el Sr. Bridgerton estaba enamorado de Hermione, y Lucy *no* estaba enamorada del Sr. Bridgerton.

Pero él creía que lo estaba.

Lo cual no tenía sentido, por supuesto. Nunca permitiría que eso pasara, estaba prácticamente comprometida con Lord Haselby.

Haselby. Estuvo a punto de gemir. Todo podría ser mucho más fácil si al menos pudiera recordar su rostro.

- Quizás debería llamar para que nos traigan el desayuno -dijo Hermione, con la cara tan iluminada como si de repente hubiera descubierto un nuevo continente-. ¿Crees que nos enviarían una bandeja?

Oh, rayos. Hacia allí iban todos sus planes. Ahora Hermione tenía una excusa para permanecer todo el día en su cuarto. Y el siguiente, también, si Lucy continuaba fingiéndose enferma.

- No se por qué no pensé antes en eso -dijo Hermione, mientras se dirigía a la campanilla-. Sería mucho mejor que yo permaneciera contigo aquí.

- No -ladró Lucy, con su cerebro girando rápidamente.

- ¿Por qué no?

Exacto. Lucy pensó rápidamente.

- Si les haces traer una bandeja, no obtendrás lo que quieres.

- Pero yo sé lo que quiero. Huevos tibios y tostadas. Seguramente ellos pueden traer eso.

- Pero yo no quiero huevos tibios y tostadas. -Lucy trató de mantener una expresión lastimera y patética mientras podía-. Tú conoces mis gustos muy bien. Si vas al salón del desayuno, estoy segura que encontrarás exactamente lo que quiero.

- Pero yo pensé que no ibas a comer.

Lucy volvió a ponerse la mano en el estómago.

- Bueno, podría querer comer un poco.

- Oh, muy bien -dijo Hermione, sonando más impaciente que otra cosa-. ¿Qué quieres?

- Er, ¿quizás algo de tocino?

- ¿Con el estómago como un pez?

- No estoy segura de que haya sido el pescado.

Por un largo rato, Hermione se quedó allí, mirándola.

- ¿Solo tocino, entonces? -preguntó ella finalmente.

- Ehm, y algo más que creas que puedo disfrutar -dijo Lucy, ya que habría sido muy fácil pedirle el tocino.

Hermione soltó una exhalación de cansancio.

- Regresaré pronto. -Miró a Lucy con una expresión ligeramente sospechosa-. No te esfuerces.

- No lo haré -prometió Lucy. Le sonrió a la puerta cuando esta se cerró detrás de Hermione. Contó hasta diez, luego saltó de la cama y corrió hacia el armario para enderezar sus zapatillas. Una vez que todo quedó a su entera satisfacción, cogió un libro, se volvió hacia la cama para recostarse, y leyó.

Después de todo, estaba resultando ser una mañana estupenda.

* * * * *

Cuando Gregory entró al salón de desayuno, se sentía mucho mejor. Lo que había pasado la noche anterior, no había sido nada. Prácticamente lo había olvidado.

No era como si él hubiera *querido* besar a Lady Lucinda. Simplemente se había preguntado por ello, lo cual estaba a un mundo de diferencia.

Simplemente era un hombre, después de todo. Se había preguntado cosas sobre cientos de mujeres, la mayoría del tiempo sin siquiera tener *cualquier* intención de hablarles. Todos nos preguntábamos cosas. Era lo que uno hacía lo que representaba la diferencia.

¿Qué era lo que sus hermanos -sus felizmente casados hermanos, podría añadir-le habían dicho alguna vez? Que el matrimonio no los había dejado *ciegos*. Quizás no andaban en busca de otras mujeres, pero eso no significaba que no notaran lo que se ponía en frente de ellos. Así fuera una camarera con pechos extremadamente grandes o una joven dama apropiada con un -bueno, con un par de labios- uno no podría evitar *ver* la parte del cuerpo en cuestión.

Y si uno la veía, entonces claro que se podría preguntar, y...

Y nada. Todo se reducía a la nada.

Lo que significaba que Gregory podría comer su desayuno con la mente despejada.

Los huevos eran buenos para el alma, decidió. El tocino, también.

Él único otro ocupante del salón del desayuno era el cincuentón y perpetuamente almidonado Sr. Snowe, quien estaba agradecidamente más interesado en su periódico que en charlar. Después de los obligatorios gruñidos de saludo,

Gregory se sentó en el extremo opuesto de la mesa y empezó a comer.

La salchicha estaba excelente esa mañana. Y las tostadas también eran excepcionales. Necesitaban un poco de mantequilla. A los huevos les hacía falta un poco de sal, pero aparte de eso todo estaba muy sabroso.

Probó el bacalao salado. No estaba mal. En absoluto.

Tomó otro mordisco. Masticó. Lo disfrutó. Tuvo pensamientos muy profundos sobre la política y la agricultura.

Cambió determinadamente a la física Newtoniana. En realidad debió de haber prestado más atención en Eton, porque no podía identificar la diferencia entre la fuerza y el trabajo.

Veamos, el trabajo estaba relacionado con los julios, y la fuerza estaba...

Ni siquiera está realmente intrigado. Honestamente, todo podría ser culpa de algún truco de la luz. Y de su humor. Se había sentido un poco apagado. Había estado mirando su boca porque ella estaba hablando, por la gracia de Dios. ¿Dónde más había tenido que mirar?

Recogió su tenedor con renovado vigor. Volvió al bacalao. Y a su té. Nada lo llenaba más que el té.

Tomó un gran sorbo, asomándose sobre el borde de su taza cuando escuchó que alguien venía por el pasillo.

Ella llenó la puerta.

Pestañeó sorprendido, luego miró encima de su hombro. Ella había llegado sin su miembro extra.

Ahora que pensaba en eso, nunca había visto a la Srta. Watson sin Lady Lucinda.

- Buenos días -soltó él, en el preciso tono correcto. Lo suficientemente amistoso para no parecer aburrido, pero no demasiado amistoso. Un hombre nunca quería parecer tan desesperado.

La Srta. Watson lo miraba mientras estaba de pie, y su cara no registraba absolutamente ninguna emoción. Ni felicidad, ni ira, nada aparte de un simple parpadeo de reconocimiento. Era bastante notable, en realidad.

- Buenos días -murmuró ella.

Entonces, demonios, por qué no.

- ¿Me acompañará? -le preguntó.

Sus labios se separaron y se detuvo, como si no estuviera muy segura de lo que deseaba hacer. Y entonces, como si le ofreciera una prueba perversa de que ellos compartían alguna clase de conexión muy fuerte, él le leyó la mente.

En serio. Sabía exactamente lo que ella estaba pensando.

Oh, muy bien, supongo que tengo que desayunar, de todos modos.

Eso sin lugar a dudas le calentaba el alma.

- No puedo quedarme mucho tiempo -dijo la Srta. Watson -. Lucy está enferma, y prometí llevarle una bandeja.

Era muy difícil imaginarse a la indomable Lady Lucinda enferma, aunque Gregory no sabía por qué. No era como si él la conociera. En realidad, solo habían conversado en pocas ocasiones. Si acaso.

- Confío en que no sea nada serio -murmuró él.

- No lo creo -contestó ella, mientras tomaba un plato. Levantó la mirada hacia él, pestañeando con esos asombrosos ojos verdes-. ¿Usted comió pescado?

Bajó la mirada hacia su bacalao.

- ¿Ahora?

- No, anoche.

- Creo que sí. Normalmente como de todo.

Sus labios se fruncieron por un momento, y murmuró:

- Yo también comí.

Gregory esperó una explicación más extensa, pero ella no parecía querer ofrecerle ninguna. Por eso permaneció de pie, mientras ella colocaba suavemente delicadas porciones de huevos y jamón en su plato. Entonces, después de un momento de deliberación...

¿Realmente tengo hambre? Porque entre más comida ponga en mi plato, más tiempo tardaré en consumirla. Aquí. En el salón del desayuno. Con él.

...Ella tomó un pedazo de tostada.

Hmmm. Sí, tengo hambre.

Gregory esperó hasta que ella tomó asiento frente a él, y se sentó. La Srta. Watson le ofreció una pequeña sonrisa -era tan pequeña que realmente no había sido nada más que un fruncimiento de labios- y procedió a comer sus huevos.

- ¿Durmió bien? -preguntó Gregory.

Ella se limpió la boca con la servilleta.

- Muy bien, gracias.

- Yo no -anunció él. Demonios, si la conversación educada no funcionaba para atraerla, quizás debía optar por algo sorprendente.

Lo miró.

- Lo siento mucho. -Y entonces bajó la cabeza de nuevo. Y comió.

- Tuve un sueño horrible -dijo él-. Una pesadilla, en realidad. Horripilante.

Ella tomó su cuchillo y cortó su tocino.

- Lo siento mucho -dijo, ignorando aparentemente que había dicho las mismas palabras solo hace unos momentos.

- No puedo recordar exactamente de que se trataba -meditó Gregory. Estaba inventándolo todo, por supuesto. No había

dormido bien, pero no porque hubiera tenido una pesadilla. Pero la iba a hacer hablar con él, aunque muriera en el intento-. ¿Usted recuerda sus sueños? -le preguntó.

Su tenedor se detuvo a mitad de camino hacia su boca, y ahí estaba esa deliciosa conexión de mentes de nuevo.

En nombre de Dios, ¿por qué me está preguntando eso?

Bueno, quizás no era en nombre de Dios. Eso requeriría un poco más de emoción de la que ella parecía poseer. Por lo menos con él.

- Er, no -dijo-. Normalmente no.

- ¿En serio? Qué intrigante. Estimo, que puedo recordar las mías la mitad del tiempo.

Ella asintió con la cabeza.

Si asiento, no tendré que decirle nada.

Él persistió.

- Mi sueño de anoche era bastante vívido. Había una tormenta. Rayos y centellas. Muy dramático.

Ella giró su cuello, siempre tan despacio, y miró sobre su hombro.

- ¿Srta. Watson?

Ella se volvió.

- Pensé que había escuchado algo.

Esperaba haber escuchado algo.

Realmente, ese talento de leer la mente estaba empezando a ponerse tedioso.

- Bien -dijo él-. Bueno, ¿por donde iba?

La Srta. Watson empezó a comer muy rápidamente.

Gregory se inclinó hacia delante. Ella no se le iba a escapar tan fácilmente.

- Oh, sí, la lluvia -dijo-. Estaba lloviendo. Un absoluto diluvio. Y la tierra empezó a hundirse bajo mis pies. Tragándome.

Él hizo una pausa, a propósito, y entonces mantuvo los ojos clavados en su rostro para forzarla a que le dijera algo.

Después de un rato de silencio bastante embarazoso, ella cambió su mirada finalmente de la comida hacia su cara. Una pequeña porción de huevo tembló en el borde de su tenedor.

- La tierra se estaba hundiendo -dijo él. Y casi sonrió.

- Qué... desagradable.

- Lo fue -dijo, con gran animación-. Pensé que me iba a tragar entero. ¿Se ha sentido alguna vez así, Srta. Watson?

Silencio. Y luego:

- No. No. No puedo afirmarlo.

Él se tocó el lóbulo de su oreja ociosamente, y luego dijo, con mucha desenvoltura:

- Creo que no lo disfruté mucho.

Pensó que ella podría escupir su té.

- Bueno, en realidad -continuó él-. ¿A quien le gustaría?

Y por primera vez desde que la conocía, pensó que vio un desliz de la máscara de desinterés de sus ojos cuando dijo, con mucho sentimiento:

- No tengo idea.

Incluso agitó la cabeza. ¡Tres cosas a la vez! Una frase completa, un poco de emoción, y una agitación de cabeza. Por George, que podía comunicarse con ella.

- ¿Qué pasó después, Sr. Bridgerton?

Dios Santo, ella le había hecho una pregunta. Podría caerse de su silla.

- En realidad -dijo él-. Me desperté.

- Eso fue muy afortunado.

- Pensé lo mismo. Ellos dicen que si mueres en tus sueños, mueres mientras duermes.

Sus ojos se abrieron como platos.

- ¿Ellos lo dicen?

- *Ellos* son mis hermanos -admitió-. Usted es libre de evaluar esa información basada en esa fuente.

- Yo tengo un hermano -dijo ella-. A él le encanta atormentarme.

Gregory le ofreció una grave inclinación.

- Es que ese es el trabajo de los hermanos.

- ¿Usted atormenta a sus hermanas?

- Solo a la más joven.

- Porque ella es menor.

- No, es porque se lo merece.

Ella se rió.

- Sr. Bridgerton, usted es terrible.

Él sonrió despacio.

- Usted no conoce a Hyacinth.

- Si ella lo molesta lo suficiente como para que usted desee atormentarla, estoy segura de que la adoraría.

Él se reclinó, disfrutando el sentimiento de facilidad. Era agradable no tener que trabajar tan duro.

- Entonces, ¿su hermano es mayor que usted?

Ella asintió.

- Él me atormenta porque soy más pequeña.

- ¿Quiere decir que usted no se lo merece?

- Por supuesto que no.

Realmente no podía afirmar si ella estaba siendo divertida.

- ¿Dónde está su hermano?

- En Trinity Hall. -Tomó el último bocado de sus huevos-. En Cambridge. El hermano de Lucy también está allí. Ha sido estudiante por un año.

Gregory no sabía por qué ella estaba diciéndole eso. No estaba interesado en el hermano de Lucinda Abernathy.

La Srta. Watson cortó otra porción de tocino y levantó el tenedor hacia su boca. Gregory también comió, mirándola furtivamente mientras masticaba. Dios, era preciosa. Pensó que nunca había visto a una mujer con ese color de piel. En realidad, era su piel. Imaginó que la mayoría de los hombres pensaban que su belleza se debía a su cabello y a sus ojos, y era cierto que esos eran los rasgos que inicialmente congelaban a un hombre. Pero su piel era como el alabastro, colocado sobre un pétalo de rosa.

Se detuvo a medio masticar. No tenía idea de que podía ser tan poético.

La Srta. Watson bajó su tenedor.

- Bueno -dijo, con el más diminuto de los suspiros-. Supongo que debo preparar ese plato para Lucy.

Se puso de pies inmediatamente para ayudarla. Cielos santos, ella aparentaba no querer marcharse. Gregory se felicitó por ese desayuno sumamente productivo.

- Buscaré a alguien para que lo lleve por usted -dijo él, haciéndole señas a un lacayo.

- Oh, eso sería estupendo. -Le sonrió agradecidamente, y su corazón saltó de un golpe, literalmente. Había pensado que eso simplemente era una figura retórica, pero ahora sabía que era verdad. El amor realmente podía afectar los órganos internos de las personas.

- Por favor, ofrézcale a Lady Lucinda mis mejores deseos - dijo, mirando curiosamente como la Srta. Watson apilaba cinco rodajas de carne en el plato.

- A Lucy le gusta el tocino -dijo ella.

- Ya lo veo.

Y entonces procedió a cucharear los huevos, el bacalao, las patatas, los tomates y en otro plato panecillos y tostadas.

- El desayuno siempre ha sido su comida favorita -dijo la Srta. Watson.

- También la mía.

- Le diré eso.

- No puedo imaginar porque le importaría eso.

Una sirvienta había entrado al salón con una bandeja, y la Srta. Watson puso los platos en ella.

- Oh, le importará -dijo ella jovialmente-. A Lucy le importa todo. Incluso, hace sumas en su cabeza. Por diversión.

- Está bromeando. -Gregory no podía imaginarse una manera menos agradable de mantenerse ocupado.

Ella se puso la mano en el corazón.

- Se lo juro. Pienso que ella está tratando de mejorar su mente, porque nunca fue muy buena con las matemáticas. -Se dirigió hacia la puerta, y entonces se volvió para enfrentarlo-. El desayuno fue estupendo, Sr. Bridgerton. Gracias por su compañía y por la conversación.

Él inclinó la cabeza.

- El placer es todo mío.

Excepto que no lo había sido. Ella había disfrutado de su tiempo juntos, también. Podía verlo en su sonrisa. Y en sus ojos.

Y eso lo hacía sentir como un rey.

* * * * *

- ¿Sabías que si te mueres en tus sueños, te mueres mientras duermes?

Lucy ni siquiera dejó de cortar su tocino.

- Eso no tiene sentido -dijo-. ¿Quién te dijo eso?

Hermione se sentó en el borde de la cama.

- El Sr. Bridgerton.

Ahora *eso* estaba por encima del tocino. Lucy levantó la mirada inmediatamente.

- ¿Entonces te encontraste con él en el desayuno?

Hermione asintió con la cabeza.

- Nos sentamos frente a frente. Me ayudó a organizar la bandeja.

Lucy observó su enorme desayuno con consternación. Normalmente lograba esconder su feroz apetito perdiendo el tiempo en la mesa del desayuno, entonces se servía nuevamente después de que la primera ola de invitados se hubiera marchado.

Oh bueno, no podía hacer nada al respecto. Gregory Bridgerton seguramente estaría pensando que ella era un pato, también, pensaría que era un pato que pesaría ochenta kilos al final del año.

- En realidad, él es muy divertido -dijo Hermione, mientras hacía girar su cabello ausentemente.

- He escuchado que él es muy encantador.

- Mmmmm.

Lucy miró a su amiga estrechamente. Hermione estaba mirando fijamente fuera de la ventana, y si no tuviera esa

ridícula mirada de estoy-memorizando-un-soneto-de amor, al final lograría componer una copla o dos.

- Él es extremadamente guapo -dijo Lucy. No parecía hacer ningún daño al confesarlo. No es como si estuviera planeando quitarse el sombrero por él, además su apariencia era lo suficientemente agradable para ser interpretada como una declaración de un hecho, en lugar de una opinión.

- ¿Lo crees? -preguntó Hermione. Se volvió hacia Lucy, inclinando la cabeza pensativamente a un lado.

- Oh, sí -contestó Lucy-. Sus ojos, en particular. Tengo debilidad por los ojos color avellana. Siempre ha sido así.

En realidad, nunca lo había considerado de ninguna manera, pero ahora que lo pensaba, los ojos de color avellana *eran* muy hermosos. Un poco castaños, un poco verdes. Lo mejor de ambos mundos.

Hermione la miraba con curiosidad.

- No lo sabía.

Lucy se encogió de hombros.

- No te lo he dicho todo.

Otra mentira. Hermione conocía cada detalle aburrido de la vida de Lucy y había sido así durante tres años. Excepto, claro, sus planes de casar a Hermione con el Sr. Bridgerton.

El Sr. Bridgerton. Bien. Debería volver a la conversación sobre *él*.

- Pero estás de acuerdo -dijo Lucy en su mayoría reflexionando en voz alta-, en que él no es demasiado guapo. En realidad, eso es algo bueno.

- ¿El Sr. Bridgerton?

- Sí. Su nariz tiene mucho carácter, ¿no te parece? Y tiene muy pocas cejas. -Lucy frunció el ceño. No se había dado cuenta de que estaba tan familiarizada con la cara de Gregory Bridgerton.

Hermione simplemente asintió, por eso Lucy continuó con:

- No creo que quiera casarme con alguien *demasiado* guapo. Eso debe ser terriblemente intimidante. Me sentiría como un pato cada vez que abriera la boca.

Hermione se rió tontamente por su ocurrencia.

- ¿Cómo un pato?

Lucy asintió y decidió no graznar. Se preguntó si los hombres que cortejaban a Hermione se preocupaban por la misma cosa.

- Él tiene el cabello muy oscuro -dijo Hermione.

- No tan oscuro. -Lucy pensó que su cabello era medio castaño.

- Sí, pero el Sr. Edmonds es tan rubio.

El Sr. Edmonds tenía un precioso cabello rubio, pero Lucy decidió no comentarlo. Y sabía que debía ser muy cuidadosa a esas alturas. Si presionaba a Hermione con demasiada fuerza en dirección al Sr. Bridgerton, seguramente se negaría y regresaría a su amorío con el Sr. Edmonds, lo cual, por supuesto, era un completo desastre.

No, Lucy tenía que ser muy sutil. Si Hermione iba a volver su devoción hacia el Sr. Bridgerton, tenía que averiguarlo ella misma. O pensar que lo hacía.

- Y su familia es muy inteligente -murmuró Hermione.

- ¿La del Sr. Edmonds? -preguntó Lucy, mal interpretándola a propósito.

- No, la del Sr. Bridgerton, por supuesto. He escuchado muchas cosas interesantes sobre ellos.

- Oh, sí -dijo Lucy-. Yo también. Admiro mucho a Lady Bridgerton. Ella es una anfitriona maravillosa.

Hermione asintió en acuerdo.

- Creo que ella te prefiere a ti que a mí.

- No seas tonta.

- No me importa -dijo Hermione, encogiendo los hombros-. No es como si yo *no* le gustara. Es solo que te prefiere a ti. Las mujeres siempre te prefieren a ti.

Lucy abrió la boca para contradecirla, pero se detuvo, comprendiendo que era verdad. Era extraño que nunca lo hubiese notado.

- Bueno, no es como si fueras a casarte con *ella* -dijo.

Hermione la miró agudamente.

- No he dicho que desee casarme con el Sr. Bridgerton.

- No, claro que no -dijo Lucy, dándose patadas mentalmente. Había sabido que esas palabras habían sido un error en el minuto que salieron de su boca.

- Pero... -Hermione suspiró y se dedicó a mirar hacia el exterior.

Lucy se inclinó hacia delante. Entonces esto era lo que significaba esperar por una palabra.

Y esperó, y esperó... hasta que no pudo soportarlo más.

- ¿Hermione? -preguntó finalmente.

Hermione se tiró en la cama.

- Oh, Lucy -gimió, en un tono digno de Covent Garden-. Estoy tan confundida.

- ¿Confundida? -Lucy sonrió. Eso tenía que ser algo bueno.

- Sí -contestó Hermione, desde su posición poco elegante sobre la cama-. Cuando estaba sentada en la mesa con el Sr. Bridgerton -bueno, realmente al principio pensé cosas muy malas sobre él- pero comprendí que estaba disfrutándolo. Él es muy divertido, en realidad, y me hizo reír.

Lucy no dijo nada, esperando que Hermione ordenara sus pensamientos.

Hermione hizo un poco de ruido, un medio suspiro, un medio gemido. Totalmente apenada.

- Y entonces cuando comprendí, que lo estaba mirando y... -rodó hacia un lado, apoyándose en el codo y sosteniendo su cabeza con una mano-. Vibré.

Lucy todavía estaba intentando digerir el frenético comentario.

- ¿Vibraste? -repitió-. ¿Qué te *vibró*?

- Mi estómago. Mi corazón. Mi... mi algo. No sé qué.

- ¿Lo mismo te pasó cuando viste al Sr. Edmonds por primera vez?

- No. *No*. No. -Cada no fue dicho con una entonación diferente, y Lucy tenía el raro presentimiento de que Hermione estaba tratando de convencerse de eso.

- No fue lo mismo en absoluto -dijo Hermione-. Pero fue... un poco parecido. En una escala más pequeña.

- Ya veo -dijo Lucy, con una cantidad admirable de gravedad, considerando que ella no entendía nada en absoluto. Pero entonces como siempre, nunca entendía esa clase de cosas. Y después de esa extraña conversación con el Sr. Bridgerton la noche anterior, estaba convencida de que nunca lo haría.

- ¿Pero tu piensas -si estoy tan desesperadamente enamorada del Sr. Edmonds-, piensas que yo nunca debería temblar por alguien más?

Lucy pensó en eso. Y entonces dijo:

- Yo no veo por qué el amor tiene que ser desesperado.

Hermione se empujó sobre sus codos y la miró con curiosidad.

- Esa no fue mi pregunta.

¿No lo fue? ¿Y cual fue?

- Bueno -dijo Lucy, escogiendo sus palabras cuidadosamente-. Quizás eso significa...

- Sé lo que me vas a decir -la cortó Hermione-. Vas a decirme que eso probablemente significa que no estoy tan enamorada del Sr. Edmonds como yo creía. Y entonces me dirás que necesito darle al Sr. Bridgerton una oportunidad. Y luego me dirás que debo darles una oportunidad a todos los caballeros.

- Bueno no a *todos* -dijo Lucy. Pero el resto de lo que dijiste fue muy acertado.

- ¿Crees que todo esto debe pasarme a mi? ¿No comprendes lo terriblemente angustiante que es todo esto? ¿Dudar de mi misma? Y cielos, Lucy, ¿Qué tal que esto no sea el fin de todo? ¿Y si me pasa esto de nuevo? ¿Con alguien más?

Lucy sospechaba que no se le había pedido que contestara, pero aún así dijo:

- No hay nada malo en dudar de ti misma, Hermione. El matrimonio es una enorme labor. La elección más importante de tu vida. Una vez la haces, no puedes cambiar de opinión.

Lucy tomó un bocado de su tocino, recordándose lo agradecida que estaba de que Lord Haselby fuera tan conveniente. Su situación podría ser mucho peor. Masticó, tragó y dijo:

- Solo necesitas darte un poco de tiempo, Hermione. Debes hacerlo. No hay ninguna razón para apresurarse en el matrimonio.

Se hizo un largo silencio antes de que Hermione contestara.

- Considero que tienes razón.

- Si tú verdaderamente quieres estar con el Sr. Edmonds, él esperará por ti. -Oh, cielos. Lucy no podía *creer* que había dicho eso.

Hermione saltó de la cama, para poder ponerse al lado de Lucy y envolverla en un abrazo.

- Oh, Lucy esa es la cosa más dulce que me has dicho alguna vez. Sé que no lo apruebas.

- Bueno... -Lucy se aclaró la garganta, intentando pensar en una respuesta aceptable. Algo que la hiciera sentir *menos* culpable por no haberlo mencionado-. No es que...

Se escuchó un golpe en la puerta.

Oh, gracias a Dios.

- Entre -dijeron las dos muchachas al unísono.

Una sirvienta entró y realizó un rápido gesto de cortesía.

- Milady -dijo, mirando a Lucy-. Lord Fennsworth ha llegado para verla.

Lucy quedó sin resuello ante ella.

- ¿Mi *hermano*?

- Está esperándola en el salón rosa, milady. ¿Puedo informarle que usted va a bajar?

- Sí. Sí, por supuesto.

- ¿Quiere que le diga algo más?

Lucy negó con la cabeza lentamente.

- No, gracias. Eso es todo.

La sirvienta se marchó, dejando a Lucy y a Hermione mirándose mutuamente conmocionadas.

- ¿Por qué crees que Richard está aquí? -preguntó Hermione, con los ojos bien abiertos por el interés. Se había encontrado con el hermano de Lucy en varias ocasiones, y siempre se habían llevado bien.

- No lo sé -Lucy se levantó rápidamente de la cama, olvidándose de todos sus pensamientos de fingir que tenía dolor de estómago-. Espero que todo esté bien.

Hermione asintió y la siguió hasta el armario.

- ¿Será que tu tío está enfermo?

- No que yo sepa. -Lucy sacó sus zapatillas y se sentó en el borde de la cama para volver a ponérselas en los pies-. Lo mejor que puedo hacer es bajar a verlo. Si él está aquí, debe ser por algo importante.

Hermione la miró un momento, y luego preguntó:

- ¿Puedo acompañarte? No me entrometeré en tu conversación, por supuesto. Pero puedo bajar contigo, si lo prefieres.

Lucy asintió, y juntas partieron hacia el salón rosa.



Capítulo 7

En el que nuestro inesperado invitado entrega noticias angustiantes.

Gregory estaba charlando con su cuñada en el cuarto del desayuno cuando el mayordomo le informó de su inesperado invitado, y naturalmente él decidió acompañarla a el salón rosa para saludar a Lord Fennsworth, el hermano mayor de Lady Lucinda. No tenía nada que hacer, y de algún modo parecía que debería ir a encontrarse con el joven conde, dado que la Srta. Watson había hablado de él hace un cuarto de hora. Gregory solo conocía su reputación; los cuatro años de diferencia de sus edades había asegurado que no hubieran cruzado sus caminos en la universidad, y Fennsworth aún no había elegido tomar su lugar en la sociedad londinense.

Gregory había esperado a un tipo estudioso, extremadamente devoto a la lectura; había escuchado que Fennsworth había elegido permanecer en Cambridge incluso cuando la escuela no estaba en temporada. De hecho, el caballero que esperaba al lado de la ventana del salón rosa poseía cierta solemnidad que lo hacía parecer ligeramente mayor de lo que era. Pero Lord Fennsworth era también alto, delgado, y aunque quizás era un poco tímido, aparentaba un aire de serenidad heredado de algo más básico que un título nobiliario.

El hermano de Lady Lucinda lo conocía, no solo porque había nacido para ser llamado. A Gregory le cayó bien inmediatamente.

Hasta que fue obvio que él, como el resto de la humanidad masculina, estaba enamorado de Hermione Watson.

El único misterio, en realidad, era la razón por la cual Gregory estaba sorprendido.

Tenía que felicitarlo -Fennsworth había logrado hacer preguntas en un minuto sobre el bienestar de su hermana antes de agregar:

- ¿Y la Srta. Watson? ¿Se unirá con nosotros también?

No había sido tanto por las palabras sino por el tono, e incluso no fue tanto por el parpadeo en sus ojos, sino por la chispa de avidez, de anticipación.

Oh, eso fue demasiado evidente. Era anhelo desesperado, puro y simple. Gregory ya lo sabía, sabía que sus ojos se habían encendido más de una vez en los últimos días.

Dios Santo.

Gregory supuso que todavía encontraba en Fennsworth a un buen compañero, incluso con su irritante encaprichamiento, pero en realidad, toda la situación estaba comenzando a ser aburrida.

- Estamos encantados de darle la bienvenida a Aubrey Hall, Lord Fennsworth -dijo Kate, una vez que le había informado, que no sabía si la Srta. Watson iba a bajar en compañía de su hermana al salón rosa-. Espero que su presencia no indique que hay una emergencia en su casa.

- En absoluto -contestó Fennsworth-. Pero mi tío me ha pedido que lleve a Lucy de vuelta a la casa. Desea hablar con ella sobre un asunto muy importante.

Gregory sintió como una esquina de su boca se levantó.

- Usted debe querer mucho a su hermana -dijo-, como para hacer este viaje usted mismo. Ciertamente hubiera podido enviar un carruaje por ella.

Para su reconocimiento, el hermano de Lucy no parecía agitado por la pregunta, pero al mismo tiempo, no tenía una respuesta inmediata.

- Oh no -dijo, las palabras salieron de su boca rápidamente después de un buen rato-. Estuve más que contento en hacer este viaje. Lucy es una buena compañía, y no nos hemos visitado hace mucho tiempo.

- ¿Ustedes deben marcharse enseguida? -preguntó Kate-. He disfrutado mucho de la compañía de su hermana. Y estaríamos honrados si usted también se convierte en uno de nuestros invitados.

Gregory se preguntó lo que estaba tramando. Kate iba a tener que buscar a otra mujer para emparejar los números si Lord Fennsworth se unía a la fiesta. Aunque supuso, que si Lady Lucinda se marchaba, tendría que hacer la misma cosa.

El joven conde dudó, y Kate aprovechó el momento con una hermosa ejecución:

- Oh, díganos que se quedará. Incluso aunque no sea en toda la duración de la fiesta.

- Bueno -dijo Fennsworth, pestañeando mientras consideraba la invitación. Era claro que él quería quedarse (y Gregory estaba muy seguro de que sabía a ciencia cierta el por qué). Pero con título o no, él todavía era muy joven, y Gregory imaginó que debía obedecerle a su tío en todos los asuntos pertinentes a su familia.

Y había dicho claramente que su tío deseaba el rápido regreso de Lady Lucinda.

- Supongo que no habría problema si me quedo un día más -dijo Fennsworth.

Oh, muy bien. Estaba deseoso de desafiar a su tío solo para pasar un tiempo más con la Srta. Watson. Y como era el hermano de Lady Lucinda, era un hombre al que Hermione nunca jamás podría rechazar con su fastidiosa cortesía usual. Gregory se preparó para otro aburrido día de competición.

- Por favor, díganos que se quedara hasta el viernes -dijo Kate-. Estamos planeando un baile de máscaras para la noche del jueves, y no queríamos que se lo perdiera.

Gregory hizo una nota mental para darle un regalo sumamente ordinario a Kate para su próximo cumpleaños. Piedras, quizás.

- Es solo un día más -dijo Kate con una agradable sonrisa.

En ese momento Lady Lucinda y la Srta. Watson entraron al cuarto, la primera en un vestido de mañana azul claro y la segunda con el mismo vestido verde que había llevado puesto en el desayuno. Lord Fennsworth le echó un vistazo al dúo (más a una que a la otra, y era suficiente con decir que su sangre no estaba tan espesa por el amor no correspondido), y murmuró:

- Entonces será el viernes.

- Estupendo -dijo Kate, juntando sus manos-. Haré que preparen un cuarto inmediatamente para usted.

- ¿Richard? -Preguntó Lady Lucinda-. ¿Por qué estás aquí? -hizo una pausa en la puerta y miró una por una a todas las personas, aparentemente confundida de la presencia de Kate y de Gregory.

- Lucy -dijo su hermano-. Ha pasado mucho tiempo.

- Cuatro meses -dijo ella, casi sin pensarlo, como si en algún rincón de su cerebro requería siempre una absoluta exactitud, incluso cuando no era algo importante.

- Cielos, ese es un largo tiempo -dijo Kate-. Los dejaremos, Lord Fennsworth. Estoy segura que usted y su hermana desean tener un momento de privacidad.

- No hay prisa -dijo Fennsworth, mirando brevemente a la Srta. Watson -. No quiero ser descortés, y aún no le he agradecido por su hospitalidad.

- No sería descortés en absoluto -apuntó Gregory, anticipando una salida rápida del salón con la Srta. Watson en su brazo.

Lord Fennsworth se volvió y pestañeó, como si se hubiera olvidado de la presencia de Gregory. No era muy sorprendente, ya que había permanecido extrañamente en silencio en la mayor parte de la conversación.

- Le ruego que no se preocupe -dijo el conde-. Lucy y yo tendremos nuestra conversación más tarde.

- Richard -dijo Lucy, pareciendo un poco preocupada-. ¿Estás seguro? No te esperaba, y si algo anda mal...

Pero su hermano negó con la cabeza.

- No es nada que no pueda esperar. El tío Robert desea hablar contigo. Me pidió que te llevara a casa.

- ¿Ahora?

- No me lo especificó -contestó Fennsworth-. Pero Lady Bridgerton me ha pedido que nos quedemos hasta el viernes muy cortésmente, y yo estuve de acuerdo. Claro -se aclaró la garganta-. Asumiendo que desees quedarte.

- Por supuesto -contestó Lucy, luciendo un poco desconcertada y perdida-. Pero yo... bueno... el Tío Robert...

- Debemos salir -dijo la Srta. Watson firmemente-. Lucy, debes quedarte con tu hermano un momento.

Lucy miró a su hermano, pero él había aprovechado la entrada de la Srta. Watson a la conversación para mirarla, y le dijo:

- ¿Y como estás, Hermione? Ha pasado mucho tiempo.

- Cuatro meses -dijo Lucy.

La Srta. Watson se rió y le sonrió calurosamente al conde.

- Estoy bien, gracias. Y Lucy tan correcta, como siempre. La última vez que hablamos fue en enero, cuando nos visitaste en la escuela.

Fennsworth inclinó su barbilla ante el reconocimiento.

- ¿Cómo podría olvidarlo? Fueron días muy agradables.

Gregory habría apostado su brazo derecho a que Fennsworth había hecho la cuenta de todos los minutos, que no había visto a la Srta. Watson. Pero la dama en cuestión ignoraba claramente el encaprichamiento del conde, porque solo le sonrió y le dijo:

- Lo fueron, ¿verdad? Fue tan dulce cuando nos llevaste a patinar sobre el hielo. Siempre eres una excelente compañía.

Buen Dios, ¿Cómo podía ella ser tan ignorante? No había forma de que estuviera tan animada si comprendiera la naturaleza de los sentimientos del conde hacia ella. Gregory estaba seguro de eso.

Pero aunque era obvio que la Srta. Watson era extremadamente cariñosa con Lord Fennsworth, nada indicaba que sostenía cualquier clase de relación romántica. Gregory se consolaba con el conocimiento de que ambos se conocían hace años, y por eso naturalmente era tan amistosa con Lord Fennsworth, dado lo cercana que era con Lady Lucinda.

En realidad, eran prácticamente como hermanos.

Y hablando de Lady Lucinda, Gregory se volvió en su dirección y no se sorprendió cuando la encontró frunciendo el ceño. Su hermano había viajado por lo menos un día para encontrarse con ella y ahora parecía no tener ninguna prisa en hablarle.

Y de hecho, todos los demás se habían quedado callados, también. Gregory observó la incómoda escena con interés. Todos parecían estar en ascuas, esperando ver quien hablaría

después. Incluso Lady Lucinda, quien nadie llamaría tímida, parecía no saber que decir.

- Lord Fennsworth -dijo Kate, rompiendo el silencio afortunadamente-. Usted debe tener hambre. ¿Desea algo de desayunar?

- Lo apreciaría enormemente, Lady Bridgerton.

Kate se volvió hacia Lady Lucinda.

- A usted tampoco la he visto desayunando. ¿Quiere que le sirvan también?

Gregory pensó en la enorme bandeja que la Srta. Watson le había llevado y se preguntó cuanto de ella había engullido antes de tener que bajar para reunirse con su hermano.

- Por supuesto -murmuró Lady Lucinda-. Me gustaría acompañar a Richard, de todos modos.

- Srta. Watson -cortó Gregory suavemente-. ¿Le importaría dar un paseo por los jardines? Creo que las peonías están floreciendo. Y esas de hojas azules -siempre olvido como se llaman.

- Delphinium. -Era Lady Lucinda, por supuesto. Sabía que ella no iba a ser capaz de resistirse. Entonces se volvió y lo miró, con los ojos ligeramente entrecerrados-. Ya se lo había dicho el otro día.

- Se que lo hizo -murmuró él-. Pero nunca he tenido mucha cabeza para los detalles.

- Oh, Lucy lo recuerda todo -dijo la Srta. Watson jovialmente-. Y sería estupendo dar un paseo por los jardines con usted. Claro, si a Lucy y a Richard no les importa.

Ambos aseguraron que no, aunque Gregory estaba muy seguro de haber visto un destello de decepción y-de desilusión, hay que decirlo- de irritación en los ojos de Fennsworth.

Gregory sonrió.

- ¿Nos encontraremos en nuestra habitación? -le dijo la Srta. Watson a Lucy.

La otra muchacha asintió, y con un sentimiento de triunfo - no había nada como una buena competición- Gregory puso la mano en la curva del codo de la Srta. Watson y salió con ella del cuarto.

Esa iba a ser una excelente mañana, después de todo.

* * * * *

Lucy siguió a su hermano y a Lady Bridgerton al cuarto del desayuno, aunque no había pensado en hacerlo, ya que había tenido la oportunidad de comer mucho de lo que Hermione le había llevado más temprano. Pero eso significaba que tenía que soportar por lo menos, treinta minutos llenos de una conversación sin sentido, mientras su cerebro se aceleraba, imaginando todo tipo de desastres que podrían haber ocurrido, que pudieran ser los causantes de esa llamada tan inesperada a su casa.

Richard no pudo hablarle de nada importante, ya que Lady Bridgerton y la mitad de los invitados a la casa, conversaban inútilmente sobre los huevos tibios y la reciente lluvia, por eso Lucy esperó sin protestar, mientras él terminaba (siempre había sido irritantemente lento para comer), e hizo su mejor esfuerzo de no perder la paciencia mientras paseaban por el césped lateral, y Richard le preguntó sobre la escuela, después por Hermione, luego por la madre de Hermione, y luego en su próximo debut, y luego otra vez en Hermione, con un tajante cambio hacia el hermano de Hermione, quien se había encontrado aparentemente con él en Cambridge, y entonces regresó a lo del debut, y hasta que punto ella pensaba compartirlo con Hermione...

Finalmente Lucy se detuvo, plantó las manos en sus caderas y le exigió que le dijera por qué estaba allí.

- Ya te lo dije -dijo él, sin mirarla directamente a los ojos-. El tío Robert desea hablar contigo.

- Pero, *¿por qué?* -no era una pregunta con una obvia respuesta. El tío Robert no se había preocupado en hablar con ella en todo el tiempo, durante los últimos diez años. Si tenía planeado empezar ahora, tenía que haber una razón para ello.

Richard se aclaró la garganta varias veces antes de decirle finalmente:

- Bueno, Lucy, creo que planea organizar tu boda.

- *¿En seguida?* -susurró Lucy, no sabía por qué estaba tan sorprendida. Sabía que eso era de esperarse; había estado prácticamente comprometida durante años. Y le había dicho a Hermione, en más de una ocasión, que la temporada para ella era realmente una tontería, porque *¿para qué molestarse con el gasto, si iba a casarse con Haselby al final?*

Pero ahora... repentinamente... no quería hacerlo. Por lo menos no, tan pronto. No quería pasar de colegiala a esposa, sin haber hecho nada en el intermedio. No estaba deseando tener aventuras -ni siquiera quería una aventura- en realidad, no era de ese tipo de mujeres.

No estaba pidiendo mucho, solo unos meses de libertad, de sonrisas.

De bailar sin descanso, girando tan rápido que las llamas de las velas parecieran serpientes de luz.

Quizás era práctica. Quizás era «la vieja Lucy», como muchas veces la había llamado la Srta. Moss. Pero le gustaba bailar. Y quería hacerlo. Ahora. Antes de que envejeciera. Antes de convertirse en la esposa de Haselby.

- No sé cuando -dijo Richard, bajando la mirada hacia ella con... *¿eso era pesar?*

¿Por qué sentiría pesar?

- Creo que será pronto -dijo-. El tío Robert parece estar deseoso de hacerlo.

Lucy simplemente lo miró con fijeza, preguntándose por qué no podía dejar de pensar en bailar, no podía dejar de imaginarse, vestida con un vestido azul plateado, mágico y radiante, en los brazos de...

- ¡Oh! -Se puso la mano en la boca, como si eso pudiera acallar sus pensamientos de algún modo.

- ¿Qué sucede?

- Nada -dijo ella, negando con la cabeza. Sus ensueños no tenían rostro. No podían tenerlo. Y por eso dijo con mayor firmeza, otra vez-: Nada. En absoluto.

Su hermano se inclinó para examinar a una flor silvestre que se había escapado de los exigentes ojos de los jardineros de Aubrey Hall. Era pequeña, azul, y apenas estaba empezando a florecer.

- Es encantadora, ¿no te parece? -murmuró Richard.

Lucy asintió con la cabeza. A Richard siempre le habían encantado las flores. Las flores silvestres en particular. Eran diferentes en ese aspecto, comprendió. Ella siempre había preferido el orden de una cama pulcramente arreglada, cada flor en su lugar, cada pauta cuidadosa y amorosamente conservada.

Pero ahora...

Bajó la mirada hacia la pequeña flor, pequeña y delicada, creciendo insolentemente donde no pertenecía.

Y decidió que le gustaban las silvestres, también.

- Sé que hubieras preferido esperar una temporada -dijo Richard apologeticamente-. Pero en realidad, ¿es tan terrible? Realmente nunca quisiste una, ¿verdad?

Lucy tragó saliva.

- No -dijo, porque sabía que eso era lo que él quería oír, y no quería que se sintiera peor de lo que ya se sentía. Y además ella nunca había pensado de una manera u otra en una temporada en Londres. Por lo menos, no, hasta ahora.

Richard arrancó la pequeña flor azul desde las raíces, mirándola inquisidoramente, y se puso de pies.

- Alégrate, Lucy -dijo él, mientras le levantaba ligeramente la barbilla-. Haselby no es tan malo. No debes preocuparte por tener que casarte con él.

- Lo sé -dijo ella suavemente.

- Él no te hará daño -agregó él, y sonrió, con esa clase de sonrisa ligeramente falsa. De la clase que quería ser tranquilizadora, pero que de algún modo no lo era.

- No he pensado que él lo haría -dijo Lucy, y un filo de... de *algo*, se arrastró en su voz-. ¿Por qué dices tal cosa?

- Por nada en absoluto -dijo Richard rápidamente-. Pero sé que es una preocupación para muchas mujeres. No todos los hombres tratan a sus esposas con el debido respeto, con el que Haselby te tratará a ti.

Lucy asintió. Claro. Era cierto. Había escuchado muchas historias. Todos habían escuchado ese tipo de historias.

- No será tan malo -dijo Richard-. Incluso creo que te caerá bien. Es bastante agradable.

Agradable. Eso era algo bueno. Mucho mejor que desagradable.

- Algún día será el conde de Davenport -agregó Richard, aunque claro ella ya sabía eso-. Tú serás su condesa. Una muy prominente.

Eso era. Sus amigas de la escuela siempre le habían dicho que tenía mucha suerte por tener su futuro ya establecido, y con tan elevado resultado. Era la hija de un conde y la

hermana de un conde. Y estaba destinada a ser la esposa de uno. No tenía nada de que quejarse. Nada.

Pero se sentía vacía.

No era precisamente una mala sensación. Pero estaba desconcertada. Y poco familiar. Se sentía hundida. Se sentía a la deriva.

No se sentía como ella misma. Y eso era lo peor de todo.

- No estás sorprendida, ¿verdad, Luce? -preguntó Richard-. Sabías que esto iba a suceder. Lo sabíamos.

Ella asintió.

- No pasa nada -dijo ella, tratando de no sonar tan normal-. Es solo que no pensé que pasaría tan rápido.

- Claro -dijo Richard-. Esto es una sorpresa, eso es todo. Cuando te acostumbres a la idea, te sentirás mucho mejor. Incluso, normal. Después de todo, siempre habías sabido que serías la esposa de Haselby. Y piensa en lo mucho que disfrutarás planeando la boda. El tío Robert dijo que iba a ser grandiosa. En Londres, creo. Davenport insiste en ello.

Lucy se sintió asentir. Le gustaba mucho planear cosas. Había un sentimiento muy agradable en hacerse cargo de algo por venir.

- Hermione puede ser tu acompañante, también -agregó Richard.

- Por supuesto -murmuró Lucy. Porque, en realidad, ¿a quien más iba a escoger?

- ¿Hay algún color que no le favorezca? -preguntó Richard con un ceño-. Porque serás la novia. Y no querrás ser eclipsada.

Lucy puso los ojos en blanco. Ese era un hermano para mí.

Sin embargo, parecía no comprender que la había insultado, y Lucy supuso que no debía haberse sorprendido. La belleza de Hermione era tan legendaria que nadie se insultaba

con una comparación desfavorable. Uno tendría que engañarse en pensar de otro modo.

- No puedo vestirla de negro -dijo Lucy. Ese era el único color que pensó, haría ver a Hermione un poco pálida.

- No, no puedes, ¿puedes? -Richard hizo una pausa, ponderando eso con claridad, y Lucy lo miró escépticamente. Su hermano, quien regularmente se informaba de lo que estaba a la moda y lo que no, estaba actualmente *interesado* en el color del vestido de acompañante de Hermione.

- Hermione puede vestirse con cualquier color que desee - decidió Lucy. ¿Y por qué no? De todas las personas que asistirían, no había otra que significara más para ella que su mejor amiga.

- Eso es muy característico en ti -dijo Richard. La miró pensativamente-. Eres una buena amiga, Lucy.

Lucy sabía que debía haberse sentido elogiada, pero en su lugar, solo se preguntó por qué le había tomado a tanto tiempo comprenderlo

Richard le sonrió, luego bajó la mirada hacia la flor, que todavía tenía en sus manos. La levantó, la giró varias veces, rodando el tallo de un lado al otro entre sus dedos pulgar e índice. Pestañeó, con la frente ligeramente fruncida, y luego puso la flor en frente de su vestido. Eran del mismo color azul -ligeramente púrpura, quizás un poco gris.

- Deberías llevar este color -dijo él-. Luces muy adorable.

Parecía un poco sorprendido, por eso Lucy comprendió que no estaba mintiéndole.

- Gracias -dijo ella. Siempre había pensado que ese color le hacía ver los ojos más luminosos. Richard era la primera persona aparte de Hermione en hacerle ese comentario-. Tal vez lo haga.

- ¿Quieres que regresemos a la casa? -preguntó él-. Estoy seguro que querrás contarle todo a Hermione.

Ella hizo una pausa y luego negó con la cabeza.

- No, gracias. Creo que me quedaré aquí afuera otro rato. - Apuntó hacia un lugar cerca del camino que conducía al lago-. Hay un banco que está cerca. Y el sol se siente muy agradable sobre mi cara.

- ¿Estás segura? -Richard miró hacia el cielo-. Siempre estás diciendo que no quieres que te salgan pecas.

- Ya tengo pecas, Richard. Y no me demoraré mucho. -No había planeado salir cuando bajó a saludarlo, por eso no había traído su gorro. Pero todavía era temprano. Unos minutos de sol no destruirían su cutis.

Y además de eso, quería hacerlo. ¿No sería agradable hacer algo porque quería, y no porque se lo ordenaran?

Richard asintió.

- ¿Te veré en la cena?

- Creo que esa es una mentira a medias.

Él sonrió abiertamente.

- Lo sabrías.

- No hay nada como un hermano -refunfuñó ella.

- Y no hay nada como una hermana. -Se inclinó y la besó en la frente, cogiéndola fuera de guardia completamente.

- Oh, Richard -murmuró ella, espantada por la húmeda reacción. Ella nunca lloraba. De hecho, era conocida por su completa falta de tendencias de florero.

- Ve -dijo él, con suficiente afecto como para hacer que una lágrima rodara por su mejilla. Lucy se la limpió, avergonzada de que la hubiera visto, avergonzada de haberlo hecho. Richard le apretó la mano y le hizo señas con la cabeza hacia el césped del sur-. Ve a mirar los árboles y cualquier cosa que tengas que hacer. Te sentirás mejor cuando pases unos momentos a solas.

- No me siento tan mal -dijo Lucy rápidamente-. No hay necesidad de sentirme *mejor*.

- Claro que no. Solamente estás sorprendida.

- Exactamente.

Exactamente. Exactamente. En realidad, estaba encantada, en serio. Había esperado por este momento durante años. ¿No sería agradable tenerlo todo organizado? Le gustaba el orden. Le gustaba estar organizada.

Solo era la sorpresa. Eso era todo. Era como cuando uno veía a un amigo en un lugar inesperado y casi ni la reconocía. No había esperado ese anuncio en ese momento. Y esa era la única razón por la cual se sentía tan extraña.

De verdad.



Capítulo 8

En el que nuestra heroína se entera de una verdad sobre su hermano (pero no la cree), nuestro héroe se entera de un secreto de la Srta. Watson (pero no está interesado en él), y ambos se enteran de una verdad sobre ellos (pero no son conscientes de ella).

Una hora después, Gregory todavía seguía felicitándose por la excepcional combinación de estrategia y cronometraje, que lo había conducido a su excursión con la Srta. Watson. Habían pasado un momento absolutamente estupendo, y Lord Fennsworth había -bueno, Fennsworth también pudo haber tenido un momento absolutamente estupendo, pero en ese caso, había estado en la compañía de su hermana, y no con la encantadora Hermione Watson.

La victoria era siempre muy dulce.

Como había prometido, Gregory la había llevado a dar un paseo a través de los jardines de Aubrey Hall, impresionándola con sus estupendas evocaciones de seis nombres de horticultura diferentes. Incluso, el delphinium, aunque en realidad era por todo lo que Lady Lucinda había hecho.

Los otros eran, solo para darles el debido crédito: la rosa, la margarita, la peonía, el jacinto y el césped. Todo en su lugar, pensó que su desempeño había sido muy bueno. Los detalles nunca habían sido su fuerte. Y de verdad, todo había sido un juego a esas alturas.

La Srta. Watson parecía estar encantada en su compañía, también. Tal vez no había estado suspirando y batiendo sus pestañas, pero el velo cortés de desinterés se había ido, e incluso la había hecho reír dos veces en ese día.

Ella no lo había hecho reír a *él*, pero estaba seguro de que lo había intentado, y además, con seguridad había sonreído. En más de una ocasión.

Lo cual había sido algo positivo. De verdad. Era muy agradable tener todo su ingenio despierto. Ya no se sentía como si lo hubieran golpeado en el pecho, lo cual, pensaba, había sido muy bueno para su salud respiratoria. Estaba descubriendo que le gustaba más bien respirar, una tarea que parecía encontrar muy difícil cuando miraba fijamente la nuca de la Srta. Watson.

Gregory frunció el ceño, haciendo una pausa en su solitario paseo hacia el lago. *Era* una reacción muy extraña. Y ciertamente si había visto su nuca en la mañana. ¿No se había ella adelantado a oler unas flores?

Hmmm. Quizás no. En realidad no podía recordarlo.

- Buenos días, Sr. Bridgerton.

Se volvió, sorprendido de ver a Lady Lucinda sentada sola en un banco de piedra cercano. Siempre había pensado, que era una ubicación extraña para un banco, ya que este quedaba enfrente de un manojito de árboles nada más. Pero quizás ese era el punto. Darle la espalda a la casa, y a todos sus habitantes. Su hermana Francesca le había dicho a menudo, que después de algunos días con toda la familia Bridgerton reunida, los árboles podían ser una excelente compañía.

Lady Lucinda sonrió débilmente como saludo, y eso lo afectó, porque no parecía ella. Sus ojos se veían cansados, y su postura no estaba lo suficientemente recta.

Parece vulnerable, pensó, muy inesperadamente. Tal vez su hermano le había traído muy malas noticias.

- Usted tiene una expresión muy sombría -dijo él, caminando educadamente para ir a su lado-. ¿Puedo acompañarla?

Ella asintió, ofreciéndole una especie de sonrisa. Pero no era una sonrisa. No realmente.

Tomó asiento a su lado.

- ¿Tuvo la oportunidad de hablar con su hermano?

Ella asintió con la cabeza.

- Me contó algunas noticias familiares. No fue... nada importante.

Gregory inclinó la cabeza mientras la miraba. Le estaba mintiendo, claramente. Pero no quiso seguir presionándola. Si hubiera querido compartirlo, ya lo hubiera hecho. Y además, eso no era de su incumbencia.

Sin embargo, tenía curiosidad.

Ella miró fijamente un punto en la distancia, probablemente a algún árbol.

- Este es un lugar muy agradable.

Esa era una declaración bastante blanda, ya que había venido de ella.

- Sí -dijo él-. El lago queda a un corto trecho después de esos árboles. A menudo voy por ese camino cuando deseo pensar.

Ella se volvió de repente.

- ¿En serio?

- ¿Por qué está tan sorprendida?

- Yo... no lo sé. -Se encogió de hombros-. Supongo que es porque usted no parece ser esa clase de persona.

- ¿De las que piensan? -Muy bien, de verdad.

- Claro que no -dijo ella, ofreciéndole una mirada malhumorada-. Quiero decir, de la clase que no necesita escaparse para pensar.

- Perdóneme por mi excesiva arrogancia, pero usted no parece ser de esa clase, tampoco.

Ella pensó en eso un rato.

- No lo soy.

Él se rió entre dientes por eso.

- Debí haber tenido una verdadera conversación con su hermano.

Ella parpadeó sorprendida. Pero no le dio detalles. Nuevamente, no se comportaba como ella.

- ¿Qué vino a pensar por aquí? -preguntó ella.

Él abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiera proferir una palabra, ella dijo:

- En Hermione, supongo.

No valía la pena negarlo.

- Su hermano está enamorado de ella.

Eso pareció sacarla de su nube.

- ¿*Richard*? No sea tonto.

Gregory la miraba escépticamente.

- No puedo creer que usted no se haya dado cuenta.

- No puedo creer que usted lo haya *hecho*. Por el amor de Dios, ella piensa en él como un hermano.

- Eso puede ser verdad, pero él no siente lo mismo por ella.

- Sr. Brid...

Pero él la detuvo al levantar una mano.

- Vamos, Lady Lucinda, le diré, he visto más tontos enamorados que usted...

La sonrisa literalmente explotó de su boca.

- Sr. Bridgerton -dijo ella, una vez que fue capaz-. He sido la compañera constante de Hermione Watson durante estos tres años. *Hermione Watson* -agregó, solo en el caso de que él no hubiese entendido lo que le quería decir-. Confíe en mí cuando le digo que no hay nadie que haya visto más tontos enamorados que yo.

Por un momento Gregory no supo como responderle. Ella tenía razón.

- Richard no está enamorado de Hermione -dijo ella con una temblorosa agitación de cabeza. Y con un resoplido. Uno elegante, pero aún así. Le había *resoplado* a él.

- Permítame discrepar -dijo él, porque tenía siete hermanos, y sabía como salir airoso de cualquier discusión.

- No puede estar enamorado de ella -dijo ella, pareciendo bastante segura de su afirmación-. Hay alguien más.

- Oh, ¿de veras? -Gregory ni siquiera se molestó en levantar sus esperanzas.

- De verdad. Siempre habla de una muchacha que conoció gracias a uno de sus amigos -dijo ella-. Creo que era su hermana. No puedo recordar su nombre. Mary, quizás.

Mary. Hmmmph. *Sabía* que Fennsworth no tenía imaginación.

- Por lo tanto -continuó Lady Lucinda-, no puede estar enamorado de Hermione.

Por lo menos se veía más como ella. El mundo parecía ser mucho más firme con Lucy Abernathy ladrando como un terrier. Se había sentido casi desequilibrado cuando la había visto mirando a los árboles fijamente con malhumor.

- Crea lo que usted quiera -dijo Gregory con un suspiro profundo-. Pero sepa esto: a su hermano se le romperá el corazón tarde o temprano.

- Oh, ¿de verdad? -se mofó ella-. ¿Por qué está tan convencido de su propio éxito?

- Porque estoy convencido de la falta de él.

- Usted ni siquiera le conoce.

- ¿Y ahora está defendiéndolo? Solo hace unos momentos, me dijo que él no estaba interesado.

- No lo está. -Se mordió el labio-. Pero es mi hermano. Y si *estuviera* interesado, yo tendría que apoyarlo, ¿no le parece?

Gregory levantó una ceja.

- Vaya, con que rapidez cambia sus lealtades.

Ella lucía casi arrepentida.

- Él *es* un conde. Y usted... no.

- Usted será una excelente matrona de sociedad.

Su espalda se puso rígida.

- ¿Discúlpeme?

- Subastando a su amiga para el mejor postor. Usted estará bien entrenada para cuando tenga una hija.

Ella se incorporó rápidamente, con los ojos encendidos con rabia e indignación.

- Es terrible lo que me ha dicho. Mi principal preocupación siempre ha sido la felicidad de Hermione. Y si puede ser feliz con un conde... que pasaría a ser mi *hermano*...

Oh, genial. Ahora estaba tratando de emparejar a Hermione con Fennsworth. Bien hecho, Gregory. Bien hecho, de hecho.

- Ella puede ser feliz conmigo -dijo él, incorporándose. Y era verdad. La había hecho reír dos veces esa mañana, incluso aunque ella no había hecho lo mismo por él.

- Claro que puede -dijo Lady Lucinda-. Y cielos, ella probablemente lo hará, si usted no lo arruina todo. Richard es

demasiado joven para casarse, de cualquier modo. Solo tiene veintidós años.

Gregory la miró con curiosidad. Ahora parecía como si opinara que él era un mejor candidato. ¿Qué estaba tramando, de todos modos?

- Y -agregó ella, envolviéndose un mechón de su oscuro pelo rubio, detrás de su oreja cuando el viento lo fustigó contra su cara-, él no está enamorado de ella. Estoy muy segura de ello.

Ninguno de los dos parecía tener algo que agregar a *eso*, por lo tanto, ya que ambos estaban de pie, Gregory apuntó hacia la casa.

- ¿Volvemos?

Ella asintió con la cabeza, y ambos partieron a paso lento.

- Esto aún no resuelve el problema del Sr. Edmonds - comentó Gregory.

Ella lo miró cómicamente.

- ¿Y por qué me mira así?

Y ella realmente soltó una risita. Bueno, quizás no era una risita, pero hizo esa cosa con la nariz que las personas hacen cuando están muy contentas.

- No es nada -dijo, aún sonriendo-. Estoy muy impresionada, de que usted no pretendiera no recordar su nombre.

- Qué, debí haberlo llamado Sr. Edwards, y luego Sr. Ellington, y luego Sr. Edifice, y...

Lucy lo miró con astucia.

- Usted ha perdido todo mi respeto, se lo aseguro.

- Que horror. Oh, que horror -dijo él, poniéndose una mano sobre el corazón.

Ella lo miró sobre su hombro con una sonrisa traviesa.

- Eso estuvo cerca de ser un error.

Él parecía indiferente.

- Tiro muy mal, pero se evadir una bala.

Ahora *eso* le dio curiosidad.

- Nunca he escuchado a un hombre que admita ser un mal tirador.

Él se encogió de hombros.

- Hay cosas que simplemente no se pueden evitar. Siempre seré el Bridgerton que no puede superar a su propia hermana.

- ¿Esa fue de la que usted me habló?

- Hablo de todas ellas -admitió él.

- Oh. -Frunció el ceño. Debía haber alguna clase de declaración prescrita para tal situación. ¿Qué se *decía* cuando un caballero confesaba una limitación? No podía recordar haber escuchado algo así antes, pero seguramente, alguien en el curso de la historia, algún caballero lo había hecho. Y alguien habría tenido que contestarle.

Parpadeó, esperando que algo importante viniera a su mente. Nada pasó.

Y entonces...

- Hermione no sabe bailar. -Solo salió de su boca, sin haber sido dirigido por su cabeza.

¡Dios mío! ¿*Qué* estaba pensando?

Él se detuvo, volviéndose hacia ella con una expresión de curiosidad. O quizás estaba sobresaltado. Probablemente las dos cosas. Y dijo la única cosa que imaginó uno *podría* decir en tales circunstancias:

- ¿Discúlpeme?

Lucy se lo repitió, ya que no podía dar marcha atrás.

- Ella no sabe bailar. Por eso no baila. Porque no sabe.

Y entonces esperó que un hoyo se abriera en la tierra para poder meterse en él. Tampoco ayudó que estuviera mirándola fijamente como si estuviera ligeramente desarreglada.

Logró sonreír débilmente, lo cual fue todo lo que llenó el largo momento hasta que él finalmente dijo:

- Debe haber una razón por la cual, usted me está diciendo esto.

Lucy soltó una nerviosa exhalación. No parecía furioso - solo un poco curioso. Y ella no había *querido* insultar a Hermione. Pero cuando él le había dicho que no sabía disparar, le pareció que era lo justo decirle que Hermione no sabía bailar. En realidad, encajaba. Los hombres supuestamente sabían disparar, y las mujeres supuestamente sabían bailar, y se suponía que las mejores amigas debían mantener sus tontas bocas cerradas.

Claramente, los tres necesitaban un poco de instrucción.

- Pensé que iba a hacerlo sentir mejor -dijo Lucy finalmente-. Porque usted no sabe disparar.

- Oh, yo sé disparar -dijo él-. Esa es la parte sencilla. Lo que no sé es como apuntar.

Lucy le sonrió abiertamente. No pudo evitarlo.

- Podría enseñarle.

Él giró la cabeza rápidamente.

- Oh, *genial*. No me diga que *usted* sabe disparar.

Ella se irguió.

- En realidad, lo hago muy bien.

Él negó con la cabeza.

- Este día solo necesitaba esto.

- Es una habilidad admirable -protestó ella.

- Estoy seguro que lo es, pero estoy harto de que todas las mujeres que conozco sean mejor que yo. La última cosa que necesito es -oh, genial otra vez, no me diga que la Srta. Watson también es una excelente tiradora.

Lucy pestañeó.

- Sabe, no estoy segura.

- Bien, todavía hay esperanzas, entonces.

- ¿No es extraño? -murmuró ella.

Él le ofreció una mirada inexpresiva.

- ¿Qué tenga esperanzas?

- No, que... -no podía decirlo. Cielo Santo, le parecía tonto incluso a ella.

- Ah, entonces piensa que es extraño que usted no sepa si la Srta. Watson sabe disparar.

Eso era. Él lo supuso, de todos modos.

- Sí -admitió-. Pero entonces, ¿por qué yo si puedo? La puntería no hacía parte del plan de estudios de la Srta. Moss.

- Eso es un gran alivio para todos los caballeros, se lo aseguro. -Le ofreció una sonrisa torcida-. ¿Quién le enseñó?

- Mi padre -dijo ella, y era extraño, porque sus labios se separaron antes de que contestara. Por un momento pensó que la había sorprendido la pregunta, pero no había sido eso.

Se había sorprendido por su respuesta.

- Cielo santo -respondió él-. ¿Lo hace desde que estaba en pañales?

- Casi -dijo Lucy, aún confundida por su extraña reacción. Probablemente era porque no pensaba a menudo en su padre. Él había fallecido hacia mucho tiempo, por lo tanto había muy pocas respuestas que tenían que ver con el último Conde de Fennsworth.

- Él pensaba que era una habilidad importante -continuó ella-. Incluso para las mujeres. Nuestra casa está cerca de la costa de Dover, y allí siempre había contrabandistas. La mayoría eran amistosos, todo el mundo sabía quienes eran, incluso el magistrado.

- Él debió haber disfrutado del brandy francés -murmuró el Sr. Bridgerton.

Lucy le sonrió en respuesta.

- Igual que mi padre. Pero no todos los contrabandistas nos conocían. Algunos, estoy segura, eran muy peligrosos. Y... -se apoyó hacia él. Uno realmente no podía decir algo así sin apoyarse. ¿Dónde estaría la diversión?

- ¿Y...? -la incitó él.

Ella bajó la voz.

- Creo que había espías.

- ¿En Dover? ¿Hace diez años? Había espías absolutamente. Aunque me pregunto, si era prudente armar a la población infantil.

Lucy se rió.

- Yo era un poco mayor que *eso*. Creo que empezamos cuando tenía siete años. Richard continuó con sus lecciones después que mi padre falleció.

- Supongo que él también es un excelente tirador.

Ella asintió con tristeza.

- Lo siento.

Reanudaron su paseo hacia la casa.

- No lo desafiaré a un duelo, entonces -dijo él, con un poco de brusquedad.

- Preferiría que no lo hiciera.

Se volvió hacia ella con una expresión que solo podría llamarse ladina.

- Por qué, Lady Lucinda, creo que usted ha declarado que siente afecto por mí.

Su boca cayó abierta como si fuera un pez inarticulado.

- Yo n... ¿por qué ha llegado a esa conclusión? -¿y por qué sus mejillas se sentían repentinamente calientes?

- Nunca sería un encuentro justo -dijo él, pareciendo notablemente a gusto con sus limitaciones-. Aunque la verdad, es que no conozco un hombre en Bretaña con quien pudiera tener un encuentro justo.

Ella aún sentía un poco atontada después de su sorpresa anterior, pero logró decir:

- Estoy segura que está exagerando.

- No -dijo él casualmente-. Su hermano seguramente me dejaría una bala en mi hombro. -Se detuvo, considerando ese hecho-. Asumiendo que no tenga la intención de metérmela en el corazón.

- Oh, no sea tonto.

Él se encogió de hombros.

- A pesar de todo, usted está más preocupada por mi bienestar de lo debería.

- A mi preocupa el bienestar de todo el mundo -murmuró ella.

- Sí -murmuró él-. Lo sé.

Lucy se echó hacia atrás.

- ¿Por qué eso sonó como si fuera un insulto?

- ¿Lo hizo? Le aseguro que esa no fue mi intención.

Lo miró con sospecha, por un rato tan largo que él finalmente levantó las manos como gesto de rendición.

- Es un cumplido, se lo juro -le dijo.

- Dado de mala gana.

- ¡En absoluto! -la repasó con la mirada, evidentemente incapaz de suprimir una sonrisa.

- Está riéndose de mí.

- No -insistió él, y luego por supuesto, se rió-. Lo siento. Ahora si lo estoy.

- Usted podría *intentar* ser amable y decir por lo menos que está riéndose *con*migo.

- Puedo. -Sonrió abiertamente, y sus ojos se pusieron claramente diabólicos-. Pero sería una mentira.

Ella casi lo dio una palmada en el hombro.

- Oh, usted es terrible.

- Soy la perdición de la existencia de mis hermanos, se lo aseguro.

- ¿De verdad? -Lucy nunca había sido la perdición de la existencia de nadie, y parecía importante preguntarle-: ¿Cómo es eso?

- Oh, lo mismo de siempre. Que tengo que establecerme, encontrar un propósito, aplicarme.

- ¿Casarse?

- Eso, también.

- ¿Es por eso que está enamorado de Hermione?

Él hizo una pausa, solo por un momento. Pero lo hizo. Lucy lo sintió.

- No -dijo él-. Eso es algo completamente diferente.

- Claro -dijo ella rápidamente, sintiéndose tonta por haberle preguntado. Él le había hablado sobre eso la noche anterior -lo del amor que solo pasaba, sin poder elegir en el

asunto. Él no quería que Hermione le agradara a su hermano; quería a Hermione porque no podía *no* quererla.

Eso la hizo sentir un poco más sola.

- Regresamos -dijo él, señalando la puerta del salón de reuniones, la cual, ni siquiera se había dado cuenta, habían alcanzado.

- Sí, claro. -Miró a la puerta, luego lo miró a él, y se preguntó por qué se sentía tan incómoda ahora que tenían que despedirse-. Gracias por la compañía.

- El placer fue todo mío.

Lucy dio un paso hacia la puerta, entonces se dio la vuelta para enfrentarlo con un:

- ¡Oh!

Sus cejas se levantaron.

- ¿Pasa algo malo?

- No. Pero debería disculparme, por haberlo obligado a regresar. Usted dijo que le gustaba ir por ese camino -que conduce hacia el lago- cuando necesitaba pensar. Y no lo hizo.

La miraba con curiosidad, su cabeza estaba inclinada ligeramente a un lado. Y sus ojos -oh, ella deseaba poder describir lo que veía en ellos. Porque no lo entendía, realmente no comprendía como hacía que su cabeza se inclinara al mismo tiempo que la suya, como la hacía sentir como si ese momento estuviera extendiéndose... más... más... hasta que podría durar toda una vida.

- ¿No deseaba ese tiempo para usted? -preguntó ella suavemente... tan suavemente que parecía un murmullo.

El negó con la cabeza, lentamente.

- Sí -dijo, como si las palabras salieran de él en ese mismísimo momento, como si sus pensamientos fueran nuevos y no en realidad lo que había esperado.

- Sí -dijo él otra vez-. Pero ahora no.

Ella lo miró, y él la miró. Y el pensamiento que estalló
repentinamente en su cabeza fue...

Él no sabe por qué.

No sabía por qué ya no quería estar solo.

Y ella no sabía por qué eso era tan importante.



Capítulo 9

En el que nuestra historia da un giro.

A la noche siguiente fue el baile de máscaras. Iba a ser una gran celebración, no *demasiado* grande, por supuesto - Anthony, el hermano de Gregory no toleraba la interrupción de su cómoda vida en el campo. Pero no obstante, iba a ser el pináculo de los eventos de la casa de fiestas. Todos los invitados iban a estar allí, junto con otro centenar de acompañantes extras- algunos venían de Londres, otros directamente de sus casas en el campo. Todas las alcobas se habían aireado y se habían preparado para los ocupantes, e incluso con eso, un buen número de asistentes a la fiesta se estaban quedando en las casas de los vecinos, o, desafortunadamente para unos pocos, en las posadas cercanas.

La intención original de Kate había sido una fiesta de disfraces -ella había anhelado disfrazarse de Medusa (lo que para nadie fue una sorpresa)- pero finalmente había abandonado la idea, luego de que Anthony le había informado que si ella seguía con eso, *él* escogería su propio disfraz.

La mirada que le dio fue al parecer bastante clara para ella, ya que su retirada fue inmediata.

Luego le había dicho a Gregory que todavía no la había perdonado por haberlo disfrazado de Cupido en la fiesta de disfraces de Billington, el año pasado.

- ¿Lo disfrazaste demasiado querúbico? -murmuró Gregory.

- Pero en el lado luminoso -había contestado ella-. Ahora sé exactamente que debió haber lucido como un bebé. Bastante adorable, en realidad.

- Hasta este momento -dijo Gregory con una mueca de dolor-, estoy seguro que he entendido exactamente lo mucho que mi hermano te ama.

- Bastante en realidad. -Sonrió y asintió con la cabeza-. Muchísimo, sin duda.

Y habían hecho el compromiso. Nada de disfraces, solo máscaras. A Anthony no le importó ese detalle, ya que le permitiría abandonar sus deberes como anfitrión completamente, si así lo decidía (¿quien notaría su ausencia, después de todo?) Y Kate se puso a trabajar, con la intención de diseñar una máscara con serpientes de Medusa, saltando en todas las direcciones. (Para lo cual no tuvo éxito)

Ante la insistencia de Kate, Gregory llegó al salón de baile precisamente a las ocho y media, el comienzo anunciado del baile. Lo que significaba, por supuesto, que los únicos invitados que estaban allí, eran él, su hermano, y Kate, pero había bastantes sirvientes caminando por todos lados, para que no se sintieran tan vacíos, y Anthony se había declarado muy encantado con la reunión.

- La fiesta es mucho mejor si no hay nadie más empujándote -dijo él alegremente.

- ¿Cuándo te volviste tan contrario a la conversación social? -preguntó Gregory, mientras tomaba una copa de champaña de la bandeja de un sirviente.

- No es eso en absoluto -respondió Anthony con un encogimiento de hombros-. Simplemente he perdido mi paciencia para todo tipo de estupidez.

- Él no está envejeciendo muy bien -confirmó su esposa.

Si Anthony había tomado cualquier apunte de su comentario, no lo demostró.

- Simplemente me niego a tratar con los idiotas -le dijo a Gregory. Su cara se iluminó-. He cortado mis obligaciones sociales por la mitad.

- ¿Qué sentido tendría poseer un título si uno no puede rechazar sus propias invitaciones? -murmuró Gregory irónicamente.

- Efectivamente -fue la respuesta de Anthony-. Efectivamente.

Gregory se volvió hacia Kate.

- ¿No tienes nada que decir ante eso?

- Oh, tengo mucho que decir -contestó ella, mientras levantaba su cuello para examinar el salón de baile, para ver si había ocurrido un desastre de último minuto-. Siempre tengo algo que decir.

- Eso es cierto -dijo Anthony-. Pero también sabe cuando no puede ganar.

Kate se volvió hacia Gregory, aunque sus palabras claramente estaban dirigidas a su marido.

- Lo que sé es como escoger mis batallas.

- Es porque no le conviene -dijo Anthony-. Esa es simplemente su manera de admitir la derrota.

- Y él sigue en su empeño -dijo Kate sin dirigirse a nadie en particular-. Aunque sabe que yo siempre gano al final.

Anthony se encogió de hombros y le ofreció a su hermano una atípica mueca de timidez.

- Ella tiene razón, por supuesto -terminó su bebida-. Pero no tiene ningún sentido rendirse sin haber luchado.

Gregory sólo podía sonreír. No habían nacido aún dos tontos enamorados más grandes que ellos. Era muy admirable

verlos, aun cuando lo dejaba con una ligera punzada de celos.

- ¿Cómo va tu cortejo? -le preguntó Kate.

Las orejas de Anthony se irguieron.

- ¿Tu cortejo? -repitió, asumiendo en su rostro su usual expresión de *obedéceme-que-yo-soy-el-vizconde*-. ¿De quien se trata?

Gregory le disparó a Kate una mirada irritada. No había compartido sus sentimientos con su hermano. No estaba seguro del por qué; seguramente era porque en realidad no había *visto* mucho a Anthony en los últimos días. Pero había algo más. No parecía ser esa clase de cosa que uno desea compartir con su hermano. Especialmente cuando uno lo consideraba más como un padre que como un hermano.

Sin mencionar... que no había tenido éxito...

Bueno, particularmente no deseaba que su familia lo supiera.

Pero *tendría* éxito. ¿Por qué lo dudaba? Incluso más temprano, cuando la Srta. Watson lo estaba tratando mucho mejor, había estado seguro del resultado. No tenía ningún sentido que ahora -que estaba creciendo la amistad entre ellos- repentinamente dudara de sí mismo.

Kate, ignoró a propósito, la irritación de Gregory.

- Me encanta cuando no sabes algo -le dijo a su esposo-. Especialmente cuando yo si estoy enterada.

Anthony se volvió hacia Gregory.

- ¿Estás seguro que quieres casarte con una de estas?

- No con esa precisamente -respondió Gregory-. Creo que con alguien mucho mejor, supongo.

La expresión de Kate se tornó un poco malhumorada, por haber sido llamada con un «esa», pero se recobró rápidamente, volviéndose hacia Anthony para decirle:

- Él ha declarado su amor por... -dejó que una mano flotara en el aire como si estuviera apartando una idea tonta-. Oh, no importa, creo que no te lo diré.

Su expresión había sido muy sospechosa. Probablemente había querido mantenerlo apartado desde el principio. Gregory no estaba seguro de que se encontraba más satisfecho -de que Kate había guardado su secreto, o de que Anthony había quedado perplejo.

- Ve si puedes suponerlo por ti mismo -le dijo Kate a Anthony con una sonrisa astuta-. Tal vez eso le de algún sentido de propósito a tu noche.

Anthony se volvió hacia Gregory con una mirada nivelada.

- ¿Quién es?

Gregory se encogió de hombros. Siempre se ponía del lado de Kate cuando se trataba de frustrar a su hermano.

- Ni soñaría con negarte un sentido de propósito.

Anthony murmuró:

- Cachorro arrogante -y Gregory supo que la noche había tenido un excelente comienzo.

Los invitados comenzaron a llegar poco a poco, y en una hora, el salón de baile estaba invadido con el bajo zumbido de las conversaciones y las risas. Todos parecían sentirse un poco más aventureros con las máscaras en sus rostros, ya que las burlas comenzaron a ponerse más escabrosas, y los chistes más groseros.

Y las risas... era muy difícil encontrar las palabras correctas, pero eran diferentes. Había más alegría en el aire. Se sentía un filo de excitación, como si los asistentes a la fiesta supieran, que de algún modo, esta noche era atrevida.

Para liberarse.

Porque en la mañana, nadie lo sabría.

Todo era perfecto, a Gregory le gustaban las noches como esa.

Sin embargo, a las nueve y media, sentía como su frustración crecía. Tal vez no tenía razón, pero estaba casi seguro que la Srta. Watson no había aparecido todavía. Incluso con una máscara, era imposible que mantuviera oculta su identidad. Su cabello era demasiado deslumbrante, demasiado etéreo bajo la luz de las velas como para confundirse con alguien más.

Pero por otro lado, Lady Lucinda... no tendría ningún problema en mezclarse con los demás. Su cabello era con seguridad de un adorable color rubio miel, pero no era nada raro o único. La mitad de las damas de la *ton*, probablemente tenían el mismo color de cabello.

Echó un vistazo alrededor del salón de baile. Bueno, tal vez no era la mitad. Y quizás ni siquiera un cuarto. Pero no era como los mechones de luz de luna de su amiga.

Frunció el ceño. La Srta. Watson ya debería estar presente. Como miembro de la casa, no tenía que lidiar con los caminos embarrados, los caballos cojos, o incluso la enorme línea de carruajes que esperaban al frente, en el sitio de llegada de los invitados. Y mientras dudaba que ella hubiera deseado llegar temprano al igual que él, seguramente no llegaría con una hora de retraso.

Eso, no podría ser tolerado por Lady Lucinda. Claramente era de las que les gustaba la puntualidad.

En el sentido bueno.

Como opuesto era de un sentido inaguantable, regañón.

Sonrió. Ella no era así.

Lady Lucinda se parecía a Kate, o por lo menos así sería, cuando fuera un poco mayor. Inteligente, sin decir cosas sin sentido, solo un poco traviesa.

En realidad, sería muy divertida. Lady Lucinda, era una persona muy alegre.

Pero no la había visto entre los invitados, tampoco. O por lo menos, pensó que no lo había hecho. No estaba muy seguro. Había visto a muchas damas con casi el mismo color de cabello que el suyo, pero ninguno parecía ser el correcto. Uno de ellos no se movía del modo correcto -demasiado soso, quizás un poco torpe. Y otro no tenía la misma altura. No estaba mal, probablemente le faltaban unas pulgadas. Pero podía afirmarlo.

No era ella.

Seguramente estaría dondequiera que estaba la Srta. Watson. Lo encontró bastante tranquilizador. La Srta. Watson posiblemente no estaría en problemas si Lady Lucinda estaba con ella.

Su estómago gruñó, y decidió abandonar su búsqueda por el momento, y en su lugar fue en busca de su sustento. Kate los había, como siempre, proveído de una cordial selección de comida para que sus invitados mordisquearan en el transcurso de la noche. Se dirigió directamente hacia el plato de sándwiches -parecidos a los que había servido la noche en la que había llegado, y esos le habían gustado mucho también. Se comería diez de ellos.

Hmmm. Vio el pepino -era una pérdida de pan cada vez que veía uno. Queso-no, no era lo que estaba buscando. Quizás...

- ¿Sr. Bridgerton?

Lady Lucinda. Conocería esa voz en cualquier parte.

Se volvió. Allí estaba. Se felicitó a sí mismo. Había estado en lo correcto, con relación a los otros rubios miel enmascarados. Definitivamente no se había encontrado con ella esa noche.

Sus ojos se abrieron de par en par, y él comprendió que su máscara, cubierta con una pizarra de fieltro azul, era del mismo color de sus ojos. Se preguntó si la Srta. Watson tenía una parecida, en un tono verde.

- *Es usted, ¿verdad?*

- *¿Cómo lo supo? -le contestó.*

Ella pestañeó.

- No lo sé. Solo lo hice -sus labios se separaron- solo lo suficiente para revelar un diminuto destello de sus dientes blancos, y dijo-: Soy Lucy. Lady Lucinda.

- Lo sé -murmuró él, aún mirando su boca. ¿Qué efecto tenían las máscaras? Era como si al cubrirse con ella, el fondo se hiciera más intrigante.

Casi hipnotizante.

¿Cómo es que él no había notado la forma en la que sus labios se inclinaban ligeramente en las esquinas? O las pecas en su nariz. Tenía siete de ellas. Precisamente siete, todas tenían forma ovalada, salvo esa última que se parecía a Irlanda, en realidad.

- *¿Tiene hambre? -le preguntó ella.*

Él pestañeó, forzado sus ojos de vuelta hacia ella.

Ella hizo señas hacia los bocadillos.

- El jamón está bueno. Igual que el pepino. Nunca me han gustado mucho los sándwiches de pepino -nunca parecen satisfacerme, aunque me gusta el crunch- pero estos tienen un poco de queso derretido en lugar de solo mantequilla. Fue una sorpresa muy agradable.

Hizo una pausa para mirarlo, inclinando su cabeza a un lado para esperar su respuesta.

Él sonrió. No pudo evitarlo. Había algo muy entretenido cuando parloteaba sobre la comida.

Extendió la mano y puso un sándwich de pepino en su plato.

- Con esa recomendación -dijo él-. ¿Cómo podría negarme?

- Bueno, los de jamón están buenos, si no le gusta.

Otra vez, así era ella. Queriendo la felicidad de todo el mundo. *Pruebe esto. Y si no le gusta, pruebe esto, o esto, o esto, o esto. Y si tampoco le gusta, tenga el mío.*

Claro, ella nunca lo había dicho, pero de alguna manera sabía que lo haría.

Ella bajó la mirada hacia las fuentes de comida.

- Me hubiera gustado que no los hubieran revuelto todos.

La miró inquisidoramente.

- ¿Discúlpeme?

- Bueno -dijo ella -con esa singular clase de *bueno*, que predecía una explicación larga y cordial-. ¿No cree que tendría más sentido separar los diferentes tipos de sándwiches? ¿Poner cada uno en su propio plato más pequeño? Así, si usted ha encontrado el que le gusta, sabría donde conseguir otro. *O* -en ese momento se puso más animada, como si estuviera hablando de un tema de gran importancia-, escogería otro. Considérelo. -Había señalado la fuente-. No habría ningún sándwich de jamón fuera de la pila. Y usted, no podría cernirse sobre todos ellos, buscándolos. Sería muy mal educado.

La miró pensativamente, y entonces dijo:

- Le gusta que las cosas estén ordenadas, ¿no es verdad?

- Oh, claro -dijo ella con sentimiento-. De verdad, me gusta mucho.

Gregory consideró sus propias costumbres desorganizadas. Echaba los zapatos en el armario, las invitaciones dispersas por todas partes... el año pasado, le había dado una semana de permiso a su valet secretario, para que visitara a su padre

enfermo, y cuando el pobre hombre había regresado, el caos en el escritorio de Gregory casi lo vuelve loco.

Gregory observó la expresión seria de Lady Lucinda y se rió entre dientes. Probablemente también la volvería loca en menos de una semana.

- ¿Le gusta su sándwich? -le preguntó ella, una vez que había tomado un bocado-. ¿El pepino?

- Muy intrigante -murmuró él.

- Me pregunto, ¿la comida puede ser intrigante?

Terminó con su sándwich.

- No estoy seguro.

Ella asintió ausentemente, entonces dijo:

- El jamón está bueno.

Permanecieron en un afable silencio mientras le echaban un vistazo al cuarto. Los músicos estaban tocando un vals muy animado, y las faldas de las damas ondulaban como campanillas de seda mientras daban vueltas y vueltas. Era imposible mirar la escena y no sentirse como si la noche estuviera viva... llena de energía... esperando hacer su movimiento.

Algo pasaría esa noche. Gregory estaba seguro de ello. La vida de alguien cambiaría.

Si tenía suerte, sería la suya.

Sus manos le empezaron a picar. Sus pies, también. Le estaba costando mucho quedarse quieto. Quería moverse, quería *hacer* algo. Quería poner su vida en movimiento, extender la mano y capturar sus sueños.

Quería moverse. No podía quedarse quieto. Él...

- ¿Le gustaría bailar?

No había querido pedírselo. Pero se había dado la vuelta, y Lucy estaba allí, a su lado, y las palabras simplemente se le

salieron de los labios.

Sus ojos se iluminaron. Incluso con la máscara, podía notar que ella estaba encantada.

- Sí -dijo, casi suspirando-. Me encanta bailar.

La tomó de la mano y la llevó a la pista. El vals estaba en su mejor momento, y rápidamente encontraron el paso. Parecía elevarlos, unirlos. Gregory solo tuvo que apretar la mano en su cintura, y ella se movió, en el instante en el que él se lo anticipó. Giraron, dieron vueltas, el aire azotaba sus rostros tan rápidamente que los hacía reír.

Era perfecto. Era jadeante. Era como si la música se hubiera arrastrado bajo sus pieles y estuviera guiando todos sus movimientos.

Y entonces todo llegó a su fin.

Tan rápidamente. *Demasiado* rápidamente. La música terminó, y por un rato se quedaron de pie, aún abrazados, envueltos en el recuerdo de la música.

- Oh, eso fue maravilloso -dijo Lady Lucinda, y sus ojos brillaron.

Gregory la soltó y le hizo una reverencia.

- Es usted una bailarina extraordinaria, Lady Lucinda. Sabía que lo sería.

- Gracias, yo... -sus ojos se clavaron en los suyos-. ¿Lo sabía?

- Yo... -¿Por qué le había dicho eso? No había querido decirle eso-. Usted es muy elegante -dijo él finalmente, conduciéndola hacia el perímetro del salón de baile. En realidad, era más elegante que la Srta. Watson, aunque eso tenía sentido ya que Lucy le había comentado sobre las habilidades de baile de su amiga.

- Es por la forma en la que usted camina -agregó él, ya que ella parecía estar esperando una explicación más detallada.

Y tendría que conformarse con eso, porque él no iba a darle más vueltas a esa impresión.

- Oh. -y sus labios se movieron. Solo un poco. Pero fue lo suficiente. Y eso lo afectó -ella parecía feliz. Y comprendió que la mayoría de las personas no se expresaban de ese modo. Ellos se veían divertidos, o entretenidos, o satisfechos.

Lady Lucinda se veía feliz.

Prefería eso.

- Me pregunto, donde estará Hermione -dijo ella, mirándolo de esa forma tan suya.

- ¿Ella no vino con usted? -preguntó Gregory, sorprendido.

- Lo hizo. Pero entonces nos encontramos con Richard. Y él le pidió que bailara. Y *no* -agregó con énfasis-, lo hizo porque está enamorado de ella. Simplemente estaba siendo cortés. Eso es lo que uno hace por la amiga de una hermana.

- Yo tengo cuatro hermanas -le recordó-. Lo sé -pero entonces recordó-. Pensé que la Srta. Watson no sabía bailar.

- No sabe. Pero Richard no lo sabe. Nadie lo sabe. Excepto yo. Y usted. -Lo miró con un poco de urgencia-. Por favor *no* se lo diga a nadie. Se lo ruego. Hermione se mortificaría mucho.

- Mis labios están sellados -le prometió.

- Me imaginó que ellos fueron en busca de algo de beber -dijo Lucy, apoyándose ligeramente a un lado, como si tratara de vislumbrar la mesa de la limonada-. Hermione hizo un comentario sobre el calor. Esa es su excusa favorita. Casi siempre funciona cuando alguien le pide un baile.

- No los veo -dijo Gregory, siguiendo su mirada.

- No, usted no podría. -Se volvió hacia él, con un pequeño temblor en su cabeza-. No se por qué los estoy buscando. Eso fue hace rato.

- ¿Tan largo para que uno pueda beberse a sorbos una bebida?

Ella se rió entre dientes.

- No, Hermione puede demorarse bebiendo un vaso de limonada toda una noche cuando lo necesita. Pero pienso que Richard podría haber perdido su paciencia.

Gregory opinaba que su hermano se cortaría alegremente su brazo derecho, solo por tener la oportunidad de mirar fijamente a la Srta. Watson mientras ella pretendía beber su limonada, pero no ganaría nada al intentar convencer a Lucy de eso.

- Imagino que decidieron dar un paseo -dijo Lucy, con mucha indiferencia.

Pero Gregory inmediatamente se sintió ansioso.

- ¿Afuera?

Ella se encogió de hombros.

- Supongo. No creo que estén aquí en el salón de baile. Hermione no puede pasar desapercibida en una muchedumbre. Es por su pelo, ya sabe.

- ¿Pero usted cree que es prudente que hayan salido solos? -le insistió Gregory.

Lady Lucinda lo miraba como si no pudiera entender la urgencia en su voz.

- Ellos no están solos -dijo-. Por lo menos hay dos docenas de personas afuera. Yo eché un vistazo hacia el exterior de las puertas francesas.

Gregory se obligó a permanecer perfectamente quieto mientras consideraba que hacer. Claramente necesitaba encontrar a la Srta. Watson, y rápidamente, antes de que le ocurriera algo que pudiera ser irrevocable.

Irrevocable.

Jesús.

Las vidas podían cambiar en un solo instante. Si la Srta. Watson realmente hubiera salido con el hermano de Lucy... si alguien los sorprendía...

Un calor extraño comenzó a invadirlo, algo de rabia y celos, y completamente desagradable. La Srta. Watson podría estar en peligro... o quizás no. Quizás no le hubiera dado la bienvenida a los avances de Fennsworth...

No. No, no pudo haberlo hecho. Prácticamente se tragó ese pensamiento. La Srta. Watson pensaba que estaba enamorada de ese ridículo Sr. Edmonds, quienquiera que fuera. No recibiría con beneplácito los avances de Gregory o de Lord Fennsworth.

¿Pero si el hermano de Lucy estuviera aprovechando la oportunidad que no había tenido? Eso le dolió, y se alojó en su pecho como una bala de cañón -ese sentimiento, esa emoción, esa sangrienta... horrible... molesta...

- ¿Sr. Bridgerton?

Asquerosa. Definitivamente asquerosa.

- Sr. Bridgerton, ¿le pasa algo?

Él movió su cabeza, solo la pulgada que necesitaba para enfrentar a Lady Lucinda, pero aún así, le tomó varios segundos concentrarse en sus rasgos. Sus ojos se veían llenos de preocupación, su boca estaba apretada en una línea angustiada.

- Usted no se ve bien -dijo.

- Estoy bien -ladró él.

- Pero...

- *Bien* -le chasqueó evidentemente.

Ella se echó para atrás.

- Claro que lo está.

¿Cómo pudo haber hecho eso Fennsworth? ¿Cómo había logrado salir con la Srta. Watson? Él todavía era un bebé, por el amor de Dios, apenas si acababa de salir de la universidad, y nunca había estado en Londres. Y Gregory era... Bueno, era más experimentado que eso.

Debió haber prestado más atención.

Nunca debió haber permitido que sucediera esto.

- Quizás, debo ir en busca de Hermione -dijo Lucy, apartándose-. Al parecer usted prefiere estar solo.

- No -dijo él bruscamente, con un poco más de fuerza que lo estrictamente cortés-. Iré con usted. La buscaremos juntos.

- ¿Usted cree que eso es prudente?

- ¿Por qué no sería prudente?

- Yo... no lo sé. -Se detuvo, lo miró fijamente, sin parpadear, y finalmente dijo-: No creo que debamos hacerlo. Usted acaba de cuestionar la prudencia de Richard y Hermione por haber salido solos.

- Seguramente usted no debe buscar en la casa sola.

- Claro que no -dijo, como si él fuera un tonto por siquiera haber pensado en ello-. Voy a buscar a Lady Bridgerton.

¿Kate? Buen Dios.

- No haga *eso* -le dijo rápidamente. Y quizás un poco desdeñosamente, también, aunque esa no había sido su intención.

Pero ella claramente se dio cuenta porque su voz sonaba cortante cuando le preguntó:

- ¿Y por qué no?

Él persistió, con su tono bajo y urgente.

- Si Kate los encuentra, y están donde no deben estar, estarán casados en menos de una quincena. Tome nota de mis palabras.

- No sea absurdo. Por supuesto, que estarán donde deben estar -le siseó ella, y eso lo tomó desprevenido, porque nunca se le ocurrió que podría defenderse con tanto vigor.

- Hermione nunca se comportaría inapropiadamente - continuó con furias-. Y tampoco Richard, por si acaso. Él es mi hermano. Mi *hermano*.

- Él la ama -dijo Gregory.

- No. Él. No lo hace. -Buen Dios, parecía a punto de explotar-. Y aún cuando lo hiciera -le espetó-. Lo cual no hace, él *nunca* la deshonraría. Nunca. Jamás lo haría. No lo haría...

- ¿No haría qué?

Ella tragó saliva.

- No me haría eso a *mí*.

Gregory no podía creer en su candidez.

- Él no está pensando en *usted*, Lady Lucinda. De hecho, podría afirmar que usted no se le ha pasado por la mente ni una vez.

- Es horrible lo que me ha dicho.

Gregory se encogió de hombros.

- Él es un hombre enamorado. Por lo tanto, es un hombre insensible.

- Oh, ¿es *así* como funciona? -le espetó ella-. ¿Es lo que hace que *usted* sea insensible también?

- No -dijo él concisamente, y comprendió que en realidad era verdad. Ya se había acostumbrado a ese extraño fervor. Había recobrado el equilibrio. Y como un caballero de considerable experiencia, él era, aún cuando la Srta. Watson no estaba enterada, más fuerte para controlar sus impulsos que Fennsworth.

Lady Lucinda lo miró con desdeñosa impaciencia.

- Richard no está enamorado de ella. No se de que otra manera puedo explicárselo.

- Está equivocada -dijo él rotundamente. Había observado a Fennsworth durante días. Él había estado mirando a la Srta. Watson. Riéndose de sus chistes. Buscándole una bebida.

Tomando una flor silvestre, envolviéndosela detrás de la oreja.

Si ése no era amor, entonces Richard Abernathy era el más atento, cariñoso, y desinteresado hermano mayor en la historia del hombre.

Y como el también era una hermano mayor -quien había sido frecuentemente presionado a ser la pareja de baile de las amigas de sus hermanas- Gregory podía decir categóricamente, que no existía un hermano mayor, con tales niveles de atención y devoción.

Por supuesto, uno adoraba a su hermana, pero no sacrificaba cada minuto por causa de su mejor amiga, sin recibir a cambio algún tipo de compensación.

A menos que un patético y no correspondido amor factorizara en la ecuación.

- No estoy equivocada -dijo Lady Lucinda, luciendo muy a gusto al cruzar sus brazos-. Y voy a buscar a Lady Bridgerton.

Gregory cerró la mano alrededor de su muñeca.

- Ese sería un error de proporciones proverbiales.

Ella dio un tirón para zafarse, pero él no la soltó.

- No sea condescendiente conmigo -siseó ella.

- No lo soy. La estoy instruyendo.

Su boca literalmente cayó abierta. Realmente, de verdad, completamente abierta.

Gregory habría disfrutado de la vista, por lo tanto no estaba tan furioso con todo lo demás en el mundo.

- Usted es insoportable -dijo ella, una vez se hubo recobrado.

Él se encogió de hombros.

- De vez en cuando.

- Y equivocado.

- Bien hecho, Lady Lucinda. -Como de costumbre, Gregory no podía evitar admirar a alguien capaz de defenderse con el sarcasmo y una replica mordaz-. Pero probablemente admiraría mucho más sus habilidades verbales si no estuviera tratando de impedir que hiciera algo monumentalmente tonto.

Lo miró con los ojos entrecerrados, y dijo:

- No quiero volver a hablarle.

- ¿Nunca?

- Voy a buscar a Lady Bridgerton -anunció.

- ¿Me está buscando? ¿Para qué?

Esa era la última voz que Gregory quería escuchar.

Se volvió. Kate estaba de pie delante de ellos, mirando la escena con una ceja levantada.

Nadie dijo nada.

Kate miraba significativamente a la mano de Gregory, la cual estaba todavía envuelta alrededor de la mano de Lady Lucinda. La dejó caer, apartándose rápidamente.

- ¿Hay algo que deba saber? -preguntó Kate, y su voz era una mezcla absolutamente horrible de pregunta culta y mortal autoridad. Gregory recordó que su cuñada podía ser una formidable presencia cuando se lo proponía.

Lady Lucinda -por supuesto- habló inmediatamente.

- El Sr. Bridgerton parece creer que Hermione podría estar en peligro.

La conducta de Kate cambió al instante.

- ¿Peligro? ¿Aquí?

- No -chasqueó Gregory, aunque lo que en realidad quería decir era -*voy a matarla*. A Lady Lucinda, para ser preciso.

- No la he visto durante algún tiempo -continuó la irritante tonta-. Llegamos juntas, pero eso fue hace como una hora.

Kate echó un vistazo, su mirada se detuvo finalmente en las puertas que conducían al exterior.

- ¿No estará en el jardín? La mayor parte de la fiesta se ha movido hacia el exterior.

Lady Lucinda negó con la cabeza.

- No la he visto. La estaba buscando.

Gregory no dijo nada. Era como si estuviera mirando la destrucción del mundo ante sus propios ojos. Y en realidad, ¿Qué podría decir para detenerla?

- ¿No está afuera? -dijo Kate.

- No pensé que algo estuviera mal -dijo Lady Lucinda, muy oficiosamente-. Pero el Sr. Bridgerton se preocupó inmediatamente.

- ¿Lo hizo? -Kate se volvió rápidamente para mirarlo-. ¿Lo hiciste? ¿Por qué?

- ¿Podríamos hablar de esto en otro momento? -espetó Gregory.

Kate inmediatamente lo rechazó y miró directamente a Lucy.

- ¿Por qué se preocupó?

Lucy tragó saliva. Y entonces susurró:

- Pienso que ella podría estar con mi hermano.

Kate empalideció.

- Eso no es algo bueno.

- Richard nunca haría algo inapropiado -insistió Lucy-. Se lo prometo.

- Él está enamorado de ella -dijo Kate.

Gregory no dijo nada. La vindicación nunca se había sentido tan amarga.

Lucy miró a Kate y luego a Gregory, su expresión prácticamente rayaba en el pánico.

- No -susurró-. No, usted está equivocada.

- No estoy equivocada -dijo Kate seriamente-. Y tenemos que encontrarlos. Rápidamente.

Ella se volvió e inmediatamente y se dirigió hacia la puerta. Gregory la siguió, sus piernas largas mantenían el paso con la facilidad. Lady Lucinda parecía estar momentáneamente helada, y luego, saltando a la acción, se echó a correr detrás de los dos.

- Él nunca obligaría a Hermione a hacer nada -dijo ella urgentemente-. Se lo prometo.

Kate se detuvo. Se dio la vuelta. Miró a Lucy, su expresión era franca y quizás un poco triste también, como si reconociera que la mujer más joven estuviera, en ese momento, perdiendo una parte de su inocencia y que ella, Kate, sentía que tenía que ser la que le diera el golpe.

- Él podría no hacerlo -dijo Kate con voz queda.

Forzarla. Kate no lo dijo, pero las palabras quedaron en el aire de todas maneras.

- Él no podría hacerlo... Que...

Gregory se dio cuenta del momento en que ella lo comprendió. Sus ojos, siempre tan cambiantes, nunca le habían parecido más grises.

Heridos.

- Tenemos que encontrarlos -susurró Lucy.

Kate asintió con la cabeza, y los tres salieron del cuarto silenciosamente.



Capítulo 10

En el que el amor triunfa -pero no para nuestro héroe y heroína.

Lucy siguió a Lady Bridgerton y a Gregory por el vestíbulo, intentando contener la ansiedad que sentía creciendo dentro de ella. Su estómago se sentía raro, su respiración no muy bien.

Y su mente no estaba lo suficientemente clara. Necesitaba enfocarse en el asunto a mano. Sabía que tenía que prestarle su total atención a la búsqueda, pero se sentía como si una parte de su mente se mantuviera apartada -aturdida, aterrada, e incapaz de escapar de una horrible sensación de premonición.

Lo cual no lograba entender. ¿No *quería* que Hermione se casara con su hermano? ¿Acaso no le había dicho al Sr. Bridgerton que ese emparejamiento, además de improbable, sería extraordinario? Hermione sería su hermana de nombre, no solo de sentimiento, y Lucy no podría imaginar nada más digno. Pero aún así, se sentía...

Intranquila.

Y un poco molesta también.

Y culpable. Por supuesto. ¿Porque con qué derecho tenía que sentirse enfadada?

- Deberíamos buscarla por separado -dijo el Sr. Bridgerton, una vez que habían dado la vuelta por varias esquinas, y los

sonidos del baile de máscaras se habían atenuado en la distancia. Se quitó la máscara, y las dos damas siguieron su ejemplo, dejando las tres en una pequeña mesa que estaba en un rincón retirado del vestíbulo.

Lady Bridgerton agitó la cabeza.

- No podemos. Tú no puedes encontrarlos solo -le dijo ella a él-. No deseo ni siquiera pensar en lo que le ocurriría a la Srta. Watson al ser encontrada sola con dos caballeros solteros.

Sin mencionar su reacción, pensó Lucy. El Sr. Bridgerton le parecía ser un hombre temperamental; por eso no estaba segura de que pudiera encontrar a ese par solos sin tomar cartas en el asunto al pensar que debía defender el honor y la virtud, lo cual siempre conducía al desastre. Siempre. Aunque dada la profundidad de sus sentimientos por Hermione, su reacción podría ser un poco menos por el honor y la virtud, y un poco más por la ira de los celos.

Aún peor, pues aunque al Sr. Bridgerton le hiciera falta la habilidad de disparar una bala en línea recta, Lucy no tenía ninguna duda de que podía poner un ojo negro con una velocidad letal.

- Y *ella* no puede estar sola -continuó Lady Bridgerton, señalando a Lucy-. Está oscuro. Y vacío. Los caballeros llevan máscaras puestas, por el amor de Dios. Eso los hace perder la consciencia.

- Yo no sabría donde buscar, tampoco -agregó Lucy. Era una casa enorme. Había estado allí casi una semana, pero dudaba que hubiera visto la mitad de ella.

- Debemos permanecer juntos -dijo Lady Bridgerton firmemente.

El Sr. Bridgerton parecía como si quisiera discutir, pero controló su temperamento y en su lugar dijo:

- Bien. No perdamos el tiempo, entonces. -Se alejó, sus largas piernas establecieron un ritmo que ninguna de las dos

mujeres podían seguir con facilidad.

Tiró de las puertas para abrirlas, y las dejó colgando entreabiertas, dirigiéndose tan rápidamente hacia el siguiente cuarto como para dejar las cosas como las había encontrado. Lucy corrió detrás de él, revisando los cuartos del otro lado del vestíbulo. Lady Bridgerton se adelantó, para hacer exactamente lo mismo.

- ¡Oh! -Lucy saltó hacia atrás, cerrando de un golpe la puerta.

- ¿Los encontraste? -le exigió el Sr. Bridgerton. Él y Lady Bridgerton fueron inmediatamente a su lado.

- No -dijo Lucy, ruborizándose profundamente. Tragó saliva-. Era alguien más.

Lady Bridgerton gimió.

- Buen Dios. Por favor dígame que no es una dama soltera.

Lucy abrió la boca, pero pasaron varios segundos antes de que dijera:

- No lo sé. Es por las máscaras, usted comprenderá.

- ¿Tenían puestas las máscaras? -preguntó Lady Bridgerton-. Entonces están casados. Pero no mutuamente.

Lucy quería preguntarle desesperadamente la razón por la cual había sacado esa conclusión, pero no sabía como hacerlo, y además, el Sr. Bridgerton desvió sus pensamientos al pasar en frente de ella y darle un tirón a la puerta para abrirla. Un chillido femenino resonó en el aire, seguido por una enfadada voz masculina, profiriendo palabras que Lucy no se atrevería a repetir.

- Lo siento -gruñó el Sr. Bridgerton-. Continúen -cerró la puerta-. Era Morley -anunció-. Y la esposa de Winstead.

- Oh -dijo Lady Bridgerton, separando los labios con sorpresa-. No tenía idea.

- ¿Tenemos que hacer algo? -preguntó Lucy. Cielo Santo, había personas cometiendo *adulterio* a unos metros de ella.

- Eso es problema de Winstead -dijo el Sr. Bridgerton severamente-. Tenemos nuestros propios asuntos que arreglar.

Los pies de Lucy permanecieron arraigados en el piso mientras él se alejaba de nuevo, corriendo por el vestíbulo. Lady Bridgerton miró la puerta, como si quisiera abrirla y asomarse adentro, pero al final suspiró y siguió a su cuñado.

Lucy solo miraba fijamente la puerta, intentando deducir lo que eso significaba para su mente. La pareja sobre la mesa - sobre la *mesa*, por el amor de Dios- había sido una sorpresa, pero algo más la molestaba. Algo sobre la escena no estaba correcto. Fuera de lugar. Fuera de contexto.

O quizás estaba recordando algo.

¿Qué era?

- ¿Viene? -la llamó Lady Bridgerton.

- Sí -contestó Lucy. Y entonces se aprovechó de su inocencia y juventud y agregó-: Es el susto, ya sabe. Solo necesito un momento.

Lady Bridgerton le ofreció una mirada de simpatía y asintió, pero continuó con su trabajo, inspeccionando los cuartos del lado izquierdo del vestíbulo.

¿Qué había visto? Un hombre y una mujer, por supuesto, y la mencionada mesa. Dos sillas, rosas. Un sofá, rayado. Y una mesa, con un jarrón de flores cortadas...

Flores.

Eso era.

Sabía donde estaban.

Si ella estaba equivocada, y los demás tenían razón, y su hermano realmente estaba enamorado de Hermione, solo había un lugar al que él habría tratado de llevarla para convencerla en retornarle sus sentimientos.

El naranjero. Estaba al otro lado de la casa, lejos del salón de baile. Y estaba lleno, no solo con árboles de naranja, sino con flores. Plantas tropicales vistosas que le debieron haber costado a Lord Bridgerton una fortuna al importarlas. Elegantes orquídeas. Rosas raras. Incluso, humildes flores silvestres, traídas y replantadas con cuidado y devoción.

No había un lugar más romántico bajo la luz de la luna, y no había otro lugar en el que su hermano se sintiera más a gusto. Él amaba las flores. Siempre lo había hecho, y poseía una memoria asombrosa para recordar sus nombres, científicos y comunes. Siempre estaba recogiendo algunas, buscando alguna clase de información rara -cual se abría bajo la luz de la luna, cual se relacionaba con tal planta traída desde Asia. Lucy siempre lo había encontrado tedioso, pero podía darse cuenta como se podría ser romántico, si no era del hermano de uno del que se estaba hablando.

Miró el vestíbulo. Los Bridgertons se habían detenido para hablar entre ellos, y Lucy podía darse cuenta por sus posturas, que su conversación era intensamente sentida.

¿No sería mejor si ella fuera a encontrarlos sola? ¿Sin cualquiera de los Bridgerton?

Si Lucy los encontraba, podría advertirles y alejar el desastre. Si Hermione quería casarse con su hermano... bueno, podría ser su opción, no algo que tuviera que hacer por haber sido sorprendida inesperadamente.

Lucy sabía como llegar al naranjero. Podría llegar allí en minutos.

Se dirigió cautelosamente hacia el salón de baile. Ni Gregory, ni Lady Bridgerton parecieron darse cuenta.

Tomó su decisión.

Seis pasos callados, apoyándose cuidadosamente en la esquina. Y entonces -una mirada rápida hacia el vestíbulo- se escapó.

Y corrió.

Se recogió las faldas y corrió como el viento, o a lo mejor, tan rápido como posiblemente podía con su pesado vestido de baile. No tenía ni idea de cuanto tiempo tendría antes de que los Bridgertons notaran su ausencia, y aunque no supieran a donde se dirigía, no tenía duda de que la encontrarían. Todo lo que Lucy tenía que hacer era encontrar a Richard y a Hermione primero. Si pudiera encontrarlos, y advertirlos, podría sacar a Hermione por la puerta y reclamarle por haberse encontrado sola con Richard.

No tendría mucho tiempo, pero podía hacerlo. Sabía que podía.

Salió y entró al vestíbulo oriental, girando alrededor de una esquina mientras comenzaba nuevamente a correr. Sus pulmones empezaron a arder, y su piel se humedeció con la transpiración debajo de su vestido. Pero no redujo su paso. Ya no estaba lejos. Podía hacerlo.

Sabía que podía.

Tenía que hacerlo.

Y entonces, sorprendentemente, estaba allí, ante las pesadas puertas dobles que conducían al naranjero. Su mano aterrizó pesadamente sobre uno de los pomos, y quiso girarlo, pero en su lugar se encontró inclinándose, esforzándose por respirar.

Sus ojos le escocían, y trató de continuar, pero cuando quiso golpear la puerta sintió una ola de pánico. Era física, palpable, y la recorrió tan rápidamente que tuvo que aferrarse a la pared para apoyarse.

Queridísimo Dios, no quería verlos. No quería saber lo que estaban haciendo, sin saber siquiera por qué. No quería esto, nada de esto. Quería que todo fuera como antes, solo tres días atrás.

¿No podía dar marcha atrás? Eran solo *tres días*. Tres días, y Hermione todavía seguiría enamorada del Sr. Edmonds, quien realmente no era un problema ya que nada saldría de ello, y Lucy todavía sería...

Y ella seguiría siendo la misma, feliz y confiada, y prácticamente comprometida.

¿Por qué todo tenía que *cambiar*? La vida de Lucy había sido absolutamente aceptable como era. Todos tenían su lugar, y todo estaba en perfecto orden, y no tenía que pensar tan difícilmente en todo. No se había preocupado sobre lo que significaba el amor, o como se sentía, y su hermano no estaría encontrándose en secreto con su mejor amiga, y su boda sería un plan vago para el futuro, y seguiría siendo feliz. Había sido feliz.

Y quería que todo volviera a ser como antes.

Asió el pomo con más fuerza, intentando girarlo, más fuertemente pero su mano no se movía. El pánico todavía estaba allí, helando sus músculos, apretando su pecho. No podía concentrarse. No podía pensar.

Y sus piernas le empezaron a temblar.

Oh, Dios Bendito, iba a caerse. Allí en el vestíbulo, a pulgadas de su meta, iba a derrumbarse en el suelo. Y entonces...

- ¡*Lucy!*

Era el Sr. Bridgerton, y estaba corriendo hacia ella, y se le ocurrió que había fallado.

Había fallado.

Había llegado al naranjero. Había llegado a tiempo, pero solo pudo quedarse de pie delante de la puerta. Como una idiota, había estado allí, con sus dedos sobre el condenado pomo y...

- Dios mío, Lucy, ¿en que estabas pensando?

Él la agarró por los hombros, y Lucy se apoyó en su fuerza. Quería caer sobre él y olvidar.

- Lo siento -susurró-. Lo siento.

Ella no sabía porque sentía tanto pesar, pero lo dijo de todos modos.

- Este no es lugar para una mujer sola -dijo él, y su voz sonaba diferente. Ronca-. Los hombres están borrachos. Usan máscaras como licencia para...

Se quedó callado. Y entonces...

- Las personas no se comportan como siempre.

Ella asintió, y finalmente lo miró, levantando sus ojos del suelo hasta su cara. Y entonces lo vio. Solo lo vio. Su cara, que se había convertido en algo tan familiar para ella. Parecía conocer cada rasgo, desde la ligera curva de su cabello hasta la cicatriz diminuta cerca de su oreja izquierda.

Tragó saliva. Respiró. No era de la forma en la que siempre lo hacía, pero respiró. Más despacio, más cerca de lo normal.

- Lo siento -dijo de nuevo, porque no sabía que otra cosa decir.

- Dios mío -juró él, revisando su cara con ojos urgentes-. ¿Qué te pasó? ¿Estás bien? ¿Alguien...?

Su asimiento se aflojó ligeramente mientras echaba una mirada alrededor frenéticamente.

- ¿Quién te hizo esto? -le exigió-. ¿Quién te hizo...?

- No -dijo Lucy, negando con la cabeza-. No fue nadie. Fui yo. Yo... yo quería encontrarlos. Pensé que si... bueno, yo no quería que tu... y entonces yo... y entonces llegué aquí, y yo...

Los ojos de Gregory se movieron rápidamente hacia las puertas del naranjero.

- ¿Ellos están ahí?

- No lo sé -admitió Lucy-. Creo que sí. Yo no pude... -el pánico fue cediendo lentamente, casi se había ido, en realidad, y solo se sentía un poco tonta ahora. Se sentía estúpida. Había estado frente a la puerta, y no había hecho nada. Nada.

- No podía abrir la puerta. -Susurró ella finalmente. Porque tenía que decírselo. No podía explicarlo... ni siquiera podía entenderlo... pero tenía que decirle lo que había pasado.

Porque él la había encontrado.

Y eso marcaba la diferencia.

- ¡Gregory! -Lady Bridgerton apareció en la escena, lanzándose prácticamente contra ellos, claramente sin respiración por haber tratado de mantener el ritmo-. ¡Lady Lucinda! Por qué usted... ¿Está bien?

Parecía tan preocupada que Lucy se preguntó como se veía ella ante sus ojos. Se sentía pálida. Se sentía pequeña, en realidad, posiblemente lo que estaba en su cara, era lo que causaba que Lady Bridgerton se viera obviamente preocupada.

- Estoy bien -dijo Lucy, aliviada de que no la hubiera visto como lo había hecho el Sr. Bridgerton-. Solo estoy un poco abrumada. Creo que corrí muy rápido. Fue tonto de mi parte. Lo siento.

- Cuando nos dimos la vuelta, y usted ya se había marchado... -Lady Bridgerton parecía que estuviera tratando de ser dura, pero la preocupación arrugaba su frente, y sus ojos se veían tan amables.

Lucy quería llorar. Nadie la había mirado nunca de esa manera. Hermione la quería, y Lucy se consolaba mucho con eso, pero esto era diferente. Lady Bridgerton no podía ser mucho mayor que ella -diez años, quizás quince- pero la forma en la que la estaba mirando...

Era como si fuera una madre.

Fue solo por un momento. Solo unos pocos segundos, en realidad, pero podía fingirlo. Y quizás desearlo, solo un poco.

Lady Bridgerton corrió para acercarse y puso un brazo alrededor de los hombros de Lucy, apartándola de Gregory, quien dejó que sus brazos cayeran a los lados.

- ¿Está segura que está bien? -preguntó ella.

Lucy asintió con la cabeza.

- Lo estoy. Ahora.

Lady Bridgerton observó a Gregory. Él asintió. Solo una vez.

Lucy no sabía lo que eso significaba.

- Creo que ellos están en el naranjero -dijo, y no estaba segura de lo que había cerrado a su voz -si era resignación o pesar.

- Muy bien -dijo Lady Bridgerton, sus hombros se irguieron mientras se dirigía hacia la puerta-. No pasa nada si miramos, ¿verdad?

Lucy negó con la cabeza. Gregory no dijo nada.

Lady Bridgerton tomó una respiración profunda y tiró de la puerta para abrirla. Lucy y Gregory inmediatamente avanzaron para asomarse adentro, pero el naranjero estaba oscuro, la única luz era la de la luna, que brillaba a través de las enormes ventanas.

- Maldición.

La barbilla de Lucy se retiró con la sorpresa. Nunca antes había escuchado a una mujer maldiciendo.

Por un momento el trío permaneció quieto, y entonces Lady Bridgerton avanzó y gritó:

- ¡Lord Fennsworth! Lord Fennsworth, por favor responda. ¿Está aquí?

Lucy empezó a llamar a Hermione, pero Gregory puso una mano sobre su boca.

- No lo haga -le susurró en el oído-. Si alguien más está aquí, no queremos que se den cuenta que los estamos buscando a ambos.

Lucy asintió, sintiéndose dolorosamente inmadura. Había pensado que conocía el mundo, pero con cada día que pasaba, se daba cuenta que entendía cada vez menos. El Sr. Bridgerton se apartó, moviéndose dentro del cuarto. Se quedó de pie con las manos en las caderas, con la postura amplia mientras revisaba si había ocupantes en el naranjero.

- ¡Lord Fennsworth! -convocó Lady Bridgerton nuevamente.

En ese momento escucharon un susurro. Pero suave. Y lento. Como si alguien estuviera intentando esconder su presencia.

Lucy se volvió hacia el sonido, pero nadie avanzó. Se mordió el labio. Quizás simplemente era un animal. Había muchos gatos en Aubrey Hall. Ellos dormían en una pequeña jaula cerca de la puerta de la cocina, pero quizás uno de ellos se había perdido en el camino, y se había quedado encerrado en el naranjero.

Tenía que ser un gato. Si fuera Richard, había aparecido cuando escuchó su nombre.

Miró a Lady Bridgerton, esperando ver lo que haría después. La vizcondesa estaba mirando intensamente a su cuñado, hablando con voz queda y haciéndole señas con las manos, apuntando en dirección al ruido.

Gregory le mostró su asentimiento, luego avanzó con pasos silenciosos, sus piernas largas cruzaron el cuarto con una velocidad impresionante, hasta...

Lucy jadeó. Antes de que tuviera tiempo para pestañear, Gregory se había adelantado, con un extraño y primario sonido

saliendo de su garganta. Entonces brincó claramente a través del aire, cayendo con un golpe sordo y un gruñido de:

- ¡Te tengo!

- Oh no. -Lucy se cubrió la boca con la mano. El Sr. Bridgerton tenía a alguien atrapado en el suelo, y sus manos parecían estar muy cerca de la garganta de su cautivo.

Lady Bridgerton corrió hacia ellos, y Lucy, la vio, recordando que tenía pies finalmente y corrió hacia la escena. Si ese fuera Richard -*Oh, por favor, que no sea Richard*- necesitaba alcanzarlo antes de que el Sr. Bridgerton lo matara.

- ¡Su...el...tame!

- ¡Richard! -gritó Lucy con un chillido. Era su voz. No podía haber ningún error.

La figura sobre el piso del naranjero se retorció, y entonces pudo ver su cara.

- ¿Lucy? -parecía aturdido.

- *Oh, Richard.* -Había un mundo de desilusión en esas dos palabras.

- ¿Dónde está ella? -exigió Gregory.

- ¿Dónde está quien?

Lucy se sintió enferma. Richard estaba fingiendo su ignorancia. Lo conocía muy bien. Estaba mintiendo.

- La Srta. Watson. -Soltó Gregory.

- Yo no sé de que...

Un murmullo horrible salió de la garganta de Richard.

- ¡Gregory! -Lady Bridgerton le agarró el brazo-. ¡Detente!

Él soltó su asimiento. Solo un poco.

- Quizás ella no está aquí -dijo Lucy. Sabía que no era verdad, pero de algún modo parecía ser la mejor manera de

salvar la situación-. Richard adora las flores. Siempre lo ha hecho. Y no le gustan las fiestas.

- Es verdad -jadeó Richard.

- Gregory -dijo Lady Bridgerton-, debes soltarlo.

Lucy se volvió para enfrentarla cuando habló, y en ese momento fue cuando la vio. Detrás de Lady Bridgerton.

Rosa. Solo un destello. Más de una franja, realmente, sólo escasamente visible a través de las plantas.

Hermione estaba vestida de rosa. Ese mismo tono.

Lucy abrió los ojos como platos. Quizás simplemente era una flor. Había montones de flores de color rosa. Se volvió hacia Richard. Rápidamente.

Demasiado rápidamente. El Sr. Bridgerton vio como su cabeza giró alrededor.

- ¿Qué vio? -le exigió.

- Nada.

Pero él no le creyó. Soltó a Richard y empezó a dirigirse hacia la dirección en la que Lucy estaba mirando, pero Richard rodó sobre su costado y lo agarró por los tobillos. Gregory cayó con un grito, y se desquitó rápidamente, sosteniendo la camisa de Richard y dándole un tirón con bastante fuerza para raspar su cabeza a lo largo del suelo.

- ¡No! -gritó Lucy, corriendo hacia delante. Dios Santo, iban a matarse. Primero el Sr. Bridgerton estaba arriba, después Richard, luego el Sr. Bridgerton, después no podía decir *quien* estaba ganando, y todo el tiempo siguieron *golpeándose* mutuamente.

Lucy quería separarlos desesperadamente, pero no veía como hacerlo sin arriesgarse a salir herida. Ambos estaban más allá de notar a algo tan mundano como un ser humano.

Quizás Lady Bridgerton podía detenerlos. Era su casa, y los invitados eran su responsabilidad. Podía ocuparse de la

situación con más autoridad que la que Lucy, esperaría mostrar.

Lucy se volvió.

- Lady Bri...

Las palabras se evaporaron en su garganta. Lady Bridgerton no estaba donde había estado hace unos momentos.

Oh *no*.

Lucy se volvió frenéticamente.

- ¿Lady Bridgerton? ¿Lady Bridgerton?

Y entonces allí estaba, moviéndose detrás de Lucy, caminando a través de las plantas, con la mano envuelta fuertemente en la muñeca de Hermione. El pelo de Hermione estaba desarreglado, y su vestido estaba arrugado y sucio, y - queridísimo Dios de las alturas- parecía como si quisiera llorar.

- ¿Hermione? -susurró Lucy. ¿Qué pasó? ¿Qué había hecho Richard?

Por un momento Hermione no hizo nada. Solo se quedó quieta como un cachorro culpable, su brazo se extendió flácidamente frente a ella, como si hubiera olvidado que Lady Bridgerton la tenía agarrada por la muñeca.

- Hermione, ¿qué pasó?

Lady Bridgerton la soltó, y como si Hermione fuera agua, corriendo en un dique.

- Oh, Lucy -se lamentó ella, su voz se interrumpía mientras corría hacia delante-. Lo siento mucho.

Lucy no podía moverse de la conmoción, abrazándola... pero no lo suficiente. Hermione la abrazaba como un niño, pero Lucy no sabía que hacer con ella. Sus brazos se sentían extraños, no lo suficientemente propios. Miró más allá del hombro de Hermione, hacia el suelo. Los hombres finalmente

habían dejado de pelear, pero no estaba segura de ello, y ya no le importaba.

- ¿Hermione? -Lucy se echó para atrás, lo suficiente para poder mirar su rostro-. ¿Qué sucedió?

- Oh, Lucy -dijo Hermione-. *Vibré*.

* * * * *

Una hora después, Hermione y Richard estaban comprometidos en matrimonio. Lady Lucinda había vuelto a la fiesta, y no es que ella pudiera ser capaz de concentrarse en lo que estaba diciendo, pero Kate había insistido.

Gregory estaba borracho. O por lo menos, hacía su mejor esfuerzo para estarlo.

Supuso que la noche le había traído muy pocos favores. En realidad no había encontrado a Lord Fennsworth y a la Srta. Watson in flagrantes. Cualquiera cosa que hubiesen estado haciendo -y Gregory estaba gastando mucha energía para no imaginárselo- se habían detenido cuando Kate había gritado el nombre de Fennsworth.

Pero todavía, sentía como que todo había sido una farsa. Hermione se había disculpado, luego Lucy se había disculpado, y luego *Kate* se había disculpado, lo cual parecía notablemente innecesario hasta que terminó con su frase:

- Pero ustedes, a partir de este momento, están comprometidos en matrimonio.

Fennsworth había parecido encantado, el pequeño tonto fastidioso, y entonces había tenido el valor de ofrecerle una pequeña sonrisita triunfante a Gregory.

Gregory lo había golpeado con la rodilla en las pelotas.

No *demasiado* fuerte.

Eso podría haber sido un accidente. Realmente. Todavía estaban en el suelo, aferrados en una posición de punto muerto. Era completamente creíble que su rodilla pudiera resbalarse.

Hacia arriba.

En cualquier caso, Fennsworth había gruñido y se había derrumbado. Gregory rodó de lado, al segundo que el conde lo soltó, y se movió fluidamente a sus pies.

- Lo siento mucho -le había dicho a las damas-. No estoy seguro de qué le haya pasado.

Y eso, aparentemente, fue todo. La Srta. Watson se disculpó con él -después de que Lucy se disculpara primero, luego Kate, luego Fennsworth, aunque solo el cielo sabía por qué, cuando él había sido claramente el vencedor de la noche.

- No se necesita ninguna disculpa -dijo Gregory bruscamente.

- No, pero yo... -parecía apenada, pero Gregory simplemente no le prestó atención.

- Pasé un maravilloso momento en el desayuno -dijo ella-. Solo quería que lo supiera.

¿Por qué? ¿Por qué le diría eso? ¿Acaso pensaba que eso le haría sentirse bien?

Gregory no había dicho una palabra. Solo le ofreció una única inclinación, y entonces se alejó. Los demás podían encargarse de los detalles. No tenía ningún lazo con la pareja recientemente prometida, ni ninguna responsabilidad con ellos o conveniencia. No le importaba cuando o como las familias serían informadas.

No era de su incumbencia. Nada lo era.

Así que salió. Tenía que conseguirse una botella de brandy.

Y ahora aquí estaba. En la oficina de su hermano, bebiéndose el licor de su hermano, preguntándose que

infiernos significaba todo esto. La Srta. Watson estaba perdida para él, eso estaba muy claro. A menos que claro, él quisiera secuestrar a la muchacha.

Lo cual no haría. Con toda seguridad. Ella probablemente chillaría como una idiota en todo el camino. Por no mencionar al pequeño asunto de que posiblemente se le había entregado a Fennsworth. Oh, y Gregory no iba a destruir su buena reputación. No faltaba más. Uno no secuestraba a una mujer de buena cuna -especialmente a una que estaba comprometida con un conde- y esperaba emerger con un buen nombre intacto.

Se preguntó lo que Fennsworth le había dicho para que salieran solos.

Se preguntó lo que Hermione había querido decir cuando dijo que había vibrado.

Se preguntó si ellos lo invitarían a la boda.

Hmmm. Probablemente. Lucy insistiría en ello, ¿no es verdad? Correcta para los detalles, eso era. Los buenos modales ante todo.

¿Y ahora qué? Después de tantos años de sentirse ligeramente sin objeto, de esperar, esperar, esperar a que todas las piezas de su vida estuvieran en su lugar, había pensado que finalmente había encontrado su camino. Había encontrado a la Srta. Watson y estaba listo para dar un paso adelante y conquistarla.

El mundo había sido luminoso, bueno y lleno de promesas.

Oh, muy bien, el mundo había sido absolutamente luminoso, bueno y lleno de promesas antes. Nunca había sido infeliz en lo más mínimo. De hecho, a él realmente no le había importado esperar. Ni siquiera estaba seguro de haber querido encontrar a su novia tan pronto. Simplemente porque creyera que el verdadero amor existía no significaba que lo quería en seguida.

Había tenido una existencia muy agradable antes. Infiernos, la mayoría de los hombres cambiarían sus colmillos por tomar su lugar.

Fennsworth no, claro.

El pequeño perrito maldito, sin duda estaba trazando cada último detalle de su noche de bodas en ese minuto.

Pequeño encrespado...

Echó su bebida hacia atrás y se sirvió otra.

¿Entonces qué significaba esto? ¿Qué significaba cuando uno se encuentra con la mujer que te hace olvidar como respirar y ella se casaba con otra persona? ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Sentarse y esperar a que el cuello de alguien más lo llevase al éxtasis?

Tomó otro sorbo. Ya había tenido suficiente con los cuellos. Ellos estaban excesivamente valorados.

Se reclinó en la silla, dejando caer pesadamente los pies en el escritorio de su hermano. Anthony lo odiaría, claro, ¿pero acaso él estaba en el cuarto? No. ¿Había él descubierto a la mujer con la que esperaba casarse en los brazos de otro hombre? No. Y actualmente, ¿su cara había servido como una bolsa de boxeo para un conde sorprendentemente en forma?

Definitivamente no.

Gregory se tocó cautelosamente su pómulo izquierdo. Y su ojo derecho.

No se iba a ver atractivo mañana, eso era seguro.

Pero Fennsworth tampoco, pensó alegremente.

¿Alegremente? ¿Acaso estaba contento? ¿Quién lo iba a pensar?

Soltó un largo suspiro, intentando evaluar su estado de sobriedad. Tenía que ser el brandy. Su felicidad no estaba en su agenda esa noche.

Aunque...

Gregory se puso de pie. Como si fuera una prueba. Una prueba científica. ¿Podía estar de pie?

Podía.

¿Podía caminar?

¡Sí!

¿Ah, pero podía caminar derecho?

Casi.

Hmmm. No estaba tan borracho como había pensado.

Debería salir. No tenía sentido desperdiciar su inesperado buen humor.

Caminó hacia la puerta y puso la mano sobre el pomo. Se detuvo, inclinando su cabeza para pensar.

Tenía que ser el brandy. De verdad, no había otra explicación para eso.



Capítulo 11

En el que nuestro héroe hace la única cosa que jamás habría anticipado.

La ironía de la noche no estaba perdida para Lucy mientras caminaba de regreso a su cuarto.

Sola.

Después del pánico del Sr. Bridgerton por la desaparición de Hermione... después de que Lucy le había reñido minuciosamente por escaparse sola en medio de lo que estaba resultando ser una noche escandalosa... después de que una pareja había sido forzada a comprometerse, por el amor de Dios -nadie había notado cuando Lucy abandonó el baile de máscaras sola.

Todavía no podía creer que Lady Bridgerton le hubiera insistido que regresara a la fiesta. Había llevado prácticamente a Lucy por el cuello, depositándola al cuidado de alguien o de otra tía soltera antes de buscar a la madre de Hermione, quien, se presumía, no tenía idea de la emoción que esperaba por ella.

Y por eso se había quedado de pie al extremo del salón de baile como una tonta, mirando al resto de los invitados, preguntándose como ellos, no hubieran podido ser conscientes de los eventos de la noche. Parecía inconcebible que tres vidas pudieran haber cambiado tan completamente, y que el resto del mundo continuara como de costumbre.

No, pensó, con mucha tristeza, en realidad -eran cuatro; el Sr. Bridgerton tenía que ser considerado. Sus planes para el futuro habían resultado ser decididamente diferentes a como habían sido al inicio de la noche.

Pero no, todo el mundo parecía perfectamente normal. Bailaban, reían, comían sándwiches que aún seguían penosamente revueltos en una fuente.

Era la visión más extraña. ¿Algo no debería parecer distinto? Alguien no debería acercarse a Lucy y decirle, con ojos inquisidores -*Usted luce un poco alterada. Ah, ya sé. Su hermano debió haber seducido a su mejor amiga.*

Nadie lo hizo, claro, y cuando Lucy miró su imagen en el espejo, estaba sorprendida de verse completamente inalterada. Un poco cansada, quizás, tal vez un poco pálida, pero aparte de eso, se veía como la Lucy de siempre.

Cabello rubio, no *demasiado* rubio. Ojos azules -otra vez, no demasiado azules. La boca torpemente formada que nunca parecía verse de la forma que quería, y la misma nariz indefinible con las mismas siete pecas, incluida aquella cercana a su ojo que nadie nunca parecía notar, excepto ella.

Se parecía a Irlanda. No sabía por qué eso le interesaba, pero siempre lo había hecho.

Suspiró. Nunca había ido a Irlanda, y probablemente nunca lo haría. Parecía tonto que eso le molestara tan de repente, ya que nunca había querido ir a Irlanda.

Pero si lo deseara, tendría que pedírselo a Lord Haselby, ¿verdad? No era muy diferente a tener que pedirle permiso al Tío Robert para hacer, bueno, algo, pero de algún modo...

Agitó la cabeza. Suficiente. Esa había sido una noche extraña, y ahora estaba de un extraño humor, atrapada en toda su extrañeza en medio de un baile de máscaras.

Estaba claro que tenía que acostarse.

Y entonces, después de treinta minutos de intentar aparentar como si estuviera disfrutando, finalmente fue claro que la tía solterona a la que le habían confiado su cuidado, no entendía el alcance de su asignación. No era una difícil deducción; ya que cuando Lucy había intentado hablarle, ella había entornado los ojos a través de su máscara y le había chillado:

- ¡Levanta la barbilla, niña! ¿Te conozco?

Lucy decidió que esa no era una oportunidad que debía ser desaprovechada, y por eso le contestó:

- Lo siento. Pensé que usted era otra persona -y salió directamente del salón de baile.

Sola.

De verdad, era casi cómico.

Casi.

Sin embargo, no era tonta, y ya que había cruzado lo suficiente de la casa esa noche para saber que mientras los invitados se habían esparcido hacia la parte oeste y sur del salón de baile, nunca se habían aventurado al ala norte, donde la familia tenía sus cuartos privados. Estrictamente hablando, Lucy tampoco debió haber salido de esa manera, pero después de lo que había sucedido en las últimas horas, pensaba que a lo mejor merecía un poco de libertad.

Pero cuando llegó al enorme pasillo que conducía al ala norte, vio una puerta cerrada. Lucy parpadeó sorprendida; nunca había visto una puerta en ese lugar antes. Supuso que los Bridgertons las dejaban abiertas normalmente. Entonces su corazón se hundió. Seguramente debía estar con llave -¿por qué, cual era el propósito de cerrar una puerta, si no era parar a las personas afuera?

Pero el pomo de la puerta se volvió con facilidad. Lucy cerró cuidadosamente la puerta detrás de ella, derritiéndose prácticamente con el alivio. No podía soportar la idea de tener

que regresar a la fiesta. Solo quería arrastrarse dentro de la cama, enroscarse debajo de las sábanas, cerrar los ojos y dormir, dormir, dormir.

Eso sonaba como el cielo. Y con suerte, Hermione no habría regresado todavía. O mejor aún, su madre le insistiría que permaneciera esa noche en su cuarto.

Sí, la privacidad parecía ser extremadamente atractiva en ese momento.

Estaba oscuro mientras caminaba, y callado, también. Después de un minuto, los ojos de Lucy se ajustaron a la oscuridad. No había linternas o velas para iluminar el camino, pero algunas puertas habían quedado abiertas, permitiendo que pálidos ejes de luz de luna, hicieran paralelogramos en la alfombra. Caminó despacio, y con una extraña clase de deliberación, cada paso era cuidadosamente medido y dirigido, como si estuviera balanceándose en una línea delgada, que se extendía directamente en el centro del pasillo.

Uno, dos...

Nada excepcional. Frecuentemente contaba sus pasos. Y *siempre* en los escalones. Se había sorprendido cuando llegó a la escuela y comprendió que las demás personas no lo hacían.

... tres, cuatro...

La alfombra del corredor lucía monocromática bajo la luz de la luna, pero Lucy sabía que los diamantes grandes eran rojos, y los más pequeños eran dorados. Se preguntó si era posible caminar únicamente sobre los dorados.

... cinco, seis...

O quizás sobre los rojos. Los rojos podrían ser más fáciles. Esta no era una noche para desafiarse.

... siete, ocho, n...

- ¡Oomph!

Chocó en algo. O estimado cielo, en *alguien*. Estaba mirando hacia abajo, siguiendo los diamantes rojos, y no había visto... ¿pero no debía la otra persona haberla visto a *ella*?

Manos fuertes la agarraron por los brazos y la sostuvieron. Y entonces...

- ¿Lady Lucinda?

Se congeló.

- ¿Sr. Bridgerton?

Su voz era baja y suave en la oscuridad.

- *Esta* si que es una coincidencia.

Se desenredó cuidadosamente -ya que él la había agarrado por los brazos para no permitir que se cayera- y dio un paso atrás. Él parecía muy grande en los cerrados confines del pasillo.

- ¿Qué está haciendo aquí? -preguntó ella.

Él le ofreció una mueca sospechosamente tranquila.

- ¿Qué está haciendo *usted* aquí?

- Voy a acostarme. Este pasillo parecía ser la mejor ruta -le explicó, y luego agregó con una expresión retorcida-: dado mi estado de desacompañamiento.

Él inclinó la cabeza. Arrugó la frente. Parpadeó. Y finalmente:

- ¿Es esa una queja?

Por alguna razón eso la hizo sonreír. No a sus labios, exactamente, sino a su interior, donde más importaba.

- Creo que no -contestó-, pero en realidad, no podría preocuparme.

Él sonrió débilmente, luego señaló con su cabeza al cuarto de donde había acabado de salir.

- Estaba en la oficina de mi hermano. Reflexionando.

- ¿Reflexionando?

- Había muchas cosas de las cuales reflexionar esta noche, ¿no le parece?

- Sí. -Eché un vistazo alrededor del pasillo. Solo en el caso de que hubiera alguien más, aunque estaba muy segura que no lo había-. En realidad, no debería estar aquí sola con usted.

Él asintió solemnemente.

- Yo no querría interrumpir su práctico compromiso.

Lucy ni siquiera había pensado en eso.

- Lo que quise decir fue, que después de lo que pasó con Hermione y... -y entonces parecía de algún modo insensible, aclararlo-. Bueno, estoy segura que usted lo sabe.

- Efectivamente.

Ella tragó saliva, luego intentó aparentar que no estaba mirando su rostro, para ver si estaba disgustado.

Él solo parpadeó, luego se encogió de hombros, y su expresión era...

¿Indiferente?

Se mordisqueó el labio. No, eso no podía ser. Debió haberlo interpretado mal. Había sido un hombre enamorado. Él se lo había dicho.

Pero eso no era de su incumbencia. Eso requería una cierta medida de autoreminiscencia (para agregar otra palabra rápidamente a la creciente colección) pero eso era. No era de su incumbencia. Ni un poco.

Bueno, excepto la parte sobre su hermano y su mejor amiga. Nadie podía decir que *eso* no le concernía. Si hubiera sido solo Hermione, o solo Richard, podría tener un argumento para dejar su nariz fuera de eso, pero con ambos envueltos, bueno, claramente estaba involucrada.

Con respecto al Sr. Bridgerton, sin embargo... nada era de su incumbencia.

Lo miró. El cuello de su camisa estaba aflojado, y podía ver un diminuto trozo de piel, donde sabía, no debía mirar.

Nada. ¡Nada! Era. De su incumbencia. Nada de eso.

- Bien -dijo, estropeando su tono determinado con una tos evidentemente involuntaria. Intermitente. Tos intermitente. Vagamente interrumpida por un-: Debo irme.

Pero salió más como... Bueno, salió como algo, que estaba segura, no podía deletrear con las veintiséis letras del idioma inglés. Tal vez con el cirílico podría hacerlo. O con el hebreo.

- ¿Está bien? -le preguntó él.

- Perfectamente bien -jadeó, entonces comprendió que volvía a mirar ese punto que ni siquiera estaba en su cuello. Era más bien en su pecho, lo que significaba que era una parte obviamente mucho más inapropiada.

Apartó sus ojos rápidamente, luego tosió de nuevo, pero esa vez fue a propósito. Porque tenía que hacer algo. Por otra parte sus ojos volvieron en seguida a donde no debían.

Él la miró, casi con solemnidad en su expresión, mientras se recuperaba.

- ¿Mejor?

Ella asintió con la cabeza.

- Me alegra.

¿Alegre? ¿Alegre? ¿Qué quería decir con eso?

Él se encogió de hombros.

- Odio cuando eso pasa.

Él solo es un ser humano, Lucy tonta. Uno que sabe como se siente una garganta reseca.

Se estaba volviendo loca. Estaba muy segura de eso.

- Debo irme -dijo ella bruscamente.

- Usted debe.

- De verdad debo.

Pero se quedó allí.

Él la estaba mirando de una forma *muy extraña*. Sus ojos entrecerrados -no de esa forma de persona con rabia, que usualmente se asociaba con los ojos entornados, sino como si estuviera pensando mucho en algo.

Reflexionando. Eso era. Estaba reflexionando, eso era lo que había dicho.

Solo que estaba reflexionando sobre *ella*.

- ¿Sr. Bridgerton? -preguntó ella con vacilación. Y no es que supiera que podría preguntarle cuando la reconociera.

- ¿Usted bebe, Lady Lucinda?

¿Beber?

- ¿Discúlpeme?

Él le ofreció una media sonrisa tímida.

- Brandy. Sé donde mi hermano guarda un material muy bueno.

- Oh. -*Dios del cielo*-. No, por supuesto que no.

- Lastima -murmuró.

- De veras, no puedo -agregó ella, porque, bueno, se sentía como si tuviera que explicarle.

Aunque *claro*, ella no bebía alcohol.

Y *claro*, él lo sabía.

Él se encogió de hombros.

- No sé por qué se lo pregunté.

- Debo irme -dijo ella.

Pero él no se movió.

Y ella tampoco.

Se preguntó a que sabría el brandy.

Y se preguntó si algún día lo sabría.

- ¿Disfrutó la fiesta? -preguntó él.

- ¿La fiesta?

- ¿Acaso no fue obligada a regresar?

Ella asintió, poniendo los ojos en blanco.

- Eso fue fuertemente sugerido.

- Ah, entonces ella la arrastró.

Para la gran sorpresa de Lucy, eso la hizo reír entre dientes.

- Algo así. Yo no tenía puesta mi máscara, lo cual me hacía destacar mucho.

- ¿Cómo un champiñón?

- ¿Cómo un...?

Él miró su vestido y asintió ante el color.

- Como un champiñón azul.

Ella se miró así misma y luego a él.

- Sr. Bridgerton, ¿está borracho?

Él se inclinó con una sonrisa maliciosa y ligeramente tonta. Levantó la mano, marcando una pulgada entre su dedo pulgar e índice.

- Solo un poco.

Lo miró dudosamente.

- ¿De verdad?

Él bajó la mirada hacia sus dedos con la frente arrugada, luego agregó otra pulgada, para sumarla en el espacio entre

ellos.

- Bueno, quizás un poco más.

Lucy no sabía mucho sobre hombres, o mucho sobre las bebidas alcohólicas, pero sabía lo suficiente de ambos para preguntar:

- ¿Acaso no siempre le pasa lo mismo?

- No. -Levantó las cejas y la miró bajo su nariz-. Normalmente sé exactamente cuan borracho estoy.

Lucy no tenía ni idea de que decir ante eso.

- Pero no estoy seguro de que lo sepa esta noche -y parecía sorprendido por eso.

- Oh. -Porque ella estaba comunicándose mejor esa noche.

Él sonrió.

Su estómago se sentía extraño.

Trató de sonreírle también. En realidad debía irse.

Pero naturalmente, no se movió.

Él inclinó la cabeza a un lado y soltó una pensativa exhalación, y se le ocurrió que estaba haciendo exactamente lo que le había dicho que estaba haciendo -reflexionando.

- Estaba pensando -dijo él lentamente-, que dados los eventos de la noche...

Se inclino adelante a la expectativa. ¿Por qué las personas siempre dejaban que sus voces salieran arrastradas solo cuando estaban a punto de decir algo de suma importancia?

- ¿Sr. Bridgerton? -lo tocó con el codo, porque ahora él estaba mirando fijamente a alguna pintura en la pared.

Sus labios se retorcieron pensativamente.

- ¿Usted no cree que yo debería estar un poco más disgustado?

Sus labios se separaron con la sorpresa.

- ¿Usted no está disgustado? -¿Cómo era posible?

Él se encogió de hombros.

- No tanto como debería, ya que mi corazón dejó prácticamente de latir cuando vi por primera vez a la Srta. Watson.

Lucy sonrió apretadamente.

Su cabeza se reacomodó verticalmente, y la miró, y ella parpadeó -tenía los ojos perfectamente claros, como si hubiera sacado una conclusión obvia.

- Es por eso que sospecho del brandy.

- Ya veo -no lo veía, por supuesto, pero ¿Qué mas podría decir?-. Usted... ah... usted parecía muy disgustado.

- Estaba enfadado -le explicó él.

- ¿Ya no lo está?

Él pensó en eso.

- Oh, todavía estoy enfadado.

Y Lucy sintió que tenía que disculparse. Lo cual *sabía*, era ridículo, porque nada de eso era su culpa. Pero estaba tan arraigado en ella, esa necesidad de disculparse por todo. No podía evitarlo. Quería que todo el mundo estuviera feliz. Siempre había sido así. Era mejor de esa manera. Más ordenado.

- Siento mucho no haberle creído lo que me dijo sobre mi hermano -dijo-. No lo sabía. De verdad, no lo sabía.

Él bajó la mirada hacia ella, y sus ojos eran amables. No estaba segura cuando había pasado, porque hace un momento, él se veía mareado e indiferente. Pero ahora... estaba distinto.

- Sé que usted no lo sabía -dijo él-. No tiene necesidad de disculparse.

- Estaba tan sobresaltada como usted cuando los encontramos.

- Yo no estaba sobresaltado -dijo. Suavemente, como si estuviera intentando proteger sus sentimientos. Eso la hacía sentir tonta por no haberse dado cuenta de lo obvio.

Asintió.

- No, supongo que usted no lo estaba. Ya sabía lo que estaba pasando, y yo no. -Y de verdad, se sentía como una tonta. ¿Cómo podía estar tan completamente inconsciente? Se trataba de Hermione y su hermano, por el amor de Dios. Si alguien debía descubrir un romance en ciernes, esa debía ser ella.

Hubo una pausa -una incómoda- y entonces él dijo:

- Estaré bien.

- Oh, claro que lo estará -dijo Lucy tranquilizadamente. Y entonces se sentía tranquilizada, porque se sentía tan estupendo y *normal* ser la única intentando hacerlo todo bien. Eso es lo que hacía. Se esforzaba todo el tiempo. Se aseguraba que todo el mundo estuviera feliz y cómodo.

Así era ella.

Pero entonces él le preguntó -oh por qué le preguntó:

- ¿Lo estará usted?

Ella no dijo nada.

- Estará bien -aclaró él-. ¿Usted estará bien -hizo una pausa, y luego se encogió de hombros- de bien?

- Por supuesto -dijo ella, un poco demasiado rápido.

Había pensado que eso era todo, pero entonces él dijo:

- ¿Está segura? Porque parecía un poco...

Ella tragó saliva, esperando incómodamente su evaluación.

- ... preocupada -terminó.

- Bueno, estaba sorprendida -dijo, feliz de tener una respuesta-. Y por eso naturalmente estaba un poco

desconcertada. -Pero escuchó un ligero tartamudeo en su voz, y estaba preguntándose, a cual de ellos dos, estaba intentando convencer.

Él no dijo nada.

Tragó saliva. Era incómodo. *Ella* estaba incómoda, y todavía seguía hablando, seguía explicándole todo. Y dijo:

- No estoy completamente segura de lo que pasó.

Él todavía, no hablaba.

- Me sentí un poco... aquí... -su mano fue a su pecho, al punto donde se había sentido tan paralizada. Levantó la mirada hacia él, pidiéndole prácticamente con los ojos que dijera algo, que cambiara el objeto y el fin de la conversación.

Pero él no lo hizo. Y el silencio la hizo explicar.

Si él le hubiera hecho una pregunta, o le hubiera dicho una palabra consoladora, no se lo habría dicho. Pero el silencio era demasiado. Tenía que ser llenado.

- No podía moverme -dijo, probando las palabras mientras salían de sus labios. Era como si al hablar, estuviera confirmando lo que había pasado finalmente-. Llegué a la puerta, y no pude abrirla.

Lo miró, buscando respuestas. Pero claro, él no tenía ninguna.

- Yo... yo no sé por qué estaba tan abrumada. -Su voz sonó rasposa, incluso nerviosa-. Quiero decir... era Hermione. Y mi hermano. Yo... siento mucho su dolor, pero esto ahora es bastante ordenado, en realidad. Es agradable. O por lo menos debe serlo. Hermione será mi hermana. Siempre he querido una hermana.

- Son entretenidas de vez en cuando -dijo él con una medio sonrisa, y eso hizo que Lucy se sintiera bien. Era notable lo mucho que lo hacía. Y eso fue suficiente, para que sus

palabras se derramaran, esa vez, sin ninguna vacilación, sin siquiera tartamudear.

- No podía creer que ellos hubiera salido juntos. Debieron haber dicho algo. Me debieron haber dicho que se querían el uno al otro. No tenía por qué descubrirlo de esta manera. No está bien. -Le agarró el brazo y levantó la mirada hacia él, sus ojos estaban serios y desesperados-. No está bien, Sr. Bridgerton. No está bien.

Él agitó su cabeza, pero sólo un poco. Su barbilla apenas se movió, y sus labios menos, cuando dijo:

- No.

- Todo está cambiando -susurró ella y ya no estaba hablando sobre Hermione. Pero eso no le importaba, porque ya no quería pensar. No en eso. No en el futuro-. Todo está cambiando -susurró-, y no puedo detenerlo.

De algún modo su cara estaba más cerca cuando dijo, de nuevo:

- No.

- Es demasiado. -No podía dejar de mirarlo, no podía apartar los ojos de los suyos, y todavía estaba susurrándole - todo es demasiado- cuando ya no hubo ninguna distancia entre ellos.

Y sus labios... tocaron los suyos.

Era un beso.

Ella había sido besada.

Ella. Lucy. Por una vez le había pasado a ella. Estaba en el centro del mundo. Era la vida. Y le estaba pasando a *ella*.

Era extraordinario, porque eso se sentía tan grande, tan renovador. Y aunque fuera solo un beso -suave, solo un roce, tan ligero que le hacía cosquillas. Sentía una prisa, un escalofrío, un hormigueo muy ligero en el pecho. Su cuerpo parecía renacer, y al mismo tiempo congelarse en el lugar,

como si un movimiento equivocado pudiera hacer que todo acabara.

Pero no quería que todo acabara. Que Dios la ayudara, quería esto. Quería este momento, y quería este recuerdo y quería...

Solo *quería*.

Todo. Algo que pudiera conseguir.

Algo que pudiera sentir.

Sus brazos vinieron alrededor de ella, y se apoyó en ellos, suspirando contra su boca mientras su cuerpo entraba en contacto con el suyo. Esto era, pensó confusamente. Esto era la música. Esto era una sinfonía.

Esto era una vibración. Más que una vibración.

Su boca se puso más urgente, y ella se abrió para él, disfrutando del calor de su beso. Le habló, le habló a su alma. Sus manos la apretaban más y más fuerte, y las de ella se enroscaron alrededor de él, descansando finalmente donde su cabello se unía con su cuello.

No había querido tocarlo, ni siquiera había pensado en ello. Sus manos parecían saber a dónde ir, cómo encontrarlo, atraerlo más cerca. Su espalda se arqueó y el calor entre ellos creció.

Y el beso siguió... y siguió.

Lo sentía en su estómago, lo sentía en las puntas de sus pies. Ese beso parecía estar en todas partes, por toda su piel, directamente debajo de su alma.

- Lucy -susurró él, sus labios habían dejado los suyos finalmente, para encender un caliente sendero desde su mandíbula hasta su oreja-. Dios mío, Lucy.

No quería hablar, no quería decir nada para romper ese momento. No sabía como llamarlo, no podía decirle *Gregory*, pero *Sr. Bridgerton*, ya no era lo correcto.

Él era ahora más que eso. Más suyo.

Había tenido razón antes. Todo estaba cambiando. No se sentía igual. Se sentía...

Despierta.

Su cuello se arqueó cuando él le pellizcó el lóbulo de su oreja, y gimió -sonidos suaves e incoherentes que se resbalaron de sus labios como una canción. Quería hundirse en él. Quería deslizarse a la alfombra y llevarlo con ella. Quería su peso, y quería *tocarlo* -quería *hacer* algo. Quería actuar. Quería ser atrevida.

Movió las manos hacia su pelo, hundiendo los dedos en sus mechones sedosos. Él soltó un pequeño gemido, y ese único sonido de su voz fue suficiente para hacer que su corazón latiera más rápido. Le estaba haciendo cosas extraordinarias en su cuello -con sus labios, su lengua, sus dientes- no sabía cual, pero una de ellas la estaba haciendo arder.

Sus labios bajaron por la columna de su garganta, derramando fuego a lo largo de su piel. Y sus manos -se habían movido. La estaban ahuecando, presionando contra él, y todo se sentía tan *urgente*.

Esto no era solo lo que quería. Era lo que necesitaba.

¿Esto era lo que le había pasado a Hermione? ¿Había salido inocentemente a dar un paseo con Richard y entonces... *esto?*

Lucy lo entendía ahora. Entendía lo que significaba querer algo que estaba equivocado, dejar que sucediera aunque pudiera conducir a un escándalo y...

Y entonces lo dijo. Lo probó.

- Gregory -susurró, probando el nombre en sus labios. Se sentía como una fiesta, íntimo, como si pudiera cambiar al mundo y todo lo que la rodeaba con solo una palabra.

Si decía su nombre, entonces él podría ser suyo, y ella podría olvidarse de todo lo demás, podría olvidarse de...

Haselby.

Dios, estaba comprometida. Ya ni siquiera era un arreglo. Los papeles habían sido firmados. Y ella estaba...

- No -dijo, presionando las manos en su pecho-. No, no puedo.

Él le permitió empujarlo lejos. Ella volvió la cabeza, temerosa de mirarlo. Sabía... que si miraba su rostro...

Era débil. No podría resistirse.

- Lucy -dijo él, y comprendió que su sonido era tan difícil de soportar como ver su rostro.

- No puedo hacer esto -agitó la cabeza, sin todavía mirarlo-. No está bien.

- Lucy. -Y esta vez sintió sus dedos en su barbilla, instándole suavemente a enfrentarlo.

- Por favor permíteme escoltarte arriba -dijo.

- ¡No! -le salió demasiado fuerte, y se detuvo, tragando saliva incómodamente-. No puedo arriesgarme -dijo, permitiendo que sus ojos se encontraran finalmente con los suyos.

Fue un error. La forma en la que estaba mirándola a los ojos -sus ojos lucían severos, pero había algo más. Un toque de suavidad, de calor. Y curiosidad. Como si... como si no estuviera seguro de lo que estaba viendo. Como si estuviera mirándola por primera vez.

Cielo santo, esa era la parte que no podía soportar. Ni siquiera estaba segura del por qué. Quizás era porque la estaba mirando. Quizás era porque la expresión era tan... *suya*. Quizás era por ambas cosas.

Quizás eso no importaba.

Pero todo la aterraba al mismo tiempo.

- No me disuadirá -dijo-. Su seguridad es mi responsabilidad.

Lucy se preguntó lo que le había pasado al hombre ligeramente borracho, y muy jovial con el que había estado conversando sólo hace unos momentos. En su lugar había una persona completamente diferente. Alguien que estaba realmente a cargo de la situación.

- Lucy -dijo, y no era exactamente una pregunta, era un recordatorio. Él ganaría de todos modos, tenía que reconocerlo.

- Mi cuarto no está lejos -dijo ella, probando una última vez, de todos modos-. De verdad, no necesito su ayuda. Está arriba de esas escaleras.

Y por el pasillo y alrededor de una esquina, pero él no tenía que saber eso.

- La acompañaré a las escaleras, entonces.

Lucy sabía que era mejor no discutir. Él no cedería. Su voz era queda, pero con una agudeza, que no sabía si había escuchado allí antes.

- Y me quedaré allí hasta que llegue a su cuarto.

- Eso no es necesario.

Él la ignoró.

- Golpee tres veces cuando llegue.

- No voy a...

- Si no la escucho golpear, subiré las escaleras y me aseguraré personalmente de su bienestar.

Cruzó los brazos, y cuando lo miró se preguntó si él hubiera sido el mismo hombre si hubiera sido el hijo primogénito. Había una inesperada imperiosidad en él. Hubiera sido un excelente vizconde, decidió, aunque no estaba

segura de que le hubiera gustado de ese modo. Lord Bridgerton la aterraba francamente, aunque debía tener su lado suave, para adorar a su esposa y a sus hijos como obviamente lo hacía.

Aún...

- Lucy.

Tragó saliva y rechinó los dientes, odiando tener que admitir que le había mentido.

- Muy bien -dijo de mala gana-. Si desea oír mi golpe, debe subir a la cima de las escaleras.

Él asintió con la cabeza y la siguió, los diecisiete pasos de camino hasta la cima.

- La veré mañana -dijo él.

Lucy no dijo nada. Tenía el presentimiento de que sería algo imprudente.

- La veré mañana -repitió.

Ella asintió, ya que parecía ser necesario, y no veía cómo podría evitarlo, sin embargo.

Y quería verlo. No debía quererlo, y sabía que no debía hacerlo, pero no podía evitarlo.

- Sospecho que nos marcharemos -dijo-. Quiero decir, regresaré con mi tío, y Richard... bueno, el tendrá asuntos que atender.

Pero sus explicaciones no cambiaron su expresión. Su cara aún estaba resuelta, sus ojos tan firmemente clavados en los suyos, que la hizo estremecer.

- La veré mañana -fue todo lo que dijo.

Ella asintió de nuevo, y luego se marchó, tan rápidamente como pudo sin irrumpir en una carrera. Giró en la esquina y finalmente vio su cuarto, solo a tres puertas abajo.

Pero se detuvo. Justo en la esquina, fuera de su vista.

Y golpeó tres veces.

Solo porque podía.



Capítulo 12

En el que nada se resuelve.

Cuando Gregory se sentó al día siguiente a desayunar, Kate ya estaba allí, seria y cansada.

- Lo siento mucho -fue lo primero que dijo cuando tomó asiento a su lado.

¿Qué pasaba con las disculpas? se preguntó. Estaban claramente desenfundadas en los últimos días.

- Sé que esperabas...

- Nada -la interrumpió, echando una mirada al plato de comida que ella había dejado del otro lado de la mesa. Dos sillas atrás.

- Pero...

- Kate -dijo, pero ni siquiera reconocía su propia voz. Sonaba más viejo, si era posible. Endurecido.

Ella se quedó callada, con los labios aún separados, como si sus palabras se hubieran congelado en su lengua.

Gregory no sabía lo que estaba haciendo mientras él se concentraba en su comida -quizás miraba alrededor del cuarto, estimando que alguno de los invitados podía escuchar su conversación. De vez en cuando la escuchaba removerse en su asiento, cambiando de posición inconscientemente, al anticiparse a decir algo.

Él siguió con su tocino.

Y luego -sabía que ella no podía mantener su boca cerrada por mucho tiempo.

- Pero tú estabas...

Se volvió. La miró duramente. Y dijo una palabra.

- No.

Por un momento su expresión estaba en blanco. Luego sus ojos se ensancharon, y una esquina de su boca se levantó. Solo un poco.

- ¿Cuántos años tenías cuando nos conocimos? -preguntó.

¿Qué diablos era eso?

- No lo se -dijo él con impaciencia, intentando recordar la boda de su hermano. Había habido muchísimas flores. Había estornudado durante semanas, o eso le parecía.

- Trece, quizás. ¿Doce?

Lo miró con curiosidad.

- Creo que debió ser difícil, ser mucho más joven que tus hermanos.

Él bajó su tenedor.

- Anthony, Benedict y Colin -todos nacieron consecutivamente. Como patos, siempre lo he pensado, pero no soy tan tonta como para decirlo. Y luego... hmmm. ¿Cuántos años hay entre tú y Colin?

- Diez.

- ¿Todo eso? -Kate parecía sorprendida, lo cual, él no estaba seguro de encontrar particularmente elogioso.

- Hay seis años completos de Colin a Anthony -continuó, presionando un dedo contra su barbilla como si estuviera indicando un pensamiento profundo-. Un poco más que eso, en

realidad. Pero supongo que comúnmente se agrupaban, ya que tenían a Benedict en el medio.

Esperó.

- Bueno, no importa -dijo ella bruscamente-. Cada cual encuentra su lugar en la vida, después de todo. Ahora entonces...

La miró fijamente asombrado. ¿Cómo podía cambiar de tema así? Antes de que pudiera tener alguna idea de lo que ella estaba hablando.

- ... supongo que debo informarte sobre los eventos que sucedieron en el resto de la noche. Después que te marchaste. - Kate suspiró -en realidad gruñó- agitó la cabeza-. Lady Watson estaba un poco molesta de que su hija no haya sido estrechamente supervisada, aunque en realidad, ¿de quien fue la culpa? Y luego se molestó porque la temporada de la Señorita Watson había terminado antes de que tuviera la oportunidad de gastar dinero en su nuevo guardarropa. Porque, después de todo, no es como si ahora fuera a hacer su debut.

Kate hizo una pausa, esperando que Gregory dijera algo. Él levantó las cejas e hizo el más diminuto de los encogimientos de hombros, solo lo suficiente para indicar que no tenía nada que agregar a la conversación.

Kate le dio un segundo más, y luego continuó con:

- Lady Watson cambió de parecer rápidamente cuando se le indicó que Fennsworth es un conde, aunque es muy joven.

Hizo una pausa, retorciendo sus labios.

- Él es muy joven, ¿no te parece?

- No es mucho más joven que yo -dijo Gregory, aunque había pensado que Fennsworth era un completo bebé la noche anterior.

Kate parecía estar pensando en eso.

- No -dijo lentamente-, hay una diferencia. Él no es... Bueno, no lo sé. En todo caso...

¿Por qué seguía cambiando de tema cuando empezaba a decir algo que realmente quería escuchar?

- ...los esponsales están arreglados -continuó, subiendo de velocidad en esa parte-, y creo que todas las partes involucradas están satisfechas.

Gregory supuso que él no contaba como una parte involucrada. Pero entonces de nuevo, sintió más irritación que otra cosa. No le gustaba ser derrotado. En nada.

Bueno, excepto en disparar. Había pasado mucho tiempo desde que se había rendido en eso.

¿Cómo es que nunca se le había ocurrido, ni siquiera una vez, que al final no podría conquistar a la Srta. Watson? Había aceptado que no iba a ser fácil, pero para él, era un asunto del destino. Predestinado.

Realmente había hecho progresos con ella. Había reído con él, por Dios. Reído. Seguramente eso tenía que haber significado algo.

- Ellos se marchan hoy -dijo Kate-. Todos. Separadamente, por supuesto. Lady y la Srta. Watson se marcharan para hacer los preparativos de la boda, y Lord Fennsworth va a llevar a su hermana a casa. Después de todo, esa fue la razón por la que vino.

Lucy. Tenía que ver a Lucy.

Había estado intentando no pensar en ella.

Con resultados contradictorios.

Pero ella estaba allí, todo el tiempo, flotando en el fondo de su mente, incluso mientras pensaba en la pérdida de la Srta. Watson.

Lucy. Era imposible pensar en ella como Lady Lucinda. Aun cuando no la hubiese besado, sería Lucy. Esa era ella. Le

encajaba perfectamente.

Pero la *había* besado. Y había sido fantástico.

Pero en su mayor parte, inesperado.

Todo lo que pasó lo sorprendió, incluso el mismo hecho de haberlo llevado a cabo. Era Lucy. No se suponía que debía besar a Lucy.

Pero ella había estado sosteniendo su brazo. Y sus ojos - ¿Qué había en sus ojos? Había levantado la mirada hacia él, buscando algo.

Buscándolo para algo.

No había querido hacerlo. Solo pasó. Se había sentido atraído, arrastrado inexorablemente hacia ella, y el espacio entre ellos se había puesto más y más pequeño...

Y entonces ella estaba allí. En sus brazos.

Había deseado hundirse en el suelo, perderse en ella y nunca soltarla.

Había deseado besarla hasta que ambos se apartaran por la pasión.

Había deseado...

Bueno. Había deseado muchas cosas, a decir verdad. Pero también había estado un poco borracho.

No mucho. Pero lo suficiente para dudar de la veracidad de su respuesta.

Y había estado enfadado. Desequilibrado.

No con Lucy, por supuesto, pero estaba muy seguro de que eso había debilitado su juicio.

Pero aún así, debía verla. Ella era una joven dama de buena cuna. Uno no besaba a una de *esas*, sin ninguna explicación. Y también debía disculparse, aunque realmente no se sentía como si quisiera hacerlo.

Pero era lo que debía hacer.

Levantó la mirada hacia Kate.

- ¿Cuándo se marcharán?

- ¿Lady y la Srta. Watson? Esta tarde, creo.

No, casi le grita, hablo de Lady Lucinda. Pero se contuvo y mantuvo su tono de voz indiferente cuando dijo en su lugar:

- ¿Y Fennsworth?

- Pronto, creo. Lady Lucinda ya bajó a desayunar. -Kate pensó por un momento-. Creo que Fennsworth dijo que deseaba llegar a casa para la cena. Pueden hacer su viaje en un día. No viven demasiado lejos.

- Cerca de Dover -murmuró Gregory ausentemente.

Kate frunció la frente.

- Creo que tienes razón.

Gregory le frunció el ceño a su comida. Había pensado en esperar allí a Lucy; ya que ella no podía perderse el desayuno. Pero si ya había comido, entonces el momento de su partida estaba muy cerca.

Y él necesitaba encontrarla.

Se levantó. Un poco abruptamente -se golpeó la rodilla contra el borde de la mesa, haciendo que Kate lo mirara con una expresión de sobresalto.

- ¿No vas a terminar de desayunar? -le preguntó.

Él negó con la cabeza.

- No tengo hambre.

Lo miró con evidente incredulidad. Después de todo, ella había sido miembro de la familia por más de diez años.

- ¿Cómo es eso posible?

Él ignoró su pregunta.

- Deseo que pases una linda mañana.

- ¿Gregory?

Se volvió. No quería hacerlo, pero había una ligera irritación en su voz, lo suficiente para saber que debía prestarle atención.

Los ojos de Kate se llenaron de compasión -y aprensión.

- No vas a buscar a la Srta. Watson, ¿verdad?

- No -dijo, y era casi cómico, porque esa era la última cosa en su mente.

* * * * *

Lucy miraba fijamente a sus baúles empacados, sintiéndose cansada. Triste. Confusa.

Y solo el cielo sabía que más.

Escurrida. Así era como se sentía. Había observado a las mucamas con las toallas de baño, como las retorcían y retorcían hasta escurrir la última gota de agua.

Entonces se había convertido en eso.

Ahora era una toalla de baño.

- ¿Lucy?

Era Hermione, entrando silenciosamente a su cuarto. Lucy ya había estado dormida cuando Hermione había regresado la noche anterior, y Hermione había estado dormida cuando Lucy había bajado a desayunar.

Cuando Lucy había regresado, Hermione ya se había ido. Y de muchas formas, Lucy había estado agradecida por eso.

- Estaba con mi madre -le explicó Hermione-. Partiremos esta tarde.

Lucy asintió con la cabeza. Lady Bridgerton se había encontrado con ella en el desayuno y le había informado todos los planes. Cuando había regresado a su alcoba, sus pertenencias estaban empacadas y listas para ser cargadas en el carruaje.

Entonces, eso era todo.

- Quería hablar contigo -dijo Hermione, posándose en el borde de la cama pero manteniéndose alejada a una distancia prudente de Lucy-. Quería explicarte.

La mirada de Lucy permanecía fija en los baúles.

- No hay nada que explicar. Estoy muy contenta de que te cases con Richard. -Logró sonreírle cansinamente-. Ahora serás mi hermana.

- No pareces muy feliz.

- Estoy cansada.

Hermione se quedó callada un rato, y entonces, cuando estaba claro que Lucy ya había hablado, dijo:

- Quería asegurarme de que supieras que no estaba ocultándote nada. Nunca haría eso. Espero que sepas que nunca haría algo así.

Lucy asintió, porque lo sabía, aunque se había sentido abandonada, y quizás incluso un poco traicionada la noche anterior.

Hermione tragó saliva, su mandíbula se apretó, y luego tomó aliento. Y Lucy supo en ese momento que había ensayado sus palabras durante horas, moviéndolas de un lado a otro en su mente, buscando la combinación correcta para decir lo que sentía.

Eso era exactamente lo que Lucy habría hecho, pero aún así, de algún modo eso le daba ganas de llorar.

Pero a pesar de toda la práctica de Hermione, cuando habló, aún estaba cambiando de parecer, escogiendo nuevas

palabras y frases.

- En realidad lo amaba. No. No -dijo, hablando más para ella misma que para Lucy-. Lo que quiero decir es, realmente *pensé* que amaba al Sr. Edmonds. Pero creo que no lo hacía. Porque primero fue el Sr. Bridgerton, y después... Richard.

Lucy levantó la mirada repentinamente.

- ¿Qué quieres decir, con que primero fue el Sr. Bridgerton?

- Yo... no estoy segura, en realidad -contestó Hermione, agitada por la pregunta-. Cuando compartí el desayuno con él fue como si me hubiera despertado de un sueño largo y extraño. ¿Recuerdas, lo que te dije sobre eso? Oh, no escuché música o algo así, y ni siquiera me sentí... Bueno, no sé como explicártelo, pero aunque no estaba de ninguna manera *emocionada* -como lo estuve con el Sr. Edmonds- Yo... me pregunté. Por él. Y si quizás, podría sentir algo. Si lo intentara. No veía como *podía* estar enamorada del Sr. Edmonds si el Sr. Bridgerton me hacía preguntarme ese tipo de cosas.

Lucy asintió con la cabeza. El Sr. Bridgerton la había hecho preguntarse, también. Pero no sobre si ella podía. Eso lo sabía. Solo quería saber como *obligarse* a no hacerlo.

Pero Hermione no notaba su angustia. O quizás Lucy la escondía bien. De cualquier manera, Hermione simplemente continuó con su explicación:

- Y entonces... -dijo-, con Richard... no estoy segura como pasó, pero estábamos caminando, y hablando, y todo se sentía tan agradable. Pero mucho más agradable -agregó apresuradamente-. Agradable suena aburrido, no era eso. Me sentí... bien. Como si hubiera llegado a casa.

Hermione sonrió, casi desvalidamente, como si no pudiera creer en su buena fortuna. Y Lucy estaba feliz por ella. De verdad, lo estaba. Pero se preguntó como era posible sentirse tan feliz y tan triste al mismo tiempo. Porque ella nunca iba a

sentirse de esa manera. Y aun cuando no había creído en ello antes, lo hacía ahora. Y eso lo empeoraba todo.

- Siento mucho no haber parecido feliz por ti anoche -dijo Lucy suavemente-. Lo estoy. Muchísimo. Fue la conmoción, eso es todo. Tantos cambios al mismo tiempo.

- Pero fueron *buenos* cambios, Lucy -dijo Hermione, sus ojos brillaban-. Buenos cambios.

Lucy deseó poder compartir su confianza. Quería abrazar el optimismo de Hermione, pero en su lugar se sentía agobiada. Pero no podía decirle eso a su amiga. No ahora, cuando estaba brillando de felicidad.

Así que Lucy sonrió y dijo:

- Tendrás una buena vida con Richard. -Y lo deseaba, también.

Hermione le agarró la mano con las suyas, apretándola fuertemente con toda la amistad y la emoción que había dentro de ella.

- Oh, Lucy, lo sé. Lo conozco de hace tiempo, y él es *tu* hermano, y siempre me ha hecho sentir segura. Cómoda, en realidad. No tengo que preocuparme sobre lo que piensa de mí. Tú seguramente le has dicho todo, lo bueno y lo malo, él todavía cree que soy bastante buena.

- Él no sabe que tú no sabes bailar -admitió Lucy.

- ¿No lo sabe? -Hermione se encogió de hombros-. Se lo diré, entonces. Quizás pueda enseñarme. ¿Tiene algún talento para eso?

Lucy negó con la cabeza.

- ¿Ves? -dijo Hermione, su sonrisa era nostálgica, esperanzadora y jubilosa, de repente-. Somos una pareja perfecta. Eso lo ha aclarado todo. Es tan fácil hablar con él, y anoche... yo estaba riendo, y él estaba riendo, y eso se sentía tan... *maravilloso*. En realidad no puedo explicártelo.

Pero no tenía que explicárselo. Lucy estaba aterrada de que sabía exactamente lo que Hermione quería decir.

- Y después estábamos en el naranjero, y todo era tan hermoso con la luz de la luna brillando a través del cristal. De repente todo era colorido y borroso... y entonces lo miré. -Los ojos de Hermione se pusieron empañados y desenfocados, Lucy sabía que estaba perdida en el recuerdo.

Perdida y feliz.

- Lo miré -dijo Hermione de nuevo-. Y él estaba mirándome. No podía apartar la mirada. Simplemente no podía. Y entonces nos besamos. Eso fue... ni siquiera puedo pensar en eso. Solo pasó. Fue la cosa más natural y maravillosa del mundo.

Lucy asintió tristemente.

- Comprendí que no lo había entendido antes. Con el Sr. Edmonds -oh, pensé que estaba tan profundamente enamorada de él, pero no sabía lo que era el amor. Él era tan guapo, y me hacía sentir tímida y entusiasmada, pero nunca deseé besarlo. Nunca lo considere y sucedió, no porque lo quisiera, sino porque... porque...

¿Porque qué? Lucy quería gritar. Pero aún cuando había tenido el impulso, le faltaba energía.

- Porque era a donde yo pertenecía -terminó Hermione suavemente, y parecía asombrada, como si no lo hubiese comprendido antes, sino en ese preciso momento.

Lucy empezó a sentirse muy rara de repente. Sentía los músculos temblorosos, y tenía el más demente deseo de envolver sus manos en puños. *¿Qué había querido decir con eso? ¿Por qué le estaba diciendo eso?* Todos habían pasado mucho tiempo diciéndole que el amor era algo mágico, algo salvaje e incontrolable que llegaba como una tormenta.

¿Y ahora era algo más? ¿Era solo comodidad? ¿Algo pacífico? ¿Algo que realmente parecía agradable?

- ¿Qué sucedió con lo de escuchar música? -se escuchó así misma exigirle-. ¿Eso de ver la nuca, y *saberlo*?

Hermione le ofreció un desvalido encogimiento de hombros.

- No lo sé. Pero no confiaría en eso, si fuera tú.

Lucy cerró los ojos en agonía. No necesitaba que se lo advirtiera. Nunca había confiado en esa clase de sentimiento. No era de la clase que memorizaba sonetos de amor, y nunca lo sería. Pero del otro modo -el que tenía que ver con la sonrisa, la comodidad, el sentimiento agradable- en ese confiaría en un instante.

Y Dios del cielo, eso era lo que había sentido con el Sr. Bridgerton.

Todo eso y la música, también.

Lucy sentía como la sangre abandonaba su rostro. Había escuchado música cuando lo besó. Había sido una verdadera sinfonía, con elevados crescendos, sonora percusión e incluso eso que pulsaba en un pequeño latido que uno nunca notaba hasta que se arrastraba y tomaba el ritmo del corazón de uno.

Lucy había flotado. Había temblado. Sintió todas esas cosas que Hermione había dicho, había sentido con el Sr. Edmonds -y también todo lo que le había dicho que sentía con Richard.

Todo con una persona.

Estaba enamorada de él. *Estaba enamorada de Gregory Bridgerton*. La comprensión no podía ser más clara...o más cruel.

- ¿Lucy? -preguntó Hermione con vacilación. Y entonces de nuevo-: ¿Lucy?

- ¿Cuándo es la boda? -preguntó Lucy abruptamente. Porque cambiar de tema era lo único que podía hacer. Se volvió, miró directamente a Hermione y le sostuvo la mirada

por primera vez en la conversación-. ¿Has comenzado a hacer planes? ¿Será en Fenchley?

Detalles. Los detalles eran su salvación. Siempre lo habían sido.

La expresión de Hermione lucía confusa, luego preocupada, y después dijo:

- Yo... no, creo que va a ser en la Abadía. Es mucho más grande. Y... ¿estás segura que estás bien?

- Muy bien -dijo Lucy bruscamente, y sonaba como ella misma, así que quizás eso podría significar que se sentía también de esa forma-. Pero no mencionaste cuando.

- Oh. Pronto. Me dijeron que anoche había personas cerca al naranjero. No estoy segura de lo que escuché -o repetí- pero los susurros han empezado, por eso tenemos que organizarlo todo lo más rápido posible. -Hermione le brindó una dulce sonrisa-. Eso no me importa. Y creo que a Richard tampoco.

Lucy se preguntó cual de las dos llegaría primero al altar. Esperaba que fuera Hermione.

Se escuchó un golpe en la puerta. Era una criada, seguida por dos lacayos, que venían a llevarse los baúles de Lucy.

- Richard desea partir temprano -le explicó Lucy, aunque no había visto a su hermano desde los eventos sucedidos la noche anterior. Hermione seguramente conocía sus planes mejor que ella.

- Piénsalo, Lucy -dijo Hermione, mientras andaba hacia la puerta-. Ambas seremos condesas. Yo de Fennsworth y tú de Davenport. Las dos, seremos toda una sensación.

Lucy sabía que estaba intentando animarla, por eso usó cada onza de su energía para obligarse a sonreír al alcanzar sus ojos, cuando dijo:

- Será muy divertido, ¿no te parece?

Hermione le tomó la mano y se la apretó.

- Oh, lo será, Lucy. Ya lo verás. Estamos al alba de un nuevo día, y será luminoso, en efecto.

Lucy le dio un abrazo a su amiga. Esa era la única forma que pensó, podría ayudarla a esconder la cara de su vista.

Porque no había manera de poder fingir su risa esa vez.

* * * * *

Gregory la encontró justo a tiempo. Ella estaba frente al camino, sorprendentemente sola, alejada del manojito de sirvientes que corrían por todos lados. Podía verle su perfil, la barbilla ligeramente ladeada mientras miraba como sus baúles eran cargados en el carruaje. Lucía... serena. Cuidadosamente firme.

- Lady Lucinda -la llamó.

Ella permaneció muy quieta antes de volverse. Y cuando lo hizo, sus ojos lucían dolidos.

- Me alegro de haberla alcanzado -dijo él, aunque ya no estaba tan seguro de eso. Ella no parecía feliz de verlo. No lo había esperado.

- Sr. Bridgerton -dijo. Sus labios se arrugaron en las esquinas, como si pensara que estaba sonriendo.

Había cientos de cosas diferentes que él podría haberle dicho, pero por supuesto, escogió la menos importante y la más obvia.

- Veo que se marcha.

- Sí -dijo ella, después de la más vacía de las pausas-. Richard desea partir temprano.

Gregory echó un vistazo alrededor.

- ¿Está aquí?

- No aún. Imagino que está despidiéndose de Hermione.

- Ah. Sí. -Se aclaró la garganta-. Por supuesto.

La miró, y ella lo miró, y ambos se quedaron callados.

Incómodos.

- Quería decirle que lo siento -dijo él.

Ella... no sonrió. No estaba seguro de lo que era su expresión, pero no era una sonrisa.

- Por supuesto -dijo.

¿Por supuesto? ¿*Por supuesto?*

- La acepto. -Lo miró ligeramente sobre su hombro-. Por favor, no piense en eso otra vez.

Eso era lo que ella debía decirle, pero aún así, molestaba a Gregory. La había besado, y había sido estupendo, y si deseaba recordarlo, nadie se lo impediría.

- ¿La veré en Londres? -preguntó.

Levantó la mirada hacia él, y sus ojos se encontraron finalmente con los suyos. Estaba buscando algo. Estaba buscando algo en su interior, que él no creyó que encontraría.

Lo miraba demasiado sombría, demasiado cansada.

Demasiado diferente a *ella*.

- Espero que sí -contestó-. Pero no será lo mismo. Usted sabe, que estoy comprometida.

- *Prácticamente* comprometida -le recordó él, sonriendo.

- No. -Agitó la cabeza, lenta y resignadamente-. Ahora lo estoy de verdad. Por eso Richard vino a llevarme a casa. Mi tío ha finalizado los acuerdos. Creo que las amonestaciones se leerán pronto. Está concretado.

Sus labios se separaron con sorpresa.

- Ya veo -dijo él, y su mente corrió. Y corrió y corrió, y no llegó absolutamente a ninguna parte-. Le deseo lo mejor -dijo, porque ¿qué más podía decir?

Ella asintió, inclinando la cabeza hacia el extenso césped verde que estaba delante de la casa.

- Creo que daré una vuelta alrededor del jardín. Me espera un largo viaje.

- Claro -dijo él, ofreciéndole una breve cortesía. Ella no deseaba su compañía. Eso no podía ser más claro, aunque lo hubiera dicho con palabras.

- Ha sido estupendo conocerlo -dijo ella. Sus ojos se clavaron en los suyos, y por primera vez en la conversación, él la *vio*, vio directamente todo su interior, cansado y herido.

Y se dio cuenta de que le estaba diciendo adiós.

- Lo siento... -se detuvo, mirando a un lado. A un muro de piedra-. Siento que nada haya salido como usted lo había esperado.

Yo no, pensó, y comprendió que era verdad. Tuvo una imagen súbita de su vida casado con Hermione Watson, y estaba...

Aburrido.

Buen Dios, ¿Cómo no lo había comprendido hasta ahora? Él y la Srta. Watson no estaban hechos el uno para el otro, y de verdad, se había escapado por muy poco.

No era muy probable que confiara en su juicio la próxima vez en los asuntos del corazón, pero eso era mucho más preferible que un matrimonio aburrido. Supuso que tenía que agradecerle a Lady Lucinda por eso, aunque no estaba seguro del por qué. Ello no había estado en contra de su matrimonio con la Srta. Watson; de hecho, lo había animado en todo momento.

Pero de algún modo era responsable de hacerlo recapacitar. Si había algo que debía ser reconocido esa mañana, era eso.

Lucy hizo señas nuevamente hacia el césped.

- Daré ese paseo -dijo.

Él asintió como saludo, y la miró mientras se alejaba. Su cabello estaba aplanado pulcramente en un moño, los mechones rubios atrapaban la luz del sol, como la miel y la mantequilla.

Realmente esperó un rato, no porque esperara que se diera la vuelta, o incluso porque esperara que ella lo hiciera.

Era por si acaso.

Porque ella podría hacerlo. Podría darse la vuelta, y podría tener que decirle algo, y entonces él le contestaría, y ella podría...

Pero no lo hizo. Siguió caminando. No se dio la vuelta, no miró hacia atrás, y él se pasó sus últimos minutos mirando su nuca. Y todo lo que pensó fue...

Algo no está bien.

Pero por su vida, que no sabía qué.



Capítulo 13

En el que nuestra heroína le da una breve mirada a su futuro.

Un mes después

La comida era exquisita, los utensilios de la mesa eran magníficos, el ambiente, más allá de lo opulento.

Sin embargo, Lucy, era miserable.

Lord Haselby y su padre, el conde de Davenport, habían venido a cenar a Fennsworth House, en Londres. Había sido una idea de Lucy, un hecho que ahora encontraba dolorosamente irónico. Solo faltaba para su boda una semana, y aún hasta esta noche, no había visto a su futuro esposo. No desde que la boda había pasado de probable a inminente, sin embargo.

Ella y su tío habían llegado a Londres una quincena antes, y después de que habían pasado once días sin haber visto ni una señal de su prometido, se había acercado a su tío y le había preguntado si podían arreglar algún tipo de reunión. Él había parecido más bien irritado, aunque no, Lucy estaba muy segura, porque pensara que su requerimiento era tonto. No, su mera presencia era todo lo que necesitaba para provocarle tal expresión. Se había parado en frente de él, y lo había obligado a levantar la mirada.

Al tío Robert no le gustaba ser interrumpido.

Pero aparentemente entendió la sabiduría en permitir que una pareja prometida compartiera unas palabras antes de encontrarse en una iglesia, ya que había dicho lacónicamente que se encargaría de hacer los arreglos.

Manteniendo a flote su pequeña victoria, Lucy le había preguntado si podía asistir a uno de los muchos eventos sociales que se estaban llevando a cabo prácticamente al frente de su casa. La temporada social de Londres había empezado, y todas las noches Lucy se quedaba de pie frente a la ventana, mirando como rodaban los carruajes elegantes. Una vez, se había celebrado una fiesta en St. James Square, justo en frente de Fennsworth House. La fila de carruajes había serpenteado alrededor de la calle, y Lucy había apagado las velas en su cuarto para que su silueta no se proyectara en la ventana, mientras observaba los eventos. Varios de los invitados se habían impacientado con la espera, y dado que el clima era tan agradable, se habían desembarcado al lado de su calle y habían caminado el resto del camino.

Lucy se había dicho que solamente quería ver los vestidos, pero en su corazón sabía la verdad.

Estaba buscando al Sr. Bridgerton.

No sabía lo que podría hacer si realmente lo *viera*. Apartarse de su vista, suponía. Él tenía que saber que esta era su casa, y seguramente tendría curiosidad de mirar la fachada, incluso si su presencia en Londres no era un hecho muy conocido.

Pero él no asistió a esa fiesta, y si lo hizo, su carruaje lo había depositado justo en frente del umbral.

O quizás él no estaba en Londres. Lucy no tenía ninguna forma de saberlo. Estaba atrapada en la casa con su tío y su envejecida y ligeramente sorda tía Harret, que había sido traída por cuestiones de conveniencia social. Lucy salía de la casa para viajar a donde la costurera y para pasear en el

parque, pero a excepción de eso, estaba completamente sola, con un tío que no le hablaba y una tía que no podía escucharla.

Así que generalmente no tenía a nadie con quien hablar. Sobre Gregory Bridgerton o cualquier otro asunto.

Incluso en la extraña ocasión en la que veía a alguien que conocía, no podía *preguntarle* por él de buenas a primeras. Las personas pensarían que estaba interesada, lo cual, por supuesto era cierto, pero nadie, absolutamente nadie, debía saberlo.

Iba a casarse con otra persona. En una semana. Y aun cuando no fuera así, Gregory Bridgerton no le había mostrado ninguna señal de que podría estar interesado en ocupar el lugar de Haselby.

La había besado, era verdad, y había parecido preocupado por su bienestar, pero si era de los que creían que un beso exigía una propuesta de matrimonio, no le había hecho ninguna indicación. No había sabido que su compromiso con Haselby había sido arreglado -no cuando la había besado, y tampoco a la mañana siguiente cuando habían estado torpemente de pie en el camino. Solo había creído que estaba besando a una muchacha quien estaba completamente sin compromiso. Uno simplemente no *hacía* tal cosa, a menos que estuviera listo y deseoso de caminar hacia el altar.

Pero no Gregory. Cuando ella finalmente se lo *había* contado, no había parecido herido. Ni siquiera ligeramente perturbado. No había habido ninguna suplica para reconsiderar, o para intentar encontrar una forma para salir de eso. Todo lo que vio en su cara -y ella lo había mirado, oh, como lo había *mirado*- fue... nada.

Su cara, sus ojos -se habían visto casi vacíos. Quizás un toque de sorpresa, pero no sufrimiento ni alivio. Nada que le indicara que su compromiso significaba algo para él, de una u otra manera.

Oh, ella no creía que fuera un sirvenguenza, y estaba bastante segura que se hubiera casado con ella, si hubiera sido

necesario. Pero nadie los había visto, y de ese modo, para el resto del mundo, eso nunca había pasado.

No había consecuencias. Para ninguno de los dos.

¿Pero no hubiera sido agradable si él hubiera parecido un poco disgustado? La había besado y la tierra había *temblado* - seguramente él también lo sintió. ¿No debería él haber querido más? ¿No debería, haberla querido, sino era para casarse, entonces por lo menos para la posibilidad de seguir haciendo eso?

Pero en su lugar le había dicho, «le deseo lo mejor», y eso había sonado tan definitivo. Cuando había estado allí, mirando como sus baúles eran cargados en el carruaje, había *sentido* como su corazón se rompía. Lo había sentido, en su pecho. Eso había *dolido*. Y cuando se alejó, todo fue mucho peor, ya que sentía como si su pecho se apretara y exprimiera hasta que pensó que quedaría sin aliento. Había empezado a moverse más rápidamente -tan rápido como podía, mientras seguía caminando normalmente, y entonces finalmente dio vuelta en una esquina y se derrumbó en un banco, dejando que su cara cayera desvalidamente entre sus manos.

Y rezó para que nadie la viera.

Había querido mirar hacia atrás. Había querido robarle una última mirada y memorizar su postura -esa manera singular de apoyarse cuando estaba de pie, con las manos en la espalda, las piernas ligeramente apartadas. Lucy sabía que cientos de hombres asumían la misma postura, pero en él, era diferente. Él podía estar mirando en otra dirección, a metros y metros de distancia, y ella podría identificarlo.

También caminaba diferente, un poco desenvuelto y tolerante, como si una pequeña parte de su corazón todavía tuviera siete años. Se notaba en sus hombros, quizás en las caderas -era la clase de cosas que casi nadie podría notar, pero Lucy siempre le había prestado atención a los detalles.

Pero no había mirado atrás. Eso hubiera sido peor. Él probablemente no estaba mirándola, pero si lo estaba... y la veía dándose la vuelta...

Eso podría haber sido devastador. No estaba segura del por qué, pero lo hubiera sido. No quería que él la mirara a la cara. Había logrado permanecer serena en toda su conversación, pero una vez se había dado la vuelta, había sentido el cambio. Sus labios se habían apartado, y había tomado una enorme inspiración, como si se todo el aire se hubiese salido de sus pulmones.

Fue horrible. No quería que la viera así.

Además, él no estaba interesado. Había hecho de todo menos caerse de bruce, para disculparse por el beso. Sabía lo que tenía que hacer; la sociedad lo dictaba (sino era eso, entonces era un rápido viaje hacia el altar). Pero eso dolía al mismo tiempo. Quería pensar que él había sentido una diminuta fracción de lo que ella había sentido. Y no es que algo pudiera salir de eso, pero la habría hecho sentir mejor.

O quizás peor.

Y al final, eso no importaba. No importaba lo que su corazón supiera o no supiera, porque no podía hacer nada con eso. ¿Qué gracia tenían los sentimientos si uno no podía usarlos en un fin tangible? Tenía que ser práctica. Eso es lo que ella era. Era su única constante en un mundo que giraba demasiado rápidamente para su consuelo.

Pero aún -aquí en Londres- quería verlo. Era tonto y estúpido, seguramente era algo desaconsejable, pero lo quería de todos modos. Ni siquiera tenía que hablar con él. De hecho, probablemente no podría hablar con él. Pero un vistazo...

Un vistazo no le haría daño a nadie.

Pero cuando le había preguntado al tío Robert si podía asistir a una fiesta, se había negado, declarando que no tenía sentido perder tiempo o dinero en la temporada, cuando ya

estaba en posesión del resultado deseado -una propuesta de matrimonio.

Además, le había informado, Lord Davenport deseaba que Lucy fuera presentada en sociedad como Lady Haselby, no como Lady Lucinda Abernathy. Lucy no estaba segura del por qué eso era importante, especialmente varios miembros de la sociedad ya la conocían como Lady Lucinda Abernathy, tanto los de la escuela y el «pulimento», que ella y Hermione habían sufrido esa primavera. Pero el tío Robert le había indicado (en su inimitable manera, en otras palabras, el decir algo sin palabras) que la entrevista había terminado, y estuvo listo para volver su atención a los papeles que estaban en su escritorio.

Por un breve instante, Lucy se quedó en el lugar. Tal vez si decía su nombre, él podría levantar la mirada. O quizás no. Pero si lo hacía, su paciencia podría estar a punto de acabar, y se sentiría disgustada, y no recibiría ninguna respuesta a sus preguntas, de todos modos.

Así que solo asintió y salió del cuarto. Aunque solo el cielo sabía por qué, se había molestado en asentir. El tío Robert nunca la miraba, una vez que la despedía.

Y ahora aquí estaba, en la cena que había pedido, y deseando -fervientemente- que nunca hubiera abierto su boca. Haselby estaba bien, incluso era absolutamente agradable. Pero su padre...

Lucy rezó para que no tuviera que vivir en la residencia de Davenport. Por favor, *por favor* que Haselby tenga su propia casa.

En Gales. O quizás en Francia.

Lord Davenport había, después de quejarse del tiempo, de la Cámara de los Comunes, y la ópera (los cuales encontraba, respectivamente, lluvioso, lleno de idiotas mal educados, y *¡por Dios ni siquiera está en inglés!*) entonces volvió su ojo crítico hacia ella.

Le tomó a Lucy toda su fortaleza, no dar marcha atrás cuando descendió sobre ella. La miró como si fuera un pez con sobrepeso, con los ojos bulbosos y los labios gruesos, carnosos. Verdaderamente, Lucy no se había sorprendido de que él se hubiera arrancado la camisa para revelar sus agallas y escamas.

Y entonces... *eeeeuhh*... se estremecía de solo recordarlo. Se detuvo cerca de ella, tan ceca que su caliente y rancia respiración resoplaba alrededor de su cara.

Estaba de pie rígidamente, con la postura perfecta que había practicado desde su nacimiento.

Él le dijo que le mostrara los dientes.

Eso había sido humillante.

Lord Davenport la había inspeccionado como si fuera una yegua de cría, ¡incluso sobrepasándose al colocar sus manos en sus caderas para medirlas para el parto potencial! Lucy había quedado sin resuello y había mirado frenéticamente a su tío para que la ayudara, pero él tenía la cara endurecida y estaba mirando fijamente a otro lugar que no era su cara.

Y ahora que se habían sentado a comer...!Dios del cielo! Lord Davenport la estaba *interrogando*. Le había hecho cada pregunta concebible sobre su salud, de las áreas cubiertas que estaba segura no era conveniente para la compañía mixta, y entonces, solo cuando pensó que lo peor había terminado...

- ¿Se sabe las tablas?

Lucy parpadeó.

- ¿Discúlpeme?

- Sus tablas -le dijo él con impaciencia-. Seis, siete.

Por un momento, Lucy no podía hablar. ¿Quería que le mostrara sus aptitudes *matemáticas*?

- ¿Y bien? -exigió él.

- Claro -tartamudeó ella. Miró nuevamente a su tío, pero aún seguía con su expresión de determinado desinterés.

- Enséñeme. -La boca de Davenport se estableció en una firme línea, en sus mejillas flácidas-. Será la del siete.

- Yo... ah... -Absolutamente desesperada, incluso intentó atrapar la mirada de la Tía Harriet, pero ella estaba completamente ignorante de los hechos y de hecho, no había proferido una palabra desde que había empezado la noche.

- Padre -lo interrumpió Haselby-, seguramente tú...

- Todo se trata de la cría -dijo Lord Davenport lacónicamente-. El futuro de la familia yace en su útero. Tenemos derecho a saber que estamos consiguiendo.

Lucy abrió la boca conmocionada. Luego comprendió que había movido una mano a su abdomen. Apresuradamente la dejó caer. Sus ojos fluctuaron de un lado al otro entre el padre y el hijo, sin estar segura de lo que se suponía debía decir.

- Lo último que necesitas, es una mujer que piense demasiado -estaba diciendo Lord Davenport-. Pero ella debe poder hacer algo tan básico como la multiplicación. Buen Dios, hijo, piensa en las ramificaciones.

Lucy miró a Haselby. Él apartó la mirada. Apologéticamente.

Tragó saliva y cerró los ojos por un momento para tomar fuerzas. Cuando los abrió, Lord Davenport estaba mirándola directamente, y sus labios estaban separados, comprendió que iba a hablar de nuevo, lo cual evidentemente no podría soportar, y...

- Siete, catorce, veintiuno -dijo bruscamente, interrumpiéndolo con su mejor esfuerzo-. Veintiocho, treinta y cinco, cuarenta y dos...

Se preguntó que haría él si no lo lograba. ¿Cancelaría el matrimonio?

- ...cuarenta y nueve, cincuenta y seis...

Era tentador. Tan tentador.

- ...sesenta y tres, setenta y siete...

Miró a su tío. Él estaba comiendo. Ni siquiera estaba mirándola.

- ...ochenta y dos, ochenta y nueve...

- Eh, es suficiente -anunció Lord Davenport, deteniéndola cuando llegó al ochenta y dos.

El sentimiento de euforia rápidamente se esfumó de su pecho. Se había rebelado -posiblemente por primera vez en toda su vida- y nadie lo había notado. Había esperado demasiado tiempo.

Se preguntó que otras cosas podría haber hecho.

- Bien hecho -dijo Haselby, con una sonrisa alentadora.

Lucy logró sonreírle en respuesta. Él realmente no estaba mal. De hecho, si no fuera por Gregory, hubiera pensado que era una excelente elección. El cabello de Haselby era quizás un poco escaso, y realmente era un poco delgado, pero de resto no tenía nada de que quejarse. Especialmente de su personalidad -seguramente era el aspecto más importante de todo hombre- que era perfectamente agradable. Habían tenido una corta conversación antes de la cena mientras su padre y su tío discutían sobre política, se había comportado de una forma encantadora. Incluso le había contado un chiste seco e indirecto sobre su padre, acompañado de una puesta de ojos en blancos, que hizo que Lucy se riera entre dientes.

De verdad, no debía quejarse.

Y no lo hizo. No podía. Es solo que deseaba algo más.

- ¿Puedo confiar en que su comportamiento en el establecimiento de la Srta. Moss fue aceptable? -le preguntó Lord Davenport, sus ojos se entrecerraron lo suficiente para que su pregunta no fuera precisamente amistosa.

- Sí, por supuesto -contestó Lucy, pestañeando sorprendida. Había pensado que la conversación, ya no giraba en torno a ella.

- Es una excelente institución -dijo Davenport, mientras masticaba un pedazo de cordero asado-. Saben lo que una muchacha debe saber y no debe saber. La hija de Winslow asistió allí. La de Fordham, también.

- Sí -murmuró Lucy, ya que su respuesta parecía ser esperada-. Ambas son muchachas muy dulces -mintió. Sybilla Winslow era una desagradable pequeña tirana, que se divertía pellizcándoles los antebrazos a las estudiantes más jóvenes.

Pero por primera vez en la noche, Lord Davenport aparentaba estar satisfecho con ella.

- ¿Entonces, las conoce bien? -preguntó él.

- Er, un poco -contestó Lucy evasivamente-. Lady Joanna era un poco mayor, pero no era una escuela grande. Uno realmente no puede *no* conocer a las demás estudiantes.

- Bien. -Lord Davenport asintió con aprobación, sus mejillas temblaron con el movimiento.

Lucy intentó no mirar.

- Esas son las personas que usted necesita conocer -siguió-. Conexiones que debe cultivar.

Lucy asintió respetuosamente, mientras pensaba todo el tiempo, en todos los lugares en los que preferiría estar. Paris, Venecia, Grecia, aunque ¿no estaban todos ellos en guerra? No importaba. Aún así preferiría estar en Grecia.

- ... la responsabilidad con el nombre... ciertos estándares de conducta...

¿Estaría haciendo mucho calor en Oriente? Siempre había admirado los jarrones chinos.

- ... no toleraré ninguna desviación de...

¿Cuál era el nombre de esa horrible zona de la ciudad? ¿St. Giles? Sí, también preferiría estar allí.

- ... obligaciones. ¡Obligaciones!

Esto último fue acompañado por un puño en la mesa, que hizo que la platería se sacudiera y que Lucy se removiera en su asiento. Incluso la tía Harriet levantó la mirada de su comida.

Lucy volvió rápidamente su atención, y cuando se dio cuenta que todos los ojos estaban sobre ella, dijo:

- ¿Sí?

Lord Davenport continuó, casi amenazadoramente.

- Algún día usted será Lady Davenport. Tendrá obligaciones. Muchas obligaciones.

Lucy logró estirar sus labios, solo lo suficiente para que pareciera una respuesta. Dios Santo, ¿Cuándo iba a terminar esta noche?

Lord Davenport continuó, y aunque la mesa era enorme y estaba llena de comida, Lucy retrocedió instintivamente.

- No puede tomar sus responsabilidades a la ligera - continuó, subiendo el volumen de su voz atterradoramente. ¿Me entiendes, muchacha?

Lucy se preguntó lo que pasaría si se ponía las manos en la cabeza y gritara.

¡Dios que estás en los cielos, acaba con esta tortura!!!

Sí, pensó, casi analíticamente, que eso podría enfurecerlo. Quizás la juzgaría como una enferma mental y...

- Claro, Lord Davenport -se escuchó decir.

Era una cobarde. Una miserable cobarde.

Y entonces, como si fuera alguna clase de juguete de cuerda, que alguien hubiera apagado, Lord Davenport se reclinó en su silla, perfectamente sereno.

- Me alegro de escuchárselo decir -dijo limpiándose las esquinas de su boca con la servilleta-. Estoy tranquilo al darme cuenta que aún enseñan deferencia y respeto en la escuela de la Srta. Moss. No estoy arrepentido de mi elección de enviarte allí.

El tenedor de Lucy se detuvo a medio camino de su boca.

- No sabía que usted había hecho los arreglos.

- Tenía que hacer algo -gruñó él, mirándola como si fuera una tonta-. Usted no tenía una madre que se asegurara de adiestrarla apropiadamente para su rol en la vida. Hay cosas que tendrá que aprender para ser una condesa. Habilidades que debe poseer.

- Claro -dijo ella deferentemente, después de haber decidido que una muestra de absoluta mansedumbre y obediencia, sería la forma más rápida de acabar con esa tortura-. Er, y gracias.

- ¿De qué? -preguntó Haselby.

Lucy se volvió hacia su novio. Parecía genuinamente curioso.

- Por qué, por haberme enviado a la escuela de la Srta. Moss -explicó, dirigiendo cuidadosamente su respuesta hacia Haselby. Quizás si no *miraba* a Lord Davenport, este olvidaría que estaba allí.

- ¿Lo disfrutó, entonces? -le preguntó Haselby.

- Sí, mucho -contestó ella, algo sorprendida de lo bien que se sentía, al habersele hecho una pregunta cortes-. Fue maravilloso. Fui extremadamente feliz allí.

Haselby abrió la boca para contestar, pero para el horror de Lucy, la voz que surgió fue la de su padre.

- ¡Esto no se trata de lo que lo hace a uno feliz! -fue el rugido violento de Lord Davenport.

Lucy no podía apartar los ojos de la boca aún abierta de Haselby. *En realidad*, pensó, en un extraño momento de absoluta calma, *eso había sido casi aterrador*.

Haselby cerró la boca y se volvió a su padre con una sonrisa firme.

- ¿De que se trata entonces? -inquirió, y Lucy no pudo evitar sentirse impresionada por la absoluta falta de disgusto en su voz.

- Se trata sobre lo que uno aprende -contestó su padre, dejando que uno de sus puños cayera sobre la mesa de la manera más impropia-. Y de lo que lo beneficia a uno.

- Bueno, dominé las tablas de multiplicar -apuntó Lucy ligeramente, y no es que alguien estuviera escuchándola.

- Ella será una condesa -ladró Davenport-. ¡Una condesa!

Haselby observó a su padre serenamente.

- Ella solo será condesa cuando usted muera -murmuró.

La boca de Lucy cayó abierta.

- Muy cierto -continuó Haselby, haciendo estallar una minúscula mordida de pescado en su boca casualmente-: Eso no te importará mucho, ¿verdad?

Lucy se volvió hacia Lord Davenport, con los ojos abiertos de par en par.

La piel del conde estaba sonrojada. Era un horrible color -furioso, oscuro, y profundo, empeorado con el hecho de que su vena estaba saltando claramente en su sien. Él estaba mirando a Haselby, con los ojos entrecerrados de furia. No había malicia allí, ningún deseo de hacer mal o daño, pero aunque no tenía ningún sentido, Lucy habría jurado en ese momento que Davenport odiaba a su hijo.

Y Haselby solo dijo:

- Que buen clima estamos teniendo. -Y sonrió.

¡Sonrió!

Lucy lo miró boquiabierta. Estaba lloviendo y así lo mismo durante días. Pero para no salirse del tema, ¿acaso él no comprendía que su a su padre estaba a punto de darle un ataque por su comentario descarado? Lord Davenport parecía listo para explotar, y Lucy estaba muy segura de que podía escuchar como sus dientes rechinaban del otro lado de la mesa.

Y entonces, como el cuarto prácticamente pulsaba con la ira, el Tío Robert caminó en la brecha.

- Estoy contento de que hayamos decidido celebrar la boda aquí en Londres -dijo, su voz incluso era suave y matizada con la finalidad, como si dijera- *Hemos terminado con eso, entonces*-. Como sabe -continuó, mientras todos los demás recobraban su compostura-, Fennsworth se casó en la Abadía hace dos semanas, y mientras con ello hizo honor a la memoria de la historia ancestral -creo que los últimos siete condes celebraron sus bodas en esa residencia- en realidad, casi nadie pudo asistir.

Lucy sospechaba que se había hecho de ese modo, por la naturaleza apresurada del evento, más que por su ubicación, pero no parecía tener mucho tiempo para pensar en ese asunto. Le había encantado la boda por su pequeñez. Richard y Hermione habían estado muy felices, y todos los asistentes habían salido con una sensación de amor y amistad. Había sido una ocasión verdaderamente alegre.

Hasta que se marcharon al día siguiente para su viaje de luna de miel en Brighton. Lucy se había sentido tan miserable y sola, cuando estaba de pie en el camino y se despidió de ellos.

Pero pronto regresarían, recordó. Antes de su propia boda. Hermione sería su única dama de compañía, y Richard iba a entregarla.

Y mientras tanto tenía que permanecer en compañía de la tía Harriet. Y de Lord Davenport. Y de Haselby, quien, o era

absolutamente inteligente o completamente loco.

Una sonrisa gorgoteante -irónica, absurda y altamente inapropiada- se apretó en su garganta, escapando a través de su nariz con un resoplido poco elegante.

- ¿Eh? -gruñó Lord Davenport.

- No es nada -dijo ella rápidamente, tosiendo como mejor podía-. Solo es un poco de comida. Quizás es una espina.

Era casi cómico. Habría sido cómico, incluso, si lo hubiera estado leyéndolo en un libro. Tendría que haber sido una sátira, decidió, porque ciertamente no se trataba de un romance.

Y no podía soportar pensar, que podría convertirse en una tragedia.

Echó una mirada alrededor de la mesa a los tres hombres, que actualmente estaban arreglando su vida. Iba a tener que sacar lo mejor de eso. No tenía nada más que hacer. No tenía sentido sentirse miserable, sin importar lo difícil que era ver el lado bueno de las cosas. Y de verdad, podría ser mucho peor.

Así que hizo su mejor esfuerzo, y trató de mirarlo todo desde un punto de vista más práctico, catalogando mentalmente, todas las formas en la que esto habría sido mucho peor.

Pero en su lugar, la cara de Gregory Bridgerton vino a su mente -y también, todas las formas en la que todo habría sido mucho mejor.



Capítulo 14

En el que nuestro héroe y heroína son reunidos, y los pájaros de Londres son deleitados.

Cuando Gregory la vio, allí en Hyde Park en su primer día de regreso a Londres, su primer pensamiento fue...

Bueno, por supuesto.

Parecía tan natural encontrarse con Lucy Abernathy en la que era literalmente su primera hora en Londres. No sabía *por qué*; no había una razón lógica para que se encontraran. Pero ella había estado frecuentemente en sus pensamientos desde que se habían despedido en Kent. Y aunque había pensado que ella aún permanecía en Fennsworth, estaba extrañamente poco sorprendido de que fuera la primera cara conocida que veía en su regreso después de permanecer un mes en el campo.

Había llegado a la ciudad la noche anterior, muy cansado después de un viaje tan largo por los caminos inundados, y se había acostado inmediatamente. Cuando se despertó -más temprano que lo usual, en realidad- el mundo aún estaba inundado por las lluvias, pero el sol había salido y estaba muy brillante.

Gregory inmediatamente se había vestido para salir. Le encantaba la forma en la que el aire olía a limpio, después de una buena y tormentosa lluvia. Incluso en Londres. No, *especialmente* en Londres. Era la única vez que la ciudad olía así -densa y fresca, casi como las hojas.

Gregory vivía en un apartamento de un pequeño edificio en Marylebone, y aunque sus muebles eran de segunda y simples, le gustaba mucho ese lugar. Se sentía como en casa.

Su hermano y su madre lo habían, en múltiples ocasiones, invitado a vivir con ellos. Sus amigos pensaban que estaba loco por negarse; ambas residencias eran considerablemente más opulentas y en todo caso, con muchísimo más personal que su humilde morada. Pero prefería su independencia. Así no tendría que preocuparse de que estuvieran diciéndole que hacer -ellos sabían que no iba a escucharlos, y él sabía que no iba a escucharlos, pero en su mayoría, todos eran bastante amables con eso.

Era el escrutinio lo que no podía tolerar. Aun cuando su madre pretendía no interferir en su vida, sabía que estaba vigilándolo, tomando nota de su agenda social.

Y haciendo *comentarios* sobre ella. Violet Bridgerton podía, cuando la situación lo ameritaba, hablar sobre el tema de las damas jóvenes, las tarjetas de baile, y las coincidencias de eso (que se relacionaban con su hijo soltero) con una velocidad y facilidad que podrían hacer que la cabeza de un hombre maduro diera vueltas.

Y frecuentemente lo hacía.

Ahí está esa dama joven y esta otra dama y si podía hacerle el favor de bailar con ambas -dos veces- en la siguiente fiesta, y por nada del mundo, él debía olvidarse de la *otra* dama. La que estaba contra la pared, que él no había visto, de pie, sola. Su tía, debía recordar, era una amiga muy querida.

La madre de Gregory tenía muchos amigos muy queridos.

Violet Bridgerton había logrado exitosamente que siete de sus ocho hijos se establecieran en matrimonios felices, y ahora Gregory tenía que soportar solo, a su fervor casamentero. La adoraba, por supuesto, y adoraba que quisiera su bienestar y felicidad, pero a veces lo hacía querer arrancarse el pelo.

Y Anthony era peor. Él ni siquiera tenía que *decirle* algo. Normalmente, su mera presencia era suficiente para hacer que Gregory se sintiera de alguna manera, como si no estuviera manteniendo el buen nombre de la familia. Era muy difícil encontrar un camino en el mundo con el poderoso Lord Bridgerton mirando constantemente sobre el hombro de uno. Hasta donde Gregory sabía, su hermano mayor nunca había cometido un error en su vida.

Lo cual, lo hacía sentir mucho más culpable.

Pero, con suerte, ese fue un problema mucho más fácil de resolver de lo que había pensado. Gregory simplemente se había mudado. Se requirió una justa parte de su asignación para mantener su propia residencia, que aunque era pequeña, valía la pena pagar hasta el último penique.

Incluso algo tan simple como eso -salir de su casa sin que nadie le preguntara de por qué o a donde (o en el caso de su madre, con quien) -era estupendo. Fortalecedor. Era extraño como un mero paseo podía hacerlo sentir a uno como dueño de sí mismo, pero lo hacía.

Y entonces aquí estaba ella. Lucy Abernathy. En Hyde Park, cuando lo correcto era que ella, aún estuviera en Kent.

Estaba sentada en un banco, echándole pedazos de pan a un grupo desaliñado de pájaros, y Gregory recordó ese día en el que se había tropezado con ella en la parte trasera de Aubrey Hall. Esa vez, había estado sentada en un banco también, y había lucido tan apagada. En retrospectiva, Gregory comprendió que seguramente su hermano le había dicho que su compromiso había sido arreglado.

Se preguntó por qué ella no le había dicho eso.

Deseó que se lo hubiera contado.

Si hubiera sabido que ella estaba comprometida, nunca la habría besado. Eso iba en contra de todos los códigos de conducta que siempre había respetado. Un caballero no debía encontrarse furtivamente con la novia de otro hombre. Eso

sencillamente no se hacía. Si hubiera sabido la verdad, se habría apartado de ella esa noche, y hubiera...

Se congeló. No sabía lo que habría hecho. ¿Cómo era posible que hubiera reescrito la escena en su mente innumerables veces, y justo ahora comprendía que nunca había pensado en llegar al punto de alejarse de ella?

Si lo hubiera sabido, ¿la habría guiado directamente en su camino desde el primer momento? Había tenido que agarrarla por los brazos para sostenerla, pero hubiera podido llevarla hacia su destino cuando la soltó. Eso no hubiera sido difícil - solo hubiera tenido que mover los pies. Entonces hubiera terminado con eso, antes de que se hubiera dado la oportunidad de ocurrir algo.

Pero en su lugar, él había sonreído, y le había preguntado que estaba haciendo allí, y entonces -Dios Santo, en que había estado pensando- le había preguntado si ella bebía brandy.

Después de eso -bueno, no estaba seguro de cómo había pasado, pero lo recordaba todo. Cada detalle. La manera en la que lo miraba, la mano de ella en su brazo. Lo había estado agarrando y por un momento, eso lo había hecho sentir como si lo necesitara. Podía ser su roca, su centro.

Nunca había sido el centro de nadie.

Pero no fue solo eso. No la había besado por eso. La había besado porque...

Porque...

Demonios, no sabía *por qué* la había besado. Había sido ese momento -ese extraño, e inescrutable momento- y todo había estado tan callado. Un fabuloso, mágico e hipnotizante silencio que parecía rezumarse dentro de él y quitarle el aliento.

La casa había estado llena, abarrotada de invitados, pero en el pasillo habían estado solos. Lucy lo había estado mirando fijamente, explorándolo con los ojos, y entonces... de algún

modo... ella estaba más cerca. No recordaba haberse movido, o inclinado su cabeza, pero su rostro estaba a pocos centímetros de distancia. Y lo siguiente que supo fue...

Que estaba besándola.

Desde que ese momento, simplemente se había dejado llevar. Era como si hubiera perdido todo el conocimiento de las palabras, de la racionalidad y el pensamiento. Su mente se había convertido en algo extraño, incapaz de razonar. El mundo era color y sonido, calor y sensación. Era como si su mente se hubiera adueñado de todo su cuerpo.

Y ahora se preguntaba -cuando se había dejado de preguntar- si se hubiera detenido. Si ella no le hubiera dicho que no, si no le hubiera presionado las manos en su pecho y le hubiera dicho que se detuviera...

¿Lo hubiera hecho por si mismo?

¿Podría haberlo hecho?

Enderezó los hombros. Cuadró su mandíbula. Claro que lo hubiera hecho. Ella era Lucy, por el amor de Dios. Era maravillosa, de muchísimas formas, pero no era de la clase que hacía que los hombres perdieran la cabeza. Solo había sido una aberración temporal. Una locura momentánea ocurrida por una extraña y desquiciante noche.

Aun ahora, sentada en un banco en Hyde Park con una pequeña flota de palomas a sus pies, seguía siendo evidentemente la misma Lucy de siempre. Ella aún no lo había visto, y se sentía feliz solo por observarla. Estaba sola, salvo por una criada, quien estaba holgazaneando a dos bancos de distancia.

Y su boca se estaba moviendo.

Gregory sonrió. Lucy estaba hablando con los pájaros. Diciéndoles algo. Lo más probable es que les estuviera dando indicaciones, quizás fijándoles una fecha de futuros compromisos para repartir el pan.

O diciéndoles que masticaran con los picos cerrados.

Se rió entre dientes. No pudo evitarlo.

Ella se volvió. Se volvió, y lo vio. Sus ojos se abrieron de par en par, y sus labios se separaron, y eso lo golpeó directamente en el pecho...

Era *bueno* verla.

Eso lo estremeció con una clase extraña de reacción, teniendo en cuenta la forma en la que se habían despedido.

- Lady Lucinda -dijo, mientras avanzaba-. Esta es una sorpresa. No sabía que estaba en Londres.

Por un momento ella parecía no saber como actuar, y entonces sonrió -quizás un poco más vacilante de lo que acostumbraba- y levantó una rodaja de pan hacia delante.

- ¿Es para las palomas? -murmuró él-. ¿O para mí?

Su sonrisa cambió, se volvió más natural.

- Como usted prefiera. Aunque le advierto, está un poco rancio.

Sus labios dibujaron una pequeña sonrisa.

- ¿Usted lo ha probado, entonces?

Era como si nada hubiera pasado. El beso, la incómoda conversación a la mañana siguiente... se había ido. Regresaron a su extraña pequeña amistad, y todo estaba en orden en el mundo.

Su boca estaba fruncida, como si pensara que debía estar regañándolo, y él estaba riendo entre dientes, porque era muy divertido contrariarla.

- Este es mi segundo desayuno -dijo ella, absolutamente inexpresiva.

Él se sentó en el extremo opuesto del banco y empezó a rasgar su pan en pedazos. Cuando tuvo un manojito bien

partido, lo lanzó todo al mismo tiempo, y se reclinó para observar el frenesí resultante de picos y plumas.

Lucy, notó, estaba echando sus migas metódicamente, una después de la otra, precisamente con tres segundos de diferencia.

Estaba contando. ¿Cómo podía no hacerlo?

- El rebaño me ha abandonado -dijo ella con un ceño.

Gregory sonrió abiertamente, cuando la última paloma saltó al banquete Bridgerton. Les lanzó otro manojito.

- Yo siempre organizo las mejores fiestas.

Ella se volvió hacia él, alzando la barbilla mientras le lanzaba una mirada seca sobre su hombro.

- Usted es insoportable.

Le ofreció una mirada maliciosa.

- Es una de mis mejores cualidades.

- ¿Según quien?

- Bueno, a mi madre parece agraderle mucho -dijo él modestamente.

Ella no pudo contener una sonrisa.

Eso se sentía como una victoria.

- A mi hermana... no mucho.

Una de sus cejas se levantó.

- ¿A la que a usted le gusta torturar?

- Yo no la torturo porque me *gusta* -dijo, en una clase de tono más bien instructivo-. Lo hago porque es necesario.

- ¿Para quien?

- Para toda Bretaña -dijo él-. Confíe en mí.

Lo miró dudosamente.

- Ella no puede ser tan mala.

- Supongo que no -dijo él-. A mi madre parece agradarle mucho, y eso me confunde.

Ella se rió de nuevo, y el sonido era... *bueno*. Una palabra indefinible, seguro, pero de algún modo se fue directo a su corazón. Su risa venía de su interior -cálida, rica, y verdadera.

Un momento después se volvió, y sus ojos se pusieron bastante serios.

- A usted le gusta molestar, pero apostaría todo lo que tengo a que daría su vida por ella.

Él pretendió considerar sus palabras.

- ¿Cuánto tiene?

- Tenga vergüenza, Sr. Bridgerton. Está evadiendo la pregunta.

- Claro que lo haría -dijo él con voz queda-. Es mi hermana menor. Mía para torturar y mía para proteger.

- ¿Acaso no está casada?

Él se encogió de hombros, mirando fijamente al otro lado del parque.

- Sí, supongo que St. Clair se encarga de protegerla ahora, que Dios lo ayude. -Se volvió, ofreciéndole una sonrisa ladeada-. Lo siento.

Pero ella no lo había tomado como una ofensa. Y de hecho, lo sorprendió absolutamente al decirle, con mucho sentimiento:

- No hay necesidad de disculparse. Hay ocasiones en las que solo el nombre del Señor, es el adecuado para transmitir toda la desesperación que uno siente.

- ¿Por qué presiento que está hablando de una experiencia reciente?

- Anoche -le confirmó ella.

- ¿En serio? -insistió, muy interesado-. ¿Qué sucedió?

Pero ella negó con la cabeza.

- Nada.

- Si fuera así, *usted* no estaría blasfemando.

Ella suspiró.

- Le he dicho que usted es insoportable, ¿verdad?

- Una vez hoy, y con seguridad varias veces antes.

Le ofreció una mirada seca, el azul de sus ojos se agudizó cuando estos se fijaron en él.

- ¿Las ha contado?

Él hizo una pausa. Era una extraña pregunta, no porque ella se la había hecho -por el amor de Dios, si él se hubiera preguntando la misma cosa, hubiera tenido la misma reacción. Más bien, era extraña porque tenía el escalofriante presentimiento de que si pensaba mucho en eso, podría conocer la verdadera respuesta.

Le gustaba hablar con Lucy Abernathy. Y cuando ella le decía algo...

Lo recordaba.

Era algo peculiar.

- Me pregunto -dijo él, ya que parecía un buen momento para cambiar de tema-. ¿Es *soportable* una palabra?

Ella consideró eso.

- Pienso que debe serlo, ¿no le parece?

- Nadie la ha proferido alguna vez en mi presencia.

- ¿Eso lo sorprende?

Él sonrió lentamente. Con apreciación.

- Usted, Lady Lucinda, tiene una boca muy rápida.

Sus cejas se arquearon, y en ese momento se veía claramente diabólica.

- Es uno de mis secretos mejor guardados.

Él empezó a reírse.

- Soy más que una entrometida, sabe.

La risa se convirtió en una carcajada. El interior de su estómago retumbó, hasta estremecerse.

Estaba mirándolo con una sonrisa indulgente, y por alguna razón encontró a ese gesto muy tranquilizador. Su mirada era calurosa... incluso, pacífica.

Y estaba feliz de estar con ella. Allí en ese banco. Simplemente era muy agradable estar en su compañía. Entonces se volvió. Sonriendo.

- ¿Tiene otro pedazo de pan?

Ella le dio tres.

- Traje toda la barra.

Él empezó a rasgarlos.

- ¿Está tratando de engordar al rebaño?

- Tengo que probar el pastel de paloma -se volvió, reanudando su lento y miserable programa de alimentación.

Gregory estaba seguro que era su imaginación, pero habría jurado que los pájaros miraban anhelantemente en su dirección.

- ¿Viene a menudo a este lugar? -preguntó él.

Ella no le contestó en seguida, y su cabeza se inclinó, como si estuviera pensando en su respuesta.

Lo cual era extraño, porque la pregunta era muy simple.

- Me gusta alimentar a los pájaros -dijo-. Es relajante.

Él le lanzó otro manojito de trozos de pan y sus labios se curvaron con una sonrisa.

- ¿De verdad lo cree?

Sus ojos se entrecerraron y echó el siguiente pedazo de pan con un preciso y casi militar, giro de su muñeca. El siguiente pedazo fue lanzado de la misma manera. Y el otro que vino a continuación, también. Se volvió hacia él con los labios fruncidos.

- Solo cuando usted no está intentando incitarlos a un alboroto.

- ¿Yo? -se volvió, todo inocencia-. Usted es quien los obliga a batallar a muerte, por una patética migaja de pan rancio.

- Esta es una exquisita barra de pan, bien cocido y sumamente sabroso, para que lo sepa.

- En asuntos de nutrición -dijo él, con una gracia demasiado elaborada-. Siempre estaré en desacuerdo con usted.

Lucy lo miró secamente.

- La mayoría de las mujeres no encontrarían eso muy elogioso.

- Ah, pero usted no es como la mayoría de las mujeres. Y -agregó-, la he visto desayunando.

Sus labios se apartaron, pero antes de que ella pudiera gritar su indignación, él la cortó con:

- Eso fue un cumplido, a propósito.

Lucy agitó la cabeza. Él realmente era insoportable. Y estaba *tan* agradecida por eso. Cuando lo había visto al principio, de pie allí mirándola mientras alimentaba a los pájaros, su estómago había caído en picada, se había sentido mareada, y no había sabido qué hacer o como actuar, o algo.

Pero él se había aproximado, y había sido tan... él mismo. La hizo sentir inmediatamente a gusto, lo cual, bajo las actuales circunstancias, era realmente muy asombroso.

Después de todo, estaba enamorada de él.

Le había sonreído, con su sonrisa perezosa y familiar, y le había hecho alguna clase de broma sobre las palomas, y antes de que se diera cuenta, estaba sonriéndole en respuesta. Y se sentía como ella misma, lo cual era muy tranquilizador.

No se había sentido así en semanas.

Y con la intención de hacer lo mejor, había decidido no pensar en su inapropiado afecto por él y en su lugar, estuvo agradecida de poder estar en su presencia, sin convertirse en una tonta torpe y tartamuda.

Aparentemente, todavía *quedaban* pequeños favores en el mundo.

- ¿Ha estado en Londres todo este tiempo? -preguntó ella, muy determinada en mantener una conversación agradable y perfectamente normal.

Él se echó para atrás sorprendido. Claramente, no había esperado esa pregunta.

- No. Apenas llegué anoche.

- Ya veo. -Lucy hizo una pausa, para digerir eso. Era extraño, pero nunca había considerado que no estuviera en la ciudad. Pero eso explicaría... Bueno, no estaba segura de qué podría explicar eso. ¿Qué no hubiera podido ver ni una señal de él? No era como si hubiera estado en otro lugar, además de su casa, el parque y la costurera-. Entonces, ¿estaba en Aubrey Hall?

- No, me marché un poco después de que usted partió, y fui a visitar a mi hermano. Vive con su esposa y sus hijos a las afueras de Wiltshire, y está muy contento de estar alejado de todo lo que es civilizado.

- Wiltshire no está muy lejos.

Él se encogió de hombros.

- La mitad del tiempo ellos ni siquiera reciben el *Times*. Afirman que no están interesados.

- Qué raro. -Lucy no conocía a nadie que no recibiera el periódico, incluso en el más remoto de los condados.

Él asintió con la cabeza.

- Sin embargo, esta vez me pareció más refrescante. No tenía idea de lo que los demás estaban haciendo, y que no me importó ni un poco.

- ¿Normalmente usted está interesado por el cotilleo?

Él le ofreció una mirada de lado.

- Los hombres no cotilleamos. Nosotros hablamos.

- Ya veo -dijo ella-. Eso lo explica todo.

Él se rió entre dientes.

- ¿Lleva mucho tiempo en la ciudad? Asumo que se ha mudado.

- Dos semanas. -Contestó-. Nosotros llegamos después de la boda.

- ¿Nosotros? ¿Entonces, su hermano y la Srta. Watson están aquí?

Ella odió escuchar la avidez en su voz, pero supuso que él no podía evitarlo.

- Ella ahora es Lady Fennsworth, y no, ellos están en su viaje de luna de miel. Estoy aquí con mi tío.

- ¿Para la temporada?

- Para mi boda.

Eso detuvo el fácil flujo de la conversación.

Ella metió la mano en su bolsa y arrancó otro pedazo de pan.

- Se celebrará en una semana.

Él la miró conmocionado.

- ¿Tan pronto?

- El tío Robert dice que no tiene sentido retrasarla más.

- Ya veo.

Y quizás lo hacía. Quizás había alguna clase de etiqueta en todo eso en la que ella, como muchacha protegida del campo que era, no había sido instruida. Quizás no tenía ningún sentido posponer lo inevitable. Quizás todo era parte de la filosofía de hacer lo mejor de las cosas, que estaba trabajando para desposarse tan diligentemente.

- Bien -dijo él. Parpadeó varias veces, y comprendió que no sabía que decir. Era una respuesta más atípica y una que ella encontraba más gratificante. Se parecía a Hermione, al no saber como bailar. Si Gregory Bridgerton podía quedarse momentáneamente sin palabras, había una esperanza para el resto de la humanidad.

Finalmente él se recompuso:

- Mis felicitaciones.

- Gracias. -Se preguntó si él había recibido una invitación. El Tío Robert y Lord Davenport estaban determinados a celebrar la ceremonia frente a todo el mundo. Iba, habían dicho, a ser un gran debut, y querían que todo el mundo conociera a la esposa de Haselby.

- Se va a celebrar en St. George -dijo ella, sin tener alguna razón en absoluto.

- ¿Aquí en Londres? -parecía sorprendido-. Pensé que usted podría casarse en Fennsworth Abbey.

Era muy peculiar, pensó Lucy, por no decir doloroso - discutir su inminente boda con él. Se sentía más insensible, en realidad.

- Eso era lo que mi tío quería -explicó, metiendo la mano en su cesto para sacar otro pedazo de pan.

- ¿Su tío sigue siendo el jefe de la familia? -preguntó Gregory, mirándola con una afable curiosidad-. Su hermano es el conde. ¿Acaso no ha alcanzado su mayoría de edad?

Lucy lanzó todo el pedazo de pan al suelo, y observó con un mórbido interés, como las palomas se ponían como locas.

- Sí-contestó-. El año pasado. Pero está satisfecho con permitirle a mi tío que se ocupe de los asuntos de la familia mientras él continúa sus estudios de postgrado en Cambridge. Supongo que asumiré muy pronto, ahora que está -le ofreció a él una sonrisa de disculpa-, casado.

- No se preocupe por mis sentimientos -le aseguró-. Estoy muy recuperado.

- ¿De verdad?

Le ofreció un pequeño encogimiento de un solo hombro.

- La verdad sea dicha, me considero afortunado.

Ella sacó otro pedazo de pan, pero sus dedos se helaron antes de rebanar el pedazo.

- ¿En serio? -le preguntó, volviéndose hacia él con interés-. ¿Cómo puede ser posible?

Él pestañeó sorprendido.

- *Es* muy directa, ¿verdad?

Ella se ruborizó. Lo sentía, rosa, caliente y *horrible* sobre sus mejillas.

- Lo siento -dijo-. Fue muy grosero de mi parte. Es solo que usted estaba tan...

- No diga nada más -la cortó, y la hizo sentir mucho peor, porque había estado a punto de describir -probablemente con meticulosos detalles- lo muy enamorado que había estado de Hermione. Lo cual, si estuviera en su posición, no desearía recordar.

Él se volvió. La miró con una contemplativa clase de curiosidad.

- Usted dice eso frecuentemente.

- ¿Lo siento?

- Sí.

- Yo... no sé. -Sus dientes se apretaron, y se sintió muy tensa. Incómoda. ¿Por qué le había preguntado eso?-. Es lo que siempre hago -dijo, y lo dijo con firmeza, porque... Bueno, porque. Esa debía ser una razón suficiente.

Él asintió con la cabeza. Y eso la hizo sentir mucho peor.

- Es lo que soy -agregó defensivamente, aunque él había estado de acuerdo con ella, por el amor de Dios-. Suavizo las cosas y lo hago todo bien.

En ese momento, lanzó el último pedazo de pana al suelo.

Sus cejas se levantaron, y los dos se volvieron al unísono a mirar el caos resultante.

- Bien hecho -murmuró.

- Hago lo mejor que puedo -dijo ella-. Siempre.

- Ese es un rasgo muy loable -dijo él suavemente.

Y con eso, de algún modo, se puso furiosa. Realmente, de verdad, bestialmente enfadada. No quería ser elogiada por llegar en segundo lugar. Era como ganar un premio por los zapatos más bonitos en una carrera pedestre. Irrelevante y *fuera* de lugar.

- ¿Y qué hay de usted? -le preguntó, su voz se puso estridente-. ¿Hace siempre lo mejor? ¿Es por eso que dice que se ha recuperado? ¿Usted no fue el que compuso una rapsodia sobre el simple pensamiento del amor? Dijo que lo era *todo*, que no había elección. Dijo...

Se interrumpió, horrorizada por su tono. Él la estaba mirando fijamente como si se hubiera vuelto loca, y quizás era

cierto.

- Usted dijo muchas cosas -masculló, esperando que eso pusiera fin a la conversación.

Debería irse. Había estado sentada en el banco, al menos quince minutos antes de que él hubiera llegado, estaba húmedo y ventoso, y su sirvienta no estaba lo suficientemente abrigada, y si pensaba mucho más en eso, probablemente tenía más de cien cosas que hacer en casa.

O por lo menos un libro que leer.

- Lo siento si la molesté -dijo Gregory con voz queda.

Ella no se atrevía a mirarlo.

- Pero no le estoy mintiendo -dijo él-. De verdad, ya no pienso en la Señorita -perdoneme, en Lady Fennsworth- con mucha frecuencia, excepto, quizás, para comprender que no éramos el uno para el otro, después de todo.

Ella se volvió hacia él, y comprendió que quería creerle. Realmente quería.

Porque si él podía olvidarse de Hermione, quizás ella podría olvidarse de él.

- No sé como explicarlo -dijo él, y agitó la cabeza, como si estuviera tan perplejo como ella-. Pero si usted cae loca e inexplicablemente enamorada...

Lucy se heló. Él no iba a decirlo. Con seguridad, no podría decirlo.

Él se encogió de hombros.

- Bueno, no confiaría en ello.

Dios Santo. Eran las mismas palabras de Hermione. Exactamente.

Intentó recordar lo que le había contestado a Hermione. Porque tenía que decirle algo. De otro modo, notaría su

silencio, se volvería, y le ofrecería esa mirada tan enervante. Y le haría preguntas, y no sabría como responderle, y...

- No creo que eso me pase a mí -dijo ella, las palabras prácticamente se derramaron de su boca.

Él se volvió, pero ella mantuvo su cara escrupulosamente hacia delante. Y deseó desesperadamente no haber tirado todo el pan. Sería mucho más fácil evitar mirarlo si pudiera pretender que estaba haciendo otra cosa.

- ¿No cree que algún día pueda enamorarse? -preguntó él.

- Bueno, quizás -dijo ella, tratando de parecer alegre y sofisticada-. Pero no *eso*.

- ¿*Qué?*

Inhaló, odiando que la estuviera obligando a explicarse.

- Esa desesperada clase de cosa que usted y Hermione repudian -dijo-. Yo no soy de esa clase, ¿no le parece?

Se mordió el labio, y finalmente se atrevió a mirar en su dirección. ¿Porque que tal que le dijera que estaba mintiendo? ¿O si se diera cuenta que ella ya estaba enamorada... de él? Se avergonzaría más allá de la comprensión, pero ¿acaso no sería bueno que él lo supiera? Por lo menos entonces, no tendría que preguntarse.

La ignorancia no era una bendición. No para alguien como ella.

- Pero eso no viene al caso -continuó, porque no podía soportar el silencio-. Voy a casarme con Lord Haselby en una semana, y *jamás* me desviaría de mis votos. Yo...

- ¿*Haselby?* -todo el cuerpo de Gregory dio un giro cuando se dio la vuelta para mirarla a la cara-. ¿Usted se va a casar con *Haselby?*

- Sí -dijo ella, pestañeando furiosamente. ¿Qué clase de reacción era *esa?*-. Pensé que lo sabía.

- No. No lo sabía... -parecía consternado. Estupefacto.

Cielo Santo.

Él agitó la cabeza.

- No puedo imaginar por qué razón no lo sabía.

- No era un secreto.

- *No* -dijo él, un poco enérgicamente-. Quiero decir, no. No, claro que no. No debí insinuarlo.

- ¿Usted tiene a Lord Haselby en muy baja estima? - preguntó ella, escogiendo sus palabras con extremo cuidado.

- No -contestó Gregory, agitando la cabeza -pero solo un poco, como si no fuera lo suficientemente consciente de estar haciéndolo-. No. Lo conozco desde hace varios años. Fuimos juntos a la escuela. Y a la universidad.

- ¿Entonces, tienen la misma edad? -preguntó Lucy, y se le ocurrió que era injusto que ni siquiera conociera la edad de su novio. Pero tampoco estaba segura de la edad de Gregory.

Él asintió con la cabeza.

- Él es muy... afable. La tratará bien. -Se aclaró la garganta-. Gentilmente.

- ¿Gentilmente? -repitió ella. Esa parecía una extraña elección de palabras.

Sus ojos se encontraron con los suyos, y en ese momento comprendió que él no la había mirado desde que le había dicho el nombre de su novio. Pero no habló. En su lugar, la miró fijamente, sus ojos eran tan intensos que cambiaban de color. Eran marrones con verde, y después parecían casi empañarse.

- ¿Qué pasa? -susurró ella.

- No es nada de importancia -dijo él, pero no sonaba como siempre-. Yo... -y entonces apartó la mirada, rompiendo el hechizo-. Mi hermana -dijo, aclarándose la garganta-. Está organizando una fiesta para la noche de mañana. ¿Le gustaría asistir?

- Oh sí, eso sería maravilloso -dijo Lucy, aunque sabía que no debía. Pero había pasado tanto tiempo desde que había tenido cualquier tipo de interacción social, y tampoco iba a poder pasar más tiempo en su compañía, una vez estuviera casada. No debía torturarse a sí misma ahora, anhelando algo que no podría tener, pero no podía evitarlo.

A recoger sus capullos.

Ahora. Porque de verdad, cuando el resto...

- Oh, pero *no puedo* -dijo, mientras la desilusión transformaba a su voz, en casi un gimoteo.

- ¿Por qué no?

- Es por mi tío -contestó, suspirando-. Y Lord Davenport... el padre de Haselby.

- Sé quien es.

- Por su puesto. Yo estoy sor... -se interrumpió. No iba a decírselo-. Ellos no desean que me presente aún.

- Discúlpeme. ¿Por qué?

Lucy se encogió de hombros.

- No tiene sentido que me presente en sociedad como Lady Lucinda Abernathy cuando seré Lady Haselby en una semana.

- Eso es ridículo.

- Es lo que ellos dicen -frunció el ceño-. Y creo que tampoco desean hacer el gasto.

- Usted asistirá mañana en la noche -dijo Gregory firmemente-. Me ocuparé de ello.

- ¿Usted? -le preguntó Lucy dudosamente.

- No *yo* -le respondió, como si se hubiera vuelto loca-. Mi madre. Confíe en mí, cuando se trata de asuntos de lenguaje social y refinamientos, puede lograrlo todo. ¿Tiene una chaperona?

Lucy asintió con la cabeza.

- Mi tía Harriet. Es un poco frágil, pero estoy segura que puede asistir a una fiesta si mi tío lo permite.

- Él lo permitirá -dijo Gregory confiadamente-. La hermana en cuestión, es la mayor. Daphne -entonces le aclaró:- Su gracia, la Duquesa de Hastings. Su tío no le diría no a una duquesa, ¿verdad?

- Creo que no -dijo ella lentamente. Lucy no podía pensar en alguien que le dijera no a una duquesa.

- Entonces, así será -dijo Gregory-. Tendrá noticias de Daphne en la tarde. Se incorporó, ofreciéndole la mano para ayudarla a levantarse.

Ella tragó saliva. Sería agri dulce tocarlo, pero puso la mano en la suya. Se sentía calurosa, y cómoda. Segura.

- Gracias -murmuró, retirando su mano para envolver las dos alrededor del asa de su canasta. Le hizo un gesto a su sirvienta con la cabeza, y esta inmediatamente empezó a caminar a su lado.

- Hasta mañana -dijo él, arqueándose casi formalmente mientras esperaba su adiós.

- Hasta mañana -repitió Lucy, preguntándose si era verdad. Nunca había sabido que su tío cambiara de opinión antes. Pero quizás...

Posiblemente.

Esperanzadamente.



Capítulo 15

En el que nuestro héroe aprende que no es, y probablemente nunca será, tan sabio como su madre.

Una hora después, Gregory estaba esperando en la sala de estar del Número Cinco, de Bruton Street, la casa de su madre en Londres, desde que ella había insistido en dejar vacante Bridgerton House, después del matrimonio de Anthony. También había sido su casa, hasta que encontró sus propios alojamientos varios años antes. Su madre, ahora vivía allí sola, desde que su hermana menor se había casado. Gregory se aseguraba de visitarla por lo menos dos veces a la semana, cuando estaba en Londres, pero nunca dejaba de sorprenderlo lo callada que la casa parecía ahora.

- ¡Querido! -exclamó su madre, entrando al cuarto con una amplia sonrisa-. No pensé verte sino hasta esta noche. ¿Cómo ha sido tu día? Y cuéntame todo sobre Benedict, Sophie y los niños. Es un crimen la poca frecuencia con la que veo a mis nietos.

Gregory sonrió indulgentemente. Su madre había visitado Wiltshire solo un mes atrás y lo hacía varias veces al año. Rápidamente hizo un repaso de las noticias de los cuatro hijos de Benedict, haciendo énfasis en la pequeña Violet, su homónima. Una vez que ella había agotado su suministro de preguntas, él dijo:

- En realidad, Madre, tengo un favor que pedirte.

La postura de Violet siempre era extraordinaria, pero aún así, pareció enderezarse un poco.

- ¿De verdad? ¿Qué necesitas?

Le habló sobre Lucy, haciendo su narración lo más breve posible, para que su madre no llegara a conclusiones inapropiadas sobre su interés en ella.

Su madre siempre tendía a ver a toda mujer soltera como una novia potencial. Incluso aquellas que tenían una boda fijada para el fin de semana.

- Claro que te ayudaré -dijo ella-. Eso será muy fácil.

- Su tío está determinado en mantenerla recluida -le recordó Gregory.

Ella borró con un gesto de la mano su advertencia.

- Es un juego de niños, mi querido hijo. Déjame esto a mí. Me encargaré rápidamente de ello.

Gregory decidió no proseguir con el asunto. Si su madre decía que sabía como lograr que alguien asistiera a un baile, entonces debía creerle. Seguir cuestionándola solo haría que ella creyera que tenía una segunda intención.

Lo cual no era cierto.

Es solo que Lucy le caía bien. La consideraba su amiga. Y deseaba que se divirtiera un poco.

Era admirable, de verdad.

- Haré que tu hermana le envíe una invitación con una nota personal -meditó Violet-. Y quizás, se lo pediré directamente a su tío. Podría mentirle y decirle que me la encontré en el parque.

- ¿Mentirle? -los labios de Gregory dibujaron una sonrisa-. ¿Tú?

La sonrisa de su madre era claramente diabólica.

- No importa si no me cree. Esa es una de las ventajas de tener avanzada edad. Nadie se atrevería a rebatir a un viejo dragón como yo.

Gregory levantó las cejas, negándose a caer en su cebo. Violet Bridgerton podría ser la madre de ocho hijos adultos, pero con su cutis lechoso, sin arrugas, y su amplia sonrisa, no lucía como alguien que pudiera ser llamada vieja. De hecho, Gregory se había preguntado a menudo, por qué no había vuelto a casarse. No había ninguna escasez de viudos enérgicos que clamaban llevarla a una cena o levantarse para un baile. Gregory sospechaba que cualquiera de ellos podría haber brincado ante la oportunidad de casarse con su madre, solo si ella les hubiera mostrado interés.

Pero no lo hizo, y Gregory tenía que admitir que estaba egoístamente alegre por eso. A pesar de su entrometimiento, había algo realmente consolador en su devoción a sus hijos y nietos.

Su padre llevaba muerto más de dos docenas de años. Gregory no tenía ni el más ligero recuerdo del hombre. Pero su madre había hablado de él a menudo, y siempre que lo hacía, su voz cambiaba. Sus ojos se ablandaban, y las esquinas de sus labios se movían -solo un poco, solo lo suficiente para que Gregory viera los recuerdos en su cara.

En esos momentos entendía por qué era tan firme en que sus hijos escogieran a sus parejas por amor.

Él siempre había planeado complacerla. Era irónico, de verdad, dada la farsa con la Srta. Watson.

Justo entonces una criada llegó con una bandeja de té, que puso sobre la pequeña mesa que había entre ellos.

- El cocinero preparó tus bizcochos favoritos -dijo su madre, dándole una taza preparada exactamente como a él le gustaba -sin azúcar, y un poco de leche.

- ¿Te anticipaste a mi visita? -preguntó.

- No esta tarde, no. -Dijo Violet, tomando un sorbo de su té-. Pero sabía que no estarías lejos mucho tiempo. Obviamente necesitarías tu sustento.

Gregory le ofreció una sonrisa ladeada. Era verdad. Como muchos hombres de su edad y estatus, no tenía sitio en su apartamento para una cocina apropiada. Comía en las fiestas, y en su club, y, por supuesto, en las casas de su madre y hermanos.

- Gracias -murmuró, aceptando el plato donde le había amontonado seis bizcochos.

Violet miró la bandeja de té por un momento, inclinó ligeramente la cabeza a un lado, y luego puso dos sobre su propio plato.

- Estoy muy emocionada -le dijo ella, levantando la mirada hacia él-, de que buscaras mi ayuda con Lady Lucinda.

- ¿Lo estás? -preguntó él con curiosidad-. ¿Hay alguien más, a quien podría pedirle un favor como ese?

Ella mordisqueó delicadamente su bizcocho.

- No, soy la opción obvia, claro, pero debes comprender que raramente vuelves a tu familia cuando necesitas algo.

Gregory se quedó quieto, luego se volvió despacio con dirección a ella. Los ojos de su madre -tan azules y tan inestablemente perceptivos- estaban clavados en su rostro. ¿Qué había querido decir con eso? Nadie podría amar a su familia más que él.

- Eso no es cierto -dijo él finalmente.

Pero su madre solo sonrió.

- ¿Piensas que no?

Apretó su mandíbula.

- No lo *creo*.

- Oh, no lo tomes como una ofensa -dijo ella, estirando la mano a través de la mesa para darle palmaditas en el brazo-. No he dicho que no nos ames. Pero siempre has preferido hacer las cosas por ti mismo.

- ¿Cómo cuales?

- Oh, como encontrar a una esposa...

Él la interrumpió inmediatamente.

- ¿Estás tratando de decirme que Anthony, Benedict y Colin le dieron la bienvenida a tu interferencia cuando estaban buscando a sus esposas?

- No, claro no. Ningún hombre lo hace. Pero... -sacudió una de sus manos en el aire, como si con eso pudiera borrar su frase-. Ese fue un pésimo ejemplo.

Soltó un pequeño suspiro mientras miraba fijamente al exterior de la ventana, y Gregory comprendió que estaba preparada para olvidarse del tema. Sin embargo, para su sorpresa, él no lo estaba.

- ¿Qué hay de malo con preferir hacer las cosas uno mismo? -preguntó.

Ella se volvió hacia él, luciendo para todo el mundo como si no hubiera empezado un tema potencialmente incómodo.

- ¿Eh? Nada. Estoy muy orgullosa de haber criado hijos autosuficientes. Después de todo, ustedes tres han logrado construir su propio camino en el mundo. -Hizo una pausa, considerando lo que había dicho, y agregó-: Con un poco de ayuda de Anthony, claro. En realidad estaría muy defraudada, si él no se hubiera preocupado por todos ustedes.

- Anthony es sumamente generoso -dijo Gregory con voz queda.

- Sí, lo es, ¿verdad? -dijo Violet, sonriendo-. Con su dinero y su tiempo. Se parece mucho a su padre en ese aspecto. -Lo

miró con ojos nostálgicos-. Siento mucho que nunca lo hayas conocido.

- Anthony fue un buen padre para mí. -Gregory lo dijo porque sabía que eso la alegraría, pero también lo dijo, porque era verdad.

Los labios de su madre se fruncieron y apretaron, y por un momento pensó que ella podría llorar. De inmediato sacó su pañuelo, y se lo ofreció.

- No, no, eso no es necesario -dijo ella, incluso mientras lo tomaba y le daba golpecitos a sus ojos-. Estoy bien. Solo estoy un poco... -tragó saliva, y luego sonrió. Pero sus ojos todavía brillaban-. Algún día entenderás -cuando tengas tus propios hijos- lo maravilloso que es escuchar eso.

Ella bajó el pañuelo y tomó su té. Lo bebió a sorbos pensativamente, y dejó salir un suspiro de alegría.

Gregory sonrió para sí mismo. Su madre adoraba el té. Realmente eso iba más allá de la devoción británica usual. Clamaba que eso la ayudaba a pensar, lo cual normalmente él había elogiado como algo bueno, excepto que demasiado a menudo, era el tema de sus pensamientos, y después de su tercera taza ella normalmente inventaba un completo plan escalofriante de casarlo con la hija de cualquier amigo cercano, con el que se hubiera encontrado en la mañana más reciente.

Pero esa vez, al parecer, su mente no estaba divagando sobre el matrimonio. Bajó su taza, y, justo cuando pensó que estaba lista para cambiar de tema, le dijo:

- Pero él no es tu padre.

Él hizo una pausa, con su taza de té a medio camino de su boca.

- ¿Discúlpame?

- Anthony. No es tu padre.

- ¿Sí? -lo dijo lentamente, porque en realidad, ¿qué quería decirle con eso?

- Él es tu hermano -continuó-. Al igual que Benedict y Colin, y cuando eras pequeño... oh, cuanto deseabas meterte en sus asuntos.

Gregory aún permanecía muy quieto.

- Pero claro ellos no estaban interesados en permitirte, y en realidad, ¿Quién podría culparlos?

- ¿Quién, en efecto? -murmuró apretadamente.

- No lo tomes como una ofensa, Gregory -dijo su madre, volviéndose hacia él con una expresión que era un poco contrita y un poco impaciente-. Ellos han sido hermanos maravillosos, y de verdad, la mayoría del tiempo muy pacientes.

- ¿La mayoría del tiempo?

- Bueno algo de tiempo -enmendó ella-. Pero tú eras mucho más pequeño que ellos. Simplemente no tenían mucho en común. Y entonces cuando creciste, bueno...

Sus palabras se apagaron, y suspiró. Gregory le insistió.

- ¿Y bien?

- Oh, no es nada.

- *Madre.*

- Muy bien -dijo ella, y supo justo en ese momento que ella sabía exactamente lo que estaba diciendo, y que los suspiros y las palabras prolongadas, eran solo para agregarle más efecto.

- Creo que piensas que debes probarte ante ellos -dijo Violet.

Él la miró con sorpresa.

- ¿Y no debo hacerlo?

Los labios de su madre se separaron, pero no soltó ningún sonido en varios segundos.

- No -dijo ella finalmente-. ¿Por qué pensarías que debes hacerlo?

Esa era una pregunta tonta. Era porque... era porque...

- No es la clase de cosas que se pueda explicar fácilmente con palabras -murmuró él.

- ¿En serio? -tomó un sorbo de su té-. Debo decirte, que esa no es la reacción que yo había anticipado.

Gregory sentía como su mandíbula se apretaba.

- ¿Y qué fue precisamente lo que anticipaste?

- ¿Precisamente? -levantó la mirada hacia él, con el suficiente humor en sus ojos como para irritarlo completamente-. No estoy segura de que pueda ser precisa, pero supongo que esperaba que tú lo negaras.

- Solo porque no desee defenderme, no significa que no sea falso -dijo él con un encogimiento de hombros deliberadamente casual.

- Tus hermanos te respetan -dijo Violet.

- No he dicho que no lo hagan.

- Reconocen que eres un hombre independiente.

Eso, pensó Gregory, no era precisamente cierto.

- No es un signo de debilidad que pidas ayuda -continuó Violet.

- Nunca he creído que lo sea -contestó él-. ¿Acaso no te he pedido ayuda?

- En un asunto que solo podría ser manejado por una mujer -dijo ella, un poco despectivamente-. No tenías otra opción más que pedírmelo a mí.

Eso era verdad, por eso Gregory no hizo ningún comentario.

- Te acostumbraste a hacer las cosas solo -dijo ella.

- Madre.

- Hyacinth es igual -dijo ella rápidamente-. Pienso que ese debe ser un síntoma de ser el menor. Y de verdad, con esto no quiero decir que ustedes dos sean perezosos, o un desastre, o maliciosos de ninguna manera.

- Entonces, ¿qué quieres decir? -preguntó él.

Lo miró con una sonrisa ligeramente traviesa.

- ¿Precisamente?

Él sintió que un poco de su tensión se aliviaba.

- Precisamente -dijo, señalándole con un asentimiento que había entendido su juego de palabras.

- Solo quiero decir que nunca has tenido que trabajar muy duro para conseguir algo. Has tenido mucha suerte en eso. Parece que siempre te pasan cosas buenas.

- Y como eres mi madre, estás molesta por eso... ¿por qué?

- Oh, Gregory -dijo con un suspiro-. No estoy molesta en absoluto. Solo deseo que te pasen cosas buenas. Lo sabes.

Él no estaba lo suficientemente seguro de tener una respuesta apropiada, así que permaneció en silencio, levantando sus cejas inquisidoramente.

- He hecho de esto un enredo, ¿verdad? -dijo Violet con un ceño-. Todo lo que he tratado de decirte es que nunca has tenido que esforzarte mucho para conseguir tus metas. No estoy segura, de si eso es un resultado de tus habilidades, o de tus metas.

Él no dijo nada. Sus ojos encontraron un punto particularmente intrincado en el tejido estampado que cubría

las paredes, y su atención estaba fija, incapaz de enfocarse en otra cosa, mientras su mente daba vueltas.

Y anhelaba.

Antes de que hubiera comprendido lo que estaba pensando, preguntó:

- ¿Qué es lo que debo hacer con mis hermanos?

Ella pestañeó sin comprenderlo, y entonces finalmente murmuró:

- Oh, ¿hablas sobre tu necesidad de probarte?

Él asintió con la cabeza.

Ella frunció los labios. Pensó. Y dijo:

- No estoy segura.

Él abrió la boca. Esa no era la respuesta que había esperado.

- No lo sé todo -dijo ella, y sospechó que esa era la primera vez, que esa particular colección de palabras cruzaba sus labios.

- Supongo -dijo ella, lenta y pensativamente-, que tú... bueno, es una extraña combinación, debo pensar. O quizás no es tan extraña, cuando tienes tantos hermanos y hermanas mayores que tú.

Gregory esperó a que pusiera en orden sus pensamientos. El cuarto estaba silencioso, el aire absolutamente quieto, pero aún se sentía como si algo estuviera presionándolo, apretándolo por todas partes.

No sabía lo que ella iba a decir, pero de algún modo...

Lo sabía...

Le importaba.

Quizás más que nada que había escuchado en la vida.

- Tú no deseas pedir ayuda -dijo su madre-, porque es muy importante para ti que tus hermanos te vean como un hombre maduro. Pero al mismo tiempo... bueno, la vida ha sido fácil para ti, y a veces pienso que tú no lo intentas.

Sus labios se separaron.

- Y no es que te niegues a intentar -se aceleró en agregar-. Es solo que la mayor parte del tiempo no tienes que hacerlo. Y cuando algo requiere demasiado esfuerzo... si es algo que no puedes lograr, decides que no vale la pena molestarse.

Gregory se dio cuenta que sus ojos se apartaron de ese punto en la pared, donde la vid se retorció tan curiosamente.

- Se lo que significa trabajar para conseguir algo -dijo él con voz queda. Luego se volvió hacia ella, mirándola de lleno en la cara-. Querer algo desesperadamente y saber que no podrá ser tuyo.

- ¿De verdad? Me alegra. -Estiró la mano para alcanzar su té, pero al parecer cambió de parecer y lo miró-. ¿Lo conseguiste?

- No.

Sus ojos se pusieron un poco tristes.

- Lo siento.

- Yo no -dijo él rígidamente-. Ya no.

- Oh. Bien. -Se removió en su asiento-. Entonces no lo siento. Imagino que por eso, ahora eres un mejor hombre.

El impulso inicial de Gregory fue ofenderse, pero se encontró diciendo:

- Creo que tienes razón.

Para hacer más grande su sorpresa, lo que dijo era cierto.

Su madre le sonrió sabiamente.

- Me alegro de que puedas verlo de ese modo. La mayoría de los hombres no pueden. -Echó un vistazo hacia el reloj y

soltó un gorjeo de sorpresa-. Oh querido, mira que hora es. Le prometí a Portia Featherington que la visitaría esta tarde.

Gregory se incorporó cuando su madre se puso de pies.

- No te preocupes por Lady Lucinda -dijo, corriendo hacia la puerta-. Me encargaré de todo. Y por favor, termina tu té. Me preocupa, que vivas solo, sin una mujer que se ocupe de ti. Si sigues otro año así, te quedarás solo en piel y huesos.

Él la acompañó a la puerta.

- Como una indirecta para el matrimonio, esa es particularmente poco sutil.

- ¿Lo fue? -le ofreció una mirada astuta-. Que bueno para mí, que no he vuelto a tratar con la sutileza. Sin embargo, me he dado cuenta que la mayoría de los hombres no notan algo hasta que no se les deletrea claramente.

- Incluso tus hijos.

- *Especialmente* mis hijos.

Él sonrió irónicamente.

- Ya te pedí eso, ¿verdad?

- Prácticamente me escribiste una invitación.

Trató de acompañarla al vestíbulo principal, pero ella se lo impidió.

- No, no, eso no es necesario. Ve y termina tu té. Pedí en la cocina que te trajeran bocadillos cuando fuiste anunciado. Seguramente llegarán en cualquier momento y se perderán si no te los comes.

El estomago de Gregory gruñó en ese preciso momento, le hizo una reverencia cuando dijo:

- Eres una madre extraordinaria, ¿lo sabes?

- ¿Porque te alimento?

- Bueno, sí, pero quizás, también es por otras cosas.

Ella se puso sobre los dedos de los pies y lo besó en la mejilla.

- Tú ya no eres mi querido muchacho, ¿verdad?

Gregory sonrió. Había sido una diversión para él, mientras lo recordaba.

- Lo soy todo el tiempo que lo desees, Madre. Todo el tiempo que lo desees.



Capítulo 16

En el que nuestro héroe se enamora. De nuevo.

Cuando se trataba de maquinaciones sociales, Violet Bridgerton llevaba a cabo todo lo que se proponía, y de hecho, cuando Gregory llegó a Hasting House la noche siguiente, su hermana Daphne, la actual duquesa de Hastings, le informó que Lady Lucinda Abernathy asistiría efectivamente al baile.

Se encontró inexplicablemente agradado por el resultado. Lucy lo había mirado tan decepcionada cuando le había dicho que no podía asistir, y en realidad, ¿no podía una muchacha disfrutar una última noche de diversión antes de casarse con Haselby?

Haselby.

Gregory todavía no podía creerlo realmente. ¿Cómo es que no sabía que ella iba a casarse con Haselby? No había nada que él pudiera hacer para evitarlo, y en realidad, no era su deber, pero Dios, se trataba de *Haselby*.

¿Acaso nadie se lo había contado a Lucy?

Haselby era un compañero absolutamente amable, y, Gregory tenía que aceptar, que tenía un ingenio más que aceptable. No le pegaría, ni sería cruel, pero él no podría... no podría...

No iba a ser un esposo para ella.

El mero pensamiento lo dejaba desolado. Lucy no iba a tener un matrimonio común y corriente, porque a Haselby no le gustaban las mujeres. No de la forma en la que a un hombre le gustaban.

Haselby sería amable con ella, y le proporcionaría una asignación sumamente generosa, que era más de lo que muchas mujeres obtenían en sus matrimonios, sin tener en cuenta las tendencias naturales de sus esposos.

Pero no parecía justo, que de todas las personas, Lucy estuviera destinada para una vida como esa. Ella se merecía mucho más. Una casa llena de hijos. Y perros. Quizás un gato o dos. Parecía ser de la clase que deseaba una colección de animales.

Y flores. En la casa de Lucy habría flores por todas partes, estaba seguro de ello. Peonías de color rosa, rosas amarillas, y esas de pétalos azules que le gustaban tanto.

Delphinium. Eso era.

Hizo una pausa. Lo recordaba. Delphinium.

Lucy podría afirmar que su hermano era el horticultor de la familia, pero Gregory no podía imaginarla viviendo en una casa sin color.

Habría risas, ruido y una espléndida desorganización -a pesar de sus esfuerzos de mantener cada esquina de su vida aseada y organizada. Podría verla fácilmente con el ojo de su mente, preocupándose por pequeñeces y organizando, intentando mantenerlo todo en el horario apropiado.

Eso casi lo hizo reírse con fuerza, solo de pensar en ello. No importaría que una flota de sirvientes desempolvara, enderezara, brillara y barrierá. Con los niños nada permanecía en su lugar.

Lucy era una gerente. Eso era lo que la hacía feliz, y ella debía tener una casa para administrar.

Hijos. Muchos.

Quizás ocho.

Echó un vistazo alrededor del salón de baile que estaba empezando a llenarse lentamente. No vio a Lucy, y no había tanta gente como para que pudiera pasarla por alto. Sin embargo, si vio a su madre.

Estaba caminando directamente hacia él.

- Gregory -dijo, extendiendo ambas manos cuando lo alcanzó-. Te ves especialmente guapo esta noche.

Él tomó sus manos y las llevó hasta sus labios.

- Lo dices con toda la honestidad y la imparcialidad de una madre -murmuró él.

- Tonterías -dijo ella con una sonrisa-. Es un hecho que todos mis hijos son sumamente inteligentes y bien parecidos. Si fuera solo mi opinión, ¿no crees que alguien ya me hubiera sacado de mi error?

- Como si alguien se atreviera.

- Bueno, sí, supongo -contestó, manteniendo una impresionante imparcialidad en su rostro-. Pero sería terca e insistiría que el asunto es muy discutible.

- Como desees, Madre -dijo él con perfecta solemnidad-. Como desees.

- ¿Ha llegado Lady Lucinda?

Gregory negó con la cabeza.

- Todavía no.

- No es raro que no la conozca -meditó ella-. Uno podría pensar, que si ella ha estado en la ciudad una quincena ya... Ah, bueno, no importa. Estoy segura que la encontraré agradable, ya que hiciste tanto esfuerzo para garantizar su asistencia esta noche.

Gregory la miró. Conocía ese tono. Era una mezcla perfecta de indiferencia y precisión absoluta, que normalmente

utilizaba para sacarle información. Su madre era una maestra en eso.

Y estaba lo suficientemente seguro, de que se estaba tocando el cabello y realmente no lo estaba mirando cuando dijo:

- Dijiste que ustedes fueron presentados mientras visitabas a Anthony, ¿verdad?

No vio ninguna razón para pretender que no sabía lo que le estaba preguntando.

- Está comprometida para casarse, Madre -dijo él con gran énfasis. Y para darle más efecto, agregó-: En una semana.

- Sí, sí, lo sé. Con el hijo de Lord Davenport. Tengo entendido, que es un matrimonio arreglado desde hace mucho tiempo.

Gregory asintió con la cabeza. No podía imaginar que su madre supiera la verdad sobre Haselby. No era un hecho muy reconocido. Había rumores, por supuesto. Siempre había rumores. Pero nadie se atrevía a repetirlos en presencia de las damas.

- Recibí una invitación a la boda -dijo Violet.

- ¿De verdad?

- Me han dicho que será una gran celebración.

Gregory apretó un poco los dientes.

- Ella será una condesa.

- Sí, supongo. No es la clase de cosa que uno puede hacer con frecuencia.

- No.

Violet suspiró.

- Me encantan las bodas.

- ¿En serio?

- Sí. -Suspiró de nuevo, con más drama aún, y no es que Gregory lo hubiera creído posible-. Todo es tan romántico - agregó-. La novia, el novio...

- Entiendo, que ambos son considerados normales en la ceremonia.

Su madre le disparó una mirada malhumorada.

- ¿Cómo pude criar a un hijo tan poco romántico?

Gregory decidió que posiblemente no tenía ninguna respuesta para eso.

- Lo siento por ti, entonces -dijo Violet-. Planeo asistir a la boda. Casi nunca rechazo una invitación a una boda.

Y entonces se escuchó *la voz*.

- ¿Quién se casa?

Gregory se volvió. Era su hermana menor, Hyacinth. Vestida de azul y metiendo su nariz como de costumbre en todos los asuntos de los demás.

- Lord Haselby y Lady Lucinda Abernathy -contestó Violet.

- Oh sí. -Hyacinth frunció el ceño-. Recibí una invitación. Es en St. George, ¿verdad?

Violet asintió con la cabeza.

- Seguida de una recepción en Fennsworth House.

Hyacinth echó un vistazo alrededor del cuarto. Lo hacía con bastante frecuencia, incluso cuando no estaba buscando a nadie en particular.

- ¿No es extraño que no la conozca? Es la hermana del Conde de Fennsworth, ¿verdad? -se encogió de hombros-. Tampoco es extraño que no lo conozca a él.

- No creo que Lady Lucinda se haya presentado -dijo Gregory-. Por lo menos, no formalmente.

- Entonces esta noche será su debut -dijo su madre-. Qué excitante para todos nosotros.

Hyacinth se volvió hacia su hermano con los ojos bastante afilados.

- ¿Y como te conociste con Lady Lucinda, Gregory?

Él abrió la boca, pero ella estaba diciendo:

- Y no me digas que no la conoces, porque Daphne ya me lo contó todo.

- ¿Entonces por qué me lo estás preguntando?

Hyacinth frunció el ceño.

- Pero ella no me contó como se habían *conocido*.

- Deberías revisar tu comprensión por la palabra todo - Gregory se volvió hacia su madre-. El vocabulario y la comprensión nunca han sido sus fuertes.

Violet puso los ojos en blanco.

- Todos los días me maravillo de que ustedes dos hayan alcanzado la madurez.

- ¿Temiste que nos matáramos mutuamente? -bromeó Gregory.

- No, pensé que ese era mi trabajo.

- Bien -declaró Hyacinth, como si el último minuto de conversación no hubiera tenido lugar-. Daphne me dijo que ansiabas que Lady Lucinda recibiera una invitación, y Madre, entiendo, que incluso escribiste una nota diciendo lo mucho que disfrutabas de su compañía, lo cual, todos sabemos, es una horrorosa mentira, ya que ninguno de nosotros la ha conocido...

- ¿Alguna vez dejas de hablar? -la interrumpió Gregory.

- No para ti -contestó Hyacinth-. ¿Cómo la conociste? Y para ser más claros, ¿Qué tanto? y ¿Por qué estás tan ávido de

darle una invitación a una mujer que se va a casar en una semana?

Y entonces, increíblemente, Hyacinth *dejó* de hablar.

- Me estaba preguntando lo mismo -murmuró Violet.

Gregory miró a su hermana y a su madre y decidió que no había querido decir la porquería que le dijo a Lucy, de que las familias grandes eran un consuelo. Eran una molestia, una intrusión y un montón de otras cosas, palabras que realmente no podía recordar en ese momento.

Lo cual fue lo mejor, ya que ninguna de ellas probablemente hubiera sido cortés.

No obstante, se volvió hacia las dos mujeres con extrema paciencia y dijo:

- Me presentaron a Lady Lucinda en Kent. En la fiesta de la casa de Anthony y Kate el mes pasado. Le pedí a Daphne que la invitara esta noche porque es una joven amable, y me encontré con ella ayer en el parque. Su tío le ha negado una temporada, y pensé que sería una obra de amabilidad proporcionarle la oportunidad de escaparse por una noche.

Levantó sus cejas, arriesgándose silenciosamente a que le respondieran.

Ellas lo hicieron, claro. No con palabras -las palabras nunca habían sido tan eficaces como las miradas dubitativas que estaban lanzando en su dirección.

- Oh, por el amor de Dios -ladró él-. Está *comprometida*. Para casarse.

Eso tuvo un pequeño y visible efecto.

Gregory frunció el ceño.

- ¿Aparento estar intentando detener las nupcias?

Hyacinth parpadeó. Varias veces, de la forma en la que siempre lo hacía cuando estaba pensando mucho sobre algo

que no era de su incumbencia. Pero para su gran sorpresa, soltó un pequeño *hmm* de aquiescencia y dijo:

- Supongo que no -le echó un vistazo al cuarto-. Aunque, me gustaría conocerla.

- Estoy seguro que lo harás -le contestó Gregory, y se felicitó, cuando se las arregló para no estrangular a su hermana, por lo menos una vez al mes.

- Kate me escribió que ella es encantadora -dijo Violet.

Gregory se volvió hacia ella, con una sensación de hundimiento.

- ¿*Kate* te escribió? -Buen Dios, ¿qué le había contado? Ya era suficiente con que Anthony supiera sobre el fiasco con la Srta. Watson -lo había averiguado, por supuesto- pero si su madre lo averiguaba, su vida se convertiría en un completo infierno.

Lo mataría con su bondad. Estaba seguro de eso.

- Kate me escribe dos veces al mes -contestó Violet, con un delicado encogimiento de un hombro-. Me lo cuenta todo.

- ¿Anthony lo sabe? -murmuró Gregory.

- No tengo idea -dijo Violet, dándole una mirada de superioridad-. Eso en realidad, no es de tu incumbencia.

Buen Dios.

Gregory se las arregló para no decirlo en voz alta.

- Debo entender -continuó su madre-, que su hermano fue sorprendido en una posición comprometedoras con la hija de Lord Watson.

- ¿*En serio?* -Hyacinth estaba observando a la muchedumbre, pero se dio la vuelta por eso.

Violet asintió pensativamente.

- Me había preguntado por qué la boda se había celebrado tan rápidamente.

- Bien, por eso -dijo Gregory, casi como un gruñido.

- HmMMM -esto, lo hizo Hyacinth.

Esa era la clase de sonido que uno nunca desearía escuchar de parte de Hyacinth.

Violet se volvió hacia su hija y dijo:

- Realmente fue una conmoción.

- En realidad -dijo Gregory, irritándose cada vez más, con cada segundo-, todo fue manejado con discreción.

- Siempre se escuchan rumores -dijo Hyacinth.

- No te sumes a ellos -le advirtió Violet.

- No diré ni una palabra. -Prometió Hyacinth, haciendo un gesto con la mano, como si nunca hubiera hablado de nadie en su vida.

Gregory lanzó un resoplido.

- Oh, *por favor*.

- No lo haré -protestó ella-. Puedo guardar un secreto, cuando *sé* que es un secreto.

- Ah, lo que quieres decir, entonces, ¿es que no posees ningún sentido de la discreción?

Hyacinth entrecerró los ojos.

Gregory levantó las cejas.

- ¿Cuántos *años* tienen? -los interpuso Violet-. Por Dios, ustedes dos no han cambiado desde que estaban en pañales. Yo medio espero que empiecen a arrancarse los cabellos justo ahora.

Gregory apretó la mandíbula en una línea y miró resueltamente hacia delante. No había nada peor que sentirse pequeño, ante el reproche de la madre de uno.

- Oh, no seas aburrida, Madre -dijo Hyacinth, tomando el regaño con una sonrisa-. Él sabe que solo lo molesto porque lo

quiero mucho. -Le sonrió, de forma radiante y calurosa.

Gregory suspiró, porque era verdad, y por qué se sentía de la misma manera, y era, no obstante, agotador ser su hermano. Pero ambos eran mucho más jóvenes que el resto de sus hermanos, y como resultado, siempre habían estado juntos.

- A propósito, él siente lo mismo por mí -le dijo Hyacinth a Violet-. Pero como es un hombre, nunca diría eso.

Violet asintió con la cabeza.

- Eso es cierto.

Hyacinth se volvió hacia Gregory.

- Y solo para ser absolutamente clara, jamás te halaría el cabello.

Seguramente era su señal para alejarse. O perdería su sanidad. En realidad, eso dependía de él.

- Hyacinth -dijo Gregory-. Te adoro. Lo sabes. Madre, también te adoro. Y ahora me marcho.

- ¡Espera! -le gritó Violet.

Se dio la vuelta. Debió haber sabido que no sería fácil.

- ¿Me acompañarías?

- ¿A donde?

- Eh, a la boda, por supuesto.

Dios, ¿qué era ese horrible sabor en su boca?

- ¿La boda de quien? ¿De Lady Lucinda?

Su madre lo miró con los ojos azules más inocentes.

- No querría ir sola.

Él señaló con la cabeza a su hermana.

- Ve con Hyacinth.

- Ella querrá ir con Gareth -contestó Violet.

Gareth St. Clair era el esposo de Hyacinth desde hacia cuatro años. A Gregory le agradaba inmensamente y ambos habían desarrollado una excelente amistad, como para saber que Gareth preferiría echar sus párpados hacia atrás (y dejarlos así indefinidamente) que sentarse en una larga y prologada celebración social todo el día.

Considerando que Hyacinth siempre estaba, cuando no se molestaba en entrometerse, interesada en el cotilleo, lo que significaba que seguramente no desearía perderse una boda de tanta importancia. Alguien bebería demasiado, y alguien bailarían demasiado cerca, y Hyacinth odiaría ser la última en enterarse.

- ¿Gregory? -lo incitó su madre.

- No voy a ir.

- Pero...

- No estoy invitado.

- Seguramente fue un descuido. Uno que estoy segura, podrá ser corregido, después de tus esfuerzos de esta noche.

- Madre, aunque deseo mucho felicitar a Lady Lucinda, no tengo ningún deseo en asistir a la boda de nadie. Esos son asuntos sentimentales.

Silencio.

Nunca era una buena señal.

Miró a Hyacinth. Estaba mirándolo con los ojos abiertos de par en par.

- A ti te gustan las bodas -dijo.

Él gruñó. Parecía ser la mejor respuesta.

- Te gustan -dijo, ella-. En mi boda, tú...

- Hyacinth, eres mi hermana. Eso es diferente.

- Sí, pero también asististe a la boda de Felicity Albansdale, y a otras que recuerdo...

Gregory volvió su espalda hacia ella antes de que hiciera un recuento de sus tonterías.

- Madre -dijo él-. Gracias por la invitación, pero no deseo asistir a la boda de Lady Lucinda.

Violet abrió la boda como si fuera a hacerle una pregunta, pero después la cerró.

- Muy bien -dijo.

Gregory sospechó inmediatamente. Su madre no solía capitular tan rápidamente. Sin embargo, si profundizaba mucho más sus motivos, eliminaría cualquier oportunidad de un rápido escape.

Era una decisión muy fácil.

- Les digo a ambas *adieu* -dijo.

- ¿A dónde vas? -le exigió Hyacinth-. ¿Y por qué estás hablando en francés?

Él se volvió hacia su madre.

- Ella es toda tuya.

- Si -Violet suspiró-. Lo sé.

Hyacinth inmediatamente se volvió hacia ella.

- ¿Qué quieres decir con *eso*?

- Oh, por el amor de Dios, Hyacinth, eres...

Gregory se aprovechó de ese momento y se alejó mientras mantenía su atención fijada en todo el mundo.

La fiesta se estaba poniendo más abarrotada, y se le ocurrió que Lucy podía haber llegado mientras hablaba con su madre y su hermana. En ese caso, no estaría muy lejos del salón de baile, y por eso se dirigió hacia la línea de recepción. Fue un proceso lento; él había permanecido en el campo durante un mes, y todos parecían tener algo que decirle, pero nada de eso era remotamente de su interés.

- Que tenga mejor suerte -le murmuró a Lord Travelstam, quien estaba tratando de interesarlo en un caballo, que no podía permitirse el lujo de tener-. Estoy seguro que no tendrá ninguna dificultad...

Su voz se apagó.

No podía hablar.

No podía *pensar*.

Dios Santo, no otra vez.

- ¿Bridgerton?

Del otro lado del cuarto, justo en la puerta. Tres caballeros, una señora mayor, dos matronas y...

Ella.

Era ella. Y estaba siendo atraído, como si hubiera una soga entre ellos. Necesitaba estar a su lado.

- Bridgerton, es algo...

- Discúlpeme -logró decir Gregory, sobrepasando a Travelstam.

Era ella. Excepto...

Que era una ella diferente. No era Hermione Watson. Era... no sabía quien era; pero podía verle solo la espalda. Pero allí estaba... ese mismo sentimiento espléndido y terrible. Lo aturdía. Lo dominaba. Sus pulmones estaban vacíos. *Él* estaba vacío.

Y la deseaba.

Era como siempre lo había imaginado -ese mágico y casi incandescente sentido de saber que su vida estaba completa, que *ella* era la única.

Es solo que había sentido esto antes. Y Hermione Watson no había sido la única.

Dios Santo, ¿un hombre podía enamorarse estúpida e insensatamente dos veces?

¿Acaso no le había dicho a Lucy que fuera precavida y desconfiada, que cuando se sintiera abrumada con un sentimiento como ese, no confiara en él?

Pero aún así...

Allí estaba ella.

Y allí estaba *él*.

Y todo estaba sucediendo otra vez.

Era como cuando había estado con Hermione. No, era mucho peor. Su cuerpo le picaba; no podía mantener los dedos quietos en sus botas. Quería salir de un salto de su piel, correr a través del cuarto y... solo... solo...

Verla.

Quería que ella se volviera. Quería verle su rostro. Quería saber quien era.

Quería conocerla.

No.

No, se dijo, intentando obligar a sus pies a caminar en otra dirección. Esto era una locura. Debería marcharse. Debería salir inmediatamente.

Pero no pudo. Incluso con cada esquina racional de su alma gritándole que se diera la vuelta y se alejara, se dirigió hacia ese lugar, esperando que se volviera.

Orando para que lo hiciera.

Y entonces ella lo hizo.

Y ella era...

Lucy.

Se tambaleó como si algo lo hubiera golpeado.

¿Lucy?

No. No podía ser posible. Ya conocía a Lucy.

Ella no causaba este efecto en él.

La había visto docenas de veces, incluso la había besado, y nunca se había sentido así, como si el mundo pudiera tragárselo entero sino la alcanzaba y tomaba su mano en la suya.

Tenía que haber una explicación. Se había sentido de esta manera antes. Con Hermione.

Pero esta vez... no era lo mismo. Con Hermione había estado aturdido, nuevo. Había estado la emoción del descubrimiento, de la conquista. Pero ésta era Lucy.

Era Lucy, y...

Todos los recuerdos lo inundaron. La inclinación de su cabeza cuando le explicó el por qué los sándwiches deberían estar apropiadamente ordenados. La deliciosa expresión de irritación de su cara, cuando le había intentado explicar por qué lo estaba haciendo todo mal en su cortejo de la Srta. Watson.

La manera en la que se había sentido tan bien, solo por sentarse en un banco con ella en Hyde Park, para lanzarle pan a las palomas.

Y el beso. Dios bendito, *el beso*.

Todavía soñaba con ese beso.

Y quería que ella soñara con él, también.

Dio un paso. Solo uno -avanzando hacia delante y a un lado para poder verle bien su perfil. Todo era tan familiar ahora -la inclinación de su cabeza, la forma en que sus labios se movían cuando hablaba. ¿Cómo es que no pudo reconocerla instantáneamente, incluso cuando le miró la espalda? Los recuerdos habían estado allí, guardados en los huecos de su mente, pero no había querido -no se había permitido- reconocer su presencia.

Y entonces ella lo vio. Lucy lo vio. Primero la miró a los ojos, estos se abrieron de par en par y brillaron, luego vio la curva de sus labios.

Ella sonrió. Para él.

Eso lo llenó. Lo llenó, casi a punto de estallar. Solo era una sonrisa, pero era todo lo que necesitaba.

Empezó a caminar. Apenas si podía sentir sus pies, sin tener un control consciente sobre su cuerpo. Simplemente se movió, sabiendo desde lo más profundo de su interior, que tenía que alcanzarla.

- Lucy -dijo, una vez que estuvo a su lado, olvidándose que estaban rodeados de extraños, y mucho peor, de amigos, y él no debía presumir llamarla por su nombre.

Pero nada más se sentía correcto en sus labios.

- Sr. Bridgerton -dijo ella, pero sus ojos dijeron, *Gregory*.

Y en ese momento lo supo.

La amaba.

Era la sensación más extraña y maravillosa. Era estimulante. Era como si el mundo de repente se hubiera abierto para él. Claro. Lo entendió. Entendió todo lo que necesitaba saber, y estaba justo frente a sus ojos.

- Lady Lucinda -dijo, haciendo una profunda reverencia sobre su mano-. ¿Me concede este baile?



Capítulo 17

En el que la hermana de nuestro héroe hace los arreglos pertinentes.

Era el cielo.

Olvida a los ángeles, olvida a San Pedro y los clavicordios relucientes. El cielo era un baile en los brazos del verdadero amor de uno. Y cuando el uno en cuestión le faltaba solo una semana para casarse con alguien más en todo sentido, el uno previamente mencionado debía agarrar el cielo fuertemente con ambas manos.

Metafóricamente hablando.

Lucy sonreía abiertamente mientras se meneaba y se giraba. Ahora se lo imaginaba. ¿Qué diría la gente si se adelantaba y lo agarraba con ambas manos?

Para nunca soltarlo.

La mayoría diría que estaba loca. Algunos dirían que estaba enamorada. Un astuto podría decir que ambas cosas.

- ¿En qué está pensando? -preguntó Gregory. La estaba mirando... de una forma diferente.

Se dio la vuelta, dio un paso atrás. Se sentía atrevida, casi mágica.

- ¿Le importaría si no lo sabe?

Él caminó alrededor de la dama que estaba a su izquierda y volvió a su lugar.

- Me importaría -le contestó, sonriéndole como un lobo.

Pero ella apenas sonrió y agitó la cabeza. En ese momento quería pretender que era alguien más. Alguien un poco menos convencional. Alguien un tanto más impulsiva.

No quería ser la misma Lucy de siempre. No esta noche. Estaba harta de la planificación, harta de nunca hacer algo sin pensar primero en cada posibilidad y consecuencia.

Si hago esto, entonces pasará eso, pero si hago eso, entonces esto, esto, y lo otro pasará, que dará como resultado algo completamente diferente, lo que podría significar que...

Eso era suficiente para aturdir a una mujer. Era suficiente para hacerla sentir paralizada, incapaz de tomar las riendas de su propia vida.

Pero no esta noche. Esta noche, por alguna razón, o por algún milagro asombroso llamado la Duquesa de Hastings -o quizás por la viuda aristocrática Lady Bridgerton, Lucy no estaba segura- estaba vestida con la más exquisita seda verde, asistiendo al baile más glamoroso que hubiera podido imaginar en su vida.

Y estaba bailando con el hombre que estaba muy segura, amaría hasta el fin de sus días.

- Se ve diferente -dijo él.

- Me siento diferente. -Tocó su mano mientras cambiaban lugares el uno con el otro. Sus dedos agarraron los de ella, cuando en realidad, simplemente debían haberlos rozado. Ella levantó la mirada hacia él y se dio cuenta que la estaba mirando fijamente. Sus ojos eran calurosos e intensos y las estaba mirando de la misma manera...

Dios Santo, la estaba mirando de la misma manera en la que había mirado a Hermione.

Su cuerpo comenzó a estremecerse. Lo sentía en las puntas de sus pies, en lugares que no se atrevía a contemplar.

Cambiaron de lugares nuevamente, pero esta vez él se inclinó, quizás un poco más de lo que debía y dijo:

- Yo también me siento diferente.

Su cabeza dio un giro rápido, pero él ya se había dado la vuelta y su espalda estaba frente a ella. ¿Cómo es que era diferente? ¿Por qué? ¿Qué quería *decir* con eso?

Dio la vuelta alrededor del caballero que estaba a su izquierda, y luego se movió al lado de Gregory.

- ¿Está contenta de haber asistido esta noche? -murmuró él.

Ella asintió con la cabeza, ya que se había movido muy lejos, y no podía responderle sin gritar.

Pero entonces se juntaron nuevamente, y él susurró:

- Yo también.

Regresaron a sus lugares iniciales y permanecieron quietos mientras una pareja diferente empezaba el proceso. Lucy levantó la mirada. Hacia él. Hacia sus ojos.

Ellos nunca se apartaron de su rostro.

E incluso en la parpadeante luz de la noche -de los centenares de velas y antorchas que iluminaban el salón de baile- podía ver su brillo. La forma en que la miraba- era caliente, posesiva y orgullosa.

Eso la hizo estremecer.

La hizo dudar de su habilidad de estar en pie.

Cuando la música terminó, Lucy comprendió que había algunas cosas que de verdad debían ser inculcadas, porque estaba reverenciando, sonriéndole y asintiendo hacia la mujer que estaba a su lado, como si su vida entera no se hubiera alterado en el transcurso del baile anterior.

Gregory tomó su mano y la llevó al extremo del salón de baile, de regreso a donde las chaperonas esperaban, mirando a sus encargos sobre los márgenes de sus vasos de limonada. Pero antes de que llegaran a su destino, él se inclinó y le susurró en la oreja:

- *Necesito hablar contigo.*

Sus ojos volaron a los suyos.

- En privado -agregó él.

Ella sintió como ralentizaba su paso, probablemente para que les quedara más tiempo para hablar antes de que fuera devuelta al cuidado de su tía Harriet.

- ¿Sobre qué? -preguntó ella-. ¿Pasa algo malo?

Él agitó la cabeza.

- Ya no.

Y se permitió tener esperanza. Simplemente un poco, porque no podía soportar reflexionar lo angustiante que sería si estaba equivocada, pero quizás... quizás él la amaba. Quizás deseaba casarse con ella. Solo faltaba menos de una semana para su boda, pero todavía no había dicho sus votos.

Buscó pistas al examinar la cara de Gregory, buscó respuestas. Pero cuando trató de sacarle más información, él solo agitó la cabeza y susurró:

- En la biblioteca. Está a dos puertas del servicio de las damas. Encuéntrate conmigo allí, en treinta minutos.

- ¿Estás loco?

Él sonrió.

- Solo un poco.

- Gregory, yo...

Él miró fijamente sus ojos, y eso le impuso silencio. La manera en que estaba mirándola...

Le quitó el aliento.

- No puedo -susurró ella, porque no importaba lo que sentían el uno por el otro, aún seguía comprometida con otro hombre. Y aún cuando no lo estuviera, tal conducta solo los llevaría a un escándalo-. No puedo estar sola contigo. Lo sabes.

- Debes hacerlo.

Ella intentó negar con la cabeza, pero no pudo hacer ese movimiento.

- Lucy -dijo él-, debes hacerlo.

Ella asintió con la cabeza. Probablemente era el error más grande que podía cometer, pero no podía decirle que no.

- Sra. Abernathy -dijo Gregory, su voz sonaba demasiado fuerte mientras saludaba a la tía Harriet-. Traigo de vuelta a Lady Lucinda a su cuidado.

La tía Harriet asintió, aunque Lucy sospechaba que no tenía ni idea de lo que Gregory había dicho, ella se volvió hacia Lucy y le gritó:

- ¡Voy a sentarme!

Gregory se rió entre dientes y dijo:

- Debo bailar con otras damas.

- Claro -contestó Lucy, aunque sabía muy bien que no era conocedora de las muchas complejidades involucradas en la fijación de una reunión ilícita-. Veo a alguien que conozco -mintió, y para su gran alivio, en realidad sí vio a alguien que conocía- un conocido de la escuela. No era un buen amigo, pero aún así, era una cara lo suficientemente familiar como para ofrecerle sus saludos.

Pero antes de que Lucy pudiera flexionar su pie, escuchó una voz femenina convocando el nombre de Gregory.

Lucy no podía ver quien era, pero sí podía ver a Gregory. Él había cerrado los ojos y parecía muy dolido.

- ¡Gregory!

La voz se había acercado, y por eso Lucy se volvió hacia ella para ver a una mujer joven que solo podía ser una de las hermanas de Gregory. Probablemente era la menor, ya que estaba notablemente bien conservada.

- Esta debe ser Lady Lucinda -dijo la mujer. Lucy notó que su cabello, era del mismo color del de Gregory -un rico y caluroso alazán. Pero sus ojos eran azules, afilados y agudos.

- Lady Lucinda -dijo Gregory, sonando como un hombre con una tarea muy difícil -. Permítame presentarle a mi hermana, Lady St. Clair.

- Hyacinth -dijo ella firmemente-. Debemos olvidarnos de las formalidades. Estoy segura que seremos grandes amigas. Ahora, debe hablarme sobre usted. Y después desearía escuchar sobre la fiesta de Anthony y Kate el mes pasado. Me hubiera gustado ir, pero tenía un compromiso previo. Escuché que fue inmensamente entretenida.

Sobresaltada por el torbellino humano que estaba frente a ella, Lucy miró a Gregory para pedirle un consejo, pero él se encogió de hombros y dijo:

- Esta es a la que estoy aficionado a torturar.

Hyacinth se volvió hacia él.

- ¿Discúlpame?

Gregory hizo una reverencia.

- Debo irme.

Y entonces Hyacinth Bridgerton t. Clair, hizo la cosa más extraña. Entrecerró los ojos, y miró a su hermano, luego a Lucy y lo volvió a hacer otra vez. Luego otra vez. Y después una vez más. Y entonces dijo:

- Ustedes necesitan mi ayuda.

- Hy... -empezó Gregory.

- La necesitan -lo interrumpió-. Ustedes tienen planes. No traten de negarlo.

Lucy no podía creer que Hyacinth hubiera deducido todo eso solo con una reverencia y un *Debo irme*. Abrió la boca para hacerle una pregunta, pero todo lo que dijo fue:

- ¿Como...? -Antes de que Gregory la interrumpiera con una mirada de advertencia.

- Sé que escondes algo bajo la manga -le dijo Hyacinth a Gregory-. De lo contrario no hubieras llegado a tales alturas para asegurar su asistencia esta noche.

- Él solo estaba siendo amable -intentó decir Lucy.

- No sea tonta -dijo Hyacinth, dándole una palmadita tranquilizadora en el brazo-. Él nunca haría eso.

- Eso no es verdad -protestó Lucy. Gregory podía parecerse un poco a un demonio, pero su corazón era bueno y confiable, y no apoyaría a nadie que dijera -incluso a su hermana- lo contrario.

Hyacinth la miró con una sonrisa encantada.

- Me caes bien -dijo ella lentamente, como si estuviera decidiendo que decir-. Estás equivocada, por supuesto, pero me caes bien, de todas maneras. -Se volvió hacia su hermano-. Ella me cae bien.

- Sí, ya lo has repetido muchas veces.

- Y tú necesitas mi ayuda.

Lucy observó como el hermano y la hermana intercambiaban una mirada que no podía empezar a entender.

- Necesitarás mi ayuda -dijo Hyacinth suavemente-. Esta noche, y después, también.

Gregory miró intensamente a su hermana y dijo, con una voz tan queda, que Lucy tuvo que inclinarse hacia delante para escucharlo:

- Necesito hablar a solas con Lady Lucinda.

Hyacinth sonrió. Solo un poco.

- Puedo encargarme de eso.

Lucy tenía el presentimiento de que podía hacer algo.

- ¿Cuándo? -preguntó Hyacinth.

- Cuando se presente la oportunidad -contestó Gregory.

Hyacinth echó un vistazo alrededor del cuarto, Lucy apostaba su propia vida, a que no podía imaginar que clase de información estaba acumulando, que pudiera ser utilizada posiblemente para tomar una decisión sobre el asunto que tenían entre manos.

- En una hora -anunció ella, con toda la precisión de un general militar-. Gregory, márchate y has cualquier cosa que acostumbres a hacer en este tipo de asuntos. Baila. Ve a buscar limonada. Ve con esa muchacha Wilthford, que sus padres han estado tratando de colgarte durante meses.

- Y tú -continuó Hyacinth, volviéndose hacia Lucy con un destello de autoridad en su mirada-. Te quedarás conmigo. Te presentaré a todos los que necesitas conocer.

- ¿Y a quien necesito conocer? -preguntó Lucy.

- Todavía no estoy segura. En realidad eso no importa.

Lucy solo podía mirarla fijamente atemorizada.

- En precisamente cincuenta y cinco minutos -dijo Hyacinth-. Lady Lucinda arruinará su vestido.

- ¿Lo haré?

- Lo hará -contestó Hyacinth-. Soy buena en esa clase de cosas.

- ¿Vas a arruinar su vestido? -preguntó Gregory dudosamente-. ¿Aquí en el salón de baile?

- No te preocupes por los detalles -dijo Hyacinth, haciendo un gesto despectivo con la mano hacia él-. Solo ve y haz tu parte, y encuéntrate con ella en el vestidor de Daphne en una hora.

- ¿En la alcoba de la duquesa? -ladró Lucy. Posiblemente no podría hacer eso.

- Ella es Daphne para nosotros -dijo Hyacinth-. Ahora, vamos, vete de aquí.

Lucy apenas la miró fijamente y parpadeó. ¿Acaso no debía quedarse al lado de Hyacinth?

- Eso es para él -dijo Hyacinth.

Y entonces Gregory hizo la cosa más sorprendente. Tomó la mano de Lucy. Allí, en mitad del salón de baile donde todo el mundo podía darse cuenta, tomó su mano y la besó.

- Te dejo en buenas manos -le dijo a ella, dando un paso atrás con una reverencia cortés. Le ofreció a su hermana una mirada de advertencia antes de agregar:- Esto es tan difícil como creer.

Se marchó, probablemente para hablar con alguna pobre mujer confiada, quien no tenía idea que no era más que un inocente peón en el plan maestro de su hermana.

Lucy volvió su mirada hacia Hyacinth, un poco agotada por todo el encuentro. Hyacinth le estaba sonriendo.

- Bien hecho -dijo, aunque a Lucy le sonó como si estuviera felicitándose-. Ahora -continuó-, ¿por qué mi hermano necesita hablar con usted? Y no me diga que no tiene ni idea, porque no le creeré.

Lucy reflexionó sobre la sabiduría de varias respuestas y finalmente eligió:

- No tengo ni idea -lo que no era precisamente cierto, pero no iba a divulgarle sus más secretas esperanzas y sueños a una

mujer, que había conocido solo minutos antes, no importaba de quien fuera hermana.

Y eso la hizo sentir como si hubiera ganado el punto.

- ¿De verdad? -Hyacinth la miraba con sospecha.

- De verdad.

Hyacinth estaba claramente escéptica.

- Bueno, por lo menos, es inteligente. Le concederé eso.

Lucy decidió que no iba a quedarse sumisa.

- Sabe -dijo-, pensé que yo era la persona más organizada y eficiente que conocía, pero pienso que usted es mucho peor.

Hyacinth se rió.

- Oh, no soy organizada en absoluto. Pero lo *estoy* intentando. Creo que nos llevaremos muy bien. -Envolvió su brazo en el de Lucy-. Como hermanas.

* * * * *

Una hora después, Lucy había comprendido tres cosas sobre Hyacinth, Lady St. Clair.

Primero, conocía a todo el mundo. Y sabía todo sobre todo el mundo.

Segundo, era un tesoro de información sobre su hermano. Lucy no había necesitado hacer ninguna pregunta, pero cuando salieron del salón de baile, ya sabía el color favorito de Gregory (azul) y la comida (el queso, de cualquier clase), y que cuando era niño había hablado con un ceceo.

Lucy también había aprendido a que nunca debía cometer el error de infravalorar a la hermana menor de Gregory. No solo había roto el vestido de Lucy, sino que también había logrado con el suficiente don y destreza, que cuatro personas fueran conscientes de la desgracia (y la necesidad de

repararla). Y le había hecho todo el daño al dobladillo, para preservar convenientemente, la modestia de Lucy.

Era realmente impresionante.

- He hecho esto antes -le confió Hyacinth cuando la guió para salir del salón de baile.

Lucy no estaba sorprendida.

- Es un talento útil -agregó Hyacinth, sonando excesivamente seria-. Aquí, por este camino.

Lucy la siguió por una escalera trasera.

- Hay muchas excusas disponibles para una mujer que desea escaparse de un acto social -continuó Hyacinth, desplegando un notable talento para pegarse en el tema elegido como la goma-. Nos toca dominar todas las armas que tenemos en nuestro arsenal.

Lucy estaba empezando a creer que había llevado una vida muy protegida.

- Ah, aquí estamos -Hyacinth empujó la puerta para abrirla. Se asomó adentro-. Él todavía no está aquí. Bien. Eso me dará tiempo.

- ¿Para qué?

- Para remendar tu vestido. Confieso que olvidé un detalle cuando formulé mi plan. Pero sé donde Daphne guarda las agujas.

Lucy la observó mientras caminaba hacia un tocador y abría un cajón.

- Justo donde pensé que estaban -dijo Hyacinth con una sonrisa triunfante-. Me encanta cuando tengo razón. Eso hace que la vida sea más conveniente, ¿no te parece?

Lucy asintió, pero en su mente estaba su propia pregunta.

- ¿Por qué estás ayudándome?

Hyacinth la miró como si fuera una tonta.

- Tú no puedes regresar con ese vestido roto. No después de que dijimos que nos íbamos a marchar, para remendarlo.

- No, no hablo de eso.

- Oh. -Hyacinth levantó una aguja y la miró pensativamente-. Esto funcionará. ¿Qué color de hilo debo utilizar?

- Blanco, y no has contestado mi pregunta.

Hyacinth arrancó un pedazo de hilo de la bobina y lo resbaló a través del ojo de la aguja.

- Me caes bien -dijo-. Y amo a mi hermano.

- Sabes que estoy comprometida para casarme -dijo Lucy con voz queda.

- Lo sé. -Hyacinth se arrodilló a los pies de Lucy, y con puntadas rápidas y descuidadas empezó a coser.

- En una semana. Menos de una semana.

- Lo sé. Fui invitada.

- Oh. -Lucy supuso que debió haberlo sabido-. Erm, ¿planea asistir?

Hyacinth levantó la mirada hacia ella.

- ¿Y tú?

Los labios de Lucy se separaron. Hasta ese momento, la idea de no casarse con Haselby era algo vaga e improbable, era un sentimiento del tipo *oh-como-deseo-no-tener-que-casarme-con-él*. Pero ahora, con Hyacinth mirándola tan cuidadosamente, eso empezó a sentirse un poco más firme. Todavía era imposible, claro, o por lo menos...

Bueno, quizás...

Quizás no era tan imposible. Quizás solo completamente imposible.

- Los papeles ya están firmados -dijo Lucy.

Hyacinth regresó a su costura.

- ¿Lo están?

- Mi tío lo *escogió* a él -dijo Lucy, preguntándose a quien estaba intentando convencer-. Ha sido arreglado hace mucho tiempo.

- Mmmm.

¿*Mmmm?* ¿Qué demonios significaba *eso*?

- Y él no me ha... Y tu hermano no me ha... -Lucy luchó con las palabras, mortificada de que estaba descargándose con una extraña, con la propia hermana de Gregory, por el amor de Dios. Pero Hyacinth no estaba diciendo nada; simplemente estaba sentada allí, con los ojos enfocados en la aguja que entraba y salía del dobladillo de Lucy. Y si Hyacinth no decía nada, entonces Lucy tenía que hacerlo. Porque... porque...

Bien, porque sí.

- Él no me ha hecho ninguna promesa -dijo Lucy, con la voz prácticamente agitada-. No me ha declarado sus intenciones.

Ante eso, Hyacinth levantó la mirada. Echó un vistazo alrededor del cuarto, como si dijera, *Míranos, remendando tu vestido en la alcoba de la Duquesa de Hastings*. Y murmuró:

- ¿No lo ha hecho?

Lucy cerró los ojos en agonía. Ella no era como Hyacinth St. Clair. Uno solo necesitaba un cuarto de hora en su compañía para saber que podría atreverse a todo, tomar cualquier oportunidad para asegurar su propia felicidad. Desafiaría el convencionalismo, se pondría de pie ante la más áspera de las críticas, y seguiría completamente intacta, en cuerpo y alma.

Lucy no era tan fuerte. No estaba gobernada por las pasiones. Su musa siempre había sido el buen sentido. El pragmatismo.

¿No había sido ella la que le había dicho a Hermione que tenía que casarse con un hombre al que sus padres pudieran aprobar?

¿Acaso no le había dicho a Gregory que no quería un amor violento y abrumador? ¿Qué simplemente no era de esa clase de mujer?

No era de esa clase de personas. No lo era. Cuando su institutriz había hecho dibujos con líneas para que ella los rellenara, siempre había coloreado entre las líneas.

- No creo que pueda hacerlo -susurró Lucy.

Hyacinth sostuvo su mirada por un momento agónicamente largo antes de regresar a su costura.

- Te he juzgado mal -dijo ella suavemente.

Eso golpeó a Lucy como una palmada en el rostro.

- ¿Qu... qu...?

¿Qué dices?

Pero los labios de Lucy no podían formar las palabras. No deseaba escuchar su respuesta. Y Hyacinth volvió a ser la misma rápidamente, porque levantó la mirada con una expresión de irritación cuando le dijo:

- No te muevas tanto.

- Lo siento -masculló Lucy. Y pensó: *Lo he dicho de nuevo. Soy tan predecible, tan absolutamente convencional y falta de imaginación.*

- Todavía te estás moviendo.

- Oh. -Dios santo, ¿Cómo es que no podía hacer nada bien esa noche?-. Lo siento.

Hyacinth la pinchó con la aguja.

- Todavía te estás moviendo.

- ¡No lo estoy! -Lucy casi gritó.

Hyacinth sonrió para sí misma.

- Eso está mejor.

Lucy bajó la mirada y frunció el ceño.

- ¿Estoy sangrando?

- Sí, lo estás -dijo Hyacinth, mientras se levantaba-. Y nadie más tiene la culpa sino tú.

- ¿Discúlpame?

Pero Hyacinth ya estaba en pie, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

- Allí -anunció, haciendo señas hacia su manualidad-. Seguramente no está como nuevo, pero pasará cualquier inspección esta noche.

Lucy se arrodilló para inspeccionar su dobladillo. Hyacinth había sido muy generosa en su auto alabanza. La costura era un desastre.

- Nunca he sido buena con la aguja -dijo Hyacinth con un indiferente encogimiento de hombros.

Lucy se incorporó, luchando contra el impulso de arrancar las puntadas y arreglarlas.

- Me lo podrías haber dicho antes -murmuró.

Los labios de Hyacinth se curvaron en una sonrisa lenta y maliciosa.

- Vaya, vaya -dijo-. Que espinosa te has puesto de repente.

Lucy la sorprendió al decirle:

- Me has hecho daño.

- Posiblemente -contestó Hyacinth, sonando como si no le importara de una manera u otra. Miró hacia la puerta con una expresión inquisidora-. Él debería estar aquí ahora.

El corazón de Lucy latió extrañamente en su pecho.

- ¿Todavía planeas ayudarme? -susurró.

Hyacinth se dio la vuelta.

- Espero -contestó, encontrándose con los ojos de Lucy con una tranquila evaluación-, que seas tú quien se juzgue mal.

* * * * *

Gregory llegó diez minutos después de lo que habían acordado. No pudo evitarlo; una vez había bailado con una joven dama, se había puesto claro que debía repetirle el favor a otra media docena. Y aunque era difícil mantener su atención en las conversaciones tenía que comportarse, sin preocuparse por el retraso. Eso significaba que Lucy y Hyacinth habían salido antes de que él saliera por la puerta. Pensó en encontrar la manera de convertir a Lucy en su esposa, pero no había necesidad de ir en busca de un escándalo.

Caminó hacia la alcoba de su hermana; había pasado incontables horas en Hasting House y sabía hacia donde se estaba dirigiendo. Cuando alcanzó su destino, entró sin golpear, las bisagras bien engrasadas de la puerta le permitieron entrar sin hacer ruido.

- Gregory.

Se escuchó primero la voz de Hyacinth. Ella estaba de pie al lado de Lucy, quien lucía...

Herida.

¿Qué le había hecho Hyacinth?

- ¿Lucy? -le preguntó, apresurándose hacia ella-. ¿Sucedo algo?

Lucy negó con la cabeza.

- No es nada de importancia.

Él se volvió hacia su hermana con ojos acusadores.

Hyacinth se encogió de hombros.

- Estaré en el otro cuarto.

- ¿Escuchando en la puerta?

- Esperaré en el escritorio de Daphne -dijo ella-. Está a medio camino, del otro lado del cuarto, y antes de que hagas alguna objeción, no puedo ir más lejos. Si alguien llega, necesitarás de mi presencia inmediata para que todo sea respetable.

Su punto era válido, pero aunque Gregory estaba renuente a admitirlo, le ofreció una pequeña inclinación de asentimiento, la observó mientras salía del cuarto, y esperó por el clic del pestillo de la puerta antes de hablar.

- ¿Te dijo algo cruel? -le preguntó a Lucy-. Ella puede ser vergonzosamente indiscreta, pero su corazón está normalmente del lado correcto.

Lucy negó con la cabeza.

- No -dijo suavemente-. Creo que dijo exactamente lo correcto.

- ¿Lucy? -la miró inquisidoramente.

Sus ojos, que habían parecido antes tan nublados, ahora parecían enfocarse.

- ¿Qué tienes que decirme? -dijo ella.

- Lucy -dijo, preguntándose cual era la mejor forma de afrontar esto. Había estado ensayando los discursos en su mente todo el tiempo, mientras bailaba en el piso inferior, pero ahora que estaba aquí, no sabía qué decir.

O más bien, sí. Pero no sabía el orden, no sabía el tono. ¿Le iba a decir que la amaba? ¿Iba a desnudarle su corazón a una mujer que pensaba casarse con otro? ¿O quizás optaría por la ruta más segura y le explicaría la razón por la cual ella no podía casarse con Haselby?

Un mes atrás, la opción habría sido obvia. Era un romántico, aficionado a los grandes gestos. Le habría

declarado su amor, seguro de una feliz recepción. Le habría tomado la mano. Se hubiera arrodillado.

La habría besado.

Pero ahora...

Ya no estaba tan seguro. Confiaba en Lucy, pero no confiaba en el destino.

- No puedes casarte con Haselby -dijo

Sus ojos se abrieron de par en par.

- ¿Qué quieres decir?

- No puedes casarte con él -contestó, evadiendo su pregunta-. Será un desastre. Será... debes confiar en mí. No debes casarte con él.

Ella agitó la cabeza.

- ¿Por qué me estás diciendo esto?

Porque te quiero para mí.

- Porque... porque... -luchó con las palabras-. Porque te has convertido en mi amiga. Y deseo tu felicidad. Él no será un buen esposo para ti, Lucy.

- ¿Por qué no? -su voz era baja, vacía, y dolorosamente contraria a lo que ella era.

- Él -Dios santo, ¿Cómo iba a decírselo? ¿Acaso entendería lo que le quería decir?-. El no... -tragó saliva. Tenía que haber una forma más suave para decirlo-. Él no... algunas personas...

La miró. Su labio inferior estaba temblando.

- Él prefiere a los hombres -dijo, soltando las palabras tan rápidamente como era capaz-. Que a las mujeres. Algunos hombres son así.

Y esperó. Por un buen rato, ella no reaccionó, solo se quedó allí como una estatua trágica. De vez en cuando

pestañeaba, pero aparte de eso, nada. Hasta que finalmente dijo:

- ¿Por qué?

¿Por qué? No la entendía.

- ¿Por qué él es...?

- No -dijo ella enérgicamente-. ¿Por qué me lo dijiste? ¿Por qué tuviste que decírmelo?

- Te lo he dicho...

- No, no lo hiciste para ser amable. ¿Por qué me lo dijiste? ¿Solo para ser cruel? ¿Para hacerme sentir de la misma forma en la que te sientes, porque Hermione se casó con mi hermano y no contigo?

- ¡No! -la palabra explotó fuera de él, y la agarró, envolviendo las manos alrededor de sus antebrazos-. No, Lucy -dijo, de nuevo-. Nunca haría eso. Solo quiero que seas feliz. Yo quiero...

A ella. La quería a ella, y no sabía como decirlo. No en ese momento, no cuando estaba mirándolo como si él le hubiera roto el corazón.

- Hubiera podido ser feliz con él -susurró ella.

- No. No, no hubieras podido. No entiendes, él...

- Si, hubiera podido -gritó ella-. Quizás nunca lo hubiera amado, pero hubiera podido ser feliz. Era lo que yo esperaba. Entiendes, para eso fui preparada. Y tú... tú... -se apartó, volviéndose hasta que él no pudo verle más su rostro-. Lo arruinaste.

- ¿Cómo?

Ella levantó los ojos hacia los suyos, y la mirada en ellos era tan severa, tan profunda, que le quitó el aliento. Y dijo:

- Porque me hiciste quererte en su lugar.

Su corazón se cerró de golpe en su pecho.

- Lucy -dijo, porque no podía decir nada más-. Lucy.

- No se que hacer -confesó ella.

- Bésame. -Tomó la cara de ella entre sus manos-. Solo bésame.

Esta vez, cuando la besó, fue diferente. Ella era la misma mujer entre sus brazos, pero él no era el mismo hombre. Su necesidad por ella era más profunda, más elemental.

La amaba.

La besó con todo lo que tenía, con cada respiración, con cada latido de su corazón. Sus labios encontraron su mejilla, su frente, sus orejas, y todo el tiempo, susurraba su nombre como una oración...

Lucy... Lucy... Lucy.

La quería. La necesitaba.

La necesitaba como el aire.

Como la comida.

Como el agua.

Su boca se desplazó a su cuello, luego bajó hacia el borde del encaje de su corpiño. Su piel ardía debajo de él, y cuando sus dedos deslizaron el vestido de uno de sus hombros, ella jadeó...

Pero no lo detuvo.

- Gregory -susurró, sus dedos se enterraron en su cabello mientras los labios de él se movían a lo largo de su clavícula-. Gregory, oh Dios m... Gregory.

Su mano se movió reverentemente sobre la curva de su hombro. Su piel brillaba pálida y suave bajo la luz de la vela, y fue golpeado por un intenso sentido de posesión. De orgullo.

Ningún hombre la había visto así, y rezó para que ningún otro hombre lo hiciera alguna vez.

- No puedes casarte con él, Lucy -susurró urgentemente, sus palabras eran calientes contra su piel.

- Gregory, no -gimió ella.

- No puedes. -Porque sabía que no podía permitir que eso continuara así, se enderezó, presionando un último beso contra sus labios antes de dar un paso atrás, forzándola a que lo mirara a los ojos.

- No puedes casarte con él -dijo de nuevo.

- Gregory, que puedo...

Él le agarró los brazos. Fuertemente. Y le dijo:

- *Te amo.*

Sus labios se abrieron. Ella no podía hablar.

- Te amo -dijo otra vez.

Lucy tenía la sospecha -tenía la esperanza- pero realmente no se había permitido creer en ella. Cuando finalmente encontró sus propias palabras, dijo:

- ¿De verdad?

Él sonrió, y luego se rió, y después descansó su frente en la suya.

- Con todo mi corazón -le prometió-. Es solo que no me había dado cuenta. Soy un tonto. Un ciego. Un...

- No -lo interrumpió, mientras agitaba la cabeza-. No te lastimes. Nadie me nota cuando Hermione está cerca.

Sus dedos la apretaron más fuerte.

- Ella no te llega ni a los pies.

Un sentimiento caluroso empezó a extenderse a través de sus huesos. No era deseo, ni pasión, era simplemente pura felicidad.

- Estás hablando en serio -susurró ella.

- Lo suficiente para mover cielo y tierra para asegurarme de que no lleves a cabo tu boda con Haselby.

Ella empalideció.

- ¿Lucy?

No. Podía hacerlo. Debía hacerlo. Era casi cómico, en realidad. Había pasado tres años diciéndole a Hermione que tenía que ser práctica, obedecer las reglas. Se había mofado cuando Hermione le había hablado del amor, de la pasión, y de escuchar música. Y ahora...

Tomó una profunda y fortificante respiración. Y ahora iba a romper su compromiso.

El que se había arreglado hace años.

Con el hijo de un conde.

Cinco días antes de la boda.

Santísimo Dios, el escándalo.

Dio un paso atrás, levantando la barbilla para poder observar la cara de Gregory. Sus ojos la estaban mirando con todo el amor que ella sentía.

- Te amo -susurró ella, porque no se lo había dicho aún-. Yo también te amo.

Por primera vez iba a dejar de pensar en todos los demás. No iba a tomar lo que se le daba y hacer lo mejor con eso. Iba a alcanzar su propia felicidad, hacer su propio destino.

No iba a hacer lo que esperaban de ella.

Iba a hacer lo que *ella* quería.

Era el momento.

Apretó las manos de Gregory. Y sonrió. Esto no era algo tentativo, sino amplio y seguro, lleno de esperanzas, lleno de sueños -y el conocimiento de que ella podía lograrlos todos.

Sería difícil. Sería aterrador.

Pero valía la pena.

- Hablaré con mi tío -dijo, las palabras eran firmes y seguras-. Mañana.

Gregory tiró de ella y la puso contra él para darle un último beso, rápido, apasionado y lleno de promesas.

- ¿Puedo acompañarte? -preguntó-. ¿Puedo visitarlo para informarlo de mis intenciones?

La nueva Lucy, la atrevida y audaz Lucy, le preguntó:

- ¿Y cuales *son* tus intenciones?

Los ojos de Gregory se abrieron de par en par con la sorpresa, luego con aprobación y después tomó sus manos entre las suyas.

Ella sabía lo que él estaba haciendo antes de verlo con sus propios ojos. Sus manos parecían deslizarse a lo largo de su cuerpo mientras descendía...

Hasta que hincó una rodilla, mirándola como si no hubiera una mujer más hermosa en todo la creación.

- Lady Lucinda Abernathy -dijo, su voz era ferviente y segura-. ¿Me concedería el gran honor de convertirse en mi esposa?

Ella intentó hablar. Intentó asentir con la cabeza.

- Cásate conmigo, Lucy -dijo-. Cásate conmigo.

Y esa vez, ella lo hizo:

- Sí. -Dijo-. ¡Sí! ¡Oh, sí!

- Te haré feliz -dijo él, incorporándose para abrazarla-. Te lo prometo.

- No hay ninguna necesidad de que me lo prometas. -Agitó la cabeza, sofocando las lágrimas-. No hay manera de que no puedas hacerlo.

Él abrió la boca, probablemente para decirle algo más, pero se detuvo cuando escuchó un golpe en la puerta, suave pero rápido.

Hyacinth.

- Ve -dijo Gregory-. Deja que Hyacinth te lleve de vuelta al salón de baile. Yo iré después.

Lucy asintió, acomodando su vestido hasta que puso todo en su lugar.

- Mi cabello -susurró ella, sus ojos volaron a los suyos.

- Es encantador -le aseguró él-. Luces perfecta.

Se apresuró a ir a la puerta.

- ¿Estás seguro?

- *Te amo* -dijo con voz hueca. Y sus ojos dijeron lo mismo.

Lucy tiró de la puerta para abrirla, y Hyacinth se apresuró para entrar.

- Cielo santo, ustedes si que son lentos -dijo-. Tenemos que regresar. Ahora.

Caminó de la puerta al corredor, y se detuvo, mirando a Lucy primero, y luego a su hermano. Su mirada se clavó sobre Lucy, y levantó una ceja de forma inquisidora.

Lucy se mantuvo en alto.

- Tú no me juzgaste mal -dijo con voz queda.

Los ojos de Hyacinth se abrieron de par en par, y sus labios se curvaron.

- Bueno.

Y eso era, comprendió Lucy. Era muy bueno, en efecto.



Capítulo 18

En el que nuestra heroína hace un descubrimiento terrible.

Ella podía hacer esto.

Podía.

Solo necesitaba tocar.

Y todavía estaba allí de pie, afuera de la puerta del estudio de su tío, con los dedos enroscados en un puño, como si estuviera lista para abrir la puerta.

Pero no lo suficiente.

¿Cuánto tiempo llevaba de pie allí? ¿Cinco minutos? ¿Diez? De cualquier modo, era lo suficiente para marcarla como una boba ridícula. Una cobarde.

¿Cómo había pasado esto? ¿Por qué había sucedido? En la escuela había sido conocida por ser capaz y pragmática. Era la muchacha que lograba que las cosas se hicieran. No era tímida. No era temerosa.

Pero cuando tenía que ver con su tío Robert...

Suspiró. Siempre había sido así con su tío. Él era tan severo, tan taciturno.

Era tan diferente a como había sido su risueño padre.

Siempre se había sentido como una mariposa cuando se marchaba para la escuela, pero cuando regresaba, era como si

regresara a su apretado y pequeño capullo. Se tornaba aburrida, callada.

Sola.

Pero no esta vez. Inhaló, cuadró sus hombros. Esta vez diría lo que tenía que decir. Se haría escuchar.

Levantó la mano. Golpeó.

Esperó.

- Entre.

- Tío Robert -dijo ella, al entrar en su estudio. Se sentía oscuro, incluso con la luz del sol del final de la tarde que entraba a través de la ventana.

- Lucinda -dijo él, mirándola brevemente antes de regresar a sus papeles-. ¿Qué pasa?

- Necesito hablar contigo.

Él hizo una anotación, frunció el ceño ante su trabajo, y luego secó su tinta.

- Habla.

Lucy se aclaró la garganta. Esto podría ser mucho más fácil si él simplemente *levantara la mirada* hacia ella. Odiaba hablarle a la cima de su cabeza, lo odiaba.

- Tío Robert -dijo ella de nuevo.

Él gruñó una respuesta pero siguió escribiendo.

- *Tío Robert.*

Vio como sus movimientos se ralentizaban, y entonces, finalmente, la miró.

- ¿Qué sucede, Lucinda? -preguntó él, claramente molesto.

- Tenemos que hablar sobre Lord Haselby. -Eso. Lo había dicho.

- ¿Hay algún problema? -preguntó él lentamente.

- No. -Se escuchó decir a sí misma, aunque eso no era cierto. Pero era lo que siempre decía cuando alguien le preguntaba si había un problema. Era una de esas cosas que simplemente le salían, como *Perdoneme*, o *Discúlpeme*.

Había sido entrenada para decir eso.

¿Hay algún problema?

No, claro que no. No, no se preocupe por mis deseos. No, por favor, no se preocupe por mí.

- ¿Lucinda? -la voz de su tío era afilada, produciendo prácticamente un efecto desagradable.

- No -dijo ella de nuevo, más fuerte esta vez, como si el volumen le diera valor-. Quiero decir, sí, hay un problema. Y necesito hablar contigo sobre él.

Su tío le ofreció una mirada aburrida.

- Tío Robert -empezó ella, sintiéndose como si estuviera andando de puntillas a través de un campo de erizos-. Sabes... -se mordió el labio, mirando a todos lados menos a su cara-. Es decir, eres consciente...

- Dilo rápido -chasqueó él.

- Lord Haselby -dijo Lucy rápidamente, desesperada por salir de eso-. A él no le gustan las mujeres.

Por un momento el Tío Robert no hizo nada más que mirarla. Y entonces él...

Sonrió.

Sonrió.

- ¿Tío Robert? -el corazón de Lucy empezó a latir demasiado rápido-. ¿Lo sabías?

- Claro que lo sabía -chasqueó él-. ¿Por qué piensas que su padre está tan deseoso de tenerte? Sabe que tú no dirás nada.

¿Por qué no diría nada?

- Deberías agradecermelo -dijo el Tío Robert severamente, acortando sus pensamientos-. La mitad de los hombres de la *ton*, son brutos. Estoy dándote el único que no te molestará.

- Pero...

- ¿Tienes alguna idea de a cuantas mujeres les encantaría estar en tu lugar?

- Ese no es el punto, Tío Robert.

Sus ojos se volvieron a helar.

- ¿Qué dices?

Lucy permaneció perfectamente quieta, comprendiendo de repente que debía hacerlo. Este era el momento. Nunca lo había desobedecido antes, y probablemente nunca lo haría de nuevo.

Tragó saliva. Y entonces lo dijo:

- No deseo casarme con Lord Haselby.

Silencio. Pero en sus ojos...

Sus ojos eran tormentosos.

Lucy se encontró con su mirada con una tranquila distancia. Podía sentir como una nueva fuerza extraña crecía dentro de ella. No cedería. No ahora, cuando el resto de su vida estaba en juego.

Los labios de su tío se fruncieron y retorcieron, incluso cuando el resto de su cara parecía hecha de piedra. Finalmente, solo cuando Lucy estaba segura de que el silencio la debilitaría, preguntó, tajantemente:

- ¿Puedo saber por qué?

- Yo... yo quiero hijos -dijo Lucy, utilizando la primera excusa que pudo encontrar.

- Oh, los tendrás -dijo él.

Luego sonrió, y su sangre se volvió a helar.

- ¿Tío Robert? -susurró ella.

- Puede que a él no le gusten las mujeres, pero podrá hacer el trabajo bastante a menudo para sacar un mocoso de ti. Y si él no puede... -se encogió de hombros.

- ¿Qué? -Lucy sentía como el pánico crecía en su pecho-. ¿Qué quieres decir?

- Davenport se encargará de eso.

- ¿Su padre? -jadeó Lucy.

- De cualquier modo, será un heredero masculino directo, y eso es todo lo que importa.

La mano de Lucy voló a su boca.

- Oh, no puedo. No puedo. -Pensó en Lord Davenport, con su horrible respiración y sus cachetes flácidos. Y sus ojos crueles. Él no sería amable. No sabía como lo sabía, pero él no sería amable.

Su tío se apoyó adelante en su silla, entrecerrando los ojos amenazadoramente.

- Todos tenemos que asumir nuestras posiciones en la vida, Lucinda, y la tuya es ser la esposa de un noble. Tu deber es proporcionar un heredero. Y lo harás, de cualquier manera que Davenport juzgue necesaria.

Lucy tragó saliva. Siempre había hecho lo que se le decía. Siempre había aceptado que el mundo funcionaba de ciertas maneras. Los sueños podrían ajustarse; el orden social no.

Toma lo que se te da, y haz lo mejor con ello.

Era lo que siempre había dicho. Era lo que siempre había hecho.

Pero esta vez no.

Levantó la mirada, directamente hacia los ojos de su tío.

- No lo haré -dijo, y su voz no vaciló-. No me casaré.

- ¿Qué... has... dicho? -cada palabra salió como si fuera una frase pequeña, enfatizante y fría.

Lucy tragó saliva.

- Dije...

- ¡Sé lo que dijiste! -rugió él, cerrando las manos de golpe sobre su escritorio mientras se incorporaba-. ¿Cómo te atreves a cuestionarme? Te he criado, te he alimentado, te he dado cada maldita cosa que has necesitado. He cuidado y he protegido a esta familia durante diez años, cuando nada de eso -*nada de eso*- era mi obligación.

- Tío Robert -intentó decirle ella. Pero apenas si podía escuchar su propia voz. Cada palabra que él había dicho era verdadera. Él no poseía esta casa. No poseía la Abadía, o cualquiera de las otras propiedades de los Fennsworth. No tenía nada aparte de lo que Richard quisiera darle una vez, que asumiera su posición totalmente como conde.

- Soy tu tutor -dijo su tío, su voz baja tembló-. ¿Entiendes? Te casarás con Haselby, y no hablaremos de esto otra vez.

Lucy miró fijamente a su tío con horror. Él había sido su tutor durante diez años, y en todo ese tiempo, nunca lo había visto perder la compostura. Su disgusto era siempre frío.

- Es por ese idiota Bridgerton, ¿no es así? -soltó él, lanzando furiosamente algunos libros de su escritorio. Ellos dieron volteretas en el suelo con un fuerte porrazo.

Lucy saltó hacia atrás.

- ¡Dímelo!

Ella no dijo nada, observando a su tío cautelosamente mientras él avanzaba hacia ella.

- ¡Dímelo! -rugió él.

- Sí -dijo ella rápidamente, retrocediendo otro paso-. ¿Como...? ¿Cómo supiste?

- ¿Acaso piensas que soy un idiota? ¿Su madre y su hermana, *ambas* me pidieron el favor de que les hicieras compañía el mismo día? -juró entre dientes-. Obviamente estaban tramando algo para sacarte de aquí.

- Pero tú me permitiste ir al baile.

- ¡Porque su hermana es una duquesa, pequeña tonta! Incluso Davenport estuvo de acuerdo en que tú tenías que asistir.

- Pero...

- Dios del cielo -juró el Tío Robert, obligando a Lucy a hacer silencio-. No puedo creer en tu estupidez. ¿Acaso él te ha prometido matrimonio? ¿Realmente estás preparada para rechazar al heredero de un condado, por la *posibilidad* de casarte con el cuarto hijo de un vizconde?

- Sí -susurró Lucy.

Su tío debió haber visto la determinación en su cara, porque palideció.

- ¿Qué has hecho? -exigió él-. ¿Le has permitido tocarte?

Lucy pensó en su beso y se ruborizó.

- Eres una tonta -siseó él-. Bueno, afortunadamente para ti, Haselby no sabrá diferenciar a una virgen de una prostituta.

- ¡Tío Robert! -Lucy tembló con horror. No había crecido tan intrépida como para que pudiera permitirle descaradamente que la creyera impura-. Jamás haría -yo no- ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

- Porque estás actuando como una maldita idiota -chasqueó él-. A partir de este minuto, no saldrás de la casa hasta que llegue el momento de tu boda. Si tengo que apostar a unos guardias en la puerta de tu alcoba, lo haré.

- ¡No! -gritó Lucy-. ¿Cómo puedes hacerme esto? ¿Por qué es tan importante? No necesitamos su dinero. No necesitamos sus conexiones. ¿Por qué no puedo casarme por amor?

Al principio su tío no reaccionó. Estaba de pie, como si estuviera congelado, él único movimiento visible de su cuerpo, era la vena que latía en su sien. Y entonces, cuando Lucy pensó que podía comenzar a respirar de nuevo, él maldijo violentamente y arremetió contra ella, fijándola contra la pared.

- ¡Tío Robert! -dijo ella casi sin resuello. Tenía la mano de él en su barbilla, forzando a su cabeza en una posición antinatural. Intentó tragar, pero era casi imposible con su cuello arqueado tan fuertemente-. No -logró decir, pero apenas fue un gimoteo-. Por favor... detente.

Pero su asimiento se apretó más, y su antebrazo presionó contra su clavícula, los huesos de su muñeca se hundían dolorosamente en su piel.

- Te casarás con Haselby -siseó él-. Te casarás, y yo te diré por qué.

Lucy no dijo nada, solo lo miró fijamente con ojos frenéticos.

- Tú, mi estimada Lucinda, eres el último pago de una deuda antigua a Lord Davenport.

- ¿Qué quieres decir? -susurró ella.

- Chantaje -dijo el Tío Robert en voz austera-. Le hemos pagado a Davenport durante años.

- ¿Pero por qué? -preguntó Lucy. ¿Qué habrían hecho para que los chantajearan?

El labio de su tío se rizó burlescamente.

- Tú padre, el adorado octavo Conde de Fennsworth, era un traidor.

Lucy abrió la boca, y sentía como si su garganta estuviera apretándose, y atándose en un nudo. Eso no podía ser cierto. Había pensado que quizás era un romance extramatrimonial.

Quizás un conde que realmente no era un Abernathy. ¿Pero traición? Dios santo... *no*.

- Tío Robert -dijo ella, intentando razonar con él-. Debe haber un error. Una equivocación. Mi padre... no era un traidor.

- Oh, te aseguro que lo era, y Davenport lo sabe.

Lucy pensó en su padre. Todavía podía verlo en su mente - alto, guapo, con los ojos azules risueños. Había gastado el dinero demasiado libremente; incluso como niña se había dado cuenta de eso. Pero no era un traidor. No podía serlo. Tenía el honor de un caballero. Recordó eso. Estaba en la forma en la que se ponía de pies, en las cosas que le había enseñado.

- Estás mintiendo -dijo ella, las palabras ardían en su garganta-. O estás mal informado.

- Hay una prueba -dijo su tío, soltándola abruptamente y atravesando el cuarto hacia su botella de brandy. Se sirvió un vaso y bebió un largo trago-. Davenport la tiene.

- ¿Cómo?

- No sé como -chasqueó él-. Solo sé que la tiene. La he visto.

Lucy tragó saliva y envolvió los brazos en su pecho, intentando absorber aún, lo que él le estaba diciendo.

- ¿Qué clase de prueba?

- Cartas -dijo él severamente-. Escritas por la mano de tu padre.

- Ellas podrían falsificarse.

- ¡Tienen su sello! -tronó él, bajando de golpe su vaso.

Los ojos de Lucy se abrieron de par en par cuando miró como el brandy se salpicaba al lado del vaso y al borde del escritorio.

- ¿Crees que aceptaría algo así sin verificarlo? -exigió su tío-. Había información -detalles- cosas que solo tu padre podría haber sabido. ¿Crees que le hubiera pagado el chantaje a Davenport durante todos estos años, si hubiera alguna oportunidad de que todo fuera falso?

Lucy negó con la cabeza. Su tío era muchas cosas, pero no un tonto.

- Vino a mí seis meses después de que tu padre murió. Desde entonces, le he estado pagando.

- ¿Pero por qué yo? -preguntó ella.

Su tío se rió entre dientes amargamente.

- Porque serías la perfecta novia, honrada y obediente. Arreglarás las deficiencias de Haselby. Davenport tenía que lograr que el muchacho se casara con alguien, y necesitaba a una familia que no hablara. -Le ofreció una mirada fija y nivelada-. Lo cual no haremos. No lo hablaremos. Y él lo sabe.

Ella agitó la cabeza en acuerdo. Nunca hablaría de tales cosas, así fuera la esposa de Haselby o no. A ella le *caía bien* Haselby. No deseaba hacerle la vida más difícil. Pero tampoco deseaba ser su esposa.

- Si no te casas -dijo su tío despacio-, toda la familia Abernathy estará arruinada. ¿Entiendes?

Lucy se quedó congelada.

- No estamos hablando de una trasgresión de la niñez, o un Gitano en el árbol genealógico de la familia. Tu padre cometió alta traición. Vendió secretos estatales a los franceses, dejó pasar a los agentes fingiendo que eran contrabandistas en la costa.

- Pero, ¿por qué? -susurró Lucy-. Nosotros no necesitábamos el dinero.

- ¿Cómo crees que *obtuvimos* el dinero? -replicó su tío cáusticamente-. Y tu padre... -juró entre dientes-. Siempre le

había gustado el peligro. Probablemente lo hizo por la emoción que sentiría. ¿Ahora no es un chiste para todos nosotros? El propio condado está en peligro, y todo porque tu padre quiso tener un poco de aventura.

- Padre no era así -dijo Lucy, pero en su interior no estaba tan segura. Solo había tenido ocho años cuando su padre había sido asesinado por un bandolero en Londres. Le habían dicho que había salido en defensa de una dama, pero ¿que tal si eso, también, fuera una mentira? ¿Acaso había sido asesinado por sus acciones de traición? Él era su padre, ¿pero cuanto lo había conocido de verdad?

Pero el tío Robert no parecía haber escuchado su comentario.

- Si no te casas con Haselby -dijo él, sus palabras eran bajas y precisas-. Lord Davenport revelará la verdad sobre tu padre, y tú traerás la vergüenza a toda la casa de Fennsworth.

Lucy agitó la cabeza. Seguramente había otra manera. Todo esto no podía descansar sobre sus hombros.

- ¿Piensas que no? -El tío Robert se rió con desdén-. ¿Quién crees que sufrirá, Lucinda? ¿Tú? Bueno, sí, supongo que sufrirás, pero supongo que podremos enviarte a una escuela y dejar que trabajes como instructora. Probablemente lo disfrutarías.

Dio algunos pasos en su dirección, sin apartar nunca los ojos de su cara.

- Pero que crees que pasará con tu hermano -dijo él-. ¿Cómo le irá al hijo de un traidor reconocido? El rey seguramente lo despojará de su título. Y de la mayoría de su fortuna también.

- No -dijo Lucy. *No*. No quería creerlo. Richard no había hecho nada malo. Seguramente no podía ser culpado por los pecados de su padre.

Se hundió en una silla, intentando ordenar desesperadamente, sus pensamientos y emociones.

Traición. ¿Cómo es que su padre pudo haber hecho tal cosa? Iba contra todo en lo que ella había creído. ¿Su padre no había amado a Inglaterra? ¿No le había dicho que los Abernathys tenían un deber sagrado con toda Bretaña?

¿O ése había sido Tío Robert? Lucy cerró los ojos fuertemente, intentando recordar. Alguien se lo había dicho. Estaba segura de eso. Podía recordar donde había estado de pie, delante del retrato del primer conde. Recordó el olor del aire, y las palabras exactas, y -más que todo, recordó todo excepto la persona que se lo había dicho.

Abrió los ojos y miró a su tío. Probablemente había sido él. Parecía algo que él diría. No elegía hablar muy a menudo con ella, pero cuando lo hacía, el deber era siempre su tema más popular.

- Oh, Padre -susurró. ¿Cómo pudo haber hecho esto? Venderle los secretos a Napoleón. Había arriesgado las vidas de miles de soldados británicos. O incluso...

Su estómago se revolvió. Dios santo, él pudo haber sido el responsable de sus muertes. ¿Quién sabía lo que le había revelado al enemigo, cuantas vidas se habían perdido por sus acciones?

- Depende de ti, Lucinda -dijo su tío-. Es la única manera de acabar con esto.

Ella agitó la cabeza, sin comprender.

- ¿Qué quieres decir?

- Una vez que seas una Davenport, no podrá haber más chantaje. Cualquier vergüenza que caiga sobre nosotros, también caería sobre sus hombros. -Se dirigió a la ventana, apoyándose pesadamente en el umbral, mientras miraba hacia el exterior-. Después de diez años, seré finalmente. *Seremos* finalmente libres.

Lucy no dijo nada. No había nada que decir. El Tío Robert la miró sobre su hombro, luego se volvió y caminó hacia ella, mirándola todo el tiempo con los ojos entrecerrados.

Ella lo miró con los ojos llenos de preocupación. No había compasión en su rostro, ninguna simpatía o afecto. Simplemente una máscara fría de deber. Había hecho lo que se había esperado de él, y ella tenía que hacer lo mismo.

Pensó en Gregory, en su cara cuando le había pedido que se casara con él. La amaba. No sabía que clase de milagro lo había provocado, pero la amaba.

Y ella lo amaba.

Dios de las alturas, era casi cómico. Ella, quien siempre se había burlado del amor romántico, había caído en sus redes. Completa y desesperadamente, había caído enamorada -lo suficiente para dejar de lado en lo que creía tan firmemente. Por Gregory estaba deseosa de dar un paso hacia el escándalo y el caos. Por Gregory sería firme ante las habladurías, los rumores e indirectas.

Ella, quien se enfadaba cuando sus zapatos estaban en desorden en su armario, ¡estaba preparada para dejar plantado al hijo de un conde, cuatro días antes de la boda! Si eso no era amor, no sabía lo que era.

Salvo que ahora, había terminado. Sus esperanzas, sus sueños, todos los riesgos que anhelaba tomar, habían acabado.

No tenía elección. Si desafiaba a Lord Davenport, su familia quedaría arruinada. Pensó en Richard y Hermione, tan felices, tan enamorados. ¿Cómo podría lanzarlos a una vida llena de vergüenza y pobreza?

Si se casaba con Haselby, su vida no sería lo que había esperado para ella, pero no sufriría. Haselby era razonable. Era amable. Si se lo pidiera, seguramente la protegería de su padre. Y su vida sería...

Cómoda.

Rutinaria.

Mucho mejor de lo que Richard y Hermione podrían sufrir si la vergüenza de su padre era hecha pública. Su sacrificio no era nada comparado con lo que su familia estaría obligada a soportar si se negaba a casarse.

¿Acaso no había deseado alguna vez, más que la comodidad la rutina? ¿No podía aprender a querer eso de nuevo?

- Me casaré -dijo ella, mirando fijamente hacia la ventana. Estaba lloviendo. ¿Cuándo había empezado a llover?

- Bien.

Lucy se sentó en la silla, absolutamente quieta. Podía sentir como la energía salía de su cuerpo, resbalándose por sus miembros, rezumándose por sus dedos y pies. Dios, estaba cansada. Y siguió pensando en que quería llorar.

Pero no tenía ni una lágrima. Incluso después de que había subido y había caminado lentamente hacia su cuarto, no tenía ni una lágrima.

Al siguiente día, cuando el mayordomo le preguntó su estaba en casa para recibir al Sr. Bridgerton, y ella negó con la cabeza, no tenía ni una lágrima.

Y al día siguiente, cuando le obligaron a que repitiera el mismo gesto, no había tenido ni una lágrima.

Pero al día siguiente, después de pasar veinte horas sosteniendo su tarjeta de visita, resbalando su dedo suavemente sobre su nombre, trazando cada letra -*El Honorable Gregory Bridgerton*- empezó a sentirlas, pinchando detrás de sus ojos.

Entonces lo vio, de pie en el pavimento, mirando la fachada de Fennsworth House.

Y él la vio. Sabía que lo había hecho; sus ojos se abrieron de par en par y su cuerpo se tensó, y ella podía sentirlo, cada

onza de su desconcierto y enojo.

Dejó caer la cortina. Rápidamente. Y se quedó allí de pie, temblando, agitándose, y todavía, todavía incapaz de moverse. Sus pies se congelaron en el suelo, y empezó a sentirlo otra vez -ese horrible pánico apresurándose en su estómago.

Todo estaba mal. Todo estaba tan mal, pero aún así sabía que lo que estaba haciendo era lo que tenía que hacer.

Se quedó allí de pie. En la ventana, mirando fijamente las ondas de la cortina. Se quedó allí, mientras sus miembros se ponían tensos y rígidos, se quedó allí obligándose a respirar. Se quedó allí mientras su corazón empezaba a apretar, fuerte y más fuerte, y se quedó allí hasta que todo empezó lentamente a normalizarse.

Entonces, de algún modo, logró llegar a la cama y acostarse.

Y finalmente, encontró sus lágrimas.



Capítulo 19

*En el que nuestro héroe toma al asunto -y a nuestra heroína-
en sus propias manos.*

El viernes Gregory estaba desesperado.

Tres veces había visitado a Lucy en Fennsworth House. Tres veces había sido rechazado.

Estaba quedándose sin tiempo.

Ellos estaban quedándose sin tiempo.

¿Qué *demonios* estaba pasando? Aun cuando el tío de Lucy se hubiera negado a su petición de detener la boda -y no pudiera estar contento; ella estaba, después de todo, intentando dejar plantado a un futuro conde- seguramente Lucy podría haber intentado avisarle.

Lo amaba.

Lo sabía de la misma forma en la que conocía a su propia voz, a su propio corazón. Lo sabía de la misma forma que sabía, que la tierra era redonda y sus ojos eran azules y que dos más dos siempre eran cuatro.

Lucy lo amaba. No le había mentido. No podía mentirle.

No le *mentiría*. No sobre algo así.

Lo que significaba que algo andaba mal. No podía haber ninguna otra explicación.

La había buscado en el parque, la esperó durante horas en el banco donde a ella le gustaba alimentar a las palomas, pero no había aparecido. Había observado su puerta, esperando poder interceptarla en su camino cuando fuera a hacer algún mandado, pero no se había aventurado a salir.

Y después de la tercera vez que le negaron la entrada, él la vio. Solo un vislumbre a través de la ventana; ella dejó que las cortinas se cayeran rápidamente. Pero había sido suficiente. No había podido ver su rostro -no lo suficiente para evaluar su expresión. Pero había algo en la forma en la que se movía, en la prisa, en la liberación casi frenética de las cortinas.

Algo andaba mal.

¿Ella estaba siendo retenida contra su voluntad? ¿Había sido narcotizada? La mente de Gregory se aceleró con las posibilidades, cada una más horrible que la última.

Y ahora era viernes por la noche. Solo faltaban doce horas para su boda. Y no se escuchaba ni un susurro -ni una habladuría- de rumor. Si había algún indicio de que la boda Haselby-Abernathy no se iba a celebrar, Gregory no había escuchado hablar de él. Si hubiera algo más, Hyacinth se lo hubiera dicho. Hyacinth lo sabía todo, usualmente antes que los propios individuos involucrados en los rumores.

Gregory estaba de pie, en las sombras, del otro lado de la calle de Fennsworth House, y se apoyó contra el tronco de un árbol, mirando, solo mirando. ¿Cuál era su ventana? ¿Esa a través de la cual la había visto más temprano ese día? No se veía ninguna luz de vela, pero quizás las cortinas eran pesadas y gruesas. O quizás ya se había acostado. Era tarde.

Y ella iba a casarse en la mañana.

Dios santo.

No podía permitir que ella se casara con Lord Haselby. No podía. Si había una cosa que sabía en su corazón, era que él y Lucinda Abernathy estaban destinados a ser marido y mujer. La suya era la cara que se suponía miraría fijamente sobre los

huevos, el tocino, los salmones curados, el bacalao y las tostadas todas las mañanas.

Un resoplido de risa hizo presión a través de su nariz, pero era esa clase de risa nerviosa y desesperada, el sonido que uno hacía cuando la única otra alternativa que quedaba era llorar. Lucy tenía que casarse con él, aunque solo fuera para que pudieran comer juntos grandes cantidades de comida todas las mañanas.

Miró hacia su ventana.

La que *esperaba* fuera su ventana. Con suerte estaba deseando que quedara sobre el lavabo de los sirvientes.

No supo cuanto tiempo estuvo allí de pie. Era la primera vez que recordaba, que se sentía impotente, y por lo menos esto -observar una maldita ventana- era algo que podía controlar.

Pensó en su vida. Encantada, con seguridad. Con suficiente dinero, con una familia maravillosa, y grandes cantidades de amigos. Tenía salud, estaba cuerdo, y hasta el fiasco con Hermione Watson, había creído firmemente en su propio juicio. Podría no ser el más disciplinado de los hombres, y quizás debería prestarle más atención a todas las cosas con las cuales Anthony le gustaba importunarlo, pero sabía que era lo correcto, y sabía que era lo que estaba mal, y sabía -sabía con absoluta seguridad- que su vida había transcurrido en un lienzo de felicidad y contento.

Era simplemente esa clase de persona.

No era melancólico. No le daban ataques de mal humor.

Y nunca había tenido que trabajar muy duro.

Levantó la mirada hacia la ventana, pensativamente.

Había crecido satisfecho de sí mismo. Tan seguro de su final feliz que no había creído -*aún* no había creído- que no podría conseguir lo que quería.

Él le había hecho una propuesta. Ella la había aceptado. Aunque era verdad, que ya estaba prometida a Haselby, y que todavía lo estaba, de hecho.

¿Pero no se suponía que el verdadero amor triunfaba? ¿No había sido así para todos sus hermanos y hermanas? ¿Por qué demonios era tan desafortunado?

Pensó en su madre, recordó la expresión de su rostro cuando le había diseccionado tan hábilmente su carácter. En su mayoría ella había estado en lo correcto, comprendió.

Pero solo en su mayoría.

Era cierto que nunca había tenido que trabajar muy duro para conseguir algo. Pero esa era solo una parte de su historia. No era un indolente. Trabajaría con sus dedos hasta dejarlos en el mismísimo hueso si sólo...

Si solo tuviera una razón.

Miró fijamente a la ventana.

Ahora tenía una razón.

Había estado esperando, comprendió. Esperando que Lucy convenciera a su tío para que la liberara del compromiso. Esperando que las partes del rompecabezas que conformaban su vida se posicionaran, para que él pudiera encajar la última en su lugar con un triunfante «¡Ajá!».

Esperando.

Esperando por el amor. Esperando por una vocación.

Esperando por claridad, por ese momento donde supiera exactamente como proceder.

Era tiempo de dejar de esperar, tiempo para olvidarse del resultado y del destino.

Era tiempo de actuar. De trabajar.

Duro.

Nadie le iba a entregar esa segunda última pieza del rompecabezas; tenía que encontrarla él mismo.

Tenía que ver a Lucy. Y tenía que ser ahora, ya que parecía que tenía prohibido visitarla de una manera más convencional.

Cruzó la calle, luego dio la vuelta en la esquina hacia la parte trasera de la casa. Las ventanas de la planta baja estaban firmemente cerradas, y todo estaba oscuro. En lo más alto de la fachada, algunas cortinas se sacudían con la brisa, pero no había forma de que Gregory pudiera escalar el edificio sin matarse.

Tomó nota de su entorno. A la izquierda, estaba la calle. A la derecha, el callejón y la calle residencial. Y frente a él...

La entrada de los sirvientes.

La miró pensativamente. Bien, ¿por qué no?

Avanzó y puso la mano sobre el pomo.

Lo giró.

Gregory casi sonrió con deleite. Por lo menos, iba a volver a creer -bien, quizás solo un poco- en el resultado y el destino y toda esa porquería. Seguramente eso no era solo algo que ocurriera con frecuencia. Un sirviente debió haber salido furtivamente, quizás para verse con alguien en secreto. Si la puerta estaba sin seguro, claramente Gregory debía entrar.

O estaba mal de la cabeza.

Decidió creer en el destino.

Gregory cerró la puerta sin hacer ruido detrás de él, luego esperó un minuto más para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Parecía estar en una enorme despensa, con la cocina al lado derecho. Había una gran posibilidad de que algunos de los más bajos sirvientes durmieran cerca, por eso se quitó las botas, llevándolas en una mano mientras se aventuraba en el interior de la casa.

Sus pies cubiertos con medias eran silenciosos mientras se arrastraba por las escaleras traseras, dirigiéndose hacia el segundo piso -donde pensó que estaba ubicada la alcoba de Lucy. Hizo una pausa en el rellano, deteniéndose por un breve instante de sanidad, antes de salir al vestíbulo.

¿Qué estaba pensando? No tenía ni la más mínima pista de lo que le podría pasar si alguien lo sorprendía aquí. ¿Estaba quebrantando una ley? Probablemente. No podía imaginar como podría no hacerlo. Y mientras su posición como hermano de un vizconde lo mantendría alejado del patíbulo, no lo dejaría sin mácula, ya que la casa que había elegido invadir, pertenecía a un conde.

Pero tenía que ver a Lucy. Estaba harto de esperar.

Tardó un rato en orientarse en el rellano, luego caminó hacia el frente de la casa. Había dos puertas al final. Hizo una pausa, plasmando una imagen de la fachada en su mente, luego llegó a una puerta a la izquierda. Si Lucy había estado efectivamente en su propio cuarto cuando la había visto, entonces esta era la puerta correcta. Si no...

Bueno, entonces, no tenía ni idea. Ni idea. Y aquí estaba, rondando la casa del Conde de Fennsworth después de la medianoche.

Dios Santo.

Giró el pomo lentamente, soltando una respiración de alivio, cuando este no hizo ningún clic o rechinar. Simplemente abrió la puerta, lo suficiente para meter su cuerpo a través de la hendidura, para luego cerrarla cuidadosamente detrás de él, solo entonces se dio tiempo para examinar el cuarto.

Estaba oscuro, con muy poca luz de luna filtrándose alrededor de las cubiertas de la ventana. Sin embargo, sus ojos ya se habían ajustado a la semioscuridad, y podía ver varias piezas de muebles -un tocador, un guardarropa...

Una cama.

Esta era pesada, enorme, con un dosel y llena de cortinas cerradas alrededor de ella. Si de hecho, había alguien adentro, ella dormía silenciosamente -sin roncar, sin susurros, sin nada.

Así es como Lucy dormiría, pensó de repente. Como una muerta. No era ninguna flor delicada, su Lucy, y no toleraría nada menos que una noche absolutamente sosegada. Parecía extraño que pudiera estar tan seguro de eso, pero así era.

La *conocía*, comprendió. La conocía de verdad. No solo las cosas normales. De hecho, *no* conocía las cosas normales. No sabía cual era su color favorito. Ni podía suponer cual podría ser su animal o comida favoritos.

Pero de algún modo, no le importaba si no sabía que ella prefería el rosa o el azul, el púrpura o el negro. Conocía a su corazón. *Quería* a su corazón.

Y no podía permitir que ella se casara con alguien más.

Cuidadosamente, retiró las cortinas.

No había nadie allí.

Gregory juró entre dientes, hasta que se dio cuenta que las sábanas estaban arrugadas, y la almohada tenía una impresión reciente de una cabeza.

Se volvió, justo en el momento en que un candelero daba un giro feroz en el aire hacia él.

Lanzando un gruñido de sorpresa, se agachó, pero no lo suficientemente rápido para evitar que el golpe le pasara rozando por la sien. Juró de nuevo, esta vez a viva voz, y entonces escuchó...

- ¿Gregory?

Parpadeó.

- ¿Lucy?

Ella se aproximó rápidamente.

- ¿Qué estás haciendo aquí?

Él hizo señas con impaciencia hacia la cama.

- ¿Por qué no estás dormida?

- Porque me caso mañana.

- Bien, es por eso que estoy aquí.

Ella lo miró boquiabierta, como si su presencia fuera tan inesperada que no podía asumir la reacción correcta.

- Pensé que eras un intruso -dijo ella finalmente, señalando al candelabro.

Él se permitió la más diminuta de las sonrisas.

- Pues tienes razón -murmuró él-. Lo soy.

Por un momento parecía que estaba a punto de devolverle la sonrisa. Pero en su lugar, cruzó los brazos sobre su pecho y le dijo:

- Debes irte. Ahora mismo.

- No hasta que hables conmigo.

Sus ojos se deslizaron a un punto sobre su hombro.

- No hay nada que decir.

- ¿Y qué hay sobre el «te amo»?

- No digas eso -susurró ella.

Él caminó hacia delante.

- Te amo.

- Gregory, por favor.

Aún más cerca.

- Te amo.

Ella inhaló. Cuadró sus hombros.

- Voy a casarme con Lord Haselby mañana.

- No -dijo él-. No lo harás.

Sus labios se apartaron.

Él extendió el brazo y capturó su mano con la suya. Ella no se apartó.

- Lucy -susurró.

Ella cerró los ojos.

- Sé mía -dijo él.

Ella agitó la cabeza, lentamente.

- Por favor no.

La arrastró más cerca y le quitó el candelabro que colgaba de sus dedos.

- Sé mía, Lucy Abernathy. Sé mi amor, sé mi esposa.

Ella abrió los ojos, pero le sostuvo la mirada solo un momento antes de apartarla.

- Estás empeorándolo todo -susurró.

El dolor en su voz era insoportable.

- Lucy -dijo, tocándole la mejilla-. Déjame ayudarte.

Ella agitó la cabeza, pero hizo una pausa cuando su mejilla se acunó dentro de su palma. No por mucho tiempo. Apenas un segundo. Pero él lo sintió.

- No puedes casarte -dijo él, inclinando su cara hacia la suya-. No serás feliz.

Sus ojos brillaron cuando se encontraron con los suyos. En la semioscuridad de la noche, ellos lucían oscuros, de un gris oscuro, y dolorosamente triste. Podía imaginar al mundo entero allí, en lo más profundo de su mirada. Todo lo que necesitaba saber, todo lo que podría necesitar conocer en la vida -estaba allí, dentro de ella.

- No serás feliz, Lucy -susurró-. Sabes que no lo serás.

Ella todavía no hablaba. El único sonido era su respiración, moviéndose calladamente a través de sus labios. Y entonces finalmente dijo:

- Estaré satisfecha.

- *¿Satisfecha?* -repitió él. Su mano se deslizó de su cara, cayendo a su lado mientras daba un paso hacia atrás-. *¿Estarás satisfecha?*

Ella asintió con la cabeza.

- *¿Y eso es suficiente?*

Ella asintió de nuevo, pero con menos seguridad esta vez.

La rabia empezó a crepitar dentro de él. *¿Estaba deseosa de echarlo a un lado por eso? ¿Por qué había dejado de luchar?*

Lo amaba, *¿pero lo amaba lo suficiente?*

- *¿Es por su posición? -le exigió-. ¿Significa tanto para ti ser una condesa?*

Ella esperó demasiado tiempo antes de contestarle, y él supo que estaba mintiéndole cuando dijo:

- Sí.

- No te creo -dijo él, y su voz sonaba terrible. Herida. Furiosa. Miró su mano, pestañeando con la sorpresa cuando comprendió que todavía sostenía al candelabro. Quería estrellarlo contra la pared. Pero en su lugar lo bajó. Se dio cuenta, que sus manos le temblaban.

La miró. Ella no le dijo nada.

- Lucy -le rogó-. Solo dímelo. Déjame ayudarte.

Ella tragó saliva, y él comprendió que no lo estaba mirando a la cara.

Tomó sus manos en las suyas. Ella se tensó, pero no se apartó. Sus cuerpos estaban frente a frente, y podía notar el levantamiento y la caída inestable de su pecho.

Era justo lo que él sentía.

- Te amo -dijo. Porque si seguía diciéndolo, quizás sería suficiente. Quizás las palabras llenarían el cuarto, la rodearían

y serpentearían debajo de su piel. Quizás comprendería que finalmente había ciertas cosas a la que no podía negarse.

- Nos pertenecemos -dijo él-. Para la eternidad.

Ella cerró los ojos. Con un único y pesado parpadeo. Pero cuando los abrió de nuevo, parecía destrozada.

- Lucy -dijo, intentando poner su propia alma en una sola palabra-. Lucy, dime...

- Por favor no digas eso -dijo ella, volviendo su cabeza, para no mirarlo. Su voz se interrumpió y se agitó-. Di lo que sea, menos eso.

- ¿Por qué no?

Y entonces ella susurró:

- Porque es verdad.

Contuvo el aliento, y en un movimiento veloz la tiró contra él. No era un abrazo; no en realidad. Sus dedos estaban entrelazados, sus brazos doblados, para que sus manos se encontraran entre sus hombros.

Él susurró su nombre.

Los labios de Lucy se apartaron.

Lo susurró otra vez, tan suave que las palabras eran más un movimiento que un sonido.

Lucy... Lucy.

Ella permanecía quieta, apenas respiraba. Su cuerpo estaba tan cerca del suyo, pero sin tocarlo realmente. Sin embargo, había calor llenando el espacio entre ellos, arremolinándose a través de su camisa de dormir, temblando a lo largo de su piel.

Sintió un hormigueo.

- Déjame besarte -susurró él-. Una vez más. Déjame besarte una vez más, y si me pides que me vaya, te juro que lo haré.

Lucy podía sentir como se deslizaba, se deslizaba en la necesidad, cayendo en un confuso lugar de amor y deseo, donde lo bueno no se diferenciaba mucho de lo malo.

Lo amaba. Lo amaba tanto, y no podía ser suyo. Su corazón latía a toda prisa, su corazón se estaba agitando, y todo lo que pudo pensar era que nunca se sentiría así otra vez. Nadie la miraría como Gregory la estaba mirando, en ese momento. En menos de un día iba a casarse con un hombre que ni siquiera desearía besarla.

Nunca volvería a sentir ese extraño remolino en el centro de su feminidad, ni el temblor en su estómago. Era la última vez que miraría fijamente a alguien a los labios, y *anhelaría* tocarlos con los suyos.

Dios Santo, lo deseaba. Deseaba *esto*. Antes de que fuera demasiado tarde.

Y él la amaba. La amaba. Se lo había dicho, y aunque no pudiera creerlo en realidad, le creía a *él*.

Se lamió los labios.

- Lucy -susurró él, su nombre era una pregunta, una declaración, y una súplica-todo en uno.

Asintió con la cabeza. Y entonces, porque sabía que no podía mentirse, ni tampoco a él, dijo las palabras.

- *Bésame*.

No podría pretender después, ni reclamar que se había dejado llevar por la pasión, despojada de su habilidad de pensar. La decisión había sido suya. Y la había tomado.

Por un momento Gregory no se movió, pero sabía que la había escuchado. Su respiración era entrecortada mientras inhalaba, y sus ojos se volvieron claramente acuosos cuando la miró fijamente.

- Lucy -dijo con la voz ronca, profunda, áspera y cien cosas más que le convirtieron los huesos en agua.

Sus labios encontraron el hueco donde su barbilla se unía con su cuello.

- Lucy -murmuró.

Ella quería decirle algo en respuesta, pero no podía hacerlo. Le había tomado todo su esfuerzo pedirle su beso.

- Te amo -susurró él, arrastrando sus palabras desde su cuello hasta su clavícula-. Te amo. Te amo.

Eran las palabras más dolorosas, maravillosas, horribles y magnificas que él podía decirle. Quería llorar -de felicidad o de tristeza.

Placer y dolor.

Y entendió -por primera vez en la vida- entendió la mortificante alegría del más completo egoísmo. No debería estar haciendo esto. Sabía que no debería, y sabía que probablemente él pensaba que esta era una manera de arruinar su compromiso con Haselby.

Estaba mintiéndole. Era tan cierto, como si se lo hubiera dicho con palabras.

Pero no podía evitarlo.

Este era su momento. Su momento para estrechar la felicidad con sus manos. Y tendría que durarle toda una vida.

Animada por el fuego en su interior, presionó las manos fuertemente en sus mejillas, acercando su boca hacia la suya para darle un tórrido beso. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo -estaba segura que debía haber reglas para esto, pero no le importaba. Solo quería besarlo. No podía detenerse.

Una de sus manos vagó por sus caderas, quemándola a través del delgado tejido de su camisa de dormir. Luego la puso alrededor de su parte inferior, apretándola y ahuecándola, y ya no había más espacio entre ellos. Sintió como caía, y luego ambos estaban sobre la cama, estaba de espaldas, con su

cuerpo presionándole el suyo, el calor y el peso exquisito de un hombre.

Se sentía como una mujer.

Se sentía como una diosa.

Sentía como si pudiera envolverse alrededor de él y nunca dejarlo ir.

- Gregory -susurró, encontrando su voz mientras retorció los dedos en su pelo.

Él se quedó quieto, y sabía que estaba esperando que le pidiera más.

- Te amo -dijo ella, porque era verdad, y necesitaba que algo fuera cierto. Mañana él la odiaría. Mañana lo traicionaría, pero en esto, por lo menos, no tenía que mentir.

- Te deseo -dijo ella, cuando él levantó la cabeza para mirar fijamente sus ojos. La miró larga y severamente, y supo que le estaba dando una última oportunidad para retractarse.

- Te deseo -dijo de nuevo, porque lo deseaba más allá de las palabras. Deseaba besarlo, que la tomara, y olvidar que no estaba susurrando palabras de amor.

- Lu...

Puso un dedo en su boca. Y susurró:

- Quiero ser tuya -y luego agregó-: Esta noche.

Su cuerpo se estremeció, su respiración se movió audiblemente sobre sus labios. Él gimió algo, tal vez su nombre, y entonces su boca se encontró con la de ella en un beso en el que dio y tomó, y ardió y consumió hasta que Lucy no pudo evitar moverse debajo de él. Ella deslizó las manos hacia su cuello, luego dentro de su chaqueta, sus dedos buscaban desesperadamente su calor y su piel. Con una ruda maldición mascullada, él se levantó, aún montado sobre ella, y le dio tirones a su chaqueta y a su corbata para quitárselas.

Lo miró fijamente con los ojos abiertos de par en par. Él se estaba quitando la camisa, no lentamente o con sutileza, sino con una velocidad frenética que subrayaba su deseo.

No tenía control. Tal vez no tenía control, pero él tampoco. Era también un esclavo de ese fuego al igual que ella.

Echó la camisa a un lado y ella quedó boquiabierta al verlo, el vello ligeramente rociado en su pecho, los músculos que se esculpían y se estiraban debajo de su piel.

Él era hermoso. No había comprendido que un hombre pudiera ser hermoso, pero esa era posiblemente la única palabra que podría describirlo. Levantó una mano cautelosamente y la puso contra su piel. Su sangre saltó y pulsó debajo, y estuvo a punto de apartarse.

- No -dijo él, cubriendo su mano con la suya. Envolvió sus dedos alrededor de los de ella y los llevó a su corazón.

La miró a los ojos.

Ella no podía apartar la mirada.

Y luego él regresó, puso su cuerpo duro y caliente contra el suyo, sus manos iban a todas partes y sus labios a todas partes también. Y su camisa de dormir -ya no parecía cubrir mucho de ella. Estaba arriba contra sus muslos, luego se agrupó alrededor de su cintura. La estaba tocando -no *allí*, pero cerca. Rozando la superficie de su estómago, abrasando su piel.

- Gregory -dijo casi sin resuello, porque los dedos de él, se habían posado sobre su pecho.

- Oh, Lucy -gimió él, ahuecándola, apretándola, rozándole la punta, y...

Oh, Dios santo. ¿Cómo era posible que sintiera eso *allí*?

Sus caderas se arquearon y corcovearon, anhelaba estar más cerca. Necesitaba algo que realmente no podía identificar, algo que la llenaría, que la completaría.

Él estaba tirando de su camisa de dormir, y la deslizó sobre su cabeza, dejándola escandalosamente desnuda. Una de sus manos se levantó para cubrirse, pero él agarró su muñeca y la sostuvo contra su propio pecho. Estaba montándola, enderezándose, bajando la mirada hacia ella como si... como si...

Como si fuera hermosa.

Ella estaba mirando de la misma manera en que los hombres siempre miraban a Hermione, salvo que allí había algo *más*. Más pasión, más deseo.

Se sentía venerada.

- Lucy -murmuró, mientras le acariciaba un costado de su pecho-. Siento... creo...

Sus labios se apartaron, y agitó la cabeza. Lentamente, como si no entendiera lo que le estaba pasando.

- Había esperado por esto -susurró-. Toda mi vida. Ni siquiera lo sabía. No lo sabía.

Ella tomó su mano y la trajo hasta su boca, besándole la palma. Entendía.

Su respiración se aceleró, y entonces se puso sobre ella, desplazando sus manos hacia las ataduras de sus calzones.

Ella abrió los ojos como platos, y observó.

- Seré cuidadoso -le juró-. Te lo prometo.

- No estoy angustiada -dijo ella, arreglándose para sonreír temblorosamente.

Sus labios se curvaron como respuesta.

- Pareces angustiada.

- No lo estoy. -Pero sus ojos todavía se extraviaban.

Gregory se rió entre dientes, acostándose al lado de ella.

- Podría dolerte. Me han dicho que siempre duele al principio.

Ella agitó la cabeza.

- No me importa.

Él dejó que su mano vagara sobre su brazo.

- Solo recuerda, si sientes dolor, después mejorará.

Ella sentía que empezaba de nuevo, ese lento ardor en su estómago.

- ¿Cuánto mejora? -le preguntó, su voz era susurrante y extraña.

Él le sonrió mientras posaba los dedos en su cadera.

- Me han dicho, que bastante.

- ¿Bastante -preguntó, ahora apenas si podía hablar-, o... muchísimo?

Él se movió sobre ella, posando su piel sobre cada pulgada de su cuerpo. Eso era perverso.

Era fantástico.

- Muchísimo -contestó, pellizcando ligeramente su cuello-. Más que muchísimo, en realidad.

Ella sintió como sus piernas se extendían, y el cuerpo de él se anidó en el espacio entre ellas. Podía sentirlo, duro, caliente y urgente contra sí. Se puso rígida, y él debió haberlo sentido, porque sus labios canturrearon un suave «Shhhh», en su oreja.

Desde allí él bajó.

Y bajó.

Y bajó.

Su boca arrastró fuego a lo largo de su cuello hasta el hueco de su hombro, y luego...

Oh, Dios santo.

Su mano ahuecó su pecho, acariciándolo en círculos y rellenándolo, su boca se posó sobre la punta.

Se estremeció debajo de él.

Él se rió entre dientes, y puso la otra mano sobre su hombro, para mantenerla inmóvil mientras continuaba su tortura, haciendo una pausa para desplazarse al otro lado.

- Gregory -lloriqueó Lucy, porque no sabía que más podía decir. Estaba perdida en la sensación, completamente indefensa contra su asalto sensual. No podía explicarlo, no podía encontrar una solución o racionalizar. Solo podía sentir, y esa era la cosa más aterradora y emocionante que podía imaginar.

Con un último pellizco, él soltó su pecho y acercó nuevamente su cara a la de ella. Su respiración era irregular, sus músculos estaban tensos.

- Tócame -dijo él en voz ronca.

Sus labios se apartaron, y sus ojos se encontraron con los suyos.

- En todas partes -le rogó.

Solo entonces, Lucy comprendió que tenía las manos a los lados, agarrando las sábanas como si ellas pudieran mantenerla sensata.

- Lo siento -dijo ella, y luego, sorprendentemente, empezó a reírse.

Un lado de su boca se levantó.

- Vamos a tener que quitarte esa costumbre -murmuró él.

Ella llevó sus manos hacia su espalda, explorando ligeramente su piel.

- ¿No quieres que me disculpe? -le preguntó ella. Cuando él bromeaba, cuando la fastidiaba -la hacía sentir más cómoda. La hacía ser audaz.

- No por esto -gimió él.

Ella frotó sus pies contra sus pantorrillas.

- ¿Nunca?

Y entonces él empezó a hacerles cosas innombrables con sus manos.

- ¿Quieres que me disculpe?

- No -jadeó ella. Estaba tocándola íntimamente, de formas que no sabía, que podía ser tocada. Eso debió haber sido la cosa más horrible del mundo, pero no lo era. La hacía estirarse, arquearse, retorcerse. No tenía ni idea de lo que estaba sintiendo -no podría describirlo, ni siquiera teniendo al propio Shakespeare a su disposición.

Pero quería más. Era su único pensamiento, lo único que sabía.

Gregory estaba llevándola a alguna parte. Se sentía atraída, tomada, transportada.

Y lo quería todo.

- Por favor -suplicó, la palabra se deslizó espontáneamente de sus labios-. Por favor...

Pero Gregory, también, estaba más allá de las palabras. Dijo su nombre. Lo dijo una y otra vez, como si sus labios hubieran perdido la memoria de todo lo demás.

- Lucy -susurró, su boca se movía hacia la hendidura entre sus pechos.

- Lucy -gimió, mientras deslizaba un dedo dentro de ella.

Lo jadeó.

- ¡Lucy!

Lo había tocado. Suavemente, tentativamente.

Pero era ella. Era su mano, su caricia, y la sentía como si de repente se hubiera encendido.

- Lo siento -dijo ella, dándole un tirón a su mano para apartarla.

- *No te disculpes* -ladró él, no porque estuviera furioso, sino porque apenas si podía hablar. Encontró su mano y la trajo de vuelta.

- Esto es cuanto te deseo -le dijo, envolviéndola alrededor de él-. Con todo lo que tengo, con todo lo que soy.

Su nariz estaba apenas, a centímetros de la suya. Sus respiraciones se mezclaban, y sus ojos...

Era como si fueran uno.

- Te amo -murmuró él, acomodándose en su posición. Ella apartó la mano, y la movió hacia su espalda.

- Yo también te amo -susurró ella, y sus ojos se abrieron de par en par, como si estuviera sorprendida de haberlo dicho.

Pero a él no le importó. No le importaba si ella había querido decírselo o no. Se lo había dicho, y nunca podría retractarse. Era suya.

Y él era suyo. Mientras estaba quieto, presionando muy suavemente en su entrada, comprendió que estaba al borde de un precipicio. Su vida se había dividido en dos partes: antes y después.

Nunca amaría a otra mujer de nuevo.

Nunca *podría* amar a otra mujer de nuevo.

No después de esto. No mientras Lucy caminara en la misma tierra. No podría haber nadie más.

Era aterrador, ese precipicio. Aterrador, y estremecedor, y...

Saltó.

Ella soltó un pequeño jadeo cuando él empujó hacia delante, pero cuando bajó la mirada hacia ella, no parecía estar adolorida. Su cabeza estaba tirada hacia atrás, y cada

respiración estaba acompañada con un pequeño gemido, como si no pudiera mantener su deseo en su interior.

Sus piernas se envolvieron alrededor de su cuerpo, recorriendo con sus pies la longitud de sus pantorrillas. Y sus caderas se estaban arqueando, urgiéndolo, suplicándole que continuara.

- No quiero herirte -dijo él, cada músculo de su cuerpo le pedía que avanzara. Nunca había deseado tanto algo de la forma en que la deseaba en ese momento. Y aún así, nunca se había sentido menos ávido. Esto tenía que ser para ella. No podía hacerle daño.

- No me estás hiriendo -gimió ella, y él no pudo seguir evitándolo. Capturó su pecho en su boca mientras empujaba a través de su barrera final, incrustándose totalmente dentro de ella.

Si ella había sentido dolor, no le importó. Soltó un chillido callado de placer, y sus manos se agarraron ferozmente a su cabeza. Se retorció debajo de su cuerpo, y cuando intentó moverse hacia su otro pecho, los dedos de ella se volvieron implacables, manteniéndolo en el lugar con feroz intensidad.

Y todo el tiempo, su cuerpo la reclamó, moviéndose en un ritmo que estaba más allá del pensamiento o del control.

- Lucy... Lucy... Lucy. -Gimió, apartándose finalmente de su pecho. Era demasiado difícil. Era demasiado. Necesitaba espacio para respirar, para lanzar un grito apagado, para succionar el aire que parecía no llegar nunca a sus pulmones.

- ¡Lucy!

Él debía esperar. Estaba tratando de esperar. Pero ella estaba agarrada a él, hincándole las uñas en sus hombros, y su cuerpo estaba arqueándose fuera de la cama con suficiente fuerza como para levantarlo también.

Y la sintió. Tensándose, apretándolo, estremeciéndose alrededor de él, y se dejó ir.

Se dejó ir, y el mundo simplemente explotó.

- Te amo -dijo él casi sin resuello, cuando se derrumbó sobre ella. Había pensado que estaba más allá de las palabras, pero allí estaban.

Ellas lo acompañaban ahora. Dos pequeñas palabras.

Te amo.

Nunca estaría sin ellas.

Y eso era algo maravilloso.



Capítulo 20

En el que nuestro héroe tiene una pésima mañana.

Tiempo después, después de dormir, y luego más pasión, y después de no dormir en realidad, sino de una pacífica y callada quietud, y luego más pasión -porque ellos simplemente no podían evitarlo- fue el momento de que Gregory partiera.

Era lo más difícil que había hecho en la vida, y sin embargo, podía hacerlo con la alegría de su corazón porque sabía que este no era el final. Tampoco era un adiós; no era nada tan permanente como eso. Pero la hora estaba volviéndose más peligrosa. El amanecer llegaría en breve, y si bien, tenía todas las intenciones de casarse con Lucy tan pronto como pudiera arreglarlo, no podía hacerla pasar por la vergüenza de ser sorprendida en la cama con él, en la mañana de su boda con otro hombre.

También tenía que considerar a Haselby. Gregory no lo conocía bien, pero siempre le había parecido un tipo amable y no se merecía la humillación pública que vendría a continuación.

- Lucy -susurró Gregory, tocando su mejilla con la punta de su nariz-. La mañana está cerca.

Ella hizo un sonido soñoliento, luego giró la cabeza.

- Sí -dijo. Solo *Sí*, no *Es todo tan injusto* o *Esto no debería ser de esta manera*. Pero así era Lucy. Era pragmática,

prudente y encantadoramente razonable, y la amaba por todo eso y más. Ella no quería cambiar el mundo. Solo quería hacerlo encantador y maravilloso para la gente que amaba.

El hecho de que hubiera hecho esto-que lo hubiera dejado hacerle el amor y estuviera planeando cancelar su boda, la misma mañana de la ceremonia-solo le demostraba lo profundamente que lo quería. Lucy no buscaba atención y dramatismo. Solo pedía estabilidad y rutina, para hacer el salto que estaba preparando para...

Eso lo hizo sentir humilde.

- Deberías venir conmigo -dijo él-. Ahora. Debemos salir juntos antes que toda la casa se despierte.

Su labio inferior se estiró un poco de lado a lado en un *oh Dios* -esa expresión lo atrajo tanto que simplemente tuvo que besarla. Ligeramente, ya que no tenía tiempo para hacer nada más, y solo un pequeño besito en la esquina de su boca. Nada que interfiriera con su respuesta, la cual, fue un decepcionante:

- No puedo.

Él se echó para atrás.

- No puedes quedarte.

Pero ella estaba agitando la cabeza.

- Yo... debo hacer lo correcto.

La miró inquisidoramente.

- Debo comportarme honorablemente -le explicó ella. Luego se sentó, sus dedos apretaban la ropa de cama tan herméticamente que sus nudillos se pusieron blancos. Parecía nerviosa, lo que supuso, tenía sentido. Él se sentía al filo de un nuevo amanecer, mientras que ella...

Ella aún tenía una enorme montaña que escalar antes de alcanzar su final feliz.

Él extendió el brazo, intentando tomar una de sus manos, pero ella no era receptiva. Y no es que estuviera alejándose de

él; más bien, se sentía casi, como si ni siquiera fuera consciente de su toque.

- No puedo salir furtivamente y permitir que Lord Haselby espere en la iglesia en vano -dijo ella, las palabras se apresuraron a salir, cayendo de sus labios mientras sus ojos se volvían a los de él, abiertos de par en par e implorantes.

Pero eso solo fue por un momento.

Luego apartó la mirada.

Ella tragó saliva. Él no podía ver su cara, pero podía ver la forma en la que se movía.

Murmuro:

- Seguramente puedes entender eso.

Y él lo hacía. Era una de las cosas que más amaba de ella. Tenía un sentido tan fuerte del bien y el mal, que algunas veces, podía llegar al punto de ser intratable. Pero nunca era moralista, ni tampoco condescendiente.

- Esperaré por ti -dijo él.

Su cabeza se volvió rápidamente, y sus ojos se abrieron como platos.

- Quizás necesites mi ayuda -dijo él suavemente.

- No, eso no será necesario. Estoy segura que puedo...

- Insisto -dijo él, con suficiente fuerza como para imponerle silencio-. Esta será nuestra señal. -Levantó las manos, con los dedos unidos y la palma hacia fuera. Luego giró la muñeca, una vez, para llevar la palma hacia su cara, y luego otra vez, para volverla a su posición original-. Esperaré por ti. Si necesitas mi ayuda, te acercas a la ventana y haces la señal.

Ella abrió la boca, como si pudiera protestar una vez más, pero al final simplemente asintió.

El se puso de pies, abriendo las cortinas pesadas que rodeaban la cama, y empezó a buscar su ropa. Sus prendas estaba diseminadas por todas partes -sus calzones por aquí, su camisa notablemente por allí, pero rápidamente recogió lo que necesitaba y se vistió.

Lucy permaneció en la cama, sentada con las sábanas envueltas debajo de su brazo. Él encontró a su modestia encantadora, y casi la molestó por eso. Pero en su lugar, decidió ofrecerle simplemente una sonrisa divertida. Había sido una noche muy importante para ella; no debía hacerla sentirse avergonzada por su inocencia.

Él caminó hacia la ventana para asomarse. Todavía no había amanecido pero el cielo estaba anticipándose, el horizonte estaba pintado con ese débil resplandor de luz que solo se veía antes de la salida del sol. Brillaba suavemente, en un sereno azul purpúreo, y era tan hermoso que le hizo señas para que se le uniera. Se puso de espaldas mientras ella se ponía su camisa de dormir y una vez ella se movió silenciosamente para atravesar el cuarto con los pies descalzos, la tiró suavemente contra sí, con su espalda vuelta hacia su pecho. Apoyó su barbilla sobre su cabeza.

- Mira -susurró él.

La noche parecía bailar, chispeando y hormigueando, como si el propio aire entendiera que nada volvería a ser lo mismo. El amanecer estaba esperando del otro lado del horizonte, y las estrellas ya estaban comenzando a verse menos luminosas en el cielo.

Si él pudiera detener el tiempo, lo habría hecho. Nunca había experimentado ni un solo momento que fuera tan mágico, tan... completo. Todo estaba allí; todo lo que era bueno, honesto y verdadero. Y finalmente entendió la diferencia entre la felicidad y el contento, y cuan afortunado y bendito era al sentirlos a ambos, en cantidades tan impresionantes.

Era Lucy. Lo completaba. Hacía que su vida fuera todo lo que había conocido y todo lo que podía ser algún día.

Este era su sueño. Estaba haciéndose realidad, alrededor de él, allí en sus brazos.

Y mientras estaban de pie frente a la ventana, una de las estrellas salió disparada a través del cielo. Hizo un arco ancho y poco profundo, a Gregory casi le pareció escuchar como viajaba, chispeando y crujiendo hasta que desapareció en el horizonte.

Eso hizo que la besara. Supuso que un arco iris haría lo mismo, o un trébol de cuatro hojas, o incluso un simple copo de nieve, que aterrizara en su manga sin fundirse. Era simplemente imposible disfrutar de uno los pequeños milagros de la naturaleza y *no* besarla. Le besó el cuello, luego le dio la vuelta en sus brazos para poder besarle la boca, la frente, e incluso la nariz.

Y las siete pecas, también. Dios, amaba sus pecas.

- Te amo -susurró él.

Ella puso la mejilla contra su pecho, y su voz era ronca, casi ahogada cuando dijo:

- Yo también te amo.

- ¿Estás segura que no quieres venir conmigo ahora? -sabía su respuesta, pero se lo preguntó de todos modos.

Como lo había esperado, ella asintió.

- Debo hacer esto yo sola.

- ¿Cómo reaccionará tu tío?

- No estoy... segura.

Él dio un paso atrás, tomándola por los hombros, e incluso doblando las rodillas para que sus ojos no perdieran el contacto con los de ella.

- ¿Te hará daño?

- No -dijo ella, lo suficientemente rápido como para que él le creyera-. No. Te lo prometo.

- ¿Te obligará a casarte con Haselby? ¿Te encerrará en el cuarto? Porque podría quedarme. Si crees que me necesitarás, puedo quedarme aquí. -Eso armaría un escándalo incluso peor, que el que actualmente esperaba por ellos, pero si era una cuestión de su seguridad...

No había nada que él no hiciera.

- Gregory...

La silenció con una agitación de su cabeza.

- ¿Entiendes -empezó él- cuan completa y absolutamente esto va en contra de cada instinto que poseo, el tener que dejarte aquí para que enfrentes esto tu sola?

Sus labios se separaron y sus ojos...

Se llenaron de lágrimas.

- He jurado con todo mi corazón protegerte -dijo él, su voz era apasionada y feroz, y quizás un poco reveladora. Porque comprendió que hoy, era el día en el que se había convertido en un verdadero hombre. Después de veintiséis años de una existencia amigable, y, sí, sin objeto, había encontrado finalmente su propósito.

Finalmente sabía para qué había nacido.

- Lo he jurado con mi corazón -dijo-. Y lo juraré ante Dios tan pronto como podamos. Siento como ácido en mi pecho al tener que dejarte sola.

Sus manos encontraron las suyas, y sus dedos se entrecruzaron.

- Esto no está bien -dijo él, sus palabras eran bajas pero feroces.

Ella asintió lentamente en acuerdo.

- Pero es lo que debe hacerse.

- Si hay algún problema -dijo él-. Si sientes que estás en peligro, debes prometerme que me darás la señal. Vendré por ti. Puedes refugiarte con mi madre. O con cualquiera de mis hermanas. A ellas no les importará el escándalo. Solo se preocuparán por tu felicidad.

Ella tragó saliva, y luego sonrió, y sus ojos parecían nostálgicos.

- Tú familia debe ser maravillosa.

Él tomó sus manos y se las apretó.

- Ellos son ahora tu familia. -Esperó a que ella le dijera algo, pero no lo hizo. Trajo las manos de ella a sus labios y besó cada uno de sus dedos-. Pronto -susurró-, esto solo será parte de nuestro pasado.

Ella asintió con la cabeza, entonces miró sobre su hombro hacia la puerta.

- Los sirvientes se despertarán muy pronto.

Y él se marchó. Se movió sigilosamente para salir por la puerta, con las botas en la mano y salió de la casa de la misma forma en la que había entrado.

Todavía estaba oscuro cuando llegó al pequeño parque que llenaba el cuadrado del otro lado de su casa. Todavía faltaban horas antes de la boda, y seguramente tenía tiempo suficiente para regresar a su casa y cambiarse de ropa.

Pero no estaba preparado para arriesgarse. Le había dicho que la protegería, y nunca rompería esa promesa.

Pero se le ocurrió -que no tenía que hacer esto solo. De hecho, no debería hacerlo solo. Si Lucy lo necesitara, lo iba a necesitar en buena forma y completo. Si Gregory tuviera que acudir a la fuerza, ciertamente podría usar un par de manos extra.

Nunca les había pedido ayuda a sus hermanos, nunca les había pedido que lo sacaran de un embrollo. Era un hombre

relativamente joven. Había bebido alcohol, jugado y flirteado con mujeres.

Pero nunca había bebido demasiado, o jugado más de lo que tenía, o, hasta la noche anterior, flirteado con una mujer que hubiera arriesgado su reputación para estar con él.

No había buscado responsabilidades, pero tampoco se había metido en problemas.

Sus hermanos siempre lo habían visto como un niño. Aún ahora, a los veintiséis años cumplidos, sospechaba que no lo veían como alguien completamente crecido. Y por eso no les pedía ayuda. No se ponía en cualquier posición donde pudiera necesitarla.

Hasta ahora.

Uno de sus hermanos mayores no vivía muy lejos. A menos de medio kilómetro de distancia, quizás solo era a doscientos metros. Gregory podría estar allí y regresar en veinte minutos, incluyendo el tiempo que le tomaría sacar a Colin de su cama.

Gregory estaba moviendo los hombros de un lado a otro, distendiéndose para prepararse para una carrera corta, cuando vio a un barredor de chimeneas, caminando por la calle. El tipo era joven -de veinte o quizás treinta- y ciertamente estaba ávido de una guinea.

Y la promesa de otra, si le entregaba el mensaje de Gregory a su hermano.

Gregory lo observó dar la vuelta por la esquina a toda velocidad, luego regresó al jardín público. No había ningún lugar para sentarse, ningún lugar ni siquiera para estar de pie donde no pudiera ser inmediatamente visible desde Fennsworth House.

Se subió a un árbol. Se sentó en una rama baja y gruesa, apoyada contra el tronco, y esperó.

Algún día, se dijo, se reiría de esto. Algún día le contarían este cuento a sus nietos, y todo eso sonaba tan romántico y excitante.

Pero por ahora...

Romántico, sí. Excitante, no tanto.

Se frotó las manos.

Sobre todo, hacía frío.

Se encogió de hombros, esperando dejar de notarlo. Nunca lo hacía, pero no le importaba. ¿Qué eran unas yemas azules en comparación con toda su vida?

Sonrió, levantando su mirada hacia la ventana. Allí estaba, pensó. Allí, detrás de esa cortina. Y la amaba.

La amaba.

Pensó en sus amigos, la mayoría de ellos cínicos, siempre luciendo una mirada aburrida sobre la última selección de debutantes, suspirando que el matrimonio era aburrido, que las damas eran intercambiables, y que el amor era mejor dejárselo para los poetas.

Tontos, la mayoría de ellos.

El amor existía.

Estaba allí, en el aire, en el viento, en el agua. Uno solo tenía que esperar por él.

Esperar por él.

Y luchar por él.

El lo haría. Con Dios como su testigo, lo haría. Lucy solo tenía que hacerle una señal, y él la recuperaría.

* * * * *

- Esta no es, comprenderás, la forma en la que había pensado pasar mi mañana del sábado.

Gregory solo le respondió con un asentimiento de cabeza. Su hermano había llegado cuatro horas antes, saludándolo de forma ingeniosa como de costumbre.

- Esto es interesante.

Gregory le había contado todo a Colin, incluso los eventos de la noche anterior. No le gustaba hablar de Lucy, pero uno realmente no podía pedirle a su hermano que se sentara en un árbol durante horas sin explicarle por qué. Y Gregory había encontrado un cierto consuelo descargándose con Colin. Él no lo había reprendido. No lo había juzgado.

De hecho, lo había entendido.

Cuando había terminado su historia, explicándole concisamente por qué estaba esperando fuera de Fennsworth House, Colin simplemente había asentido y había dicho:

- Supongo que no tienes nada que comer.

Gregory negó con la cabeza y sonrió abiertamente.

Era bueno tener un hermano.

- Una planificación bastante pobre de tu parte -murmuró Colin. Pero también estaba sonriendo.

Regresaron a la casa, la cual hacia rato había empezado a mostrar señales de vida. Las cortinas se habían abierto, las velas se habían encendido y luego las habían apagado cuando el amanecer le dio paso a la mañana.

- ¿Ella no debería haber salido ya? -preguntó Colin, mientras miraba con los ojos entornados hacia la puerta.

Gregory frunció el ceño. Había estado preguntándose lo mismo. Se había estado diciendo a sí mismo, que su ausencia presagiaba algo bueno. ¿Si su tío la estuviera obligando a casarse con Haselby, no tendría que estar saliendo ahora para ir a la iglesia? Según su reloj de bolsillo, que admirablemente

no era el más exacto de los relojes, la ceremonia debía empezar en menos de una hora.

Pero ella no había hecho señas para pedirle ayuda tampoco.

Y eso no le sentaba nada bien.

De repente Colin se irguió.

- ¿Qué pasa?

Colin le hizo señas con la cabeza hacia el frente.

- Un carruaje -dijo-. Viene desde las caballerizas.

Los ojos de Gregory se abrieron de par en par con horror, cuando la puerta delantera de la Fennsworth House se abrió. Los sirvientes salieron, riendo y alegres mientras el vehículo se detenía frente de Fennsworth House.

Era blanco, abierto, y adornado con flores perfectamente rosas, y cintas rosadas anchas, que se arrastraban detrás, vibrando en la brisa ligera.

Era un carruaje de bodas.

Y nadie parecía encontrarlo extraño.

La piel de Gregory le empezó a hormiguar. Sus músculos ardían.

- No todavía -dijo Colin, poniendo una mano restrictiva en el brazo de su hermano.

Gregory negó con la cabeza. Su visión periférica estaba empezando a fallar, y todo lo que podía ver era a ese condenado carruaje.

- Tengo que alcanzarla -dijo-. Tengo que ir.

- Espera -lo instruyó Colin-. Espera para ver que es lo que pasa. Ella podría no salir. Podría...

Pero ella salió.

No primero. Ese era su hermano, y su nueva esposa de su brazo.

Entonces salió un hombre mayor -su tío, probablemente- y una anciana que Gregory había conocido en el baile de su hermana.

Y después...

Lucy.

En un traje de novia.

- Dios santo -susurró él.

Ella estaba caminando libremente. Nadie la estaba forzando.

Hermione le dijo algo, susurrado en la oreja.

Y Lucy sonrió.

Ella sonrió.

Gregory empezó a jadear.

El dolor era palpable. Real. Se disparó por sus entrañas, le apretó los órganos hasta que ya no podía ni moverse.

Solo podía mirar fijamente.

Y pensar.

- ¿Ella no te dijo que no iba a llevarlo a cabo? -susurró Colin.

Gregory intentó decir que sí, pero la palabra lo estranguló. Intentó recordar su última conversación, cada última palabra de ella. Le había dicho que debía comportarse honorablemente. Le había dicho que debía hacer lo que era correcto. Le había dicho que lo amaba.

Pero nunca le había dicho que no se casaría con Haselby.

- Oh Dios mío -susurró.

Su hermano le puso la mano sobre su hombro.

- Lo siento -dijo.

Gregory observó como Lucy caminaba hacia el carruaje abierto. Los sirvientes todavía estaban celebrando. Hermione estaba preocupándose por pequeñeces con su cabello, ajustándole en velo, riéndose cuando el viento le levantó el tejido brumoso en el aire.

Esto no podía estar pasando.

Esto tenía que tener una explicación.

- No -dijo Gregory, porque era la única palabra que podía pensar en decir-. No.

Entonces recordó. La señal de la mano. El saludo. Ella lo haría. Le haría la señal. Tal vez había pasado cualquier cosa en la casa, que le había impedido detener la ceremonia. Pero ahora, al aire libre, donde él la podía ver, le haría la señal.

Tenía que hacerlo. Ella sabía que podía verla.

Sabía que estaba allí afuera.

Mirándola.

Tragó saliva convulsivamente, sin apartar los ojos de la mano derecha de ella.

- ¿Todos estamos aquí? -se escuchó gritar al hermano de Lucy.

No escuchó la voz de Lucy en el coro de respuestas, pero nadie estaba cuestionando su presencia.

Ella era la novia.

Y él un tonto, al mirar como se alejaba.

- Lo siento -dijo Colin con voz queda, mientras observaban como el carruaje desaparecía al dar la vuelta por la esquina.

- Esto no tiene sentido -susurró Gregory.

Colin saltó para bajarse del árbol y le ofreció silenciosamente su mano a Gregory.

- Esto no tiene sentido -dijo Gregory de nuevo, demasiado desconcertado como para hacer algo diferente a dejar que su hermano lo ayudara a bajar-. Ella no haría eso. Me ama.

Miró a Colin. Sus ojos eran amables, pero también llenos de lástima.

- No -dijo Gregory-. No. Tú no la conoces. Ella no haría... No. No la conoces.

Y Colin, cuya única experiencia con Lady Lucinda Abernathy había sido el momento en el cual, había roto el corazón de su hermano, preguntó:

- ¿Acaso *tú* la conoces?

Gregory dio un paso atrás, como si lo hubieran golpeado.

- Sí -dijo-. Sí, lo hago.

Colin no dijo nada, solo levantó las cejas, como si dijera, *Bueno, ¿Y entonces?*

Gregory se volvió, sus ojos se movieron a la esquina por donde Lucy había desaparecido recientemente. Por un momento se quedó absolutamente quieto, su único movimiento era un parpadeo deliberado y pensativo de sus ojos.

Se dio la vuelta, y miró a su hermano a la cara.

- La conozco -dijo-. Lo hago.

Los labios de Colin se juntaron, como si intentara formularle una pregunta, pero Gregory ya se había dado la vuelta.

Estaba mirando la esquina otra vez.

Y entonces, empezó a correr.



Capítulo 21

En el que nuestro héroe lo arriesga todo.

- ¿Estás lista?

Lucy observó el espléndido interior de St. George -la brillante vidriera, los arcos elegantes, los montones y montones de flores traídas para celebrar su matrimonio.

Pensó en Lord Haselby, de pie en el altar junto al sacerdote.

Pensó en los invitados, que eran más de trescientos, y que esperaban que entrara del brazo de su hermano.

Y pensó en Gregory, quien seguramente la había visto subir al carruaje nupcial, vestida con sus galas de boda.

- Lucy -repitió Hermione-. ¿Estás lista?

Lucy se preguntó lo que Hermione podría hacer si dijera no.

Hermione era una romántica.

Impráctica.

Probablemente le diría a Lucy que no tenía que llevar la boda a cabo, que no le debería importar si estaban esperando justo al exterior de las puertas del santuario de la iglesia, o que el primer ministro estuviera sentado adentro.

Hermione le diría que no debía importarle que los papeles habían sido firmados y leídas las amonestaciones, en tres parroquias diferentes. No le importaría que cuando Lucy huyera de la iglesia se armaría el escándalo de la década. Le diría que no tenía que hacerlo, que no debía conformarse con un matrimonio de conveniencia cuando podía tener uno de pasión y amor. Le diría...

- ¿Lucy?

Eso fue lo que realmente le dijo.

Lucy se volvió, pestañeando confundida, porque la Hermione de su imaginación le había estado dando un discurso apasionado.

Hermione sonrió gentilmente.

- ¿Estás lista?

Y Lucy, porque era Lucy, porque siempre sería Lucy, asintió con la cabeza.

No podía hacer nada más.

Richard se les unió.

- No puedo creer que vayas a casarte -le dijo a Lucy, pero no antes de mirar calurosamente a su esposa.

- No soy mucho menor que tú, Richard -le recordó Lucy. Inclino la cabeza hacia la nueva Lady Fennsworth-. Y solo soy dos meses mayor que Hermione.

Richard le sonrió varonilmente.

- Sí, pero ella no es mi hermana.

Lucy sonrió y estaba agradecida por ese gesto. Necesitaba sonrisas. Todas las que pudiera conseguir.

Era el día de su boda. La habían bañado y perfumado, y se había vestido con el que tenía que ser el vestido más lujoso en el que había puesto los ojos alguna vez en la vida, y se sentía...

Vacía.

No podía imaginar lo que Gregory pensaba de ella. Le había permitido deliberadamente pensar que planeaba cancelar la boda. Había sido terrible por parte de ella, cruel y deshonesto, pero no había sabido que más hacer. Era una cobarde, y no podía soportar ver su cara cuando le dijera que todavía pensaba casarse con Haselby.

Dios santo, ¿Cómo hubiera podido explicárselo? Él le habría insistido que había otra manera, pero él era un idealista, y nunca se había enfrentado a la verdadera adversidad. No había otra manera. No esta vez. No sin sacrificar a su familia.

Soltó una larga exhalación. Podía hacer esto. De verdad. Podía. Podía.

Cerró los ojos, su cabeza se meneó una media pulgada o más, mientras las palabras se repetían en su mente.

Puedo hacer esto. Yo puedo. Yo puedo.

- ¿Lucy? -vino la voz preocupada de Hermione-. ¿Estás enferma?

Lucy abrió los ojos, y dijo la única cosa que Hermione probablemente creería.

- Solo estoy haciendo sumas en mi cabeza.

Hermione negó con la cabeza.

- Espero que a Lord Haselby le gusten las matemáticas, porque te juro, Lucy, que estás loca.

- Quizás.

Hermione la miró confundida.

- ¿Qué pasa? -preguntó Lucy.

Hermione pestañeó varias veces antes de contestarle finalmente.

- No es nada en realidad -dijo-. Es solo que eso sonó muy diferente a ti.

- No sé lo que quieres decir.

- ¿Acaso no estuviste de acuerdo conmigo cuando te llamé loca? Tú nunca dirías algo así.

- Bueno, es bastante obvio que lo dije -refunfuñó Lucy-. Así que no sé lo que...

- Oh, vamos. La Lucy que conozco diría algo como: «Las matemáticas son sumamente importantes, y en realidad, Hermione, deberías considerar practicar las sumas».

Lucy hizo una mueca.

- ¿De verdad soy tan oficiosa?

- Sí -le contestó Hermione, como si estuviera loca por siquiera preguntárselo-. Pero es lo que más me gusta de ti.

Y Lucy se las arregló para sonreír de nuevo.

Quizás todo estaría bien. Tal vez sería feliz. Si podía arreglárselas para sonreír dos veces en una mañana, entonces seguramente no podría ser tan malo. Solo necesitaba seguir adelante, en su mente y en su cuerpo. Necesitaba terminar con esto, hacerlo permanente, para poder poner a Gregory en su pasado y por lo menos poder pretender abrazar su nueva vida como la esposa de Lord Haselby.

Pero Hermione estaba preguntándole a Richard si podía tener un momento a solas con Lucy, y después tomó sus manos, inclinándose para susurrarle:

- Lucy, ¿estás segura que quieres hacer esto?

Lucy la miró sorprendida. ¿Por qué Hermione le estaba preguntando eso? Justo en el momento cuando lo que más quería era correr.

¿No la había visto sonriendo? ¿Hermione no la había visto sonreír?

Lucy tragó saliva. Intentó enderezar sus hombros.

- Sí -dijo-. Sí, claro. ¿Por qué me preguntas eso?

Hermione no le contestó en seguida. Pero sus ojos -esos enormes ojos verdes que volvían locos a los hombres- respondieron por ella.

Lucy tragó saliva y se volvió, incapaz de soportar lo que veía allí.

Y Hermione le susurró:

- *Lucy.*

Eso fue todo. Solo Lucy.

Lucy se dio la vuelta. Quería preguntarle a Hermione lo que quería decirle. Quería preguntarle porque pronunciaba su nombre como si fuera una tragedia. Pero no lo hizo. No podía. Y entonces esperó a que Hermione viera sus preguntas en sus ojos.

Ella lo hizo. Hermione le tocó la mejilla, sonriendo tristemente.

- Te ves como la novia más triste que he visto en mi vida.

Lucy cerró los ojos.

- No estoy triste. Es solo que siento...

Pero no sabía lo que sentía. ¿Qué se suponía debía sentir? Nadie la había entrenado para esto. En toda su educación, con su niñera, e institutriz, y los tres años en la Institución de la Srta. Moss, nadie le había dado lecciones de esto.

¿Por qué nadie había comprendido que esto era más importante que la costura o los bailes típicos?

- Me siento... -y entonces lo entendió-. Me siento como si estuviera diciendo adiós.

Hermione pestañeó sorprendida.

- ¿A quien?

A mí.

Y así era. Se estaba despidiendo de ella misma, y de todo lo que podría haber sido.

Sintió la mano de su hermano en el brazo.

- Es tiempo de empezar -dijo.

Ella asintió con la cabeza.

- ¿Dónde está tu ramillete? -preguntó Hermione, y entonces se contestó con un-: Oh. Allí. -Recuperó las flores, junto con las suyas, de una mesa cercana y se las dio a Lucy-. Serás feliz -susurró, mientras le besaba la mejilla a Lucy-. Debes. Simplemente no toleraré un mundo en el que no lo seas.

Los labios de Lucy temblaron.

- Oh Dios -dijo Hermione-. Ahora me parezco a ti. ¿Ves que buena influencia eres? -y con un último beso lanzado, entró en la capilla.

- Tu turno -dijo Richard.

- Casi -respondió Lucy.

Y así fue.

Estaba en la iglesia, caminando por el pasillo. Estaba al frente, asintiéndole al sacerdote, mirando a Haselby y recordándose que a pesar... bueno, a pesar de ciertos hábitos que no entendía en realidad, él sería un esposo absolutamente aceptable.

Esto era lo que tenía que hacer.

Si decía no...

No podía decir no.

Podía ver a Hermione por el rabillo del ojo, de pie a su lado con una sonrisa serena. Ella y Richard habían llegado a Londres dos noches antes, y habían estado tan *felices*. Se reían, se divertían, y hablaban de las mejoras que planeaban hacerle

a Fennsworth Abbey. Un naranjero, se habían reído. Querían un naranjero. Y una guardería.

¿Cómo podría Lucy quitarles eso? ¿Cómo podría lanzarlos a una vida de vergüenza y pobreza?

Escuchó la voz de Haselby, cuando contestó «Acepto», y entonces, fue su turno.

¿Aceptáis a este hombre como vuestro esposo, para vivir juntos después de la ordenanza de Dios en el sagrado Sacramento del Matrimonio? ¿Aceptáis obedecerlo, servirlo, amarlo, y respetarlo, y acompañarle en la salud y en la enfermedad; y, renunciar a todo lo demás, para estar solo junto a él, hasta que la muerte os separe?

Tragó saliva e intentó no pensar en Gregory.

- Acepto.

Había dado su consentimiento. ¿Entonces, todo había terminado? No se sentía diferente. Todavía era la misma Lucy de siempre, excepto que estaba al frente de más gente que nunca, y su hermano estaba entregándola.

El sacerdote puso la mano derecha de ella sobre la de Haselby, y él dijo sus votos, en voz fuerte, firme y clara.

Ellos se separaron, y entonces Lucy tomó su mano.

Yo, Lucinda Margaret Catherine...

- Yo, Lucinda Margaret Catherine...

... te tomo Arthur Fitzwilliam George...

- ... te tomo, Arthur Fitzwilliam George...

Lo dijo. Lo repitió después del sacerdote, palabra por palabra. Dijo su parte, correctamente hasta que quiso darle sus votos a Haselby, correctamente hasta...

Las puertas de la capilla se abrieron de golpe.

Ella se dio la vuelta. Todos se dieron la vuelta.

Gregory.

Dios Santo.

Parecía un loco, respirando con tanta dificultad, que casi ni podía hablar.

Se tambaleó al avanzar, agarrándose a los bordes de los bancos para apoyarse, y escuchó cuando dijo:

- *No.*

El corazón de Lucy se detuvo.

- No lo hagas.

El ramillete se resbaló de sus manos. Ella no podía moverse, no podía hablar, no podía hacer nada diferente a quedarse allí como una estatua mientras él se le acercaba, aparentemente olvidando a los centenares de personas que lo miraban fijamente.

- No lo hagas -dijo él de nuevo.

Y nadie estaba hablando. ¿Por qué nadie estaba hablando? Seguramente si alguien se apresurara, y agarrara a Gregory por los brazos, se lo llevara lejos...

Pero nadie lo hizo. Era un espectáculo. Era el teatro, y nadie parecía querer perderse el final.

Y entonces...

Allí.

Allí en frente de todos, él se detuvo.

Se detuvo y dijo:

- Te amo.

A su lado Hermione murmuró:

- Oh Dios mío.

Lucy quería llorar.

- Te amo -dijo él otra vez, y siguió caminando, sin apartar los ojos de su rostro.

- No lo hagas -dijo él, cuando había llegado finalmente al frente de la iglesia-. No te cases con él.

- Gregory -susurró ella-. ¿Por qué estás haciendo esto?

- Te amo -dijo él, como si no pudiera haber otra explicación.

Un pequeño gemido se atascó en su garganta. Las lágrimas ardían en sus ojos, y su cuerpo entero estaba rígido. Rígido y helado. Un pequeño viento, una pequeña *respiración* podría derribarla. No podía lograr pensar en algo, pero *¿por qué?*

No.

Por favor.

Y -oh cielos, ¡*Lord Haselby!*

Lo miró a él, al novio que se había encontrado degradado a un papel secundario. Él había permanecido de pie todo el tiempo, mirando el desenvolvimiento del drama con tanto interés como el público. Con los ojos, ella le pidió ayuda, pero simplemente negó con la cabeza. Fue un movimiento diminuto, demasiado sutil como para alguien más se diera cuenta, pero lo vio, y sabía lo que significaba.

Depende de ti.

Se volvió hacia Gregory. Los ojos de él ardían, e hincó una rodilla.

No, trató de decirle ella. Pero no podía mover los labios. No podía encontrar su voz.

- Cásate conmigo -dijo Gregory, y ella lo sentía en su voz. Se envolvía alrededor de su cuerpo, la besaba, la abrazaba-. Cásate *conmigo*.

Y Oh, Dios bendito, lo deseaba. Más que nada, deseaba ponerse de rodillas y tomarle la cara entre sus manos. Quería besarlo, quería gritar su amor por él -aquí, en frente de todos

los que conocía, posiblemente de todos los que alguna vez conocería.

Pero había deseado todo eso el día anterior, y el día antes de ese. Nada había cambiado. Su mundo se había vuelto más público, pero nada había cambiado.

Su padre todavía era un traidor.

Su familia todavía estaba siendo chantajeada.

El destino de su hermano y de Hermione todavía estaba en sus manos.

Miró a Gregory, dolida por él, dolida por ambos.

- Cásate conmigo -susurró él.

Sus labios se apartaron y dijo:

- No.



Capítulo 22

En el que todo el infierno se desata.

El infierno se desató.

Lord Davenport avanzó, al igual que el tío de Lucy y el hermano de Gregory, quien se había tropezado en los escalones de la iglesia después de perseguir a Gregory por Mayfair.

El hermano de Lucy se apresuró a apartar a Lucy y a Hermione de la refriega, pero Lord Haselby, quien había estado mirando los eventos con aires de espectador intrigado, tomó serenamente el brazo de su prometida y dijo:

- Yo la protegeré.

En cuanto a Lucy, se tropezó hacia atrás, con la boca abierta de la conmoción cuando Lord Davenport brincó sobre Gregory, cayendo barriga abajo como un -bueno, como nada que Lucy hubiera visto alguna vez.

- ¡Lo tengo! -gritó Davenport triunfalmente, solo para ser golpeado rotundamente con un retículo perteneciente a Hyacinth St. Clair.

Lucy cerró los ojos.

- Imagino, que esta no era la boda de tus sueños -le murmuró Haselby en la oreja.

Lucy negó con la cabeza, demasiado aturdida como para hacer algo más. Debería ayudar a Gregory. De verdad, debería. Pero sentía claramente como su energía se había agotado, y además, era demasiado cobarde como para enfrentarlo de nuevo.

¿Y si la rechazaba?

¿Y si no pudiera resistírsele?

- Espero que él pueda salir de debajo de mi padre - continuó Haselby, su tono era apacible, como si estuviera mirando una raza de caballo un tanto aburrida-. El hombre pesa ciento treinta kilos, aunque jamás lo admitiría.

Lucy se volvió hacia él, incapaz de creer lo tranquilo que estaba, teniendo en cuenta que casi se había armado un alboroto en la iglesia. Incluso el primer ministro aparentemente estaba defendiéndose de un enorme tocado de una dama que era un gorro detalladamente fructificado, que golpeaba con fuerza a cualquiera que se atreviera a moverlo.

- No creo que pueda ver -dijo Haselby, siguiendo la mirada de Lucy-. Sus uvas se están cayendo.

¿Quién era este hombre -cielo santo, con el que todavía no se había casado? Ellos habían accedido en algo, de eso estaba segura, pero nadie los había declarado marido y mujer. Pero de cualquier modo, Haselby estaba extrañamente tranquilo, dados los eventos de la mañana.

- ¿Por qué no dijo nada? -preguntó Lucy.

Él se volvió, mirándola curiosamente.

- Quiere decir, ¿Cuándo su Sr. Bridgerton le estaba profesando su amor?

No, mientras el sacerdote estaba parloteando sobre el sacramento del matrimonio, quiso chasquearle.

En su lugar, asintió.

Haselby inclinó la cabeza a un lado.

- Supongo que quería ver lo que usted haría.

Lo miró fijamente escéptica. ¿Qué hubiera hecho él, si ella hubiera dicho si?

- A propósito, me siento honrado -dijo Haselby-. Y le prometo que seré un buen esposo. No tiene que preocuparse por eso.

Pero Lucy no podía hablar. Lord Davenport había sido apartado de Gregory, y aunque algún otro caballero que no reconocía estaba sujetándolo, él estaba tratando de alcanzarla.

- Por favor -susurró ella, aunque nadie pudiera oírla, ni siquiera Haselby, quien había bajado para ayudar al primer ministro-. Por favor no.

Pero Gregory no se daba por vencido, e incluso con dos hombres sujetándolo, uno amistoso y el otro no, consiguió llegar al pie de los escalones. Levantó su rostro, y sus ojos ardieron en los de ella. Ellos estaban crudos, severos con la angustia y la incomprensión, y Lucy estuvo a punto de tambalearse del dolor desatado que vio allí.

- ¿Por qué? -le exigió él.

Todo su cuerpo empezó a estremecerse. ¿Podía mentirle? ¿Podía hacerlo? Aquí, en una iglesia, después de que lo había herido de la forma más pública y personal posible.

- *¿Por qué?*

- Porque tenía que hacerlo -susurró ella.

Sus ojos brillaron con algo -¿decepción? No. ¿Esperanza? No, eso tampoco. Era algo más. Algo que no podía identificar con claridad.

Él abrió la boca para hablar, para preguntarle algo, pero justo en ese momento dos hombres lo agarraron y se les unió un tercero, y juntos consiguieron sacarlo de la iglesia.

Lucy envolvió los brazos alrededor de su cuerpo, apenas capaz de estar en pie mientras él era sacado a rastras.

- *¿Cómo pudiste?*

Se volvió. Hyacinth St. Clair se había resbalado detrás de ella y la estaba mirando como si fuera el mismo diablo.

- Tú no lo entiendes -dijo Lucy.

Pero los ojos de Hyacinth ardían con furia.

- Eres débil -siseó-. No te lo mereces.

Lucy negó con la cabeza, sin saber si debía estar de acuerdo con ella o no.

- Espero que tú...

- ¡Hyacinth!

Los ojos de Lucy se lanzaron a un lado. Otra mujer se había acercado. Era la madre de Gregory. Habían sido presentadas en el baile de Hastings House.

- Es suficiente -dijo severamente.

Lucy tragó saliva, tratando de sofocar las lágrimas.

Lady Bridgerton se volvió hacia ella.

- Perdónenos -dijo, mientras apartaba a su hija.

Lucy las miró partir, y tenía el extraño presentimiento de que todo esto le estaba sucediendo a alguien más, que quizás era solo un sueño, solo una pesadilla, o tal vez había sido atrapada en una escena de una novela espeluznante. Quizás toda su vida era una invención de la imaginación de alguien más. Quizás si solo cerrara sus ojos...

- ¿Seguiremos con esto?

Tragó saliva. Era Lord Haselby. Su padre estaba al lado de él, profiriendo el mismo sentimiento, pero con palabras menos educadas.

Lucy asintió con la cabeza.

- Bien -gruñó Davenport-. Muchacha sensata.

Lucy se preguntó lo que eso significaba para Lord Davenport. Seguramente nada bueno.

Pero aún así, le permitió llevarla hacia el altar. Y allí estaba, de pie, en frente de la mitad de la congregación, que no había elegido seguir el espectáculo afuera.

Y se casó con Haselby.

* * * * *

- *¿Qué estabas pensando?*

A Gregory le tomó un momento comprender que su madre le estaba exigiendo esto a Colin, y no a él. Ellos estaban sentados en su carruaje, en el cual, él había sido arrastrado una vez que lo habían sacado de la iglesia. Gregory no sabía a donde iban. Lo más probable, es que estuvieran dando vueltas. De cualquier forma, no estaban en St. George.

- Traté de detenerlo -protestó Colin.

Violet Bridgerton lucía tan enfadada, como ninguno de ellos la había visto alguna vez.

- Obviamente no te esforzaste mucho.

- ¿Tienes alguna idea de lo rápido que puede correr?

- Muy rápido -confirmó Hyacinth sin mirarlos. Estaba sentada en diagonal a Gregory, mirando fijamente afuera de la ventana con los ojos entrecerrados.

Gregory no dijo nada.

- Oh, Gregory -suspiró Violet-. Oh, mi pobre hijo.

- Tendrás que irte de la ciudad -dijo Hyacinth.

- Ella tiene razón -señaló su madre-. Eso no podrá evitarse.

Gregory no dijo nada. ¿Que le había querido decir Lucy.

- *Porque tenía que hacerlo?*

¿Qué significaba eso?

- Nunca la recibiré -gruñó Hyacinth.

- Ella será una condesa -le recordó Colin.

- No me importa si es la maldita reina de...

- ¡Hyacinth! -esto vino de parte de su madre.

- Bien, no -chasqueó Hyacinth-. Nadie tiene derecho a tratar a mi hermano así. ¡Nadie!

Violet y Colin la miraron. Colin parecía divertido. Violet, alarmada.

- La arruinaré -continuó Hyacinth.

- No -dijo Gregory en voz baja-. No lo harás.

El resto de la familia permaneció en silencio, y Gregory sospechaba que ellos no lo habían hecho, hasta el momento en el que habló, y comprendió que no había estado participando en la conversación.

- La dejarás en paz -dijo él.

Hyacinth rechinó los dientes.

Él clavó los ojos en los de ella, duros y acerados con propósito.

- Y si sus caminos alguna vez se cruzan -continuó-. Te comportarás de forma amistosa y amable. ¿Me entiendes?

Hyacinth no dijo nada.

- ¿Me entiendes? -rugió él.

Su familia lo miró fijamente, con sorpresa. Él nunca perdía la calma. Nunca.

Hyacinth, quien nunca había poseído un sentido desarrollado del tacto, dijo:

- No, de hecho.

- ¿Discúlpame? -dijo Gregory, su voz era puro hielo en el mismo momento, en el que Colin se volvió y le siseó a ella:

- *Cállate.*

- No te entiendo -continuó Hyacinth, dándole un codazo en las costillas a Colin-. ¿Cómo puedes sentir simpatía por ella? Si esto me hubiera pasado a mí, no la habría...

- Esto no te ha pasado a ti -ladró Gregory-. Y no la conoces. No conoces cual ha sido la razón para cometer sus acciones.

- ¿Y tú sí? -le exigió Hyacinth.

No lo sabía. Y eso lo estaba matando.

- No sigas, Hyacinth -le dijo su madre suavemente.

Hyacinth se retrasó, permaneciendo tensa por la rabia, pero contuvo su lengua.

- Quizás podrías quedarte con Benedict y Sophie en Wiltshire -sugirió Violet-. Creo que Anthony y Kate llegarán pronto a la ciudad, por eso no puedes ir a Aubrey Hall, aunque estoy segura que no les importaría si resides allá en su ausencia.

Gregory solo miraba al exterior de la ventana. No deseaba ir al campo.

- Podrías viajar -dijo Colin-. Italia es un lugar muy agradable en esta época del año. Y nunca has estado allí, ¿verdad?

Gregory negó con la cabeza, solo medio escuchando. No deseaba ir a Italia.

Porque tenía que hacerlo, había dicho ella.

No, porque lo deseaba. No, porque era sensato.

Era porque tenía que hacerlo.

¿Qué significaba eso?

¿Qué había sido forzada? ¿Qué había sido chantajeada?

¿Qué había hecho para ser víctima de un chantaje?

- Habría sido muy difícil para ella no llevarla a cabo -dijo Violet de repente, poniendo una mano compasiva en su brazo-. Lord Davenport es un hombre que nadie desearía tener como enemigo. Y en realidad, allí en la iglesia, con todo el mundo mirando... Bueno -dijo con un suspiro de resignación-, uno tendría que ser sumamente valiente. Y fuerte. -Hizo una pausa, mientras negaba con la cabeza-. Y estar preparado.

- ¿Preparado? -preguntó Colin.

- Para lo que vendría después -le aclaró Violet-. Habría sido un escándalo enorme.

- Ya es un escándalo enorme -murmuró Gregory.

- Sí, pero no tan enorme, como si hubiera dicho sí -dijo su madre-. Y no es que me alegre por el resultado. Sabes que lo que más deseo es la felicidad de tu corazón. Pero ella será mirada con aprobación por su elección. Se verá como una muchacha sensata.

Gregory sentía como la esquina de su boca se levantaba, dibujando una sonrisa ladeada.

- Y yo, un tonto enamorado.

Nadie lo contradijo.

Después de un rato, su madre dijo:

- Debo decirte, que estás tomando esta situación bastante bien.

Efectivamente.

- Había pensado -se interrumpió-. Bueno, no importa lo que había pensado, solo la realidad importa.

- No -dijo Gregory, volviéndose para mirarla agudamente-. ¿Qué habías pensado? ¿La forma en la que yo debería estar actuando?

- No viene a cuento la palabra *debería* -dijo su madre, claramente agitada por las preguntas súbitas-. Simplemente había pensado que estarías... furioso.

La miró por un buen rato, y luego se volvió hacia la ventana. Estaban viajando a lo largo de Picadilly, dirigiéndose al oeste hacia Hyde Park. ¿Por qué *no estaba* furioso? ¿Por qué no estaba golpeando la pared con su puño? Había tenido que ser sacado a rastras de la iglesia y forzado a entrar en el carruaje, pero una vez todo había terminado, se sintió superado por una calma extraña y casi sobrenatural.

Algunas palabras de su madre hicieron eco en su mente.

Sabes que lo que más deseo es la felicidad de tu corazón.

La felicidad de su corazón.

Lucy lo amaba. Estaba seguro de eso. Lo había visto en sus ojos, incluso en el momento en que se lo había negado. Lo sabía porque se lo había dicho, y ella no le mentiría sobre algo así. Lo había sentido en la forma en que lo había besado, y en el calor de su abrazo.

Lo amaba. Y cualquier cosa que la había hecho continuar con su matrimonio, era más grande que ella. Más fuerte.

Ella necesitaba su ayuda.

- ¿Gregory? -dijo su madre suavemente.

Él se volvió. Parpadeó.

- Te has levantado de tu asiento -dijo ella.

¿Lo había hecho? Ni siquiera se había dado cuenta. Pero sus sentidos se habían afilado, y cuando bajó la mirada, notó que había encorvado los dedos.

- Detengan el carruaje.

Todos volvieron la mirada hacia él. Incluso Hyacinth, quien había estado mirando fijamente al exterior de la ventana.

- Detengan el carruaje -dijo de nuevo.

- ¿Por qué? -preguntó su madre, claramente sospechosa.

- Necesito aire -contestó él, y ni siquiera era una mentira.

Colin dio un golpe a la pared.

- Iré contigo.

- No. Prefiero estar solo.

Los ojos de su madre se abrieron de par en par.

- Gregory... no planeas...

- ¿Irrumpir en la iglesia? -terminó por ella. Se reclinó en el asiento, dándole una sonrisa casualmente ladeada-. Creo que ya me he avergonzado lo suficiente por un día, ¿no te parece?

- De cualquier forma, ellos ya debieron haber dicho sus votos -señaló Hyacinth.

Gregory luchó contra el impulso de ofrecerle una mirada furiosa a su hermana, quien nunca parecía perderse una oportunidad para instigar, insistir o retorcer.

- Precisamente -contestó él.

- Me sentiría mejor si no estuvieras solo -dijo Violet, con los ojos azules aun llenos de preocupación.

- Déjalo ir -dijo Colin suavemente.

Gregory se volvió hacia su hermano mayor, sorprendido. No había esperado su apoyo.

- Él es un hombre -agregó Colin-. Puede tomar sus propias decisiones.

Ni siquiera Hyacinth intentó contradecirlo.

El carruaje ya se había detenido, y el chofer estaba esperando afuera de la puerta. Cuando Colin asintió, la abrió.

- Desearía que no fueras -dijo Violet.

Gregory la besó en la mejilla.

- Necesito aire -dijo-. Eso es todo.

Brincó para bajarse, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Colin se asomó.

- No hagas nada tonto -dijo en voz queda.

- Nada tonto -le prometió Gregory-. Solo lo necesario.

Tomó nota de su ubicación, y entonces, como el carruaje de su madre no se había movido, se dirigió deliberadamente hacia el sur.

Lejos de St. George.

Pero una vez había alcanzado la siguiente calle por la que había doblado.

Corrió.



Capítulo 23

En el que nuestro héroe lo arriesga todo. De nuevo.

En los diez años, desde que su tío se había convertido en su tutor, Lucy nunca lo había visto organizar una fiesta. Él no era de los que sonreían al hacer cualquier tipo de gasto innecesario -en verdad, no era de los que sonreía en absoluto. Por eso estaba con alguna sospecha cuando llegó a la espléndida fiesta que se estaba realizando en su honor en Fennsworth House después de la ceremonia nupcial.

Seguramente Lord Davenport había insistido en ello. El Tío Robert se habría sentido satisfecho de servir pasteles de té en la iglesia y no le hubiera importado.

Pero no, la boda debía ser un evento, en el sentido más extravagante de la palabra, y tan pronto como la ceremonia había terminado, Lucy fue llevada a la que pronto-sería-su-anterior casa y solo le había quedado suficiente tiempo para ir a la que pronto-sería-su-anterior alcoba para salpicarse un poco de agua fresca en la cara antes de que fuera convocada a saludar a sus invitados abajo.

Era notable, pensó mientras asentía y recibía los buenos deseos de los asistentes, lo buena que era la *ton*, para pretender que nada había pasado.

Oh, mañana no hablarían de otra cosa, y probablemente ella sería el tema principal de conversación, incluso durante

los próximos meses. Y seguramente al año siguiente nadie podría decir su nombre sin añadir, «La conoces. De la *boda*».

Lo cual seguramente seguiría con un: «Ohhhhhhh. Es *ella*»

Pero por ahora, en su cara, no había nada más que, «Que feliz ocasión», y «Usted es una novia hermosa». Y por su puesto, el astuto y atrevido -«Que ceremonia tan encantadora, Lady Haselby».

Lady Haselby.

Lo probó en su mente. Ahora era Lady Haselby.

Podría haber sido Lady Bridgerton.

Lady Lucinda Bridgerton, supuso, ya que no debía entregar su título honorífico al casarse con un plebeyo. Era un lindo nombre -no tan elevado como Lady Haselby, y seguramente no podía compararse con la Condesa de Davenport, pero...

Tragó saliva, de algún modo arreglándoselas para no borrar la sonrisa que se había fijado en su cara hacia cinco minutos.

Le habría gustado haber sido Lady Lucinda Bridgerton.

Le *gustaba* Lady Lucinda Bridgerton. Ella era una mujer feliz, con una sonrisa presta y una vida plena y completa. Tenía un perro, quizás dos, y muchos hijos. Su casa era calurosa y cómoda, bebía el té con sus amigos y se reía.

Lady Lucinda Bridgerton se reía.

Pero nunca sería esa mujer. Se había casado con Lord Haselby, y ahora era su esposa, e intentaba cuando podía, no imaginarse a donde iría a parar su vida. No sabía lo que significaba ser Lady Haselby.

La fiesta continuó, y Lucy bailó su baile obligatorio con su nuevo esposo, quien era, tenía que tomar nota, bastante talentoso. Luego bailó con su hermano, lo que casi la hace llorar, y después con su tío, porque era lo esperado.

- Hiciste lo correcto, Lucy -le dijo él.

Ella no dijo nada. No confiaba en sí misma si lo hacía.

- Estoy orgulloso de ti.

Ella casi sonríe.

- Nunca habías estado orgulloso de mí antes.

- Ahora lo estoy.

No se le escapó, que esta no era una contradicción.

Su tío la regresó a su lugar en el salón de baile, y luego - *Dios santo*- tenía que bailar con Lord Davenport.

Lo cual hizo, porque conocía su deber. En ese día, especialmente, conocía su deber.

Por lo menos no tenía que hablar. Lord Davenport era el más efusivo, e inclinado a la conversación de los dos. Estaba encantado con Lucy. Ella era un magnífico activo para la familia.

Y así sucesivamente, hasta que comprendió que había logrado ganarse su afecto de la manera más increíble. Simplemente ella no estaba de acuerdo en casarse con su hijo de dudosa reputación; pero había afirmado su decisión en frente de toda la *ton*, en una escena digna de Drury Lane.

Lucy movió la cabeza discretamente a un lado. Cuando Lord Davenport estaba entusiasmado, la saliva tendía a volar de su boca con una velocidad y exactitud alarmante. De verdad, no estaba segura de lo que era peor -si el desdén de Lord Davenport o su eterna gratitud.

Pero Lucy logró evitar a su nuevo suegro la mayor parte de la fiesta, gracias a Dios. Logró evitar a casi todo el mundo, lo cual era sorprendentemente fácil, teniendo en cuenta que era la novia. No quería ver a Lord Davenport, porque lo detestaba, y no quería ver a su tío, porque sospechaba que también lo detestaba. No quería ver a Lord Haselby, porque eso solo la llevaría a pensar en su próxima noche de bodas, y no quería

ver a Hermione, porque le haría preguntas, y entonces Lucy lloraría.

Y no quería ver a su hermano, porque estaba segura que estaba con Hermione, y además de eso, estaba sintiéndose muy resentida, alternando con sentirse culpable por sentirse resentida. No era culpa de Richard que fuera delirantemente feliz y ella no.

Pero al mismo tiempo, prefería no verlo.

Lo que le dejaba a los invitados, y a la mayoría ni siquiera los conocía. Y no había nadie allí con quien quisiera encontrarse.

Así que se encontró ubicada en una esquina, y después de un par de horas, todos parecían haber bebido tanto, que nadie notaba que la novia estaba sentada sola.

Y seguramente nadie tomó nota cuando se escapó a su alcoba para tomar un corto descanso. Probablemente eran muy malos modales por parte de una novia huir de su propia fiesta, pero en ese momento, a Lucy simplemente no le importaba. Las personas pensarían que se había marchado para aliviarse, si alguno hubiera notado su ausencia. Y de algún modo, le parecía apropiado estar sola ese día.

Se deslizó por las escaleras traseras, para no encontrarse con algún invitado errante, y con un suspiro de alivio, entró a su cuarto y cerró la puerta detrás de ella.

Apoyó la espalda contra la puerta, soltando el aire despacio hasta que sintió que no había dejado nada dentro de sí.

Y pensó *-Ahora lloraré.*

Quería hacerlo. De verdad, lo quería. Se sentía como si hubiera estado conteniéndose por horas, simplemente esperando tener un momento a solas. Pero las lágrimas no venían. Estaba demasiado atontada, demasiado deslumbrada

por los eventos sucedidos en las pasadas veinticuatro horas. Y por eso estaba, de pie allí, mirando fijamente su cama.

Recordando.

¿Dios santo, solo habían pasado doce horas desde que había yacido allí, envuelta en sus brazos? Parecían años. Era como si su vida se hubiera dividido limpiamente en dos, y ahora estuviera mas afirmada en el *después*.

Cerró los ojos. Quizás si no lo veía, lo olvidaría. Quizás si...

- Lucy.

Se congeló. Dios santo, *no*.

- Lucy.

Abrió los ojos despacio.

- ¿Gregory?

Él parecía un desastre, despeinado y sucio, lo que solo podía ser resultado de una loca carrera a caballo. Debía haber entrado de la misma manera que lo había hecho la noche anterior. Debía haber estado esperando por ella.

- Lucy -dijo él de nuevo, y su voz fluyó a través de ella y se fundió a su alrededor.

Ella tragó saliva.

- ¿Por qué estás aquí?

Él caminó hacia ella, y su corazón lo *anheló*. Su cara era tan atractiva, tan querida, tan absoluta y maravillosamente conocida. Conocía la curva de sus mejillas, y el color exacto de sus ojos, castaño cerca del iris, fundido con verde en el borde.

Y su boca -conocía esa boca, su apariencia, su percepción. Conocía su sonrisa, conocía sus ceños, y conocía...

Conocía demasiado.

- No deberías estar aquí -dijo, el tono nervioso de su voz desmentía la quietud de su postura.

Él dio un paso hacia su dirección. No había rabia en sus ojos, lo cual, no entendía. Pero la forma en la que la estaba mirando -era intensa y posesiva, y definitivamente no era la forma en la que una mujer casada debería permitir que un hombre que no fuera su esposo la mirara.

- Tenía que saber por qué -dijo él-. No podía dejarte ir. No hasta que supiera por qué.

- No -susurró ella-. Por favor no hagas esto.

Por favor no me hagas arrepentir. Por favor no me hagas anhelar, desear y preguntarme nada.

Puso los brazos contra su pecho, como si quizás... quizás si pudiera apretarse fuertemente lograría ponerse de revés. Y entonces no tendría que ver, no tendría que escuchar. Simplemente podría estar sola, y...

- Lucy...

- No -dijo ella con más fuerza esta vez.

No.

No me hagas creer en el amor.

Pero él se acercó mucho más. Lentamente, sin ninguna vacilación.

- Lucy -dijo, su voz era cálida y llena de propósito-. Solo dime por qué. Luego me alejaré y te prometo nunca acercarme a ti otra vez, pero debo saber por qué.

Ella negó con la cabeza.

- No puedo decírtelo.

- Me lo dirás -la corrigió.

- No -le gritó, ahogándose con la palabra-. ¡No puedo! Por favor, Gregory. Debes irte.

Él no dijo nada por un buen rato. Solo la miró a la cara, y prácticamente podía *ver* lo que estaba pensando.

No podía permitir esto, pensó, una burbuja de pánico empezó a crecer dentro de ella. Debía gritar. Tenía que echarlo. Debía salir corriendo del cuarto antes de que pudiera arruinarle sus cuidadosos planes para el futuro. Pero en su lugar, se quedó allí, y él dijo...

- Te están chantajeando.

Esa no era una pregunta.

No le contestó, pero sabía que su cara la delataría.

- Lucy -dijo él, su voz era suave y precavida-. Puedo ayudarte. No importa lo que sea, puedo arreglarlo todo.

- No -dijo ella-. No puedes y eres un tonto por... -se interrumpió, demasiado furiosa para hablar. ¿Qué le hacía pensar que podía correr y arreglar las cosas, cuando no sabía nada de sus problemas? ¿Acaso pensaba que había cedido por algo pequeño? ¿Algo que pudiera ser superado fácilmente?

Tampoco era tan débil.

- No lo sabes -dijo-. No tienes ni idea.

- Entonces dímelo.

Sus músculos se estaban agitando, y se sentía caliente... fría... todo a la vez.

- Lucy -dijo él, y su voz era tan calmada, e incluso, era como un tenedor, clavándola justo donde menos podía tolerarlo.

- Tú no puedes arreglar esto -ladró ella.

- Eso no es cierto. No hay nada que te abrume que no pueda ser superado.

- ¿Por qué dices eso? -le exigió ella-. ¿Por los arco iris, duendes y los eternos buenos deseos de tu familia? Eso no funcionará, Gregory. Puede que los Bridgertons sean

poderosos, pero tu no puedes cambiar el pasado, y no puedes arreglar el futuro para satisfacer tus antojos.

- Lucy -dijo él, mientras extendía la mano para alcanzarla.

- No. ¡No! -lo empujó lejos, rechazando su oferta de consuelo-. No entiendes. Posiblemente no podrías. Para ustedes todo, es tan feliz y tan perfecto.

- No es cierto.

- Tú *eres* feliz. Ni siquiera sabes que lo eres, y no puedes concebir que el resto de nosotros no lo seamos, y aunque nos esforzamos, lo intentamos y hacemos lo mejor, nunca recibimos lo que deseamos.

Después de todo eso, la miró. Solo la miró y la dejó estar en pie, con los brazos envueltos alrededor de su cuerpo, luciendo pequeña, pálida y dolorosamente sola.

Y le preguntó.

- ¿Me amas?

Ella cerró los ojos.

- No me preguntes eso.

- ¿Lo haces?

Él notó como la mandíbula de ella se apretaba, vio la forma en que sus hombros se tensaban y se elevaban, y sabía que estaba tratando de negar con la cabeza.

Gregory caminó hacia ella -lentamente, respetuosamente.

Estaba herida. Estaba tan herida que ese sentimiento se extendió a través del aire, se envolvió alrededor de él, alrededor de su corazón. Sentía dolor por ella. Era algo físico, terrible, agudo, y por primera vez empezó a dudar de su habilidad de hacerlo desaparecer.

- ¿Me amas? -preguntó él.

- Gregory...

- ¿Me amas?

- No puedo...

Él puso las manos sobre sus hombros. Ella retrocedió, pero no se alejó.

Le tocó la barbilla, levantando su rostro hasta que pudiera perderse en el azul de sus ojos.

- ¿Me amas?

- Sí -sollozó ella, mientras se derrumbaba en sus brazos-. Pero no puedo. ¿No entiendes? No puedo. Tengo que detener esto.

Gregory no pudo moverse en un rato. Su admisión debería haberlo aliviado, y de alguna forma lo hizo, pero más que eso, sentía como su sangre comenzaba a acelerarse en sus venas.

Creía en el amor.

¿Acaso no había sido lo único constante en su vida?

Creía en el amor.

Creía en su poder, en su bondad fundamental, en su rectitud.

Lo veneraba por su fuerza, lo respetaba por su rareza.

Y sabía, en ese momento, en ese lugar, mientras ella lloraba en sus brazos, que debía atreverse a hacer algo por él

Por el amor.

- Lucy -susurró, y una idea empezó a formarse en su mente. Era descabellada, mala, y completamente desaconsejable, pero no podía escapar del pensamiento que estaba corriendo en su cerebro.

Ella todavía no había consumado su matrimonio.

Ellos todavía tenían una oportunidad.

- *Lucy.*

Ella se apartó.

- Debo regresar. Se extrañarán si no lo hago.

Pero él capturó su mano.

- No regreses.

Sus ojos se abrieron de par en par.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Ven conmigo. Ven conmigo ahora. -Se sentía mareado, peligroso, y solo un poco loco-. Todavía no eres su esposa. Puedes anular el matrimonio.

- Oh no. -Negó con la cabeza, tratando de soltarse de su asimiento-. No, Gregory.

- Sí. Sí. -Y entre más pensaba en eso, más le encontraba sentido. No tenían mucho tiempo; después de esa noche sería imposible para ella decir que estaba intacta. Las propias acciones de Gregory se habían encargado de eso. Si tenían alguna oportunidad de estar juntos, tenía que ser ahora.

No podía secuestrarla; no había forma de sacarla de la casa sin despertar una alarma. Pero podía lograr que tuvieran un poco más de tiempo. El suficiente para resolver que hacer.

Tiró de ella para ponerla más cerca.

- No -dijo ella, su voz estaba subiendo de tono. Empezó a forcejear realmente para liberarse, y él podía ver como el pánico empezaba a crecer en sus ojos.

- Lucy, sí -dijo él.

- Gritaré -dijo ella.

- Nadie te escuchará.

Lo miró consternada, no podía creer lo que le estaba diciendo.

- ¿Estás amenazándome? -preguntó.

Él negó con la cabeza.

- No. Estoy salvándote. -Y antes de que tuviera oportunidad de reconsiderar sus acciones, la agarró por la cintura, la tiró sobre su hombro, y salió corriendo del cuarto.



Capítulo 24

En el que nuestro héroe deja a nuestra heroína en una posición incómoda.

- ¿Me estás atando en un baño?

- Lo siento -dijo él, atando dos pañuelos en expertos nudos, que casi la hizo preocuparse de que hubiera hecho esto antes-. No podía dejarte en tu cuarto. Ese sería el primer lugar donde cualquiera buscaría. -Apretó los nudos, y los probó con su fuerza-. Fue el primer lugar en el que yo busqué.

- ¡Pero un baño!

- En el tercer piso -agregó él servicialmente-. Pasarán horas antes de que alguien te encuentre aquí.

Lucy apretó la mandíbula, tratando desesperadamente de contener la furia que estaba creciendo en su interior.

Le había amarrado las manos. *Detrás de su espalda.*

Dios bendito, no sabía que era posible estar tan enfadada con otra persona.

No era solo una reacción emocional, su cuerpo entero había hecho erupción por eso. Se sentía furiosa e irritada, y aunque sabía que no debería hacerlo, tiró de sus brazos contra el conducto del baño, haciendo rechinar sus dientes y soltando un gruñido de frustración, cuando lo único que consiguió fue un sordo sonido metálico.

- Por favor no te esfuerces -dijo él, dejando caer un beso en su coronilla-. Solo vas a resultar cansada y adolorida. -Eché un vistazo, examinando la estructura del baño-. O romperás la cañería, y seguramente esa no sería una perspectiva muy higiénica.

- Gregory, tienes que dejarme ir.

Él se agachó para que su cara quedara al mismo nivel de la de ella.

- No puedo -dijo-. No mientras todavía haya una oportunidad para que estemos juntos.

- Por favor -le suplicó ella-. Esto es una locura. Debes devolverme. Estaré arruinada.

- Me casaré contigo -dijo él.

- ¡Ya estoy casada!

- No realmente -dijo él con una sonrisa lobuna.

- ¡Ya dije mis votos!

- Pero no los consumaste. Todavía puedes conseguir la anulación.

- ¡Ese no es el punto! -gritó ella, esforzándose infructuosamente mientras él se ponía de pie y se dirigía a la puerta-. No entiendes la situación, y estás poniendo tus necesidades y tú felicidad egoístamente, sobre todo lo demás.

Ante eso, él se detuvo. Su mano estaba en el pomo de la puerta, pero se detuvo, y cuando se dio la vuelta, la mirada en sus ojos estuvo a punto de romper su corazón.

- ¿Eres feliz? -le preguntó. Suavemente, y con tanto amor que casi la hizo llorar.

- No -susurró ella-. Pero...

- Nunca he visto a una novia que luciera tan triste.

Ella cerró los ojos, desinflada. Era un eco de lo que Hermione había dicho, y ella sabía la verdad. E incluso

entonces, mientras levantaba la mirada hacia él, sus hombros le dolían, pero no podía escapar a los latidos de su propio corazón.

Lo amaba.

Siempre lo amaría.

Y también lo odiaba, por hacerla desear lo que no podía tener. Lo odiaba por amarla tanto como para arriesgarlo todo para que estuvieran juntos. Y sobre todo, lo odiaba por convertirla en el instrumento que destruiría a su familia.

Hasta que conoció a Gregory, Hermione y Richard habían sido las únicas dos personas en el mundo que realmente le habían importado. Y ahora ellos podrían quedar arruinados, cayendo mucho más bajo y con una infelicidad mayor que la que Lucy podía imaginarse con Haselby.

Gregory pensaba que solo pasarían horas antes de que alguien la encontrara aquí, pero ella lo sabía bien. Nadie la encontraría en días. No podía recordar la última vez que alguien hubiera vagado por aquí. Estaba en el lavabo de la niñera -pero Fennsworth House no había tenido una niñera en residencia durante años.

Cuando se dieran cuenta de su desaparición, primero revisarían su cuarto. Después probarían otras alternativas sensatas -la biblioteca, la sala de estar, un baño que no hubiera estado en desuso la mitad de una década...

Y entonces, cuando no fuera encontrada, todos asumirían que había escapado. Y después de lo que había pasado en la iglesia, nadie pensaría que se había marchado sola.

Estaría arruinada. Y también todos los demás.

- Esto no es cuestión de mi propia felicidad -dijo ella finalmente, su voz era queda, casi rota-. Gregory, te lo suplico, no hagas esto. No se trata de mí. Mi familia, estará arruinada, todos nosotros.

Él fue a su lado, se sentó. Y dijo, simplemente:

- Cuéntame.

Así lo hizo. El no cedería, de eso estaba segura.

Le contó todo. Sobre su padre, y la prueba escrita de su traición. Le habló sobre el chantaje. Le dijo como era el último pago y lo único que evitaría que su hermano fuera despojado de su título.

Lucy había permanecido mirando al frente durante toda su narración, y Gregory estaba agradecido. Porque lo que ella dijo, le sacudió el centro de su ser.

Todo el día Gregory había estado tratando de imaginar que terrible secreto podría posiblemente inducirla a casarse con Haselby. Había atravesado Londres dos veces, primero para ir a la iglesia, y luego para llegar hasta aquí, a Fennsworth House. Había tenido tiempo suficiente para pensar, para preguntarse. Pero nunca -ni una vez- su imaginación le había sugerido esta posibilidad.

- Te das cuenta -dijo ella-. No es nada tan común como un hijo ilegítimo, nada tan extravagante como un romance extramatrimonial. Mi padre -un conde de la realeza- cometió traición. *Traición.* -y entonces sonrió. *Sonrió.*

De la forma en que las personas hacían cuando lo que realmente querían era llorar.

- Es algo terrible -terminó ella, en voz baja y resignada-. No hay ninguna escapatoria.

Se volvió hacia él para que le diera una respuesta, pero él no tenía ninguna.

Traición. Dios santo, no podía pensar en algo peor. Había muchas formas -muchas *muchas* formas- para ser expulsado de la sociedad, pero nada era tan imperdonable como la traición. No había un hombre, mujer o niño en Gran Bretaña, que no hubiera perdido a alguien con Napoleón. Las heridas aún estaban demasiado frescas, e incluso, si no fuera así...

Era traición.

Un caballero no debería sacrificar a su país.

Estaba inculcado en el alma de cada hombre en Gran Bretaña.

Si la verdad sobre el padre de Lucy fuera conocida, el condado de Fennsworth podría ser disuelto. El hermano de Lucy sería destituido. Él y Hermione seguramente tendrían que emigrar.

Y Lucy podría...

Bueno, Lucy probablemente podría sobrevivir al escándalo, especialmente si su apellido se cambiaba a Bridgerton, pero ella nunca se lo perdonaría. Gregory estaba seguro.

Finalmente, entendió.

La miró. Estaba pálida y ansiosa, sus manos estaban fijadas fuertemente en su regazo.

- Mi familia ha sido buena y confiable -dijo ella, su voz se agitaba con emoción-. Los Abernathys han sido leales a la corona desde el primer conde investido en el siglo quince. Y mi padre nos ha avergonzado a todos. No puedo permitir que esto sea revelado. No puedo. -Tragó saliva con dificultad y dijo tristemente-: Deberías ver tu cara. Ni siquiera tú me quieres ahora.

- No -dijo él, casi gritando la palabra-. No. Eso no es verdad. Eso nunca sería verdad. -Tomó sus manos, las apretó con las suyas, saboreando la forma de ellas, el arco de sus dedos y el calor delicado de su piel.

- Lo siento mucho -dijo él-. No debería tomarme mucho tiempo recomponerme. No había imaginado la traición.

Ella negó con la cabeza.

- ¿Cómo podrías hacerlo?

- Pero eso no cambia lo que siento. -Tomó la cara de ella entre sus manos, anhelando besarla, pero sabiendo que no

podía.

No aún.

- Lo que tu padre hizo, es recriminable. Es -juro entre dientes-, seré honesto contigo. Eso me enferma. Pero tú -tú, Lucy- eres inocente. No hiciste nada malo, y no deberías tener que pagar por sus pecados.

- Mi hermano tampoco -dijo ella con voz queda-. Pero si no completo mi matrimonio con Haselby, Richard será...

- Shhh. -Gregory presionó un dedo contra sus labios-. Escúchame. Te amo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

- Te amo -dijo él otra vez-. No hay nada en este mundo o en el siguiente, que me haga dejar de amarte.

- Sentiste lo mismo por Hermione -susurró ella.

- No -dijo él, casi sonriendo por lo tonto que todo eso le parecía ahora-. Había esperado tanto tiempo para enamorarme, que desee más al amor que a la mujer. Nunca amé a Hermione, solo a la idea de ella. Pero contigo... es diferente, Lucy. Es profundo... es... es...

Se esforzó por buscar las palabras, pero no había ninguna. Simplemente, no existían palabras para explicar lo que sentía por ella.

- Es yo -dijo él finalmente, espantado por sus palabras poco elegantes-. Sin ti, yo... yo soy...

- Gregory -susurró ella-. No tienes que...

- Soy nada -la interrumpió, porque no iba a permitir que ella le dijera que no tenía que explicarse-. Sin ti, soy nada.

Ella sonrió. Era una sonrisa triste, pero era real, y se sentía como si hubiera esperado años por esa sonrisa.

- Eso no es verdad -dijo ella-. Sabes que eso no es cierto.

Él negó con la cabeza.

- Quizás es una exageración, pero eso es todo. Me haces ser mejor, Lucy. Me haces desear, esperar, y aspirar. Me haces querer *hacer* cosas.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

Con las almohadillas de sus pulgares, él las apartó.

- Eres la mejor persona que conozco -dijo él-. El humano más honorable que he conocido en mi vida. Me haces reír. Me haces pensar. Y yo... -inhaló profundamente-. Te amo.

Y de nuevo.

- Te amo.

Y de nuevo.

- Te amo. -Agitó la cabeza desvalidamente-. No se como más puedo decirlo.

Ella se volvió entonces, girando su cabeza, para que las manos de él se deslizaran de su rostro hacia sus hombros, y finalmente, se alejaran de su cuerpo completamente. Gregory no podía ver su rostro, pero podía escucharla -el callado y roto sonido de su respiración, el suave gimoteo en su voz.

- Te amo -le respondió ella finalmente, sin mirarlo todavía-. Sabes que es así. Y no voy a rebajarnos a ambos mintiéndote sobre eso. Y si fuera solo por mí, haría algo, algo por este amor. Me arriesgaría a la pobreza, a la ruina. Me mudaría a América, me mudaría al África más oscura, si esa fuera la única manera de estar contigo.

Soltó una exhalación larga e insegura.

- No puedo ser tan egoísta como para acabar con las dos personas que me han amado tanto, y por tanto tiempo.

- Lucy... -no tenía ni idea de lo que le quería decir, es solo que no quería que ella terminara. Sabía que no quería escuchar lo que ella le tenía que decir.

Pero lo interrumpió:

- No, Gregory. Por favor. Lo siento. No puedo hacerlo, y si amas tanto como dices, llévame de vuelta ahora, antes de que Lord Davenport se de cuenta de mi desaparición.

Gregory apretó los dedos en los puños, luego se enderezó y se puso de pie. Sabía lo que tenía que hacer. Debía soltarla, dejarla volver a la fiesta del piso inferior. Debía salir furtivamente otra vez, por la puerta de los sirvientes y nunca acercársele de nuevo.

Ella le había prometido amor, honor y obediencia a otro hombre. Y se suponía que tenía que renunciar a todos los demás.

Seguramente, él estaba clasificado en esa categoría.

Pero aún no podía rendirse.

Aún no.

- Una hora -dijo él, mientras se agachaba a su lado-. Solo dame una hora.

Ella se volvió, sus ojos estaban dudosos, sorprendidos y quizás -quizás- un poco esperanzados también.

- ¿Una hora? -repitió ella-. Piensas que puedes...

- No lo sé -dijo él honestamente-. Pero te prometo esto. Si no puedo encontrar la manera de liberarte de tu chantaje en una hora, regresaré por ti. Y te liberaré.

- ¿Para regresar con Haselby? -susurró ella, y parecía...

¿Parecía decepcionada? ¿Incluso un poco?

- Sí -dijo él. Porque en realidad era lo único que podía decir. A pesar de lo mucho que deseaba tirar la cautela al viento, sabía que no podía robarla para llevársela lejos. Sería respetable, cuando se casara con ella, tan pronto como Haselby aceptara la anulación, pero nunca sería feliz.

Y él sabía que no podría vivir consigo mismo.

- No te arruinarás si desapareces durante una hora -le dijo él-. Simplemente, puedes decirle a la gente que estabas cansada. Que deseabas tomar una siesta. Estoy seguro de que Hermione corroborará tu historia si se lo pides.

Lucy asintió con la cabeza.

- ¿Puedes quitarme las ataduras?

Él le dio con la cabeza una diminuta negación y se puso de pies.

- Confiaría en ti con mi propia vida, Lucy, pero no contigo misma. Eres demasiado honorable para tu propio bien.

- ¡Gregory!

Él se encogió de hombros y caminó hacia la puerta.

- Tu conciencia sacará lo mejor de ti. Sabes que lo hará.

- Y que hay si te prometo...

- Lo siento. -Una esquina de su boca se estiró en una expresión que no era de disculpa-. No te creería.

Le echó un último vistazo antes de salir. Y tenía que sonreír, lo cual parecía absurdo, teniendo en cuenta que tenía una hora para neutralizar la amenaza de chantaje contra la familia de Lucy y salvarla de su matrimonio arreglado. Durante la recepción de su boda.

En comparación, mover cielo y tierra parecía de lejos una mejor perspectiva.

Pero cuando se volvió hacia Lucy, y la vio sentada allí, en el piso, ella parecía...

La misma de siempre.

- Gregory -dijo ella-. No puedes dejarme aquí. ¿Que pasaría si alguien te encuentra y te saca de la casa? ¿Quién sabrá que estoy aquí? Y qué si... y qué si... y entonces que sí...

Él sonrió, disfrutando de su oficiosidad, en realidad demasiado como para escuchar sus palabras. Definitivamente era la misma de siempre.

- Cuando todo esto haya acabado -dijo él-. Te traeré un bocadillo.

Eso detuvo su parloteo.

- ¿Un bocadillo? ¿Un *bocadillo*?

Él giró el pomo de la puerta pero no tiró todavía.

- Quieres un bocadillo, ¿verdad? Tú siempre quieres un bocadillo.

- Te has vuelto loco -dijo ella.

Él no podía creer recién ahora, hubiera llegado a esa conclusión.

- No grites -le advirtió.

- Sabes que no puedo -murmuró ella.

Era verdad. Lo último que quería era ser encontrada. Si Gregory no tenía éxito, tendría que volver a la fiesta furtivamente con el menor alboroto posible.

- Adiós, Lucy -dijo él-. Te amo.

Ella lo miró. Y le susurró:

- Una hora. ¿De verdad crees que puedes hacerlo?

Él asintió con la cabeza. Era lo que ella necesitaba ver, y era lo que él necesitaba pretender.

Mientras cerraba la puerta a sus espaldas, podía jurar que la escuchó murmurar:

- Buena suerte.

Hizo una pausa para tomar una respiración profunda antes de dirigirse hacia las escaleras. Iba a necesitar más que suerte; iba a necesitar un maldito milagro.

Las apuestas estaban en su contra. Las apuestas estaban *sumamente* en su contra. Pero Gregory siempre había sido un animador para el más débil. Y si había cualquier sentido de la justicia en el mundo, cualquier imparcialidad existencial flotando en el aire... si el *Haz por los demás*, le ofrecía cualquier clase de reembolso, seguramente se lo debían.

El amor existía.

Sabía que era cierto. Y estaría condenado si no existía para él.

* * * * *

La primera parada de Gregory fue en la alcoba de Lucy, en el segundo piso. No podía darse un paseo por el salón de baile y requerir una audiencia con uno de sus invitados, pero pensó en que había una oportunidad de que alguien hubiera notado la ausencia de Lucy y hubiera venido a buscarla. Que Dios lo ayudara para que fuera alguien que simpatizara con su causa, alguien que en realidad se preocupara por la felicidad de Lucy.

Pero cuando se deslizó dentro del cuarto, todo estaba exactamente como lo había dejado.

- Maldición -murmuró, mientras se dirigía a la puerta. Ahora iba a tener que encontrar la manera de hablar con su hermano -o con Haselby, supuso- sin llamar la atención.

Puso la mano sobre el pomo y le dio un tirón, pero el peso de la puerta estaba equivocado, y Gregory no estaba seguro de lo que pasó primero- el chillido femenino de sorpresa, o el cuerpo suave y caluroso dando volteretas sobre el suyo.

- ¡Usted!

- ¡Usted! -dijo él en respuesta-. Gracias a Dios.

Era Hermione. La única persona que sabía, se preocupaba por la felicidad de Lucy sobre todo lo demás.

- ¿Qué está haciendo aquí? -siseó ella. Pero cerró la puerta del corredor, seguramente era una buena señal.

- Tenía que hablar con Lucy.

- Ella se casó con Lord Haselby.

Él negó con la cabeza.

- Pero ese matrimonio no ha sido consumado.

Su boca cayó literalmente abierta.

- Dios santo, no querrá decir...

- Seré honesto con usted -la interrumpió-. Sé que no quiero hacer otra cosa, más que encontrar la forma de liberarla.

Hermione lo miró fijamente durante varios segundos. Y entonces, aparentemente sacado de ninguna parte, dijo:

- Ella lo ama.

- ¿Le dijo eso?

Ella negó con la cabeza.

- No, pero es obvio. O por lo menos así es, si lo veo todo en retrospectiva. -Caminó de un lado al otro en el cuarto, y se dio la vuelta de repente-. ¿Entonces por qué se casó con Lord Haselby? Se que ella piensa mucho en el deber de honrar los compromisos, pero podía terminar con este hoy mismo.

- Ella está siendo chantajeada -dijo Gregory severamente.

Los ojos de Hermione se abrieron como platos.

- ¿Con qué?

- No puedo decírselo.

Para su crédito, ella no perdió el tiempo protestando. En su lugar, levantó la mirada hacia él, sus ojos eran agudos y firmes.

- ¿En que puedo ayudarlo?

* * * * *

Cinco minutos después, Gregory se encontró en compañía de Lord Haselby y del hermano de Lucy. Habría preferido estar sin este último, quien parecía como si pudiera decapitar alegremente a Gregory, sino fuera por la presencia de su esposa.

Quien tenía su brazo firmemente agarrado.

- ¿Dónde está Lucy? -le exigió Richard.

- Ella está a salvo -contestó Gregory.

- Perdoneme si eso no me tranquiliza -le espetó Richard.

- Richard, detente -lo cortó Hermione, tirando de él con más fuerza-. El Sr. Bridgerton no va a herirla. Él tiene mejores intereses en su corazón.

- Oh, ¿De verdad? -pronunció Richard con lentitud.

Hermione lo miró con más animación de la que Gregory había visto en su bonito rostro.

- Él la ama -declaró ella.

- *En efecto.*

Todos los ojos se volvieron hacia Lord Haselby, quien estaba de pie en la puerta, mirando la escena con una extraña expresión de diversión.

Nadie parecía saber que decir.

- Bueno, él ciertamente lo dejó claro esta mañana -continuó Haselby, mientras se sentaba en una silla con una gracia notablemente fácil-. ¿No le parece?

- Er, ¿sí? -contestó Richard, y Gregory de verdad no podía culparlo por su tono inseguro. Haselby parecía estar tomando esto de la manera más extraña. Calmado. Tan calmado que el pulso de Gregory parecía sentir la necesidad de correr dos

veces más rápido, solo para adaptarse a las limitaciones de Haselby.

- Ella me ama -le dijo Gregory, haciendo una pelota en un puño detrás de su espalda -no era para prepararse para la violencia, sino más bien, porque si no movía *alguna* parte de su cuerpo, iba a ser responsable de saltar fuera de su piel-. Siento decirlo, pero...

- No, no, en absoluto -dijo Haselby con un gesto de la mano-. Soy bastante consciente de que ella no me ama. Lo cual en realidad es lo mejor, estoy seguro de que todos estamos de acuerdo en eso.

Gregory no estaba seguro de que debía contestar ante eso. Richard estaba profundamente sonrojado, y Hermione lucía completamente confundida.

- ¿Le dará la anulación? -preguntó Gregory. No tenía tiempo para darle vueltas al asunto.

- Si no estuviera deseoso de hacer eso, ¿De verdad cree que estaría aquí parado, hablando con usted en los mismos tonos que uso para discutir el clima?

- Er... ¿no?

Haselby sonrió. Ligeramente.

- Mi padre no se alegrará. Esa es una situación que normalmente me da mucha satisfacción, estoy seguro, pero se pueden presentar muchas dificultades. Debemos proceder con precaución.

- ¿Lucy no debería estar aquí? -preguntó Hermione.

Richard reasumió su mirada furiosa.

- ¿Dónde *está* mi hermana?

- Arriba -dijo Gregory tajantemente. Eso solo limitaba las opciones a treinta cuartos diferentes.

- Arriba, ¿*Dónde*? -ladró Richard.

Gregory ignoró la pregunta. En realidad, ese no era el mejor momento para revelar que estaba atada en un baño.

Se volvió hacia Haselby, quien todavía estaba sentado, con una pierna cruzada casualmente sobre la otra. Se estaba revisando las uñas.

Gregory se sintió listo para subirse por las paredes. ¿Cómo podía el maldito hombre sentarse allí, con tanta serenidad? Esta sería la única conversación crítica que tendrían en la vida, ¿y todo lo que él podía hacer era revisarse la *manicura*?

- ¿Le dará la anulación? -ladró Gregory.

Haselby levantó la mirada hacia él, y parpadeó.

- Dije que lo haría.

- ¿Pero revelará sus secretos?

Ante eso, toda la conducta de Haselby cambió. Su cuerpo parecía apretarse, y sus ojos se pusieron mortalmente afilados.

- No tengo ni idea de lo que usted está hablando -dijo él, cada palabra era firme y precisa.

- Ni yo tampoco -agregó Richard, acercándose.

Gregory se volvió brevemente en su dirección.

- La están chantajeando.

- No -dijo Haselby abruptamente-. Por mí.

- Mis disculpas -dijo Gregory con voz queda. El chantaje era algo terrible-. No quería implicarlo.

- Siempre me pregunté la razón por la cual, había aceptado casarse conmigo -dijo Haselby suavemente.

- Eso *fue* arreglado por su tío -señaló Hermione. Cuando todo el mundo se volvió hacia ella, con sorpresa, agregó:- Bueno, ya conocen a Lucy. Ella no es de las que se rebelan. Le *gusta* el orden.

- Es lo mismo -dijo Haselby-. Ella tuvo una oportunidad muy dramática para salir de esto. -Hizo una pausa, señalando con la cabeza a un lado-. Es mi padre, ¿verdad?

La barbilla de Gregory, solo hizo un único gesto de asentimiento.

- Eso no es sorprendente. Está muy deseoso de tenerme casado. Bueno, entonces -Haselby juntó las manos, retorciendo los dedos y apretándolos abajo-. ¿Qué vamos a hacer? Me imagino, que delatarlo.

Gregory negó con la cabeza.

- No podemos.

- Oh, venga. No debe ser tan malo. ¿Qué cosa terrible pudo haber hecho Lady Lucinda?

- De verdad, deberíamos traerla -dijo Hermione otra vez. Y cuando los tres hombres se volvieron hacia ella nuevamente, agregó-: ¿Acaso le gustaría que su destino fuera discutido en su ausencia?

Richard avanzó para ponerse en frente de Gregory.

- Dígame -dijo.

Gregory no fingió no entenderlo.

- Es algo grave.

- Dígame.

- Es sobre su padre -dijo Gregory en voz queda. Y procedió a relatarle lo que Lucy le había dicho.

- Ella hizo esto por nosotros -susurró Hermione una vez que Gregory hubo terminado. Se volvió hacia su esposo, asiendo su mano-. Lo hizo para salvarnos. Oh, *Lucy*.

Pero Richard solo negó con la cabeza.

- Eso no es cierto -dijo.

Gregory intentó apartar la piedad de sus ojos cuando dijo:

- Hay una prueba.

- Oh, ¿de verdad? ¿Qué clase de prueba?

- Lucy dice que hay una prueba escrita.

- ¿La ha visto? -exigió Richard-. ¿Podría ella notar cuando algo está falsificado?

Gregory tomó una larga inhalación. No podía culpar al hermano de Lucy por su reacción. Supuso que él haría lo mismo, si una cosa como esa se descubriera de su propio padre.

- Lucy no lo conoció -continuó Richard, aún negando con la cabeza-. Era demasiado joven. Padre no habría hecho algo así. Es inconcebible.

- Usted también era muy joven -dijo Gregory gentilmente.

- Tenía la edad suficiente para conocer a mi propio padre -chasqueó Richard-. Y él no era un traidor. Alguien ha engañado a Lucy.

Gregory se volvió hacia Haselby.

- ¿Su padre?

- No es tan ingenioso -terminó Haselby-. Alegremente se comprometería en un chantaje, pero lo haría con una verdad, no con una mentira. Él es inteligente, pero no es creativo.

Richard avanzó.

- Pero mi tío sí lo es.

Gregory se volvió hacia él alarmado.

- ¿Cree que él le haya mentado a Lucy?

- Con seguridad le dijo la única cosa que garantizaría que ella no se retractara del matrimonio -dijo Richard amargamente.

- ¿Pero por qué *él* necesitaba casarla con Haselby? -preguntó Hermione.

Todos miraron al hombre en cuestión.

- No tengo idea -dijo.

- Él debe tener sus propios secretos -dijo Gregory.

Richard negó con la cabeza.

- No eran deudas.

- Él no consiguió dinero con el acuerdo -comentó Haselby.

Todos se volvieron a mirarlo.

- Puede que haya permitido que mi padre me escogiera una esposa -dijo con un encogimiento de hombros-. Pero no iba a casarme con alguien sin leer los contratos.

- Secretos, entonces -dijo Gregory.

- Quizás en concierto con Lord Davenport -agregó Hermione. Se volvió hacia Haselby-. Lo siento mucho.

Él borró con un gesto de la mano, su disculpa.

- Ni lo piense.

- ¿Qué debemos hacer ahora? -preguntó Richard.

- Traer a Lucy -respondió Hermione inmediatamente.

Gregory asintió vivazmente.

- Ella tiene razón.

- No -dijo Haselby, incorporándose-. Necesitamos a mi padre.

- ¿A su padre? -espetó Richard-. Dificilmente simpatizaría con nuestra causa.

- Quizás, y soy el primero en reconocer que es intolerable por más de tres minutos a la vez, pero nos responderá. Y por todo su veneno, él es principalmente indemne.

- ¿Principalmente? -repitió Hermione.

Haselby pareció considerar eso.

- Principalmente.

- Tenemos que actuar -dijo Gregory-. Ahora. Haselby, usted y Fennsworth deben buscar a su padre e interrogarlo. Averiguen la verdad. Lady Fennsworth y yo, recuperaremos a Lucy y la traeremos de vuelta aquí, donde Lady Fennsworth permanecerá con ella. -Se volvió hacia Richard-. Discúlpeme por las disposiciones, pero debo llevar a su esposa conmigo para salvaguardar la reputación de Lucy si alguien nos descubre. Ella ya lleva casi una hora afuera. Alguien podría haberlo notado.

Richard asintió brevemente, pero era claro que no estaba feliz con la situación. De todas formas, no tenía elección. Su honor le exigía que fuera el único en interrogar a Lord Davenport.

- Bien -dijo Gregory-. Todos estamos de acuerdo. Me encontraré con los dos de vuelta en...

Hizo una pausa. Aparte del cuarto de Lucy y el lavabo de arriba, no tenía ningún conocimiento del diseño de la casa.

- Nos encontraremos en la biblioteca -lo instruyó Richard-. Está en la planta baja, del lado este. -Dio un paso hacia la puerta, luego se volvió y le dijo a Gregory-: Espere aquí. Regresaré en un momento.

Gregory estaba deseoso de marcharse, pero la expresión de gravedad de Richard, había sido suficiente para convencerlo de permanecer en el lugar. Seguro fue suficiente, porque cuando el hermano de Lucy regresó, apenas un minuto después, traía consigo dos armas.

Le ofreció una a Gregory.

Dios Santo.

- Puede que necesite esto -dijo Richard.

- Que el cielo nos ayude si es así -dijo Gregory dijo entre dientes.

- ¿Disculpe?

Gregory negó con la cabeza.

- Buena suerte, entonces -Richard asintió en dirección a Haselby, y ambos partieron, bajando por vestíbulo rápidamente.

Gregory llamó a Hermione.

- Debemos irnos -dijo, guiándola en dirección opuesta-. Y no intente juzgarme cuando vea hacia donde la estoy llevando.

La escuchó reírse entre dientes mientras ascendían las escaleras.

- ¿Por qué -dijo ella-, sospecho que, por algo, lo juzgaré muy ingenioso de hecho?

- No confiaba en que ella permaneciera en el lugar - confesó Gregory, subiendo las escaleras de dos en dos. Cuando alcanzaron la cima, se volvió para enfrentarla-. Fue muy duro, pero no había más nada que pudiera hacer. Todo lo que necesitaba era un poco de tiempo.

Hermione asintió con la cabeza.

- ¿A dónde vamos?

- Al lavabo de la niñera -confesó él-. La ató en el baño.

- Usted la ató en... Oh Dios, no puedo esperar para ver esto.

Pero cuando abrieron la puerta del pequeño lavabo, Lucy no estaba.

Y todo indicaba que no se había ido de buena gana.



Capítulo 25

En el que nos enteraremos lo que pasó, solo diez minutos antes.

¿Había pasado una hora? Seguramente había pasado una hora.

Lucy inhaló profundamente e intentó calmar sus nervios alocados. ¿Por qué nadie había pensado en instalar un reloj en el baño? ¿Alguien no debería haber comprendido que *en el futuro* alguien se encontraría como ella, atada al baño, y *podría* desear saber que hora era?

De verdad, era solo cuestión de tiempo.

Lucy tamborileó los dedos de su mano derecha contra el suelo. Rápidamente, rápidamente, de índice a meñique, de índice a meñique. Su mano izquierda estaba atada para que las almohadillas de sus dedos quedaran enfrentadas, por eso se flexionó, luego se inclinó, luego se flexionó, luego se inclinó, luego...

- ¡Eeeeeuuuuuhhh!

Lucy gimió frustrada.

¿Gemido? Gruñido.

Gemido.

Esa debería ser una palabra.

Seguramente había pasado una hora. Debió haber pasado una hora.

Y entonces...

Pasos.

Lucy concentró toda su atención, mientras miraba la puerta. Estaba furiosa. Y esperanzada. Y nerviosa. Y...

Dios Santo, no quería poseer tantas emociones simultáneas. Una a la vez, era todo lo que podía manejar. Quizás dos.

El pomo de la puerta se giró, y la puerta fue tirada hacia atrás, y...

¿Tirada? Lucy tenía aproximadamente un segundo para notar el error en eso. Gregory no le daría tirones a la puerta para abrirla. Él le daría...

- ¿Tío Robert?

- Tú -dijo, su voz era baja y furiosa.

- Yo...

- Pequeña prostituta -ladró él.

Lucy se encogió. Sabía que él no sentía ningún afecto por ella, pero aún así, eso le dolió.

- No entiendes -dijo ella bruscamente, porque no tenía idea de lo que iba a decir, y se negaba -se negaba absolutamente a decir: «lo siento».

Estaba harta de disculparse. Harta.

- Oh, ¿de verdad? -le gritó él, agachándose para ponerse a su nivel-. ¿Qué no entiendo? ¿Esa parte sobre escapar de tu boda?

- No escapé -le espetó ella-. ¡Fui raptada! ¿O es que no te has dado cuenta que estoy *atada en el baño*?

Sus ojos se entrecerraron amenazadoramente. Y Lucy empezó a sentirse asustada.

Se echó para atrás, conteniendo el aliento. Le había temido a su tío -a su temperamento hostil, a su fría y llana mirada de desdén- por mucho tiempo.

Pero nunca se había sentido asustada.

- ¿Dónde está? -le exigió su tío.

Lucy no fingió no comprenderlo.

- No lo sé.

- ¡Dímelo!

- ¡No lo sé! -protestó ella-. ¿Crees que me hubiera atado si hubiera confiado en mí?

Su tío se puso de pies y maldijo.

- Esto no tiene sentido.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Lucy cuidadosamente. No estaba segura de lo que estaba pasando, y de quien iba a ser esposa, al final del día proverbial, pero estaba bastante segura de que debía intentar ganar tiempo.

Y no decir nada. Nada de importancia.

- ¡Esto! ¡Tú! -ladró su tío-. ¿Por qué te raptaría y te dejaría aquí, en Fennsworth House?

- Bueno -dijo Lucy despacio-. No creo que pudiera sacarme sin que nadie me viera.

- Él tampoco podría entrar a la fiesta sin que nadie lo viera.

- No estoy segura de lo que quieres decir.

- ¿Cómo -le exigió su tío, apoyándose hacia abajo, y poniendo su cara demasiado cerca de la suya-, hizo para agarrarte sin tu consentimiento?

Lucy soltó un corto resoplido. La verdad era fácil. E inocua.

- Fui a mi cuarto a acostarme -dijo ella-. Él estaba esperando allí por mí.

- ¿Él sabía cual era tu cuarto?

Ella tragó saliva.

- Aparentemente.

Su tío la miró, en un momento incómodamente largo.

- Las personas han empezado a notar tu ausencia - murmuró él.

Lucy no dijo nada.

- Aunque, eso no puede evitarse.

Ella parpadeó. ¿De qué estaba hablando?

Él negó con la cabeza.

- Es el único camino.

- ¿Dis... discúlpame? -y entonces comprendió, que no estaba hablando con ella. Estaba hablando consigo mismo.

- ¿Tío Robert? -susurró ella.

Pero él ya estaba cortando sus ataduras.

¿Cortando? ¿Cortando? ¿Por qué tenía él un cuchillo?

- Vamos -gruñó.

- ¿De regreso a la fiesta?

Él soltó una pequeña sonrisa.

- Eso te gustaría, ¿verdad?

El pánico comenzó a crecer en su pecho.

- ¿A dónde me llevas?

Le dio un tirón para ponerla de pies, envolviendo uno de sus brazos fuertemente, alrededor de ella.

- A tu esposo.

Ella consiguió apartarse lo suficiente para mirarlo a la cara.

- ¿A mi... Lord Haselby?
- ¿Acaso tienes otro marido?
- ¿Pero acaso él no está en la fiesta?
- Deja de hacerme tantas preguntas.

Ella lo miró frenéticamente.

- ¿Pero a donde me llevas?
- No vas a arruinar esto -siseó él-. ¿Entiendes?
- No -le declaró. Porque no lo hacía. No entendía nada.

Se retorció contra él.

- Quiero que me escuches, porque solo diré esto una vez.

Ella asintió con la cabeza. No estaba mirándolo a la cara, pero sabía que él podía sentir a su cabeza moviéndose contra su pecho.

- Este matrimonio continuará -dijo él, en voz mortal y baja-. Me encargaré personalmente de ver que sea consumado esta noche.

- ¿Qué?

- No discutas conmigo.

- Pero... -hincó los talones cuando empezó a arrastrarla hacia la puerta.

- Por el amor de Dios, no luches conmigo -murmuró él-. De todas formas, no es nada que no tengas que hacer. La única diferencia es que tendrás público.

- ¿Un público?

- Es poco delicado, pero tendré mi prueba.

Ella empezó a retorcerse en serio, logrando liberar un brazo con el suficiente tiempo para girarlo ferozmente en el

aire. Él la refrenó rápidamente, pero su cambio momentáneo de postura le permitió darle un fuerte puntapiés en las espinillas.

- Dios, *maldita* seas -murmuró él, asiéndola fuertemente-.
¡Detente!

Lanzó otro puntapié, golpeando un bacín vacío.

- ¡Detente! -puso algo contra sus costillas-. ¡Ahora!

Lucy se calmó al instante.

- ¿Es un cuchillo? -susurró.

- Recuerda esto -dijo él, sus palabras eran calientes y horribles contra su oreja-. No puedo matarte, pero puedo causarte un gran dolor.

Ella sofocó un sollozo.

- Soy tu sobrina.

- No me importa.

Ella tragó saliva y preguntó, con voz queda:

- ¿Cuándo te ha importado?

Él la guió hacia la puerta.

- ¿Importado?

Ella asintió con la cabeza.

Por un rato solo hubo silencio, y Lucy se quedó sin ideas para interpretarlo. Podía no ver la cara de su tío, pero podía notar que no había ningún cambio en su posición. No podía hacer otra cosa más que mirar hacia la puerta, y a su mano cuando alcanzó el pomo.

Y entonces dijo:

- No.

Ya tenía su respuesta.

- Eras un deber -le aclaró él-. Uno que cumplí y uno que me complació mucho terminar. Ahora ven conmigo, y no digas ni una palabra.

Lucy asintió con la cabeza. Su cuchillo la estaba presionando más duro que nunca contra sus costillas y ya había escuchado el suave sonido que hacía al rozar con el tejido firme de su corpiño.

Le permitió conducirla a lo largo del corredor y por las escaleras. Gregory estaba aquí, seguía diciéndose así misma. Él estaba aquí, y la encontraría. Fennsworth House era grande, pero no enorme. No había muchos lugares en donde su tío podría esconderla.

Y había centenares de invitados en la planta baja.

Y Lord Haselby, seguramente no consentiría algo así.

Por lo menos, había una docena de razones por las cuales, su tío no tendría éxito en su empresa.

Una docena. Doce. Quizás más. Y ella solo necesitaba una, solo una para frustrar su plan.

Pero ese fue solo un pequeño consuelo cuando él se detuvo y le puso de un tirón una venda sobre sus ojos.

E incluso, disminuyó cuando él la tiró en el cuarto y la ató.

- Regresaré -ladró él, mientras la dejaba al fondo de una esquina, atada de manos y pies.

Ella escuchó sus pasos desplazándose por el cuarto, y estalló de sus labios, una singular palabra, la única palabra que importaba...

- *¿Por qué?*

Sus pasos se detuvieron.

- *¿Por qué, tío Robert?*

Esto no podía ser solo por el honor de la familia. ¿Acaso ya no se lo había demostrado en ese punto? ¿No debería

confiar en ella por eso?

- ¿Por qué? -preguntó de nuevo, orando para que tuviera conciencia. Seguramente él no los hubiera cuidado a ella y a Richard durante tantos años sin tener algún sentido de lo correcto y lo incorrecto.

- Tú sabes por qué -dijo él finalmente, pero ella sabía que estaba mintiendo. Había esperado demasiado tiempo antes de contestarle.

- Vete, entonces -dijo ella amargamente. No tenía sentido retenerlo. Sería mucho mejor si Gregory la encontrara sola.

Pero él no se movió. E incluso a través de la venda, ella podía sentir su sospecha.

- ¿Por qué estás esperando? -gritó ella.

- No estoy seguro -dijo él despacio. Y lo escuchó volverse. Sus pasos se acercaban.

Lentamente.

Lentamente...

* * * * *

- ¿Dónde está? -dijo Hermione casi sin resuello.

Gregory caminó dentro del pequeño cuarto, con los ojos puestos en todo, las ataduras cortadas, el bacín volcado.

- Alguien se la llevó -dijo él severamente.

- ¿Su tío?

- O Davenport. Son los únicos que tienen razones... -agitó la cabeza-. No, ellos no pueden hacerle daño. Necesitan que el matrimonio sea legal y obligatorio. Y duradero. Davenport quiere un heredero de Lucy.

Hermione asintió con la cabeza.

Gregory se volvió hacia ella.

- Conoce la casa. ¿Dónde podría estar?

Hermione estaba negando con la cabeza.

- No lo sé. No lo sé. Si fue su tío...

- Asuma que fue su tío -le ordenó Gregory. No estaba seguro de que Davenport fuera lo suficientemente ágil como para raptar a Lucy, y además de eso, si Haselby había dicho la verdad sobre su padre entonces, Robert Abernathy era el hombre con los secretos.

Era el hombre que tenía algo que perder.

- Su estudio -susurró Hermione-. Él siempre está en su estudio.

- ¿Dónde queda?

- En el piso inferior. En la parte trasera.

- No se arriesgaría -dijo Gregory-. Esta muy cerca del salón de baile.

- Entonces en su alcoba. Si quiere evitar los lugares públicos, es a donde la llevaría. Allí o al cuarto de ella.

Gregory la agarró por el brazo y la precedió para salir de la puerta. Bajaron corriendo las escaleras, deteniéndose antes de abrir la puerta que conducía de las escaleras de los sirvientes hasta el rellano del segundo piso.

- Señáleme su puerta -dijo él-, y luego váyase.

- No voy...

- Encuentre a su esposo -le ordenó-. Tráigalo aquí.

Hermione parecía indecisa, pero asintió e hizo lo que le pidió.

- Vaya -dijo él, una vez que sabía a donde dirigirse-. Rápido.

Ella bajó corriendo las escaleras mientras Gregory se arrastraba a lo largo del vestíbulo. Llegó a la puerta que Hermione le había indicado y cuidadosamente presionó su oreja contra ella.

- ¿Por qué estás esperando?

Era Lucy. Su voz se escuchaba amortiguada a través de la pesada puerta de madera, pero era ella.

- No lo sé -se escuchó a una voz masculina, y Gregory comprendió que no podía identificarlo. Había conversado muy pocas veces con Lord Davenport y ni una vez con el tío de Lucy. No tenía ni idea de quien la tenía retenida.

Contuvo el aliento y lentamente giró el pomo de la puerta.

Con la mano izquierda.

Con la derecha sacó el arma.

Que Dios los ayudara a todos si tenía que usarla.

Logró abrir la puerta un poco, solo lo suficiente para asomarse sin ser notado.

Su corazón dejó de latir.

Lucy estaba atada y vendada, encogida en la esquina más apartada del cuarto. Su tío estaba de pie delante de ella, apuntándole con un arma entre los ojos.

- ¿Qué pretendes? -le preguntó él, su voz era fría en su suavidad.

Lucy no dijo nada, pero su barbilla se agitó, como si estuviera intentando mantener su cabeza erguida con mucho esfuerzo.

- ¿Por qué deseas que me vaya? -le exigió su tío.

- No lo sé.

- Dímelo. -Arremetió, metiendo el arma entre sus costillas. Y cuando ella no le respondió lo suficientemente rápido, le dio

un tirón a su venda, dejándolos con las narices frente a frente.
¡Dímelo!

- Porque no puedo soportar la espera -susurró ella, su voz era temblorosa-. Porque...

Gregory entró silenciosamente en el cuarto, y apuntó con su arma el centro de la espalda de Robert Abernathy.

- *Suéltela.*

Él tío de Lucy se congeló.

La mano de Gregory se apretó alrededor del gatillo.

- Suelta a Lucy y apártese lentamente.

- Creo que no -dijo Abernathy, y se volvió solo lo suficiente para que Gregory pudiera ver que su arma estaba descansando ahora, sobre la sien de Lucy.

De algún modo, Gregory se mantuvo firme. Nunca podría saber como, pero su brazo se mantuvo quieto. Su mano no tembló.

- Baje su arma -le pidió Robert.

Gregory no se movió. Sus ojos se enfocaron en Lucy, y luego regresaron hacia su tío. ¿Podría él hacerle daño? Gregory todavía no estaba seguro de por qué, precisamente, Robert Abernathy necesitaba que Lucy se casara con Haselby, pero estaba claro que así era.

Lo que significaba que no podía matarla.

Gregory rechinó los dientes, y apretó su dedo en el gatillo.

- Suelta a Lucy -dijo, su voz era baja, fuerte y firme.

- ¡Baje su arma! -rugió Abernathy, y un horrible y estrangulado sonido salió de la boca de Lucy cuando uno de sus brazos, la golpeó en las costillas.

Dios santo, el tipo estaba enfadado. Sus ojos eran salvajes, lanzaban dardos alrededor del cuarto, y su mano -la que sostenía el arma- estaba temblando.

Él podría dispararle. Gregory comprendió eso en un desquiciante destello. Robert Abernathy estaba acabado, pensaba que no tenía nada que perder. Y no le importaría a quien se llevaría con él.

Gregory empezó a doblar las rodillas, sin apartar los ojos de Lucy.

- No lo hagas -gritó Lucy-. Él no me hará daño. No puede.

- Oh, claro que puedo -replicó su tío, y sonrió

La sangre de Gregory empezó a correr más despacio en sus venas. Intentaría -Dios Santo, intentaría con todo lo que tenía el asegurarse que ambos salieran vivos e ilesos de esto, pero si tenía que escoger -si solo uno de ellos podría salir por la puerta...

Sería Lucy.

Esto, comprendió, era el amor. Era el sentido de la rectitud, sí. Y también era la pasión, y el maravilloso conocimiento de que podría despertarse alegremente al lado de ella por el resto de su vida.

Pero era algo más que todo eso. Era este sentimiento, este conocimiento, esta *certeza* de que daría su vida por ella. No había interrogantes. No había ninguna duda. Si bajaba su arma, Robert Abernathy seguramente le dispararía.

Pero Lucy podría vivir.

Gregory se agachó.

- No le haga daño -dijo él suavemente.

- ¡No la sueltes! -gritó Lucy-. Él no...

- ¡Cállate! -chasqueó su tío, y el cañón de su arma se apretó aún más fuerte contra ella.

- No digas nada más, Lucy -le advirtió Gregory. Todavía no estaba seguro de cómo infiernos iba a salir de esto, pero sabía que esa era la clave para mantener a Robert Abernathy tan calmado y tan cuerdo como fuera posible.

Los labios de Lucy se apartaron, sus ojos se encontraron...

Y ella los cerró.

Confiaba en él. Dios Santo, ella confiaba en él para que la mantuviera a salvo, para mantenerlos a ambos a salvo, y él se sentía como un fraude, porque todo lo que estaba haciendo era ganar tiempo, manteniendo a todas las balas en las armas hasta que llegara alguien más.

- No voy a herirlo, Abernathy -dijo Gregory.

- Entonces baje el arma.

Él mantuvo su brazo extendido, posicionando el arma a un lado, para poder bajarla.

Pero no la soltó.

Y no apartó los ojos de la cara de Robert Abernathy cuando le preguntó:

- ¿Por qué necesita que ella se case con Lord Haselby?

- ¿Acaso no se lo dijo? -sonrió él con desprecio.

- Ella solo me contó lo que usted le dijo.

El tío de Lucy comenzó a temblar.

- Hablé con Lord Fennsworth -dijo Gregory con voz queda-. Él estaba muy sorprendido por la descripción que usted hizo de su padre.

El tío de Lucy no respondió, pero su garganta se movió, la manzana de Adán se desplazaba de arriba abajo, como una golondrina convulsiva.

- De hecho -continuó Gregory-, estaba convencido de que usted debía estar en un error. -Mantuvo la voz suave. Sin burlas. Habló como si estuviera en una cena. No deseaba provocarlo; solo deseaba conversar.

- Richard no sabe nada -replicó el tío de Lucy.

- También hablé con Lord Haselby -dijo Gregory-. También estaba sorprendido. No comprendía que su padre estuviera chantajeándolo a usted.

El tío de Lucy lo miró con furia.

- Debe estar hablando con él ahora -dijo Gregory suavemente.

Nadie habló. Nadie se movió. Los músculos de Gregory estaban gritando. Había estado agachado mucho tiempo, balanceándose sobre las puntas de los pies. Su brazo, todavía extendido, sostenía aún el arma a un lado, y se sentía como si estuviera encendido.

Miró al arma.

Miró a Lucy.

Ella estaba agitando la cabeza. Lentamente, y con pequeños movimientos. Sus labios no hacían ningún sonido, pero fácilmente podía distinguir sus palabras.

Vete.

Por favor.

Increíblemente, Gregory se sintió sonreír, y susurró:

- Nunca.

- ¿Qué dijo? -le exigió Abernathy.

Gregory dijo la única cosa que se le vino a la mente.

- Amo a su sobrina.

Abernathy lo miró como si se hubiera vuelto loco.

- No me interesa.

Gregory aprovechó la oportunidad.

- La amo lo suficiente para guardar sus secretos.

Robert Abernathy empalideció. Estaba completamente pálido y absolutamente quieto.

- Era usted -dijo Gregory suavemente.

Lucy se volvió.

- ¿Tío Robert?

- Cállate -chasqueó él.

- ¿Me mentiste? -preguntó ella, y su voz parecía casi herida-. ¿Verdad?

- Lucy, *no* -dijo Gregory.

Pero ella ya estaba agitando la cabeza.

- No era mi padre, ¿verdad? Eras *tú*. Lord Davenport estaba chantajeándote por tus *propias* fechorías.

Su tío no dijo nada, pero ambos vieron la verdad en sus ojos.

- Oh, Tío Robert -susurró ella tristemente-. ¿Cómo pudiste?

- Yo no tenía nada -siseó él-. Nada. Solo las limosnas de tu padre y los sobrantes.

Lucy se puso cenicienta.

- ¿Lo mataste?

- No -contestó su tío. Nada más. Solo no.

- Por favor -dijo ella, con voz baja y dolida-. No me mientas. No sobre esto.

Su tío soltó una molesta exhalación y dijo:

- Solo sé lo que las autoridades me contaron. Él fue encontrado cerca de una maldita sala de juegos, le habían disparado en el pecho y robado todos sus objetos valiosos.

Lucy lo miró por un momento, y con los ojos brillantes por las lágrimas, le ofreció un pequeño asentimiento.

Gregory se incorporó despacio.

- Todo a terminado, Abernathy -dijo él-. Haselby y Fennsworth ya se enteraron de todo. Usted no puede obligar a Lucy a que cumpla sus órdenes.

El tío de Lucy la apretó más fuerte.

- Puedo usarla para escapar.

- Claro que puede. Solo debe soltarla.

Abernathy se rió de eso. Era un sonido amargo y cáustico.

- No ganaremos nada con exponerlo -dijo Gregory cuidadosamente-. Es mejor permitirle que salga del país sin ningún tipo de escándalo.

- Nunca permanecerá en silencio -se mofó el tío de Lucy-. Si ella no se casa con ese petimetre caprichoso, Davenport lo gritará de aquí hasta Escocia. Y la familia estará arruinada.

- No -Gregory negó con la cabeza-. No será así. Usted nunca fue conde. Usted no fue su padre. Será un escándalo; eso no podrá evitarse. Pero el hermano de Lucy no perderá su título, y todo se olvidará cuando las personas empiecen a recordar que usted nunca les cayó bien.

En un parpadeo, el tío de Lucy movió el arma de su estómago hacia su cuello.

- Se da cuenta de lo que dice -chasqueó.

Gregory se puso pálido y retrocedió un paso.

Y entonces todos lo escucharon.

Un ruido de pasos. Corriendo rápidamente por el vestíbulo.

- Suelte el arma -dijo Gregory-. Solo tiene un momento antes de que...

La puerta se llenó de personas. Richard, Haselby, Davenport, Hermione- todos irrumpieron, sin saber que se estaba llevando a cabo una confrontación mortal.

El tío de Lucy retrocedió, apuntando con el arma ferozmente hacia todos ellos.

- ¡Salgan! ¡Todos ustedes! -sus ojos se encendieron como los de un animal acorralado, y su brazo se movió de un lado a otro, sin apuntar directamente sobre nadie.

Pero Richard avanzó.

- Bastardo -siseó-. Te veré en...

Un arma fue disparada.

Gregory miró con horror como Lucy caía en el piso. Un lamento gutural salió de su garganta; y levantó su propia arma.

Apuntó.

Disparó.

Y por primera vez en la vida, dio en el blanco.

Bueno, casi.

El tío de Lucy no era un hombre grande, pero no obstante, cuando aterrizó sobre ella, la hirió. El aire salió completamente de sus pulmones, dejándola boquiabierta y ahogada, cerró los ojos del dolor.

- ¡Lucy!

Era Gregory, mientras quitaba a su tío de encima de ella.

- ¿Dónde estás herida? -exigió él, y sus manos estaban por todas partes, sus movimientos eran frenéticos, mientras buscaba una herida.

- No estoy... -luchó por respirar-. Él no... -logró mirar su pecho. Estaba cubierto con sangre-. Oh, cielos.

- No puedo encontrarla -dijo Gregory. La tomó por la barbilla, posicionando su cara para que lo mirara directamente a los ojos.

Y ella casi no lo reconocía.

Sus ojos... sus hermosos ojos color avellana... parecían perdidos, casi vacíos. Y parecía llevarse cualquier cosa que lo

hacía ser él... *él*.

- Lucy -dijo él, su voz estaba ronca con la emoción-. Por favor. Háblame.

- No estoy herida -consiguió decir ella finalmente.

Sus manos se helaron.

- La sangre.

- No es mía. -Levantó la mirada hacia él y llevó su mano hasta su mejilla. Él estaba temblando. Oh, Dios santo, estaba temblando. Nunca lo había visto así, nunca imaginó que él podía ser llevado hasta ese punto.

La expresión de sus ojos, ahora lo comprendía. Había sido terror.

- No estoy herida -susurró ella-. Por favor... no... todo está bien, querido. -No sabía lo que estaba diciendo; solo quería consolarlo.

Su respiración era irregular, y cuando habló, sus palabras eran rotas, inacabadas.

- Yo pensé... yo... yo no sé que pensé.

Algo mojado tocó su dedo, y ella lo apartó suavemente.

- Ya todo ha terminado -dijo ella-. Todo ha terminado, y...

Y de repente se dio cuenta de la presencia de las demás personas en el cuarto.

- Bueno, creo que ha terminado -dijo ella dudosamente, mientras se sentaba. ¿Su tío estaba muerto? Sabía que le habían disparado. Gregory o Richard, no sabía quien había sido. Los dos habían disparado sus armas.

Pero el tío Robert no estaba mortalmente herido. Se había alejado a un lado del cuarto y se sostenía contra la pared, asiendo su hombro y mirando hacia delante con una expresión de derrota.

Lucy frunció el ceño hacia él.

- Tienes suerte de que no sea un buen tirador.

Gregory hizo un sonido de resoplido bastante extraño.

En la esquina, Richard y Hermione estaban abrazados, pero ambos parecían ilesos. Lord Davenport estaba bramando sobre algo, no estaba segura de qué, y Lord Haselby -Dios santo, su *esposo*- estaba apoyado ociosamente contra la jamba de la puerta, mirando la escena.

Él llamó su atención y sonrió. Solo un poco. No se le veía ni un diente, por supuesto; nunca sonreía ampliamente.

- Lo siento -dijo ella.

- No lo haga.

Gregory se incorporó al lado de ella, envolviendo un brazo protectoramente sobre su hombro. Haselby observó la escena con patente entretenimiento, y quizás también con un toque de placer.

- ¿Todavía desea la anulación? -preguntó él.

Lucy asintió con la cabeza.

- Mañana tendré los papeles preparados.

- ¿Está seguro? -preguntó Lucy, preocupada. Él era un hombre encantador, de verdad. No quería que su reputación quedara arruinada.

- ¡Lucy!

Ella se volvió rápidamente hacia Gregory.

- Lo siento. No quise... yo solo.

Haselby le hizo un gesto con la mano.

- Por favor no se preocupe. Posiblemente es lo mejor que podría pasar. Los tiroteos, chantajes, traición... Nadie me verá a *mí*, como la causa de la anulación.

- Oh. Bien, eso es bueno -dijo Lucy sonriente. Se puso de pies porque, bueno, parecía ser lo educado, dado lo generoso

que estaba siendo-. ¿Pero aún no desea tener una esposa? Porque puedo ayudarlo a encontrar una, una vez esté establecida, claro está.

Gregory puso los ojos en blanco.

- Dios santo, Lucy.

Ella lo observaba mientras se ponía de pie.

- Siento que debería hacer algo bien. Él pensó que estaba consiguiendo una esposa. En cierto modo, esto no es precisamente justo.

Gregory cerró los ojos por un buen rato.

- Es algo muy bueno que te ame tanto -dijo él fatigadamente-. Porque de otro modo, tendría que ponerte un bozal.

Lucy estaba boquiabierta.

- ¡Gregory! -y después-. ¡Hermione!

- ¡Lo siento! -dijo Hermione, con una mano colocada aún sobre su boca para silenciar su risa-. Pero ustedes *hacen* buena pareja.

Haselby se paseó por el cuarto y le dio un pañuelo al tío de Lucy.

- Querrá ser fiel a eso -murmuró él. Se volvió hacia Lucy-. En realidad no quiero una esposa, como estoy seguro usted es consciente. Pero supongo que debo encontrar alguna manera de procrear o el título irá parar a las manos de mi odioso primo. Lo cual sería una vergüenza, de verdad. La Cámara de los Lores seguramente elegiría disolverse si alguna vez él decide ocupar su escaño.

Lucy solo lo miró y pestañeó.

Haselby sonrió.

- Así que, sí, le agradecería si encuentra a alguien conveniente.

- Claro -murmuró ella.

- También necesitarás mi aprobación -dijo Lord Davenport tajantemente, marchando hacia delante.

Gregory se volvió hacia él sin simular su aversión.

- Usted -ladro él-, puede callarse. Inmediatamente.

Davenport retrocedió enfadado.

- ¿Tiene alguna idea de a quien le está hablando, pequeño cachorro?

Los ojos de Gregory se entrecerraron y se incorporó.

- A un hombre en una posición muy precaria.

- ¿Qué dice?

- Usted cesará su chantaje inmediatamente -dijo Gregory.

Lord Davenport señaló con su cabeza al tío de Lucy.

- ¡Él era un traidor!

- Y usted eligió no delatarlo -chasqueó Gregory-, lo cual, imagino que el rey encontrará igualmente recriminable.

Lord Davenport se tambaleó como si algo lo hubiera golpeado.

Gregory continuó, y puso a Lucy a su lado.

- Usted -le dijo al tío de Lucy-, se marchará del país. Mañana. Y no regresará.

- Pagaré su pasaje -soltó Richard-. Nada más.

- Usted es más generoso de lo que yo habría sido -murmuró Gregory.

- Quiero que se marche -dijo Richard en voz firme-. Si puedo acelerar su partida, estoy contento de correr con el gasto.

Gregory se volvió hacia Lord Davenport.

- Usted nunca dirá una palabra de esto. ¿Me entiende?

- Y usted -dijo Gregory, mientras se volvía hacia Haselby-. Gracias.

Haselby le hizo su reconocimiento con una inclinación cortés.

- No puedo evitarlo. Soy un romántico. -Se encogió de hombros-. De vez en cuando eso me mete en problemas, pero no podemos cambiar nuestra naturaleza, ¿verdad?

Gregory dejó que su cabeza se agitara despacio de lado a lado, mientras una amplia sonrisa empezaba a extenderse en su cara.

- No tiene ni idea -murmuró él, tomando a Lucy de la mano. Ya no podía soportar estar separado de ella, ni siquiera unos centímetros.

Sus dedos se entrecruzaron, y bajó la mirada hacia ella. Sus ojos brillaban con amor, y Gregory tenía el más aplastante y absurdo deseo de reírse. Simplemente porque podía.

Simplemente porque la amaba.

Notó que sus labios estaban apretados también. Alrededor de las esquinas, ahogándose con su propia risa.

Y allí, delante del grupo más impar de testigos, la tomó en sus brazos y la besó con cada última gota de su alma desesperadamente romántica.

Eventualmente -muy eventualmente- Lord Haselby se aclaró la garganta.

Hermione pretendió mirar a otro lado, y Richard dijo:

- Sobre esa boda...

Con gran reticencia, Gregory se apartó. Miró a la izquierda. Miró a la derecha. Y volvió a mirar a Lucy.

Y la besó de nuevo.

Porque, de verdad, había sido un largo día.

Y merecía un poco de indulgencia.

Solo Dios sabía cuanto tiempo pasaría antes de que pudiera casarse con ella realmente.

Pero sobre todo, la besó porque...

Porque...

Sonrió, tomando la cabeza de ella en sus manos y dejó que su nariz descansara contra la suya.

- Te amo, sabes.

Ella sonrió en respuesta.

- Lo sé.

Finalmente comprendió porque iba a besarla otra vez.

Solo porque sí.



Epílogo

En el que nuestro héroe y heroína, exhiben la diligencia, de la que nosotros sabíamos, eran capaces.

La primera vez, Gregory había quedado desecho.

La segunda vez fue incluso peor. El recuerdo de la primera había hecho muy poco para calmar sus nervios. De hecho, había sido al contrario. Ahora que tenía un mejor entendimiento de lo que estaba pasando (Lucy no le había ahorrado ningún detalle, una maldición para su pequeña alma meticulosa) cada pequeño ruido estaba sujeto al escrutinio mórbido y a la especulación.

Era algo condenadamente bueno que los hombres no pudieran tener hijos. A Gregory no le daba vergüenza admitir que la raza humana ya hubiera desaparecido hace milenios.

O por lo menos, *él* no hubiera contribuido con el actual lote de pequeños Bridgertons traviosos.

Pero a Lucy parecía no importarle el parto, con tal de que pudiera describirle la experiencia después con sumo detalle.

Siempre que deseara.

Y por eso la tercera vez, Gregory era un poco más él mismo. Todavía se sentaba afuera de la puerta, y contenía el aliento cuando escuchaba un gemido particularmente desagradable, pero a pesar de todo, ya no quedaba desecho con la ansiedad.

La cuarta vez trajo un libro.

La quinta, solo un periódico. (Parecía estar poniéndose más rápido con cada niño. Qué conveniente.)

El sexto niño lo pescó completamente desprevenido. Había salido para hacerle una visita rápida a un amigo, y cuando regresó, Lucy estaba sentada con el bebé en sus brazos, con una alegre y ni siquiera un poco cansada sonrisa en su cara.

Sin embargo, Lucy frecuentemente le recordaba su ausencia, por eso tuvo mucho cuidado de estar presente para la llegada del número siete. Lo cual había hecho, con tal de que no se dedujeran puntos por haber abandonado su lugar afuera de su puerta, para buscar un bocadillo de media noche.

En el séptimo, Gregory pensó que ellos habían hecho su labor. Siete era un número absolutamente bueno de hijos, y, cuando se lo dijo a Lucy, apenas si podía recordar como lucía ella, cuando no estaba esperando.

- Es lo suficientemente bueno para que te asegures que no estoy esperando de nuevo -le había contestado Lucy atrevidamente.

Él no pudo defenderse muy bien contra eso, la había besado en la frente y se había ido a visitar a Hyacinth, para exponerle las muchas razones por las cuales, siete era un número ideal de hijos. (Hyacinth no se divirtió).

Seguro que había sido suficiente, seis meses después del séptimo, Lucy le dijo tímidamente que estaba esperando otro bebé.

- Ninguno más -anunció Gregory-. Difícilmente podemos mantener a los que tenemos con lo que ya poseemos. (Esto no era verdad; la dote de Lucy había sido sumamente generosa, y Gregory había descubierto que poseía un buen ojo para las inversiones).

Pero de verdad, ocho, *tenía* que ser suficiente.

Y no es que estuviera deseoso de abreviar sus actividades nocturnas con Lucy, pero había cosas que un hombre podía hacer, cosas que probablemente ya debería haber hecho, a decir verdad.

Y por eso, ya que estaba convencido de que este sería su último hijo, decidió que podía ver de que se trataba todo, y a pesar de la reacción horrorizada de la partera, permaneció al lado de Lucy en todo el nacimiento (en su hombro, claro).

- Ella es toda una experta en esto -dijo el doctor, mientras levantaba la sábana para echar un vistazo-. De verdad, a estas alturas soy innecesario.

Gregory miró a Lucy. Había traído su bordado.

Ella se encogió de hombros.

- En realidad se hace más fácil cada vez.

Y era cierto, porque cuando llegó el momento, Lucy bajó su labor, dio un pequeño gruñido, y...

- ¡*Whoosh!*

Gregory parpadeó mientras observaba al infante gritando, todo arrugado y rojo.

- Bueno, eso fue mucho menos complicado de lo que había esperado -dijo.

Lucy lo miró con una expresión de malhumor.

- Si hubieras estado presente la primera vez, hubieras...!ohhhhhh!

Gregory volvió su mirada rápidamente hacia su rostro.

- ¿Qué pasa?

- No lo sé -contestó Lucy, con los ojos llenos de pánico-. Pero esto no anda bien.

- Vaya, vaya -dijo la partera-. Usted solo...

- Sé como debería sentirme -chasqueó Lucy-. Y así no debe ser.

El doctor le entregó al nuevo bebé -una niña, Gregory estaba contento de enterarse- a la partera y volvió al lado de Lucy. Puso las manos en su estómago.

- Hmmm.

El doctor levantó la sabana y se asomó abajo.

- ¡Gah! -soltó Gregory, mientras regresaba al hombro de Lucy-. No quiero ver eso.

- ¿Qué está pasando? -exigió Lucy-. Qué está... ¡ohhhhhh!

- ¡*Whoosh!*

- Cielo santo -exclamó la partera-. Son dos.

No, pensó Gregory, sintiéndose definitivamente mareado, eran nueve.

Nueve hijos.

Nueve.

Solo le faltaba uno para los diez.

Lo cual tenía dos dígitos. Si hacía esto de nuevo, estaría en la escala de dos dígitos de paternidad.

- Oh Dios bendito -susurró él.

- ¿Gregory? -dijo Lucy.

- Necesito sentarme.

Lucy sonrió débilmente.

- Bueno, por lo menos, tú madre estará contenta.

Él asintió con la cabeza, incapaz de pensar. Nueve hijos. ¿Qué hacía uno con nueve hijos?

Amarlos, supuso.

Miró a su esposa. Su pelo estaba desgredado, su cara estaba hinchada, y las bolsas bajo sus ojos, se habían puesto de color lavanda, y estaban a punto de ponerse de color gris púrpura.

Pensó que era hermosa.

El amor existía, pensó para sí mismo.

Y era genial.

Sonrió.

Nueve veces genial.

Lo que era muy genial, en efecto.

Fin.

Reseña Bibliográfica

Julia Quinn

Durante su año superior en la Universidad de Harvard, Julia Quinn (más conocida en el ciberespacio como JulieQ) comprendió que no sabía lo que deseaba hacer con su vida. Conseguir un trabajo parecía demasiado difícil. La única opción era (después de sopesar diversas Facultades) la Facultad de Medicina. Resultó que pasaron dos años antes de que pudiera entrar en la Facultad de Medicina ya que tenía que tomar todas esas molestas clases de ciencia para poder solicitar la vacante (ella tenía un título en Historia del Arte). Necesitaba encontrar algo que hacer durante ese tiempo. Fue cuando miró el libro que estaba leyendo: Era una novela romántica. “Yo podría escribir una”, pensó. Y eso fue lo que hizo. Dos años después, justo cuando Julie estaba decidiendo entre la Universidad de Medicina de Yale y la Universidad para Médicos y Cirujanos de Columbia, su agente llamó para decirle que sus dos primeros libros, *Splendid* y *Dancing at Midnight*, eran objeto de una intensa guerra de ofertas entre dos editoras. Así que postergó por un año la Facultad de Medicina y escribió *Minx*. Luego postergó la Facultad de Medicina otro año y escribió *Everything and the Moon*. Entonces pensó que quizá debería hacer un intento en la Facultad de Medicina, pero meses después, comprendió que debía haber experimentado un ataque de locura temporal, se retiró de la Facultad de Medicina y escribió *Brighter Than The*

Sun. A este libro le siguieron *To Catch An Heiress* y *How To Marry a Marquis*, que fue aclamada por la crítica.

El estilo de escritura de Julie ha ganado rápidamente una reputación por su calidez y su humor, y sus diálogos están considerado como de los mejores del género. Ha sido tema de una reseña en la revista *Time* (una rareza entre escritores de novela romántica).

Julia Quinn actualmente vive con su marido Paul en el noroeste del Pacífico.

De Camino A La Boda

Algo cómico sucedió...

A diferencia de la mayoría de los hombres que conoce, Gregory Bridgerton cree en el amor verdadero. Y está convencido de que cuando encuentre a la mujer de sus sueños, sabrá en un instante que ella es la única. Y eso es exactamente lo que ocurrió. Excepto que...

Ella no era la única. De hecho, la deslumbrante señorita Hermione Watson está enamorada de otro. Pero su amiga, la siempre práctica Lucinda Abernathy, quiere salvar a Hermione de una desastrosa alianza, así que se ofrece a ayudar a Gregory a convencerla. Pero en el proceso, Lucy se enamora. ¡De Gregory! Excepto que...

Lucy está comprometida. Y su tío no está dispuesto a dar marcha atrás con el enlace, aún cuando Gregory recobra el juicio y se da cuenta que es Lucy, con su agudo ingenio y su risueña mirada quien hace cantar su corazón. Y ahora, de camino a la boda, Gregory debe arriesgar todo para asegurarse que cuando llegue el momento de besar a la novia, él sea el único hombre que esté de pie en el altar...

*This file was created
with BookDesigner program*

bookdesigner@the-ebook.org

01/02/2011